

Mariana Córdova | Jorge C. Dragonetti

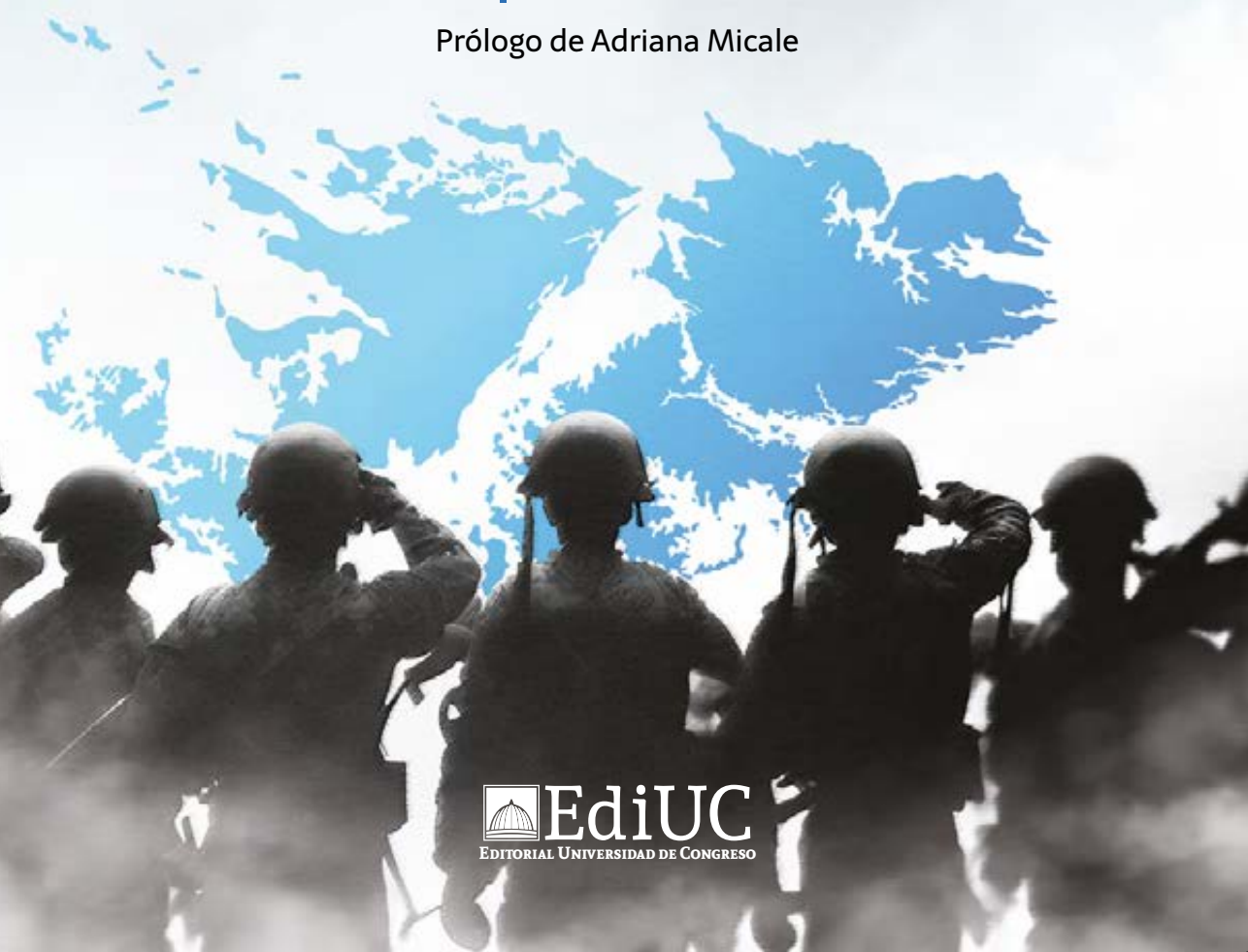
Valentina Araya | Hernán Cotela | Rocío Ortolano

Clara Ralo Venditti | Valentina Vera

ECOS DE MALVINAS

41 años | 41 entrevistas

Prólogo de Adriana Micale



EdiUC
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE CONGRESO

Mariana C6volo | Jorge C. Dragonetti

Valentina Araya | Hern6n Cotela | Roc6o Ortolano
Clara Ralo Venditti | Valentina Vera

ECOS DE MALVINAS

41 a6os | 41 entrevistas

Pr6logo de Adriana Micale

Universidad de Congreso

Ecos de Malvinas / Mariana Cóvolo ; Jorge Dragonetti. – 1a ed. – Mendoza : Ediciones Universidad de Congreso – EdiUC, 2023.

344 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-82840-1-9

1. Guerra de Malvinas.

CDD 997.11

Director editorial: Dr. Gustavo Made

Coordinación editorial: Ed. Lucía Gabrielli

Autores: Mariana Cóvolo y Jorge C. Dragonetti (coord.), Valentina Araya, Hernán Cotela, Rocío Ortolano, Clara Ralo Venditti, Valentina Vera

Prólogo: Adriana Micale

Colaboradores: Franco Allegretti, Gisel Barahona, Lucila Bernacchi, Brian Bondi, Carla De Marchi, Federico Dussel, Daniela Echavarría, Jonathan Gatica, Mariano Giménez, Valentina Lavay, Paula Michea, Patricia Raffin, Paola Rodríguez

Ilustraciones: Caterina Guyet

Diseño de tapa: Diego Sánchez | Jorge C. Dragonetti

Primera edición: 2023

© Ediciones Universidad de Congreso, 2023

Colón 90. Ciudad de Mendoza. CP 5500

Tel. 0054 261 4230630

ediuc@ucongreso.edu.ar

www.ucongreso.edu.ar

Hecho el depósito que prevé la Ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea digital, eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso del editor.



AUTORIDADES UNIVERSIDAD DE CONGRESO

Rector

Mg. Ing. Rubén Darío Bresso

Vicerrector Académico

Mg. Cdr. Emilio Berruti

Vicerrectora de Administración y Finanzas

Cdra. Irene Casati

Vicerrectora de Planeamiento

Arq. Karen Noval

Secretaria General

Lic. Norma García

Facultad de Ciencias Económicas y de la Administración

Decano Cdr. Emilio Berruti

Facultad de Ambiente, Arquitectura y Urbanismo

Arq. Karen Noval

Facultad de Estudios Internacionales

Decano Mg. Lic. Ernesto Lucio Sbriglio

Facultad de Ciencias Jurídicas

Decano Dr. Alberto Rez Masud

Facultad de Ciencias de la Salud

Decano Dr. Roberto Furnari

Facultad de Humanidades

Decano Dr. Gustavo Made

*Dedicado a todos los combatientes que
defendieron nuestra Patria en la guerra de
Malvinas en 1982, especialmente a los 649
soldados que entregaron con valentía su vida*

PRESENTACIÓN

La Universidad de Congreso ya en el año 2013 fue promotora y fundadora del Observatorio Interuniversitario Cuestión Malvinas de la provincia de Mendoza. Desde entonces ha realizado múltiples encuentros y actividades que promueven la histórica reivindicación de la soberanía argentina sobre las islas a través de la producción y transferencia de conocimiento referente a Malvinas y con el claro objetivo de mantener viva la memoria de los héroes que lucharon y brindaron su vida en defensa de nuestra Patria.

Se ha abordado el tema Malvinas desde distintas perspectivas. En el marco de la Agenda Malvinas 40 Años, nuestra universidad ha querido agregar a la suma de abordajes multidisciplinares un enfoque metodológico de investigación histórica cualitativa como es el de las Historias de Vida. Las 41 entrevistas compiladas y ordenadas en tres partes, Ecos de la Guerra, Ecos Diplomáticos y Ecos Sociales, fueron realizadas con la intención de escuchar la voz de nuestros héroes en primera persona y de entender lo que significa la causa Malvinas desde diversas miradas y aristas.

Los ecos de Malvinas siguen resonando en la conciencia nacional y en la memoria colectiva, y su fuego sagrado sigue más vivo que nunca a pesar de situaciones o etapas en que se pretendió invisibilizar a nuestros héroes.

Aquí hablan ellos en primera persona.

Mg. Ing. Rubén Darío Bresso
Rector de la Universidad de Congreso

Índice

PRÓLOGO	12
PARTE I. ECOS DE LA GUERRA	22
Eduardo Raúl Magiarate	24
Carlos Antonio Tomba	36
Guillermo Raúl Torres	45
Hugo Ariel Rodríguez	52
Jennifer Aranda	59
José Luis Gabari Zoco	68
Miguel Rivero	75
Omar Rafael Montenegro	88
Marta Teresa Montenegro	93
Jorge Gustavo Roco	99
Lucio Candia	104
Liliana Colino	111
Héctor Darío Flores	118
Eduardo Sánchez	126
Carlos César Aruani	136
Guillermo Jorge Seguí	144
Ramón Andrés Suárez	150
Fernando Klix Berrotaran	157
Oscar Alberto Barrios	164
Jorge Adrián Navarrete	170
Carlos Federico Domínguez Lacreu	176
Miguel Suárez	182

Héctor Domingo Tessey	188
Jorge Villegas	200
Miguel Ángel Pereyra	207
Oscar Gerardo Gordillo	220
Luis Guillermo López	226
Adolfo Barnabó	233
Edgardo Luis Tomás Siri	239
José Luis Núñez	244
 PARTE II. ECOS DIPLOMÁTICOS	 250
Guillermo Ramón Carmona	252
Ariel González Serafini - Camila Bonetti - Juan Cruz Campagna	258
María Lourdes Puente Olivera	270
 PARTE III. ECOS SOCIALES	 280
Nicolás Kasanzew	282
Joaquín Sánchez Mariño	293
Mario Montoto	302
Federico Strifezzo	306
Gabriela Vásquez	312
Daniel Arias - Jonatan Bonetti	319
Nora Beatriz Dimotta	325
Danilo Farid Pérez	334
 EPÍLOGO	 338

GOLORE



Cuando se rompió la paz

Para quienes no hemos visto nunca luchar y morir de verdad, sino solo a través del cine o de la literatura, hablar o escribir sobre la guerra es pararse frente a un abismo desconocido y aterrador. La historia nos muestra las causas que originaron y dieron fin a tal o cual contienda bélica en el pasado, los actores clave que las guiaron, el número de vidas implicadas, las armas que se usaron y los efectos devastadores que dejó, entre otros, pero no la cruda realidad del suceso. Debemos recurrir a la imaginación para intentar entender el escenario del horror y analizar con los datos que se tienen la dimensión del conflicto. Incluso para comprender ese duelo a escala mayor del que habló Clausewitz, que se produce una vez finalizada toda guerra.

La imaginación, en todos los casos, girará alrededor de un universo de individuos, de distintas procedencias, edades y condición; de diferente formación e ideología que, obedeciendo órdenes y contraórdenes de sus superiores, se enfrentarán a lo desconocido. Apenas podremos reconstruir el sufrimiento frente a la soledad, la distancia de los seres queridos, el hambre, el frío, el cansancio o la muerte de un amigo en el campo de combate, y también, por qué no, las ganas de huir o la valentía y heroísmo de quedarse y enfrentar al enemigo. Quienes han estudiado la psicología de las guerras dicen que estas sacan lo mejor y lo peor de la fibra humana. Se esté en el bando en el que se esté, ya sea el del vencedor o el del vencido, la victoria nunca es absoluta. Así lo sintetizó con gran claridad el duque de Wellington, después de haber ganado en Waterloo, cuando dijo: *«Creedme, nada excepto una batalla ganada puede ser la mitad de triste que una batalla perdida»*. Lo afirmó una vez finalizada esa batalla que puso fin al intento de Napoleón de querer restablecer su poder y el de Francia en el concierto europeo. Los historiadores refieren que el comandante de las tropas británicas lloró amargamente al leer la lista de las bajas inglesas que había sufrido su ejército.

La guerra de Malvinas es el mayor desastre militar de nuestro país ocurrido en el siglo **xx**. Una serie de errores en el terreno militar y diplomático, de subestimación del contrincante y sus aliados, y de desconocimiento de la geografía del lugar, entre otros, lo atestiguan. Perdimos vidas humanas de jóvenes que tenían un futuro por delante, se truncaron la de muchos otros que sobrevivieron, se quebró el sentimiento patriótico y se torció el camino en la arena diplomática internacional, que tal vez pudimos haber conquistado. La evaluación que hicieron los militares de que los riesgos eran mínimos y la recompensa grande fue fatal.

Las fuentes documentales que se tienen y la profusa bibliografía que se ha publicado a lo largo de más de cuarenta años, a la que ahora se agrega Ecos de Malvinas, 41 años - 41 entrevistas, sumado a las conmemoraciones y monumentos levantados en los últimos años en diferentes sitios del país, luchan insistentemente con el desapasionamiento producto del manto de olvido que tiende el tiempo con los hechos del pasado. También contra todos aquellos que insisten en seguir invisibilizando el tema. Las entrevistas, testimonios y opiniones reunidos en cada una de las partes que componen este libro –**Ecos de la guerra, Ecos diplomáticos y Ecos sociales**– son una síntesis de lo antes señalado. La apuesta para encarar este trabajo colectivo por parte de un grupo de jóvenes estudiantes y jóvenes profesionales, que publica la **Editorial de la Universidad de Congreso-EdiUC**, ha sido fuerte. Luchar contra el olvido desde el presente.

Para poder contextualizar las cuarenta y una entrevistas que aquí se presentan, sobre todo la de los excombatientes y familiares, se hace indispensable trazar en este prólogo introductorio unas líneas sobre ese momento tan crucial de nuestra historia contemporánea. Puestas en su contexto servirán para que todos aquellos que, por cuestiones generacionales, no vivieron la guerra o aquellos que la vivieron desde afuera y la han olvidado conozcan y recuerden respectivamente lo que ocurrió. De este modo, harán justicia al heroísmo y profesionalismo de los soldados que expusieron sus vidas y a los que la ofrendaron defendiendo su Patria.

Los hechos

Corría el otoño de 1982. Desde hacía seis años gobernaba la Argentina una dictadura militar cuyo desprestigio se había solidificado a comienzos de la década producto de una severa crisis económica y de métodos represivos y de desaparición de personas practicados en años anteriores. En el mundo, los militares argentinos eran cuestionados por las violaciones a los derechos humanos. Desoyendo una vez más los cuestionamientos nacionales e internacionales, el 30 de marzo del 1982 reprimieron una gran concentración de la Confederación General del Trabajo que había marchado rumbo a la Plaza de Mayo. La sociedad argentina, atemorizada y pasiva desde 1976, venía manifestándose con algunas muestras de participación y compromiso, siendo esta la última más significativa. Por su parte, los partidos políticos se habían agrupa-

do en la Multipartidaria y reclamaban el regreso de la democracia. El presidente de facto desde fines de 1981 era el general Leopoldo Fortunato Galtieri, un militar que había alentado y orquestado la destitución de su antecesor, el general Roberto Viola, que contaba además con las simpatías del Pentágono norteamericano por haber apoyado a los «contras» nicaragüenses con el envío de armas. Este militar y su cúpula de gobierno fueron los directos responsables de conducir al país a la experiencia límite de una guerra.

De acuerdo a la ley del Servicio Militar Obligatorio (SMO) vigente por aquellos años, los soldados de la clase 1962 habían terminado el servicio militar y regresaban a sus hogares, mientras que los de la clase 1963 habían comenzado a ser incorporados para hacer su instrucción ese año. Los «colimbas», como se llamaba coloquialmente a los conscriptos en aquel entonces por la unión de actividades como «correr, limpiar y barrer», entre otras, eran movilizados desde las diferentes provincias del país luego de un sorteo que se hacía desde la Lotería de Beneficencia Nacional y Casinos en Buenos Aires. Era habitual en el último año de la escuela secundaria escuchar en las radios portátiles Spica, que llevaban los estudiantes, el sorteo, como así también observar la alegría o tristeza de quienes se salvaban «por número bajo» o de quienes eran elegidos para un destino impensado. Las edades de los jóvenes rondaban entre los 19 y 20 años aproximadamente, pero existía la posibilidad de pedir prórroga para hacer el «servicio». Por otro lado, estaban los cadetes, que eran los que hacían la carrera militar en el Colegio Militar y en la Escuela Naval del país. Entre las 22.30 del 1° de abril y las 02.00 del día 2, un grupo de soldados argentinos desembarcó exitosamente en la isla Soledad y redujo a una pequeña guarnición inglesa que depuso sus armas a las 09.30 de la mañana. El único muerto del encuentro fue un mendocino, el capitán Pedro E. Giachino. La bandera argentina flameó majestuosa en aquella gélida geografía al tiempo que la noticia se difundió por todos los medios de comunicación de la época. Se dio inicio así a la ocupación armada de las islas usurpadas desde 1833 por el Reino Unido, que recibió por nombre «Operación Rosario». Este nombre fue en recuerdo de Santiago de Liniers y las invasiones inglesas. La historia refiere que el héroe de la reconquista le pidió ayuda a la Virgen del Rosario frente a los invasores británicos. A cambio, le ofreció banderas como ofrenda por su triunfo.

El alistamiento de los jóvenes fue extremadamente acelerado, como refieren muchos de los testimonios reunidos en este libro. Incluso la mayoría coincide en señalar que no sabían nada de lo que estaba ocurriendo ni el destino donde los llevaban. Se reincorporó a la «reserva», es decir, a los soldados de la clase 62, a los que se les sumó los de la clase 63, recién iniciados en su instrucción. Los estudios de género sostienen que las primeras en darse cuenta de que las cosas no eran lo que parecían fueron las mujeres. Hubo movilización

masiva de hijos, nietos, hermanos y novios, que en algunos casos demoraron en comunicarlo a sus seres queridos por falta de medios y tardanza en llegar sus cartas. Hoy se conoce que también hubo mujeres afectadas a la guerra que trabajaron denodadamente día y noche como enfermeras salvando vidas en los hospitales modulares que dispuso la Fuerza Aérea. Un puñado de ellas fueron reconocidas internamente por los militares, pero la mayoría fueron invisibilizadas sin obtener ni siquiera rango militar. En esta obra aparece el testimonio de la única mujer en pisar suelo malvinense cuando flameó la bandera argentina, quien llegó en un Hércules convertido en avión sanitario. Unos diez mil combatientes fueron trasladados a Malvinas; salió a la luz casi de inmediato la falta de organización, de instrucción, de equipamiento, de alimentación y de desconocimiento del terreno por parte de sus superiores. Algunas de las entrevistas refieren que cavaban trincheras y que, producto de que la turba dejaba aflorar el agua, tenían que cavar nuevamente en otro sitio una nueva trinchera o «un pozo de zorro». También que, a falta de comida, salían a buscar ovejas para carnearlas y así sobrevivir.

Para poder entender la guerra y su devenir, se ha convenido en señalar tres grandes momentos o etapas. La primera arranca con el desembarco propiamente dicho y llega hasta fines de abril. Un tiempo en donde la diplomacia jugó fuerte en Londres, Buenos Aires y Estados Unidos. Alexander Haig, secretario de Estado norteamericano, fue el mediador aceptado por las partes. En este mes se conoció la Resolución 502 del Consejo de Seguridad de la ONU, que determinó el retiro de las fuerzas argentinas de las islas y la necesidad de establecer una pronta negociación. La petición de nuestro país respecto de una efectiva transferencia de soberanía no fue aceptada; y, cuando abril terminaba, se conoció la noticia de que Estados Unidos había apoyado a Gran Bretaña. También de que ya se había despachado una fuerza de tareas rumbo al Atlántico sur con acuerdo del parlamento británico. La mayoría de los ingleses había tenido que buscar en un mapa dónde quedaban esas islas que llamaban «Falklands» y quiénes eran esos nuevos ocupantes que denominaron «argies». Por su parte, la Comunidad Europea aprobó sanciones económicas para la Argentina, la consideró país agresor. Mientras todo esto ocurría, las noticias sobre la guerra en el Atlántico sur hicieron estallar el fervor popular de la sociedad argentina, no solo en Buenos Aires sino en todas las provincias del país, lo que despertó el sentimiento patriótico, inculcado desde la niñez en la escuela bajo la consigna siempre presente de que «las Malvinas son argentinas».

La segunda etapa arrancó al despuntar mayo, con los primeros bombardeos aéreos británicos en Puerto Argentino. El día 2, el submarino británico Conqueror hundió al crucero *ARA General Belgrano*, y produjo la triste pérdida

de 323 soldados argentinos. Estremece el relato de un sobreviviente que ayudó a otros soldados mientras buscaba salvarse. Sostiene que Dios lo guio para salvarse. Unos días después de este hecho, aviones argentinos lanzaron un misil Exocet y hundieron al crucero Sheffield. Fue un golpe duro para los ingleses que orientaron sus barcos hacia el estrecho de San Carlos, el que separa ambas islas –Gran Malvina (oeste) y Soledad (este)– para finalmente desembarcar al noroeste de esta última el 21 de mayo.

La última etapa se dio a partir de este día, y se vivieron momentos clave hasta mediados de junio. Entre estos, bajas navales británicas producidas por la Fuerza Aérea y Aviación Naval argentina, la caída de la guarnición argentina de Darwin-Gosse Green y los numerosos combates bajo malas condiciones climáticas y de noche. Los bombardeos desde tierra, mar y aire anunciaron el triste desenlace. El 14 de junio, a las 21.00 horas local, el general Mario Benjamín Menéndez, que había actuado como gobernador militar de las islas Malvinas, firmó la rendición de las tropas argentinas ante el general Jeremy Moore. La bandera del Reino Unido volvió a flamear mientras el gobierno conservador de la primera ministra Margaret Thatcher se fortificó. La noticia de la derrota sumió a la sociedad argentina bajo una gran confusión. Galtieri tuvo que renunciar a los pocos días y fue reemplazado por el general de división (RE) Reynaldo Bignone, último presidente del régimen militar, quien llevó al país hacia una salida democrática. La dictadura no recibió con la dignidad y respeto que se merecían los soldados que fueron agrupados como prisioneros de guerra antes de volver al continente. Transcurridos apenas unos años de terminada la guerra, los soldados ingleses revalorizaron lo hecho por los soldados argentinos, «jóvenes e inexpertos, y con tecnología armamentística inferior», pero valientes sin límites.

La guerra fue corta para algunos e interminable para otros que fueron volviendo de a poco a sus hogares, mientras sus familias los esperaban con ansiedad. Duró 74 días. De los más de 23.500 combatientes argentinos que pelearon, murieron 649 soldados, quedaron heridos más de mil y afectados psicológicamente un sinnúmero de ellos. Desde el fin de la guerra se han producido suicidios de veteranos de Malvinas y muchos de los que han logrado recomponer sus vidas han experimentado episodios de depresión. Gran Bretaña no ha revelado aún, en forma oficial, el número de bajas de sus tropas. De seguro, cuando se sepa, saldrá a la luz una vez más la efectividad de los soldados argentinos.

La memoria de un pueblo

Hoy, a más de cuarenta años de la guerra, Malvinas es historia viva. Entra en lo que se denomina «historia reciente» por su cercanía en el tiempo y porque el conflicto despierta, entre quienes la estudian, la enseñan, la recuerdan o la conversan desde el presente, posiciones encontradas. Es «historia reciente» también porque es memoria viva a través de los excombatientes que, ante cada oportunidad y posibilidad, siguen aportando sus testimonios a partir de sus recuerdos. Lo mismo sus familias, que los acompañan y contienen, y las que no los tienen, que los sufren en soledad y pugnan por justicia. El sentimiento de que «las Malvinas son argentinas» aún está presente en todos los habitantes del pueblo argentino, a pesar de la frustración que sobrevino después de la derrota. La guerra de Malvinas también es «historia desde abajo», porque permitió que jóvenes desconocidos al principio, llegados desde diferentes geografías como Mendoza, Chaco, Corrientes, Entre Ríos, Córdoba, Bahía Blanca y Buenos Aires, entre otros, entraran en la historia cumpliendo el deber patriótico de defender la soberanía de su país. Es «historia de las mujeres», porque afortunadamente se las está visibilizando no solo como objeto de estudio en una guerra sino como sujetos históricos. Lo es igualmente como «historia oral», porque los recuerdos de los excombatientes sirven y servirán no solo a los historiadores sino a la gente común para conocer detalles, emociones y humanidad de una guerra. Finalmente, es «historia de las imágenes», porque con el material visual que se tiene y sigue apareciendo, podrán obtenerse valiosos aportes, e «historia de ultramar», porque gracias a esta podrá seguir estudiándose la expansión colonial europea de siglos anteriores. La guerra de Malvinas es muchas historias más.

Tras algo más de cuatro décadas, el camino andado permite sintetizar que los militares de aquellos años fueron juzgados y condenados por los errores militares y de lesa humanidad que cometieron frente a la sociedad. Esta misma sociedad argentina que hacia 1982, salvo algunas excepciones que se alzaron en contra, salió a festejar el operativo de recuperación de las islas. También ella ha sido condenada verbalmente, aunque en honor a la verdad, hay que señalar que el comportamiento colectivo no puede ser juzgado tan tajantemente en un tiempo particular y de excepcionalidad como lo fue el de aquel momento.

La deuda hacia los hombres y mujeres que participaron en la guerra de Malvinas sigue pendiente. Por eso el valor de Ecos de Malvinas, 41 años - 41 entrevistas y el reconocimiento y respeto que le hacen todos aquellos que de manera

directa e indirecta participan en esta obra. Incluso, la Universidad de Congreso, como institución académica que promueve esta propuesta. La memoria individual de los protagonistas de aquella guerra todavía lucha por el reconocimiento de sus recuerdos. No hay dos memorias iguales. Aquí radica la riqueza de esta obra colectiva y el aporte a las futuras generaciones que hacen los estudiantes y profesores que la idearon. La reunión de tantos relatos sirve para la construcción de una memoria colectiva que se reescribe continuamente.

Ante un futuro incierto y ante el triste éxodo de jóvenes al que estamos asistiendo por la difícil coyuntura que vive el país en el presente, no podemos dejar de sentir nostalgia y emoción por esos jóvenes que sintieron amor y ganas de defender la soberanía de nuestra Patria, la Argentina. Estos hombres y mujeres son ejemplos de arraigo, de coraje, de entereza y responsabilidad frente a la misión que se les impuso. Valores fundamentales para poder recuperar como país, un lugar en el mundo.

Mg. Adriana Micale

Mendoza, junio de 2023

PARTE I. ECOS DE LA GUERRA



Eduardo Raúl Magiarate

(1/12/2021)

A los 67 años, Eduardo Raúl Magiarate tiene muy en claro que su misión, después de haber estado en combate en la guerra de Malvinas, es llevar un mensaje de esperanza a las nuevas generaciones.

Al momento de nuestro primer contacto, Raúl nos pide por favor que lo llamemos «Cholo». Se muestra muy agradecido por la invitación a participar del proyecto. Definitivamente, él no pierde ninguna oportunidad que se le presenta para contar lo que significa Malvinas y poner en valor el heroico trabajo que los soldados realizaron en 1982, así como explicar que ellos no perdieron la guerra.

Profesor de educación física, dejó los manuales para unirse de manera voluntaria a la batalla por la Patria. Formó parte del Ejército y luchó de forma activa en Malvinas desde el 23 de abril hasta el 29 de mayo, fecha en la que fue apresado por los ingleses hasta el 12 de junio.

Desde hace años pertenece a la Asociación Cuyana de Veteranos de Malvinas.

«Cholo» llega a la entrevista acompañado por miembros de su familia. Es un padre orgulloso. Para la ocasión, viste una camiseta en tonos celestes y azules con la imagen de las islas y la frase «Las Malvinas son argentinas». Está orgulloso de haber luchado por el país. Lleva la gesta en su alma y lo transmite.

Los años lo han endurecido y logra contener sus emociones incluso cuando relata episodios muy tristes y dolorosos. Él mismo nos aclara que es necesario dejar las lágrimas y esas emociones de lado en pos de que no se desvirtúe la importancia de su discurso.

**«Me encantaría volver a las Malvinas, pero no mientras tenga
que presentar mi pasaporte para ingresar».**

¿Le es difícil compartir su experiencia en la guerra de Malvinas?

Con los años me he ido acostumbrando. Es importante saber que en cincuenta años habrá un registro de lo que sucedió relatado por los propios combatientes. Lo importante es que se acuerden de nuestros muertos. Ellos son los únicos héroes de esta gesta. El hecho de dar la vida es un ejemplo irrefutable de amor por la Patria.

¿Cómo era su vida antes de la guerra de Malvinas?

Estudié en la Escuela Tito Laciari, después pasé por la Escuela Pouget. Soy técnico agrario y enólogo. Fui la Universidad Tecnológica Nacional para estudiar Ingeniería Química, pero al poco tiempo entré al Servicio Militar. Transítbamos una época muy nefasta para nuestra Patria. Al volver, hice la carrera de Educación Física. Di clases en escuelas. Fue en ese momento que escuché que el Ejército y las Fuerzas Armadas estaban incorporando profesores, auditores y veterinarios. Rendi para entrar, salí muy bien. Ahí empezó mi carrera militar: oficial de Educación Física en el Ejército, encargado de los entrenamientos para combate, la salud, la recreación. Rafting, paracaidismo, todo lo que constituye deportes dentro de las Fuerzas.

Dios tiene un plan para todos nosotros. Me recibí en diciembre de 1981 y en abril de 1982 estaba con cuarenta soldados, ocupando un rol de jefe en una guerra de Malvinas a la que todo el mundo quería ir. Me sentí bendecido, elegido. Yo a la guerra la veía, en ese entonces, desde un punto de vista más docente que militar y eso me habilita a dar una visión diferente, una visión bastante linda para nuestros jóvenes y para nuestro país.

Sacando cuentas, yo estaba con alumnos de primer año de la universidad o el último año de la escuela secundaria. Los chicos tenían entre 18 y 20 años. Nuestra química era muy buena y, a diferencia de lo que muchos creen, no eran unos pobres pibes de la guerra como se dice por ahí.

¿A qué se refiere?

Nosotros en ningún momento nos rendimos en Malvinas. No teníamos qué más tirarles a los ingleses. En un momento se nos acabaron las municiones. Y nuestros soldados, esos «soldados pobrecitos», desenvainaron sus cuchillos y querían seguir peleándole al inglés. Cuchillos contra las armas automáticas de los ingleses. Fueron los soldados los que tomaron esa iniciativa. No fui yo quien les dijo «vamos a seguir peleando». Yo no les dije nada. Solo tuve que sacar también el cuchillo, seguí el ejemplo de esos jóvenes soldados que muchos intentan denigrar diciendo «pobres chicos de la guerra». Realmente deseo que, en el futuro, la ciudadanía se dé cuenta de que no fue así. Mi misión es que esto quede claro y plasmado en algún lado.

¿Recuerda si se hablaba de Malvinas en los meses previos al conflicto?

Nada. A nosotros siempre nos hablaron de Malvinas en la escuela primaria. Recuerdo perfectamente a mi señorita Rosita de quinto grado «A» diciéndome

que las Malvinas eran argentinas, que se encontraban momentáneamente usurpadas. Siempre escuché que las Malvinas son argentinas. No sé si hoy se escucha lo mismo en las escuelas.

Durante los meses previos a la guerra, precisamente en abril, se hablaba con énfasis de la necesidad de recuperar Malvinas ya que Gran Bretaña sostenía que, después de 150 años de ocupación ininterrumpida, cualquier duda sobre la soberanía se disipaba. ¿Cuál es su opinión?

Tengo entendido que es así. Pasados 150 años, los países que tienen usurpado algún territorio pierden su posibilidad de reclamo. Hay muchas cosas que no sabíamos en su momento. Nosotros sobrevivimos una guerra y después con el tiempo tuvimos que informarnos sobre lo que había pasado. Se trató de una recuperación de las islas Malvinas, no de una invasión. Hay mucha gente que hasta el día de hoy dice «¿cómo se les ocurre ir a pelear contra los ingleses?». A nosotros no se nos ocurrió ir a pelear contra ellos. Los ingleses siempre han querido ocupar nuestro territorio... Primera invasión inglesa, segunda, Vuelta de Obligado. Las Malvinas no han sido la excepción. La diferencia es que esta vez vinieron con todo, con Francia, Estados Unidos, el uso de satélites. Les faltaba un OVNI nada más. Igualmente, les dimos una paliza y eso lo quiero destacar. Esto va a ir saliendo a la luz cuando los ingleses, a quienes realmente respeto, desclasifiquen los archivos que tienen etiquetados como muy secretos hasta 2070. Quien gana una guerra no tiene por qué clasificar tanto material. Dentro de mucho tiempo, quizás sus hijos vean que realmente no perdimos la guerra. Nuestros pilotos agujerearon sus naves, les destruimos todo lo que pudimos. Si nosotros hubiéramos tenido al general San Martín, otra hubiera sido la historia.

Los ingleses se presentaron con el gobernador de las islas, a quien no quiero ni nombrar, para ver qué podían hacer para evitar convertirse en prisioneros de esos negritos, pobrecitos que con boleadoras y cuchillos les habían destruido la segunda flota más importante después de la utilizada en la Segunda Guerra Mundial. El mundo admira a nuestros soldados. Incluso en Inglaterra nos tienen mucho respeto. Y nosotros los argentinos nos damos el lujo de denigrar a las personas que hacen algo por la Patria. Y no estoy hablando ni de derecha ni de izquierda. Estoy hablando de sentido común.

¿Cómo se revierte esta situación?

La solución está en las nuevas generaciones. En algún momento les va a tocar hacerse cargo de este país. Y estoy seguro de que las cosas van a cambiar.

Los genes de San Martín, Güemes, Elpidio González, Favaloro –argentinos que merecen toda mi admiración– siguen estando.

El general San Martín dejó una nación con los cimientos sólidos de las rocas de los Andes. No sé cómo terminamos construyendo una villa miseria sobre semejantes cimientos. San Martín era increíble como político, como defensor de los derechos humanos, como estratega. En algún momento esta guerra de la que estamos hablando tiene que servir como un faro de luz y tiene que unir a los argentinos para que nuestro país salga adelante.

Debió ser difícil para su familia verlo partir a combate.

No hubo despedida con la familia y no podíamos decir tampoco dónde estábamos ni hacia dónde íbamos. Cuando llegamos a Malvinas, todos firmamos un telegrama que decía más o menos lo mismo: «Estoy bien» y la firma.

Mi familia veía con muy buenos ojos que formara parte de las Fuerzas Armadas. Los Magiarate Guevara somos conocidos y respetados en Guaymallén (Mendoza) desde hace muchísimo tiempo por ser gente de esfuerzo, de trabajo y por la honestidad de mi abuelo y de mi padre.

Durante la guerra, ¿tuvo algún tipo de interacción con su familia?

En la guerra pasan muchas cosas feas, pero también deja algunas lindas anécdotas. Hubo un momento en que llegaban cosas a Malvinas vía aérea. Todavía no había bloqueo aéreo. Un día recibí un sobre con un casete y una foto de mi familia comiendo un asado abajo del parral. Puse el casete para reproducirlo y era el audio grabado de mi familia comiendo ese asado y hablando como si yo estuviera con ellos. Fue hermoso, terminaban cantando el himno. Mis compañeros me lo hicieron poner mil veces...

Después me imaginé que, con las noticias que se iban conociendo, no deben haber estado muy cómodos. Sé que mi papá quería ir al sur y que lo dejaran pelear a mi lado. Esas cosas que tienen los padres... Lo entendí cuando fui papá. Realmente uno aprende a ser hijo cuando se convierte en padre, no antes.

En esos momentos tan difíciles, la familia de uno se transforma en la familia de todos.

Es lo que llamamos «espíritu de cuerpo». Todos se preocupaban por el otro y se trabajaba mancomunadamente para que lo del otro saliera bien, para que el otro estuviera bien. Eso pasaba cuando me pedían escuchar una y otra vez el audio grabado de mi familia. Es un tema que, años atrás, me emocionaba

bastante contarlos. Al igual que cuando relataba la muerte de algún soldado o cuando los soldados sacaron sus puñales. Hoy controlo más esas emociones. No es que no me hagan mal, pero cuando uno pierde el equilibrio emocional, no se da cuenta de lo verdaderamente importante que quiere dejar plasmado.

¿Cómo decidió ir voluntariamente al campo de batalla?

Hay cosas que tengo grabadas a fuego. Este es uno de esos momentos. Estaba en mi sección con mi gente, en ese entonces en Corrientes; tomando mate muy temprano en la mañana, como corresponde, y escuchamos en la radio que habíamos recuperado las islas Malvinas. Se armó un revuelo importante, como si alguien pateara un hormiguero. Nadie sabía nada. Los jefes también se enteraron por la radio. Por supuesto que nadie sabía que íbamos a ir a Malvinas, pero el pensamiento fue «van a pasar cosas». Y empezamos a prepararnos. Todos tomamos nuestro mejor fusil, nuestra mejor ropa y a esperar. Lo peor de todo siempre es esperar.

Fueron pasando los días. Todos estaban muy entusiasmados y con ganas de ir a pelear. Los correntinos y los cuyanos somos de luchar por las causas justas. Había no menos de mil correntinos formados en la puerta del regimiento anotándose para ir a pelear. Eran civiles, no todos sabían manejar un fusil.

El regimiento siguió reforzándose con más oficiales y suboficiales. Recuerdo que estaba el odontólogo, el veterinario, el bioquímico y yo, y debíamos quedarnos a cuidar el regimiento. El médico y los enfermeros debían ir a la guerra. En ese momento, y pese a que el regimiento es como una mini ciudad que hay que cuidar con más de mil familias, dije: «Acá no me puedo quedar ni loco», y molesté tanto que terminaron autorizándome.

Para esa época, también daba clases en la escuela secundaria y mis alumnetos me preguntaban si también iba a pelear. ¿Cómo les podía decir a los gurises que su profesor no iba a pelear?

¿Cómo fue la logística hasta llegar a las islas Malvinas?

Del regimiento salí en operaciones, nos trasladaron de forma muy ordenada en tren. Había mucha gente. Es maravilloso cuando uno va a pelear y el pueblo te acompaña. Cuando algo es justo y verdadero, lo que se genera es indescriptible. Nos hicieron sentir muy bien.

Marchamos hasta Paraná, empezaron a transportarnos en micro. Llegamos a Caleta Olivia con la misión de ir a custodiar una frontera en el sur. Mientras estábamos en camino, se recibió una orden; pegamos la vuelta y nos subieron a un avión de Aerolíneas sin asientos. Viajamos sentados en el piso, eso

lo recuerdo muy bien. Ya cerca de las Malvinas, tenía la necesidad de verlas desde el aire y fui hasta la cabina. Me retaron bastante, pero tengo esa imagen de las Malvinas desde la cabina del avión muy viva.

Aterrizamos en Puerto Argentino. Nos dieron las órdenes correspondientes y cada uno fue a su sector. Armé las carpas para mi gente, muy contento porque las estacas se clavaban fácilmente en la arena. Esa noche nos quedamos todos mirando las estrellas mientras corría un fuerte viento, muy característico de la zona.

Tan fuerte es el viento que, en un momento dado, las carpas se volaron hacia el mar y salimos todos corriendo para recuperarlas. Nos alertan que el campo estaba minado así que no nos quedó otra alternativa que frenar inmediatamente. Nos quedamos quietos observando cómo nuestras carpas eran llevadas por el mar. Después nos repusieron los paños de carpa. Permanecimos ahí hasta que fuimos helitransportados hasta Pradera del Ganso.

Es incuestionable que son muchísimas las vivencias en Malvinas. ¿Qué es lo que más recuerda de la guerra?

Lo que más recuerdo es cómo nos protegíamos unos a otros. Los argentinos tenemos algunas cualidades muy importantes y se está haciendo lo imposible para que las olvidemos. Pero las tenemos todos, los más jóvenes y los más viejos. Poseemos un descaro total al momento de proteger a alguien, nos ponemos delante de cualquier munición, de cualquier cosa con tal de salvar al otro.

Ojalá aprendamos que la salida es mirar y cuidar al que está al lado, a nuestro prójimo, y de esa manera generar una inmensa capa de protección para todo el país. La gesta de Malvinas es lo único que nos ha unido a todos: pobres, ricos, todos sin importar la condición. No me he encontrado con nadie a quien no se le abra la puerta de su corazón al hablar de Malvinas. Y es nuestra misión, la de los veteranos, desde que volvimos.

Los que murieron en Malvinas entraron al bronce, a la gloria. En cambio, nosotros, aunque terminemos nuestras vidas de forma triste o víctimas de la inseguridad o de viejos, tenemos una misión: llevar un mensaje y que se sepa nuestra verdad. Ver gente entregando su vida por la Patria es enorme, es emocionante y real.

Muchos desvirtúan lo que hicimos hablando de Galtieri... que era borracho, que esto, que aquello. Incluso muchos veteranos de Malvinas no son dignos de la veteranía. Nosotros no venimos a pedir más plata u otra cosa. A la Patria no se le pide nada. Las cosas trascendentales no tienen nada que ver con las miserias humanas. A la Patria le das y punto. La Patria no es un gobierno.

No hay dudas de que la Patria no es un gobierno. Pero, ¿qué nos puede decir del trato que han recibido los héroes de Malvinas por parte de los diferentes gobiernos desde la vuelta de la democracia?

El trato de los diversos gobiernos hacia nosotros era esperable y no nos ha gustado nunca, desde que volvimos al día de hoy. No nos molesta que los gobiernos nos hagan a un lado porque sabemos que la Patria no nos ha hecho a un lado. La verdad es que no nos interesa si nos dan más dinero o más subsidios. Uno fue a pelear porque era lo que había que hacer, sin esperar nada a cambio. Aunque hay que destacar que detrás de esas pensiones hay un espíritu importante y se trata de gestos que han colaborado a nuestra reinserción en la sociedad.

En mi caso, volví y no pude volver a trabajar de profesor de educación física. Regresé de la guerra con serios problemas de rodilla y cadera. ¿De qué puedo trabajar? Seguramente y por el ejemplo que recibí de mi familia, algo hubiera encontrado. Me enseñaron a no claudicar. La pensión que cobro del Estado viene a subsanar esa situación, aunque igualmente tenga que salir a trabajar porque con lo que cobro no me alcanza. Llevo una vida de austeridad en la que no me falta nada. No me puedo quejar.

Sí me puedo quejar por la falta de atención en salud. Perdimos 323 hombres en el hundimiento del Belgrano, el resto para llegar a 149 en combate y llevamos más de 800 suicidios de compañeros. Es evidente que hay algo que no funciona. Hay un déficit en la contención y la salud psicológica de los veteranos de guerra. Es un tema para ocuparse.

Muchos combatientes se han centrado en lo que pueden cobrar, otros hemos elegido el camino de llevar un mensaje sobre lo que es la causa Malvinas y lo que representa, hasta las últimas consecuencias y hasta el último día de nuestras vidas.

Habla con mucho paternalismo y cariño de sus cuarenta hombres. ¿Cómo era ese vínculo?

Para mí fue muy fácil, incluso más fácil que para otros jefes. Yo había sido su profesor, así que me veían como su profesor. En ese momento tuve presente lo siguiente: hay jefes y hay líderes. El jefe ordena, el líder muestra. Yo siempre fui delante de todos. Nunca di una orden peligrosa que no cumpliera yo primero.

¿Usted y sus soldados mantenían algún tipo de relación con las otras Fuerzas?

Sí, teníamos relación con la Fuerza Aérea, con mecánicos, radaristas, con la Marina Mercante, Prefectura. La relación era buena. Nos cuidábamos cuando éramos atacados entre todos, pero cuando ya se aquietaban las aguas, cada uno volvía a su lugar con los suyos. No había mucho tiempo para relacionarse. Cada grupo sabía bien cuál era su tarea específica.

¿Cuál era su tarea específica?

Nosotros teníamos que custodiar el puesto comando a la noche, por si recibíamos algún ataque de los comandos ingleses. También custodiábamos la Base Aérea Cóndor, donde se guardaban los Pucará y los cañones bitubo de la Fuerza Aérea, que eran muy temidos por los ingleses y por eso eran un blanco perfecto.

¿Recuerda dónde se encontraba el 1 de mayo, día del bautismo de fuego de la Fuerza Aérea argentina en defensa de la soberanía argentina, con entrega de vidas y grandes pérdidas de material de combate?

El 1 de mayo, cuando comienzan los bombardeos, mi gente y yo nos encontrábamos volando en un Chinook, un helicóptero gigante, hacia Pradera del Ganso. Al llegar tuvimos que saltar del helicóptero con el casco, el fusil, los bolsones porta-equipos. Había mucha gente corriendo, el ruido de las gigantescas aspas no nos permitía casi escuchar otra cosa y pasó un soldado y nos gritó «pónganse a cubierto, boludos». En ese momento aparecieron dos aviones ingleses (Harrier) tirándonos de todo, a una velocidad impensada. No nos dio ni tiempo para tirarles. La verdad es que no tuvimos tiempo ni de mirarlos bien. Ese fue nuestro bautismo de fuego. Gracias a Dios no cayó nada sobre nosotros.

Desgraciadamente, ese día mataron al piloto teniente Daniel Antonio Jukic y a seis o siete mecánicos. El teniente quería sacar un Pucará, pero el piso estaba pantanoso, los mecánicos trataban de empujar el avión para destrabarlo y en ese momento les cayó una bomba y murieron todos. Fue un día muy triste para nosotros.

Unos días después tuvieron su revancha...

Tres días después, para ser preciso, el 4 de mayo, aparecieron tres Harriers más. El primero era piloteado por el teniente Taylor; al avión lo interceptó la bitubo y lo partió por la mitad. Taylor logró saltar, pero tuvo la mala suerte de que su paracaídas no se abiera y murió por el golpe. El segundo Harrier pasó

sin inconvenientes y al tercero le comenzó a salir una estela de humo color blanco. Lo había alcanzado a tocar la bitubo.

El helicopterista que estaba cerca de nosotros encendió el helicóptero y pidió voluntarios. Yo, obviamente, me mandé adentro del helicóptero sin dudar. Nuestra misión era esperar que el piloto del tercer Harrier saltara para capturarlo como prisionero. Nunca viajé tan rápido y tan bajo en helicóptero como en ese momento. Seguimos al Harrier hasta que se adentró en el mar y ahí nuestro piloto decidió volver pensando que sobre el mar podía haber más aviones ingleses.

La palanca de cambio del avión caído fue entregada como trofeo al encargado de la antiaérea. El resto de nosotros buscó partes del avión como recuerdo que luego perdí y mucho tiempo después recuperé.

¿Cómo es esa historia?

Yo terminé como prisionero de guerra. Ahí me sacaron el casete de mi familia, el pedazo de Harrier, un casquete, los cordones... prácticamente todo. Eso forma parte de los protocolos del trato al prisionero de guerra, así como, por ejemplo, el tema de la alimentación y un paseo de una hora al sol, entre otras cosas.

Años más tarde, en Buenos Aires, me encontré con un maratonista que había viajado a Malvinas y me reconoció. Me comentó que me había visto en algunos libros que relataban el derribo del Harrier y sacó un pedacito de metal y me dijo: «Es parte del Harrier, un obsequio para vos». No lo podía creer. Obviamente está guardado en un lugar muy especial, en mi casa. Mi hija atesora todo lo que voy juntando. Es tan patriota ella que, a veces, le trae incluso problemas. Pero es consciente y sabe que ese es el camino.

¿Cómo fue ser prisionero de guerra en manos británicas?

Recibimos la orden de hacer un alto el fuego la noche del 29 de mayo. No sabíamos que habíamos matado a uno de los jefes británicos y que el segundo al mando había ocupado su lugar. Recibimos una nota de los ingleses en la que decía que ya no iban a continuar peleando con nosotros y que habían dispuesto todos sus cañones alrededor de nuestras posiciones con el propósito de bombardear todo.

Yo estaba dándole seguridad a nuestro comando, así que siempre estaba muy atento a lo que pasaba en Jefatura. Nuestra respuesta hacia los ingleses fue recordarles que teníamos dentro de la iglesia a los kelpers. ¿Cuál fue la contestación inglesa? «No nos interesan los kelpers».

O nos rendíamos o nos bombardeaban. Lógicamente nosotros no nos queríamos rendir. Éramos jóvenes e inconscientes. Nuestro superior tomó la decisión de rendirse frente a una situación en la que no teníamos ninguna posibilidad de éxito y se iba a poner en riesgo la vida de todos sus subalternos. Casi todos los subtenientes estuvimos mucho tiempo enojados con él. Terminé entendiéndolo unos diez años después. Uno de joven es incendiario y con el tiempo y de a poco se va haciendo bombero.

Al momento de la rendición, los que teníamos menos de 25 años llorábamos como si nos hubieran sacado la pelota de fútbol. Fue un momento muy difícil. Después nos trasladaron a un galpón que se usaba para las ovejas. Empezamos a vivir las cosas que suceden cuando juntas a cincuenta jóvenes en un mismo lugar.

Muchos momentos duros y algunos más divertidos...

Exacto. Por ejemplo, automáticamente de un jarro, un pedazo de tela arpillera y una birome fabricamos un mate. De algún lado conseguimos algo de yerba y agua caliente. Cosas inexplicables que pasan en esos contextos. A los ingleses les llamaba la atención y querían saber si nos estábamos drogando. Era una situación graciosa. Recuerdo un capitán inglés que hablaba algo de español. A él le convidábamos mate pero muy amargo para que no le gustara.

¿Vivieron momentos en los que su vida corrió peligro siendo prisioneros?

Sí. Los ingleses hacían lógicamente inteligencia y nos interrogaban. Nos cuidábamos entre todos. En un momento comenzamos a poner trampas cazabobos con algunas granadas que conseguimos, pero éramos muchos y era imposible avisarles a todos dónde habíamos puesto una. No nos importaba nada. Estábamos dispuestos a que nos mataran por poner un cazabobos.

Así un día voló un Jeep. Y fue ahí que los ingleses intuyeron que si había una, seguramente había más. ¿Qué hicieron? Nos llamaron a los subtenientes junto a unos diez hombres para que realizáramos todos los trabajos que implicaban el movimiento de cosas. Era imposible conocer el lugar dónde estaban ubicados todos los cazabobos. Un día nos dieron la orden de mover unas municiones de 105, unos cañonazos sin retrocesos enormes, incendiarios. Cuando el subteniente Durán levantó eso, explotó en el acto y le provocó cortes en su torso, por suerte sin matarlo. Otros dos soldados murieron debido a la cercanía a la explosión y un tercero comenzó a incendiarse porque le cayó fósforo blanco encima. El sargento inglés, sin dudarlo, lo ametralló en el acto.

Se confeccionó un acta que me negué a firmar. Si a mí me hubiera pasado eso, me hubiera gustado que mi amigo me ametrallara, no un inglés. Cuando uno se quema con fósforo blanco ya no es vida, te quema por dentro. Es mejor la muerte.

El hundimiento del ARA General Belgrano fue un punto de inflexión en la guerra de Malvinas. ¿Cómo lo vivió?

Hubo varias versiones sobre el hundimiento de ARA General Belgrano. Algunos decían que había sido hundido por encontrarse fuera del área de exclusión. Eso está todavía en discusión. Sí sabemos que el capitán del HMS Conqueror, el submarino atómico que efectuó los disparos de torpedos, pidió tres veces la orden a la primera ministra británica Margaret Thatcher.

Los marinos no son de matar innecesariamente, el que es profesional no mata innecesariamente. Incluso hay códigos de guerra: si un enemigo está herido, no lo rematás. Lo ayudás y lo tratás como a un ser humano más.

El Belgrano era el primer crucero ligero que quedaba fuera de combate. No hacía falta, lo podías dejar flotando. Por eso el capitán preguntó tres veces y la orden que recibió fue clara: hundir al Belgrano.

Hundiendo al Belgrano, se cortaban inmediatamente todas las negociaciones. En ese momento estaban negociando Naciones Unidas, Gran Bretaña y Argentina. La Sra. Thatcher decidió cortar todas las negociaciones. Derribando al Belgrano, no había marcha atrás.

Sentimos mucha pena y mucha bronca. Nos sentimos mejor y nos recuperamos anímicamente cuando, unos días después, la Fuerza Aérea argentina, en represalia por lo sucedido, hundió al Atlantic Conveyor, un buque de apoyo logístico que llevaba de todo: municiones, aviones. Los ingleses ya no tenían nada.

¿Le gustaría volver a pisar suelo malvinense?

Claro. Me encantaría, pero no mientras tenga que presentar mi pasaporte para poder ingresar. Igualmente entiendo a mis compañeros que van y obviamente comprendo a las madres de caídos que viajan. Eso me pega muy, muy fuerte. Las madres de Malvinas son un ejemplo.

Durante esta charla ha dicho con firmeza que su misión hoy es llevar un mensaje. ¿Qué le gustaría decirles a las nuevas generaciones?

Malvinas representa el mensaje que Argentina puede ser el país que quiere y que no hay enemigo en el mundo que nos pueda destruir. Malvinas repre-

senta unión, paz. El tema es que nosotros somos nuestro peor enemigo. Igualmente, es para destacar que hay muchos más argentinos honrados, buenos, trabajadores, capaces, que argentinos malos. El problema es que estos últimos hacen más ruido.

A los jóvenes les digo que no le crean a nadie. Que piensen, que indaguen y que, sobre todo, usen el sentido común. Nuestros jóvenes son maravillosos. Nuestros jóvenes están llamados a hacer de nuestra Nación un país maravilloso. Hace muchos años, nuestros próceres dijeron que «los pueblos que olvidan sus tradiciones no son conscientes de su destino; mientras que los que se apoyan en tumbas gloriosas tienen un mejor porvenir». Y esas tumbas gloriosas no son las de los soldados; esas tumbas son las de los médicos que han muerto trabajando sin descanso durante la pandemia del COVID-19, las de los policías que se ponen en riesgo cuidándonos, las de los bomberos... toda gente maravillosa que da la vida por el otro. Para defender nuestra Patria no hace falta empuñar un fusil ni disparar un arma. Hace falta ser buen hijo, buen estudiante, bueno con el prójimo, tener buenos principios y valores.

Carlos Antonio Tomba

(13/10/2022)

Mendocino de nacimiento, Carlos decidió partir a Córdoba con unos pocos 17 años persiguiendo una ilusión: convertirse en piloto de la Fuerza Aérea. Haber visto a la Escuadrilla Cruz del Sur volando sobre el lago del parque General San Martín le encendió una chispa que sería imposible de extinguir. Él quería volar como los pájaros. Con una fuerte convicción, Carlos Antonio Tomba tomó la decisión consciente de que debía poner su vida, existencia y experiencia al servicio de la Patria. Y así lo hizo durante la guerra de Malvinas con su heroico desempeño.

Se formó durante cuatro años en la Escuela de Aviación Militar. Luego hizo el curso de piloto y más tarde regresó a Mendoza para especializarse como piloto de caza. Fue instructor de aviación militar y piloto de prueba en la fábrica de aviones cuando se estaba diseñando y fabricando el famoso Pucará.

Cuando comenzó la guerra, Carlos, quien estaba en el continente, se sentía mal por no colaborar junto a sus camaradas. «No te quiero tener acá, pensando en que tenés que estar allá; sé feliz y hacé lo que tengas que hacer». Esas palabras de su esposa fueron determinantes. Carlos afirma ser quien es gracias a la persona que tiene al lado. El apoyo de su mujer fue determinante.

«Mientras volaba cumpliendo una misión, los ingleses empezaron a tirar con cañones de treinta milímetros. Sentí un golpe fuerte sobre el avión y se me prendió fuego el motor. Cuando intenté maniobrar, moví la palanca y el avión no respondía. Decidí eyectarme».

¿Qué recuerdos tiene del 2 de abril?

Cuando me enteré por la radio de que se habían recuperado las islas Malvinas, la alegría fue enorme. Fue tanta que junto a mi señora e hijos fuimos a la Plaza de Mayo a festejar ese hecho histórico. Esa plaza colmada de argentinos fue memorable.

Para que los pilotos puedan mantener su habilitación, se nos demanda que tengamos que volar una cantidad de horas todos los meses. Yo hacía prácticamente un año y medio que no volaba. Los que estábamos haciendo el curso en ese momento fuimos enviados a cumplir tareas en los Estados Mayores,

que son organizaciones en donde se analizan, se preparan y se distribuyen los medios logísticos para apoyar a las distintas operaciones.

¿Qué información recibían mientras se encontraba en los Estados Mayores?

Empezaron a llegar noticias de las islas. Se decía que había problemas con el sistema de armamento del avión Pucará. Y la razón del problema es que se estaba operando en condiciones meteorológicas nunca previstas. Los aviones despegaban desde un potrero, porque no era una pista, era un potrero de 450 metros de largo. El avión se enterraba, producto del tipo de suelo sobre el cual se estaba operando. Llegaba esa información.

Yo me presenté como voluntario para ir a la guerra; por mi experiencia, por haber sido piloto de prueba y por haber realizado ensayos de armamentos en ese avión, conocía muy en detalle todos los sistemas. Dije que era muy importante que yo fuera a colaborar con los que estaban trabajando en las islas.

¿Finalmente lo aceptaron como voluntario?

Sí. El 24 de abril viajé en un avión de Aerolíneas Argentinas con rumbo a Comodoro Rivadavia. Desde ahí, a bordo de un F28, fui hasta Malvinas. Estuve dos o tres días en Puerto Argentino hablando con el Estado Mayor de la Fuerza Aérea. Después fui trasladado a la Base Cóndor, que estaba en Pradera del Ganso, donde se encontraba destinado el escuadrón Pucará.

Se eligió esa zona porque en Malvinas había un solo aeropuerto asfaltado, el de Puerto Argentino, y por su longitud no permitía la operación de aviones de alta performance. Además, tampoco se podían dejar todos los aviones en ese aeropuerto porque claramente era un objetivo.

¿Cómo se organizó el trabajo en la Base Cóndor?

Lo que se vio en ese escuadrón es que, una vez más, la voluntad y la capacidad del hombre puesto a disposición de un objetivo es extraordinaria. Lo que hicieron nuestros mecánicos y nuestros técnicos en pos de solucionar los problemas fueron realmente tareas excepcionales. Se trabajó de forma coordinada e ininterrumpidamente. El objetivo era que los aviones estuvieran disponibles para volar y así lo estuvieron siempre.

Frente a las necesidades y frente a las deficiencias, el espíritu del ser humano es capaz de superar las cosas más significativas y se pusieron así de manifiesto, logrando prácticamente que todo el material en servicio estuviera disponible para las operaciones con las limitaciones propias de la pista. De

acuerdo con los manuales, en esa pista no se podía despegar por la distancia y por el peso del armamento y, sin embargo, se despegaba y se operaba. Operábamos con la mitad del combustible y con la mitad del armamento.

¿Sentían el apoyo del pueblo argentino? ¿Llegó algo de lo que se mandaba desde el continente con tanto cariño?

Sí. Recibimos mucho apoyo de la gente del continente. Recibíamos sus chocolates, sus bufandas. Todavía tengo cartas guardadas en el álbum familiar de mucha gente que yo no conocía y que nos alentaba a seguir peleando, no solo por lo que significaba para la Patria, sino también para lo que significaba para ellos. Tengo grandes recuerdos de eso. Hoy son regalos para mis hijos.

Una vez que arrancaron los ataques enemigos, con el paso de los días se fueron intensificando...

Es correcto. Difícil fue lo que tuvimos que vivir el 1 de mayo. Los días anteriores empezamos a sentir que los ataques se iban intensificando vía el acercamiento de buques a las islas. Esta situación había sido detectada por los radares. En nuestra base teníamos un radar muy chico, de 40 millas. El radar de Puerto Argentino tenía un alcance de 150 millas.

Cuando desde Puerto Argentino, el 1 de mayo a las cuatro de mañana, nos dieron la alerta de que estaban teniendo eco de radar, 40 minutos después teníamos a los aviones ingleses lanzando 21 bombas de 21 libras. Pese a esta situación, la pista en Puerto Argentino nunca estuvo inoperativa.

Nosotros estábamos en alerta para tratar de sacar nuestros aviones de la Base Cóndor y evitar que los destruyeran estando en tierra. El puesto comando se encontraba aproximadamente a unos 30 o 40 metros de la pista. Yo estaba ahí en ese momento. Cuando empezaron a lanzarnos las bombas sobre nuestra cabeza, había podido despegar una cuadrilla. Una de las ruedas de un avión de la segunda escuadrilla que estaba por despegar se metió en un pozo, y generó que el segundo avión no pudiera seguir rodando. Lamentablemente a este avión le cayó una bomba en la cabina con el piloto adentro y provocó la muerte del teniente y siete suboficiales. Fue la primera toma de conciencia de lo que era la guerra.

En nuestro adiestramiento como pilotos de combate habíamos lanzado muchas bombas, pero en los campos de tiro, sobre blancos que eran piedras. Nunca habíamos visto el efecto de las bombas en los cuerpos de los seres humanos, el impacto de las esquirlas de una bomba en los cuerpos de los seres humanos. Ver a esas personas muertas fue un golpe muy duro.

En lo personal sentí una doble sensación: por un lado, mucho dolor al ver a mis camaradas muertos y heridos y, por otro lado, mucha bronca. En ese momento le pedí a Dios que nos diera fuerzas para cumplir con nuestra misión. Necesitábamos fuerzas para seguir adelante.

En otros relatos se ha mencionado el uso de las bombas Beluga, que no estaban autorizadas por la Cruz Roja Internacional...

Así es. La usaban a pesar de su prohibición. La bomba Beluga tenía aproximadamente 180 submuniciones, cuyo objetivo es provocar heridas en los seres humanos para producir bajas.

¿Cómo fueron los días posteriores a ese ataque inglés?

A partir de ese día, desde el continente la Fuerza Aérea envió prácticamente a todos sus aviones hacia las islas para evitar el desembarco inglés y la toma de las islas, que era su objetivo. Ese día se cumplieron cerca de 140 misiones entre los aviones Pucará de las islas y los del continente. Los británicos tuvieron que retirar la flota de la cercanía de las islas producto de nuestra contraofensiva. Esto incluso fue reconocido por los ingleses después.

A partir de ese momento, empezamos con actividad más intensa de vuelos de reconocimiento en todas las islas. En ese momento tomé conciencia de que junto al Escuadrón Pucará había gente muy joven volando, algunos que habían sido alumnos míos. Me sentí responsable. ¿Cómo podía ser que yo no estaba volando y los más chicos sí? Me dije a mí mismo: «Estando acá tengo que volver a volar». Así que le dije al entonces jefe de ese Escuadrón que, si no me habilitaba, igualmente iba a volar porque era mi obligación. Cuestión que me rehabilité en vuelo y pasé a formar parte de las escuadrillas que volaban diariamente.

Hasta el 20 de mayo la actividad prácticamente fue siempre la misma: el ataque aéreo de los Harriers y los buques que se acercaban siempre a la noche y cañonaban la base de Puerto Argentino y a la zona donde estábamos nosotros.

¿Cómo era pilotear en plena guerra?

Teníamos que realizar ataques en alturas, con ángulo de ataque. Es decir, venir rasante, levantar y encontrar una altura y después con un determinado ángulo atacar. ¿Por qué? Porque las bombas que nosotros lanzábamos tenían un cierto radio de acción, entonces había que lanzarlas con una altura tal que evitaran el efecto de las esquivas sobre el propio avión. Con los cohetes era de la misma forma.

Cuando arrancamos con los ataques en altura, los radares nos detectaban así que empezamos a bajar hasta que nos dimos cuenta de que la única forma de atacar una fragata era volar lo más rasante posible, pegados al agua o al suelo para evitar la detección del radar, y cuando el radar nos detectara, estar tan próximos al buque que evitara que los sistemas de misiles se armaran para que pudieran explotar.

Tanto los misiles superficie aire como los misiles aire-aire tienen un sistema de seguridad interno para evitar que exploten próximo al avión o próximo al buque. Se trataba de segundos de seguridad. Si nos acercábamos lo suficiente, entre que el radar nos detectaba y enviaba la orden a la central informática para que ordenara al misil salir, ya estábamos lanzando las bombas.

Era cuestión de precisión quirúrgica, porque eran muy pocos los segundos y aumentaba el riesgo para los pilotos...

Exactamente. Teníamos que asegurarnos de llegar lo más pronto posible para evitar ese tiempo necesario para lanzar la bomba y efectuar el lanzamiento. Por eso hay muchas filmaciones donde los pilotos nos acercábamos tirando con cañones o ametralladoras al buque para alertar los sistemas de defensas y así lanzar la bomba.

Además, tuvimos algunas complicaciones. Nuestros aviones no nos permitían el vuelo nocturno, también teníamos limitaciones de combustible. Podíamos estar cinco minutos encima de las islas y debíamos regresar por problemas de combustible. El único sistema que podía mantenerse en el aire mucho más tiempo era el A-4, porque tenía capacidad de abastecimiento en vuelo.

¿Qué sucedió el 21 de mayo?

Desde el radar de Puerto Argentino nos avisaron que necesitaban el despegue de una escuadrilla para detectar un posible desembarco de tropas con helicópteros en la zona norte de las islas. En ese momento, estábamos siendo atacados por buques y las condiciones meteorológicas eran malas. Pudieron despegar dos aviones primero en el minuto y medio que teníamos entre un cañonero y otro. Despegó la segunda sección, en la que me encontraba yo, en el intervalo que teníamos, y volamos hasta el lugar que nos habían marcado. No había nadie. Se trató de señales electromagnéticas que los ingleses habían mandado con el objetivo de engañar al radar respecto al lugar en el que estaban desembarcando.

Cuando avisamos que no encontramos nada, nos pidieron que regresáramos a la base. Mientras estábamos volviendo, el capitán del avión que volaba

junto a mí me dijo: «Guarda con el misil». Yo miré para atrás y alcancé a ver una columna de humo que nunca supe si venía de abajo hacia arriba o de arriba hacia abajo. Había pasado un misil entre los dos aviones y no nos había impactado a ninguno de los dos.

Bajamos más aún y nos metimos debajo de una nube. Dimos una vuelta alrededor de un cerro y regresamos a la vertical de la base, momento en que nos comunicaron que habían detectado una posición de una patrulla inglesa que estaba dirigiendo el tiro de los buques desde el estrecho hacia la base.

Ubicamos la posición, tiramos sobre la posición de los ingleses y la destruimos. Inmediatamente nos reasignaron otra misión: salir al estrecho para ver lo que había. Nos estábamos acercando al estrecho y alcanzamos a ver tres fragatas y los piques de los cañones que nos estaban tirando sobre el agua. En eso, mi numeral me avisó sobre la presencia de Harriers. Cuando miré hacia arriba, alcancé a ver a dos aviones enemigos encima de nosotros.

Ustedes ya habían estudiado los escenarios posibles y cómo encararlos y qué hacer...

Claro. Siempre cuando sale una misión, se habla sobre qué maniobras se van a usar, en qué determinado momento y en qué circunstancias. Lo que se llama *briefing*, que es una reunión previa para ver cómo realizar la actividad.

Habíamos acordado que, frente a un ataque, íbamos a hacer maniobra defensiva: la maniobra defensiva del Pucará. Es un avión que tiene dos grandes virtudes: opera desde cualquier lugar y puede volar a muy baja velocidad. La maniobra defensiva constaba en entrar en un viraje muy cerrado, reducir la potencia al mínimo y cerrar el viraje lo máximo posible. ¿Por qué? Porque sobre las toberas de escape se produce un pico de alta temperatura, los misiles aire-aire tienen cabezas infrarrojas que buscan los puntos de calor, y reducen la potencia al mínimo; se bajaba esa temperatura y se evitaba así que se pudiera enganchar el misil.

Nunca habíamos experimentado toda esa maniobra con el Harrier, que es un avión que tiene la capacidad de desflexionar sus turbinas, despegar verticalmente y volar casi como si se tratara de un helicóptero.

Después de hacer varios giros defensivos, sentí un golpe muy fuerte en el avión, un ruido sordo. Miré hacia mi ala izquierda y noté que estaba perforada. El avión seguía volando, los motores funcionaban, los radares funcionaban... Así que me pegué más al suelo. Estaba volando a cinco o diez metros del suelo, tratando de escaparme de nuevo.

Ahí sentí la segunda ráfaga. Me estaban tirando con cañones de treinta milímetros, que es un considerable calibre, y con esta segunda ráfaga experi-

menté el mismo golpe sobre el avión. Se me prendió fuego el motor y, cuando intenté maniobrar, moví la palanca y el avión no respondía.

Prácticamente, no tenía cómo conducirlo y decidí eyectarme. Al accionar la palanca, el piloto se eleva entre 90 y 120 metros encima de la posición donde se encuentra. En ese momento, el organismo soporta doce veces el peso de su cuerpo; motivo por el cual yo perdí el conocimiento.

Me acuerdo del momento en el que accioné la palanca de eyección y me volví a reconectar con la realidad cuando sentí que estaba tocando el paracaídas y mis pies el suelo. Afortunadamente, caí bien, sin lesiones. Quedé tendido en el suelo. El avión Pucará había caído a 40 metros de donde estaba yo y estaban explotando las municiones que le quedaban. Armé el paquete del paracaídas y saqué el paquete de supervivencia que va en el asiento, que es una cajita donde uno lleva comida y elementos de primeros auxilios y empecé a caminar hacia el lugar donde pensé que estaba la base. Mi derribo fue alrededor de las 11 de la mañana.

¿Qué había pasado con su compañero?

Él había logrado escaparse, porque normalmente, en una misión, los guías son los que tienen la misión de buscar al blanco y atacar al blanco. Los numerales son los que tienen la misión de proteger al guía para llegar al blanco. Esto es parte de una simbiosis, como le digo yo, de la Fuerza Aérea. Los mecánicos, los técnicos y los pilotos forman una unidad, una cohesión, porque uno sabe que la vida de uno depende de otro.

¿Qué pasó después?

Seguí caminando. No tenía equipo especial para permanecer a la intemperie. Lo único que llevaba era un pijama de invierno que me había dado mi señora para ponerme debajo del buzo de vuelo. Como a las 7 de la tarde, encontré la casucha de un cuidador de ovejas que estaba en el medio de la nada, me acerqué y no había nadie. Esperé un rato, golpeé y terminé entrando con la intención de resguardarme del frío, evitar morir congelado y pasar la noche.

De repente, empecé a escuchar el ruido de un helicóptero que parecía ser un Bell, de los nuestros. Dentro del equipo de supervivencia tenía bengalas así que salí y tiré una bengala. Me quedé esperando un rato y nada. Pero el ruido seguía próximo, tiré otra vez bengala y el ruido se empezó a acercar. Alcancé a ver las luces. Aterrizó el helicóptero y se bajó un mecánico que me dio un gran abrazo. Me subieron al helicóptero y empezamos el regreso.

A bordo iban dos jóvenes tenientes, personal que no estaba habilitado al vuelo nocturno y cuyo helicóptero tampoco estaba habilitado para vuelo nocturno. Desoyendo una orden que les habían dado, ellos decidieron seguir buscando. No querían volver a la base sin antes asegurarse de que podían rescatar a un camarada.

Unos días después, el 26 de mayo, la Base Cóndor fue atacada. ¿Cómo vivió esa situación?

Se inició el ataque a la Base Cóndor. Un grupo de pilotos se fue con los aviones y otros nos quedamos. Aprovechando la capacidad, la inteligencia y la voluntad de las personas, usábamos armamento que era de los aviones para ayudar a la gente del Ejército que defendía la base. A los cohetes que eran para tirar desde aviones los usábamos para tirar desde el suelo y funcionaban.

Usando la capacidad de los argentinos de superar las deficiencias, llegamos a tapar los agujeros de los aviones con poxipol y a realizar remaches con alambre.

Dos días después de que empezó este ataque, hubo una reunión en la Base Cóndor para analizar la situación. Yo lo que puedo decir de esa reunión es que me opuse a la rendición, porque creí que teníamos capacidad para seguir peleando... Pero mi visión no fue muy compartida. Así que finalmente se produjo la rendición de la Base Cóndor en Ganso Verde.

A partir de ahí, me llevaron a un lugar donde ya había prisioneros del Ejército y de la Armada, donde formamos un grupo de 12 personas. Nos tuvieron en una habitación de dos por tres, donde había una bomba argentina de 250 kilos sin explotar en una de las paredes. En ese lugar permanecemos unos diez aproximadamente. Los primeros días nos dieron solamente agua, después nos empezaron a dar latitas de paté, sin cubiertos. Teníamos el baño en esa misma habitación, en un tacho de 200 litros y al principio no lo usábamos.

En un momento, tomamos la decisión de que había que ir al baño porque nos terminaríamos enfermando, así que mientras uno iba al baño, el resto cantaba. Estando en la guerra y en esas condiciones, uno igual tiene pudor. Me veo en la obligación de decir que nunca nos pusieron en situaciones de vejación o de ataque.

Cuando el oficial británico me entrevistó, le dije mi nombre, apellido, rango y nada más. Él me respondió que me mandaba saludos el piloto que me había derribado y que se encontraba muy contento de que estuviera sano y vivo.

Oficié de traductor para nuestros soldados y después de gremialista, porque como representante de la Fuerza Aérea al frente del oficial de los prisioneros, teníamos que pelear por mejorar nuestra condición de prisionero. ¿Cuá-

les eran esas condiciones? Sacar el baño de donde dormíamos, comer a horas argentinas y lograr que nuestros cocineros hicieran la comida que ellos nos daban para que tuviera algo de nuestro sabor. Logramos los tres objetivos.

¿De alguna manera pudo avisarle a su esposa de su condición de prisionero y que se encontraba vivo?

Durante ese período de tiempo, mi señora nunca supo dónde yo estaba ni sabía que estaba prisionero. La primera noticia que le dieron a mi señora fue el día que me derribaron y le avisaron que yo estaba muerto. Por suerte, después la esposa de otro oficial la llamó por teléfono y le dijo en clave: «La jaula está rota, pero el pajarito está vivo».

Después, ella se enteró de que nuestra base había caído y que éramos prisioneros de guerra. De a poco, empezaron a llegar los prisioneros de vuelta al continente. Mi esposa iba a ver cada barco para ver si yo llegaba. Uno de los oficiales que había estado conmigo la vio y le dijo que me había visto una noche arriba de un buque y que a la mañana siguiente no estaba más. Prácticamente al mes de estar prisionero, le llegó una carta de la Cruz Roja diciéndole que yo estaba prisionero.

Qué difícil debió ser para ella tanta incertidumbre...

Fue muy difícil para ella. Tiempo después, cuando hablé con ella, le dije: «Creo que vos has sufrido más de lo que he sufrido yo». Yo sabía dónde estaba, lo que estaba haciendo, y ella tenía la poca información que le llegaba. Ella me contó que de noche escuchaba radio uruguaya para ver qué pasaba porque la información que tenía nunca era precisa.

Fueron muchos días de prisionero...

Nunca supimos por qué, pero evidentemente tenían información de que algunos de nosotros habíamos realizado algunas actividades extra. Así que estuvimos 55 días en total. En ese tiempo me bañé una sola vez. Cuando uno se rinde, tiene que estar sujeto a las condiciones que pone quien te tiene prisionero. No hay opción. Dentro de todo, creo que las condiciones no fueron, salvo esos primeros 10 días, de extrema rigurosidad.

[3]

Guillermo Raúl Torres

(5/1/2023)

Guillermo Raúl Torres es oriundo de la provincia de Mendoza, pero desde 1988 está radicado en Buenos Aires. Ingresó a la Escuela de Mecánica de la Armada en los años ochenta, un poco por casualidad, un poco por destino. Allí estudió para timonel. El conflicto de Malvinas provocó un profundo impacto en su vida al punto de abandonar la carrera militar y solicitar la baja voluntaria con la vuelta de la democracia en 1985.

Durante la guerra de Malvinas fue timonel del Bahía Buen Suceso, con tan solo 17 años. Tras el desperfecto mecánico que sufrió el barco en el que viajaba, él y la tripulación debieron ingresar a la Bahía Fox en Gran Malvina, donde permanecieron hasta el final de la contienda como prisioneros de guerra.

Torres perteneció al Centro de Veteranos de San Isidro y hace un tiempo forma parte del Centro de Veteranos de Vicente López, donde vive y brinda su testimonio para que escuelas, centros de veteranos y clubes también se hagan eco del reclamo por la soberanía argentina de las islas Malvinas.

«... a las islas las tienen que recuperar ustedes, pero de otra manera, donde corresponde, en algún juzgado internacional. Pero las islas son argentinas, no hay tutía. Como dijo Lula (...), no pueden venir a reclamar unas islas que están a 8.000 kilómetros. No son inglesas, son argentinas».

¿Cómo se decidió que vaya a Malvinas?

Una noche, durante una reunión, el subcomandante del barco me vino a preguntar si estaba solo y le dije que sí. Siempre cuento lo mismo. Me preguntó: «¿Querés ir a Malvinas?». Inmediatamente mi respuesta fue «no sé». Me retrucó: «¿Querés ir, sí o no? Le dije: «No le avisé a mi mamá». Me dijo: «Vamos». El ARA Bahía Buen Suceso necesitaba seis timoneles ya que se hacen guardias cada cuatro horas y ahí fuimos a parar. Zarpamos el 7 de abril desde Puerto Belgrano hacia Puerto Argentino.

¿Cómo fue ese viaje hasta Puerto Argentino?

Tuvimos casi tres días y medio de navegación. Fue mi primera navegación en alta mar. Estuve descompuesto un día y medio.

¿Qué ocurrió una vez arribados a Puerto Argentino?

Llegamos a Puerto Argentino entre el 9 y 10 de abril. Empezamos a desembarcar todo el armamento. El barco estaba lleno de todo tipo de armamento, combustible, comestibles, gente del Ejército. También llevamos una camioneta para el vicegobernador en ese momento. Bajamos todo.

Al día siguiente, me comuniqué con mi madre para decirle que se quedara tranquila, que todo estaba bien. Desde ahí le pude mandar las cartas, que en total fueron cinco.

¿Cómo llegó a Bahía Fox y hasta cuándo permaneció allí?

Zarpamos de Puerto Argentino. El ARA Bahía Buen Suceso ya tenía algunos inconvenientes. Era un barco muy antiguo, del año 1962. Ingresamos al estrecho de San Carlos, que es la división que está entre la isla Soledad y la Gran Malvina. En una oportunidad, de madrugada, íbamos navegando por el estrecho San Carlos y se prendió fuego una máquina. Tuvimos que ingresar a Bahía Fox, donde pudimos amarrar el barco. Nos quedamos ahí hasta la rendición.

La guerra se concentró mayormente en Puerto Argentino, así que tuvimos que hacer guardia casi en forma permanente. Estábamos atentos a los movimientos que había en Bahía Fox.

¿Qué fue lo más difícil durante la guerra?

Aprender cómo manejar un fusil, porque hasta ese momento mi práctica con un fusil había sido de un solo disparo en la escuela. El fusil que nos dieron tenía un solo cargador. Sin municiones, los otros cargadores me los tuve que conseguir yo. Incluso la ropa que yo tenía se la tuve que sacar a un compañero.

Todos tuvimos algún inconveniente, desde la comida, el aseo hasta el armamento. Nosotros en el barco ya veníamos con un problema de agua dulce porque los motores principales de los barcos se enfriaban con agua dulce en ese momento.

El agua dulce se cortó rápidamente en el barco. Empezamos a tomar agua de lluvia, con problemas para usar los baños. Una mañana, me crucé en plena navegación con el capitán Zukowski, que me vio con barba, era el tercer día

sin asearme, y me dijo: «Marinero, ¿por qué está sin afeitarse?», le contesté «estamos cuidando el agua» y me dio la orden de que me retirara inmediatamente para afeitarme. Incluso amagó con pegarme una trompada. Ciertamente me tuve que afeitarse y luego mostrarle que la orden había sido cumplida.

El conflicto bélico comenzó los primeros días de mayo. El primer ataque que recibimos nosotros en Bahía Fox fue el 17 mayo, el día de la Armada argentina y justo el día del cumpleaños de mi madre. Fue bastante duro porque fue la primera vez que sentí el ruido de una bomba. No sabías bien adónde te iba a caer todo esto.

¿Qué ocurrió al día siguiente de ese primer ataque?

Los ingleses tomaron posiciones. El famoso Sea Harrier marcó a nuestro barco, era el blanco. Empezaron a disparar. La bomba que lógicamente era para el Bahía Buen Suceso cayó en un galpón de al lado y lo prendió fuego. Fue una verdadera locura.

¿Cómo vivieron el hundimiento del ARA General Belgrano?

Lamentablemente, nosotros no teníamos buena información. Teníamos que escuchar la radio Colonia que, a veces, tenía mejor información que la que recibíamos nosotros oficialmente de los militares. Estábamos viviendo en un gobierno de facto y te iban acotando la información con el objetivo de que los soldados no manifestaran alguna baja en el estado de ánimo.

Me enteré del hundimiento del Belgrano casi cuando terminó la guerra.

¿Cómo era la relación con sus compañeros?

La relación entre los pares o entre mis compañeros, porque también había conscriptos o colimbas, era bastante buena. Para nosotros no fue una guerra corta o larga, fue una guerra. Entre nosotros nos cuidábamos y estábamos atentos con lo que el otro podía necesitar, desde municiones hasta cigarrillos.

Y la relación con los superiores, ¿cómo era?

Dependía del jefe. Recuerdo una anécdota. Nosotros habíamos hecho un grupo aparte, de los seis que dormíamos en un tinglado encima de la alfalfa, donde descansaban los caballos. Algunos de los muchachos entraron en algunas casas de los isleños que estaban vacías a robar algunos objetos.

Un superior se dio cuenta de lo que habían hecho. Entonces se hizo una reunión a plena hora del mediodía en la cual nos pusieron frente a todos los compañeros del barco y dieron vuelta una bolsa con varias cosas robadas. Era una bolsa grande, como de papa. Estaba llena. Había una máquina de escribir, un parlante...

El superior que estaba a cargo nos dijo: «No vale la pena ni gastar una bala en cada uno de ustedes». Me pregunté a mí mismo: ¿por esta pavada me iban a fusilar? No sabía si te lo decían para amedrentarte o si realmente podían llegar a hacerlo. Porque han habido situaciones muy fuertes en las islas que mucha gente desconoce y que no vale la pena traerlas a colación ahora.

A la noche, luego de esta situación, nos fueron llamando uno por uno, como en un juicio militar, para revisar qué teníamos. Cuando me tocó mi turno, un suboficial me llevó a una casa donde me enfocaron con una luz muy potente, como muestran en las películas. Tenía los oficiales detrás. Me preguntaron qué tenía. La verdad es que no tenía nada. Por suerte, no necesitaba nada. Esa situación se repetía por todas las islas. Los que más lo sufrieron fueron los del Ejército. En general, el oficial y el suboficial del Ejército fueron muy duros con sus soldados.

Vivió muchas situaciones complicadas y feas, ¿cómo lo vive hoy? ¿Preferiría poder olvidar lo que ocurrió en Malvinas?

Hoy, a más de cuarenta años, y luego de las charlas que uno va dando, voy desmenuzando todo con más detalle. Yo me acuerdo de todo como si hubiera sucedido el año pasado. Hay gente que te dice «tenés que tratar de olvidar ciertas cosas que te lastiman...». No, esto es mío y no me lo va a sacar nadie. Yo voy a seguir defendiendo la soberanía argentina sobre las islas Malvinas porque son nuestras. La malvinización de los veteranos va muy por dentro y nada tiene que ver con un disparo recibido o con alguna situación extrema vivida. Es mucho más profundo.

¿Cuál fue la situación más desesperante que tuvo que vivir en Malvinas?

El 25 de mayo, los barcos ya estaban en el estrecho de San Carlos. Había un buque destructor de los ingleses y esa noche comenzó el bombardeo naval. Ese bombardeo se fue estirando. Fueron entre tres y cuatro horas. Duró hasta la madrugada del 26 de mayo y fue el más grande que tuvo la Bahía Fox, de Gran Malvina.

Ese bombardeo fue una tortura. Se sentían gritos y chiflidos de bomba por doquier. Todo se sentía muy cerca. Se percibía cómo vibraba la tierra. Noso-

tros no podíamos hacer nada, porque no teníamos armamento. Cuando retrocedimos, el grupo nuestro se dividió.

En ese ir y venir de bombas se veía cómo salían disparadas balas trazantes. En un fusil o en una ametralladora, mayormente cuando uno ataca de noche, se coloca cada cinco municiones una bala trazante. Es de color rojo o verde y sirve para saber dónde estás disparando. Fue un bombardeo de unas interminables cuatro horas.

Después la gente comenzó a acomodarse, a reunirse y a pedir camilleros. De casualidad, tenía a mi lado una camilla de la Segunda Guerra Mundial. Guiado por los gritos me fui desplazando hasta que me topé con el cuerpo sin vida de mi amigo y compañero Juan Ramón Turano. Fue la única baja del Bahía Buen Suceso.

¿Cómo transitó la etapa final de la guerra? ¿Cómo fue el proceso hasta la rendición?

A partir de ese bombardeo tan grande que tuvimos, después hubo otros pequeños, más que nada, ataques aéreos. Pasó mayo. Nosotros continuamos en alerta permanente. Llevábamos cuarenta días sin bañarnos, que en esas circunstancias era lo que menos nos preocupaba. Comíamos una sola vez al día.

En junio, las cosas se pusieron feas porque los ingleses atacaban cada vez más. Seguíamos haciendo guardias intermitentes hasta la famosa noche del 14 de junio. Se rumoreaba sobre posibles ataques de ingleses sobre lo que es hoy Puerto Madero o frente al Congreso.

¿Qué pasó el 14 de junio y dónde estaba usted?

Ese 14 de junio hice la última guardia. Me vino a buscar el suboficial encargado y me dijo: «Terminó la guerra, volvemos al continente». Fue un alivio saber que regresábamos. Salí de ese puesto de guardia para volver al galpón donde dormíamos todos. Presencié el momento en el que se bajó nuestro pabellón. Acto seguido se izó la bandera inglesa. Ya no había nada más por hacer.

Usted fue prisionero de guerra, ¿cómo vivió esa situación?

Cuando nos despertamos en la mañana, había como cuatro o cinco barcos dentro de la bahía, helicópteros y soldados ingleses por todos lados. Ya nos teníamos que levantar en situación de paz. Empezamos a entregar las municiones. Con los fusiles se armó una montaña gigantesca. Yo era uno de los que me iban dando y le iba sacando el cargador y lo tiraba. Tiraba la munición por un lado, y el fusil por otro.

A todos nos hicieron una pre revisión. Nos metieron en un galpón donde estaban las ovejas. Después nos trasladaron en helicóptero a un buque de ellos. Ya estábamos bajo sus armas. Finalmente nos trasladaron al famoso Norland. Nos llevaron hasta Puerto Madryn.

Entonces todo el proceso se vivió de forma pacífica...

En realidad tuve un altercado. Quería llevarme algún recuerdo así de las municiones que yo tenía, me guardé algunas dentro de unas medias. Después guardé también una munición antiaérea, que es una bala bastante grande. Cuando me llamaron para la revisión me tuve que abrir de manos y de piernas. Me sacaron el cinturón, los cordones y me hicieron dar vuelta toda la bolsa en la que llevaba ropa y pertenencias. Empezaron a sacar todo y revisaron minuciosamente cada cosa. Lógicamente encontraron dentro de las medias las municiones. El soldado inglés que estaba a cargo me apuntó a la panza directamente y me empezó a hablar en inglés.

Yo estaba abierto de pies y de manos temblando como una hoja. El británico me seguía hablando. Yo le respondía: «Sí, sí, sí», mientras lo miraba a los ojos. De repente apareció en escena otro oficial inglés que hablaba en castellano, que también me apuntó con una ametralladora. Me dijo: «Soldado argentino, usted está bajo las armas inglesas; si nosotros queremos, lo podemos matar ahora mismo».

La situación fue muy tensa. Cuando terminaron con el sermón de revisarme me empujaron con la intención de que me cayera. Me quedé mirándolo fijo como diciendo «algún día te voy a encontrar».

¿Cómo fue la vuelta a Argentina?

Llegamos a Puerto Madryn después de tres días de navegación. Antes de desembarcar pasamos por una revisión y pudimos higienizarnos las axilas, el cuello y la cara con un agua negra, sucia y fea.

Nos dirigimos hasta un lugar del Ejército. Y ahí nos bañamos. Además nos entregaron ropa limpia. Tomé el mate cocido más rico del mundo y lo acompañé con un sándwich de mortadela.

Esa noche dormimos todos juntos en lo que era antes la SIDE, el Servicio de Inteligencia del Estado. Tuvimos que dar información de lo que habíamos visto. Al día siguiente ya pudimos ir cada uno a su destino; en mi caso Puerto Belgrano, donde fui recibido por mis compañeros. Un día después, volví a Mendoza a ver a mi madre. En Mendoza me quedé unos quince días recorriendo el barrio y avisando que estaba vivo.

¿Cómo fue el reencuentro con su madre?

El reencuentro fue intenso. Me bajé del taxi una cuadra antes de llegar a la casa de mi mamá. Ella no sabía cuándo volvía. Al verla, ella estaba comiendo una manzana. Voló el cuchillo y la fruta. A ella la vi destruida, muy ojerosa. Al comienzo no quise hablar de la guerra.

Mucho tiempo después, a veinticinco años de haber regresado de Malvinas, ella me visitó en Buenos Aires. En ese momento me preguntó por mi historia. Se puso a llorar y me dijo: «Pensé que habías matado mucha gente y que por eso no me querías contar». Así que la fui ubicando en tiempo y espacio y le conté desde cero. Se tranquilizó.

¿Le gustaría volver a Malvinas?

En su momento tuve la posibilidad de regresar, pero el psiquiatra no me autorizó. Aún sigo con tratamiento psicológico. Además, no podría ir solo. Tendría que ir con alguien más de mi grupo.

Hugo Ariel Rodríguez

(13/9/2022)

Hugo Ariel Rodríguez es veterano de Malvinas. Hugo siempre quiso ser soldado. De niño jugaba con soldaditos separándolos en bandos. Nunca imaginó que ese juego se convertiría varios años después en un combate real del que él no sería espectador sino protagonista.

Rodríguez ingresó a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral en 1981 a muy temprana edad. En 1982 cuando estalló la guerra de Malvinas, Hugo tenía 17 años, una novia de nombre Beatriz y un patriotismo inmenso que le explotaba el alma.

«Estuve dispuesto a morir, con 17 años y como una rata miserable; sin tiempo de sentir miedo».

De pequeño jugaba con soldaditos de juguete, ¿quiénes integraban esos bandos?

Mi bando y un enemigo ficticio. Los hacía combatir. Eran cosas de chicos. Probablemente era fruto de las películas que veía «yankinizadas». Eso nació como nacen todas las cosas que después se materializan en la vida del hombre, como un sueño, después uno va madurando los pensamientos y los lleva con esfuerzo al plano de la vida real.

¿Cómo decidió seguir la carrera militar y qué edad tenía cuando estalló el conflicto por Malvinas?

En mi adolescencia, cumplidos los 16 años. Junto con un hermano mayor, quien de alguna manera me indujo, entramos al Ejército. Entré a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral en 1981. Transcurrió el primer año de formación hasta que fuimos sorprendidos con la recuperación de nuestras islas Malvinas.

A fines de 1981 conocí a una chica que se transformó en mi novia. Beatriz, «Alma» le digo yo. Cuando estalló el conflicto, yo estaba en el segundo año de la escuela como aspirante en infantería. El 7 de abril de esa misma semana, egresamos de combate; algo totalmente inusual en las Fuerzas Armadas. Con el bolsón portaequipo al lado, ese día juramos la bandera vestidos de combate.

Como todos sabemos, se jura los 20 de junio, pero nosotros la juramos bastante tiempo antes. Ese mismo día a la noche ya estábamos separados por grupos para ser movilizados a las distintas unidades del país. Cuento un pequeño detalle, fui un pequeño infiltrado digo yo, porque no separaron a los menores de los mayores de 18. Yo era menor, tenía 17, me tocó junto con otros diez compañeros míos ir a una unidad del norte: Corrientes, Paso de los Libres, Regimiento de Infantería 5. Esa unidad pertenecía a la Tercera Brigada de Infantería.

Entre el 7 y el 8 viajamos en micro a esa unidad. Cuando llegamos allá hicimos las presentaciones a los jefes. Ahí nos dimos cuenta de que la unidad estaba siendo preparada para ser movilizada. ¿Dónde? No lo sabíamos en ese momento.

Ya había pasado el histórico 2 de abril, ¿cuál era su sentimiento, el de un aspirante que había jurado la bandera sabiendo que se habían recuperado las Malvinas?

Realmente fue algo shockeante. En primera instancia porque recuperar Malvinas, si bien siempre estudiamos las islas, era muy lejano. La recuperación para nosotros era muy lejana, no para los «cráneos» que teníamos en ese momento. Fue un sentimiento muy grande poder contar con algo que durante tanto tiempo estuvo lejos de las posibilidades como que flamee nuestra bandera en Malvinas.

¿En algún momento sintió temor?

¿Temor? No, no pensábamos en eso. Eso estaba dentro del contexto, era una inercia misma, no había tiempo de tener temor bajo ningún punto de vista.

¿Cómo los organizaron para ir a Malvinas?

Fuimos movilizados hasta el regimiento y allí nos separaron. Por orden de mérito, a los más antiguos... Nos separaron en compañías: A, B y C. No sé por qué, pero había uno más antiguo que yo que fue a la B y yo fui a la A. Otro compañero, fue a la C, Yapeyú. Esta compañía hacía las veces de custodia del mausoleo del general San Martín en Yapeyú, cuna de nuestro libertador. Los otros siete se quedaron, no fueron tocados por suerte. Yo particularmente tuve la suerte de haber ido a Malvinas.

¿Cómo fue el viaje hasta Malvinas?

Nos despidió todo el pueblo. Toda la unidad, casi mil hombres, fue trasladada en tren hasta Paraná y de ahí movilizada vía aérea hacia Comodoro Rivadavia. Los aviones fueron preparados para el traslado de tropa sin asientos. Como no había asientos, las ventanillas nos quedaban por encima de la cabeza e íbamos todos sentados espalda con espalda. No podíamos ver lo que pasaba afuera. Íbamos con todo el equipo: el bolsón, las mochilas, todo el equipamiento individual.

Nuestra unidad, en primera instancia, no iba a ir a Malvinas sino que iba a ser trasladada al oeste porque se preveía el conflicto con Chile, nuestros «hermanos queridos», quienes les dieron mucha ayuda a los ingleses en ese momento.

En pleno movimiento hacia la cordillera, llegó una contraorden que suspendió esa movilización. Nos mandaron nuevamente a la unidad de asiento en Comodoro Rivadavia. Ahí estuvimos desplegados como unidad, en la costa atlántica, cuidando las destilerías, donde se fabricaba el combustible JP1, que es el combustible para aviones. Era un blanco posible del enemigo para hacer sabotaje. Culminada la semana, llegó finalmente la orden de nuestro general que decía que todas las unidades debían ser trasladadas hacia Malvinas.

Fue así que otra vez embarcamos y llegamos a Puerto Argentino en un abrir y cerrar de ojos. Nos llevó más o menos una hora de vuelo hasta que descendimos en Puerto Argentino. Ahí nuestra unidad se desplegó y armó un pequeño libac. Todavía en ese momento no teníamos bloqueo del enemigo inglés, podíamos movilizarnos tranquilamente. Tampoco había ataques. Estuvimos en ese lugar un par de días, hasta que llegó la orden de trasladarnos hasta Gran Malvina.

Cerca del 20 de abril nos trasladamos por aire en helicóptero hasta Puerto Howard. Digo Puerto Howard porque es la denominación que recibe hoy por hoy ese lugar, nosotros lo bautizamos como Puerto Yapeyú en homenaje a la cuna del general San Martín. Ahí nos desplegamos e hicimos una seguridad de 360°.

¿Cómo se formaron una vez que llegaron a Puerto Yapeyú (Howard)?

Empezamos a cavar los pozos que serían nuestras trincheras y nos encontramos con las dificultades propias del terreno de Malvinas, que está compuesto por una turba esponjosa y también presenta una fisonomía pedregosa. Había 40 o 50 centímetros de agua. Nos topamos con uno de nuestros principales enemigos, la humedad. La conjugación del frío y la humedad lleva al hombre a un extremo muy límite, lo quiebra.

¿Cómo solucionaron el problema del agua en la trinchera?

Al no poder seguir cavado, empezamos a acumular pedazos de turba y de madera en los frentes de nuestras posiciones para resguardarnos. Durante el día permanecíamos así y en la noche armábamos el paño de carpa por el tema de las lloviznas, que eran congelantes. Con las primeras luces del día desarmábamos todo para evitar ser vistos desde arriba.

Otros combatientes han hablado del bautismo de fuego, ¿cuál fue el suyo?

Nuestro el bautismo de fuego el 1 de mayo. Fue el bautismo de la Fuerza Aérea, como otras tantas unidades que recibieron el fuego enemigo. Me acuerdo de que estaba de guardia y nos sorprendió un ataque helitransportado del enemigo. Aparecieron cinco o seis helicópteros que evidentemente estaban haciendo un trabajo de exploración. Al verlos descender, les empezamos a tirar. Esa ansiedad que uno va acumulando en la defensa trabaja psicológicamente muy fuerte en la cabeza. En la vida común a muchos nos pasa eso, por la ansiedad de querer obtener algo en la inmediatez, se genera una ansiedad extrema que hasta se seca la boca, eso juega en contra, porque hay que entrar en acción en forma inmediata. Eso, tal vez, termina traicionando, porque no se puede resolver tan rápido como uno espera.

Ellos no esperaban que estuviéramos listos para disparar y empezamos a hacerlo. Lo lamentable fue que estábamos fuera del alcance de las armas automáticas: las ametralladoras, fusiles y lanzacohetes. Nosotros abrimos el fuego con esa ansiedad que teníamos y nos llevó a que sea contraproducente en este ataque. Fue un error que también cometimos por falta de experiencia. Empezamos a abrir fuego y ellos contestaron con ráfagas que llegaron a corto alcance y por suerte no hicieron blanco. Ese fue el primer encontronazo que tuvimos con el enemigo. Hubo fuego y ellos se replegaron en forma inmediata por el cerro.

¿Qué ocurrió luego de ese bautismo de fuego?

A partir de ese enfrentamiento, los ingleses ya tenían en claro nuestras posiciones. Como era lógico, empezamos a sufrir todas las inclemencias de fuego enemigo. Pasó mayo, transcurrido ese mes, se empezó a desarrollar un hostigamiento extremo. «Empezaron a darnos para que tengamos y archivemos», como digo yo. Sufrimos el asedio del fuego enemigo: naval y ataques de la Fuerza Aérea.

Los ataques de la Fuerza Aérea se realizaban de día porque tenían mayor visión. Y durante las noches nos hostigaba el fuego naval, que nos hacía aferrarse al suelo porque no daba opción a nada. Nos defendíamos con cañones, con lo poquito que teníamos. Por esas cosas, nuestra unidad no fue completada con toda la logística correspondiente en tiempo y forma.

¿Por qué estaban más preocupados: por el frío, el agua de la trinchera, la escasez de alimentos o el enemigo?

Estábamos más bien «ocupados» en sobrevivir, más que nada. De sobrevivir a distintos factores. Siempre hablo de mi experiencia, no de lo vivido por otros compañeros. Así estés a 50 o 100 metros, cada uno vivió su propia historia.

¿Durante algún momento del combate hubo bajas en su unidad?

Por supuesto que tuvimos heridos y muertos. En nuestra unidad hubo seis muertos, producto de los distintos ataques del enemigo. Al principio tenía diez hombres a mi cargo y cuidado. Luego por diversas razones se me fueron agregando más hasta llegar a los catorce. Y digo «cuidado» entre comillas porque creo que no me podía cuidar ni a mí mismo. Pero fue por voluntad y por carrera. Si bien fue precipitado todo, esa era la responsabilidad que yo tenía que asumir y así lo hice. Yo solo tuve un herido.

¿Había una asimetría de tecnología en el combate?

Sí. Nosotros hacíamos avanzadas de combate, que era como ir al muere directamente porque carecíamos de todas las tecnologías que ellos sí tenían. Quiero aclarar que ellos no tenían ni más valor ni más valentía, bajo ningún punto de vista. En los enfrentamientos quedó demostrado y fue reconocido incluso por el mismo enemigo. El «arrojo» del soldado argentino fue impresionante. Pero sí había diferencia de fuego.

Otra de las cosas que debo aclarar y que es una pregunta recurrente. ¿Cómo puede ser que no tenían los elementos como comida, armamento o equipamiento necesario? Como todos sabemos, reinó la improvisación y la prevención por sobre todas las cosas. Eso es innegable después de tanto tiempo, pero eso fue una realidad que no se tuvo en cuenta. Creían realmente que íbamos a recuperar, estar ahí y que no iba a pasar nada, pero no fue así.

Después de cuarenta años, ¿le sigue emocionando hablar de Malvinas?

Nosotros nunca nos vamos a dejar de emocionar, hasta el último minuto de nuestras vidas va a estar ese duelo grabado a fuego; la experiencia que tuvo cada uno de nosotros. Todos lo vivimos de formas distintas, dudo que algún testimonio sea igual que otro, podés contar la misma batalla, pero siempre va a haber detalles diferentes, no contradicciones, sino cómo lo vivió cada uno.

¿Cómo fue el retorno tras la guerra?

Seguí con la carrera militar. Nosotros volvimos en el Canberra a Puerto Madryn. Habrían pasado unos tres o cuatro días hasta que volvimos al continente pero no sabíamos a dónde íbamos. Sentíamos una mezcla de alivio y mucha tristeza. De Madryn regresamos en aviones a Campo de Mayo. Yo fui a la Escuela Lemos. Nos prohibieron hablar con nuestros familiares, estaba prohibido el contacto con todo el mundo.

Tuve la suerte de toparme con un gendarme que me facilitó un teléfono y pude llamar a uno de mis hermanos que justo estaba trabajando, así que le dejé dicho dónde estaba por si quería venir a verme, aunque estaba prohibido. Jugado yo, porque te sancionaban. Pero eso fue lo real, nos escondieron debajo de la alfombra, lo digo abiertamente y me hago cargo. Este muchacho gendarme me dijo: «Yo te hago la gamba para que lo puedas ver». Así que me fue a ver y lo vi a través de un alambrado. Al verme mi hermano me dijo: «Estás entero, no te falta nada», y nos agarramos los dedos.

Después me volví a encontrar con mi novia, actualmente mi esposa. Hubo un impasse porque yo seguí un tiempo mi carrera en el norte y ella vivía en Buenos Aires.

¿Cómo es la relación hoy con sus compañeros de unidad?

Hasta el día de hoy me encuentro con compañeros de mi misma unidad y es como que tapamos todo eso. Ni siquiera nosotros después de la guerra nos pusimos a hablar como lo estoy contando yo ahora. Eso no sucedió, todo el mundo cerró la puerta. Nadie más habló sobre el tema. Ni hablar de la gente de nuestras familias, nadie se animaba a preguntarnos nada. Es como que suceden las cosas y eso queda en el olvido.

¿Qué le debe la Argentina?

Es necesario separar las cosas. Como dije, nos escondieron debajo de la alfombra, nos negaron por un buen tiempo. A los soldados los trataban como loquitos de la guerra, no les daban trabajo. Además de la guerra, tuvieron que sufrir otras penurias, las penurias en la vida civil hasta el día de hoy. No es que la Patria nos deba algo. Yo en lo particular no me considero una víctima. Uno no se tiene que considerar víctima cuando uno lo buscó. Yo entré a las Fuerzas Armadas por convencimiento, nadie me obligó y lo que me pasó digo que fue una suerte de vida. Suerte también porque volví y lo puedo contar.

Yo no le pido nada a la Patria, pero sí te puedo decir que el Estado no nos respondió en tiempo y forma. Cuando uno da no tiene que esperar que le devuelvan de igual manera. Cuando uno da, tiene que ser de corazón. ¿Qué me debe la Patria? Yo lo hice convencido, de ninguna manera me debe nada. Y si alguien me pregunta: ¿lo volverías a hacer? Por supuesto que sí, en tanto y en cuanto tenga la capacidad de razonar, de caminar y de tomar un fusil para defender a la Patria.

[5]

Jennifer Aranda

(30/5/2022)

Jennifer Gabriela Aranda es combatiente de Malvinas, intersex y activista travesti. Su padre la obligó a hormonizarse en su pubertad «para que sea hombre». Por las calles de Escobar, la policía de Luis Patti la detenía y le cortaba el pelo. Fue a la guerra de Malvinas, volvió, dejó la testosterona y comenzó un largo recorrido hasta nombrarse como «una activista intersexual travesti».

Le tocó estar en un grupo que llevaba suministros desde Puerto Deseado a suelo malvinense. Durante esos largos días, entusiasmada por el espíritu patriótico, no se detuvo a pensar lo que le estaba tocando vivir y se signó a obedecer las órdenes de sus superiores.

Hoy lamenta que muchos combatientes aún no sean reconocidos por el Estado y enfatiza que haber sido parte del conflicto le forjó un carácter fuerte y decidido que hoy utiliza a diario para defender los derechos del colectivo trans-travesti.

«Todos los que estuvimos involucrados en la guerra de Malvinas del paralelo 42 para abajo no hemos sido reconocidos y eso duele».

¿Cómo era su vida antes de la guerra de Malvinas? ¿En esa época era consciente de su identidad?

Soy una persona intersexual con una definición femenina durante mi desarrollo. Me podría haber desarrollado masculinamente y no fue así. Mi padre al descubrir eso, cuando yo tenía 13 años, decidió que no podía ser de esa manera porque lógicamente no aceptaba mi condición femenina. Para ese entonces, yo todavía no sabía por qué tenía un desarrollo femenino cuando había sido anotado como varón. Lógicamente era por la complejidad de ser intersexual y de generar dos clases de hormonas, la testosterona masculina y los estrógenos que invadían mi cuerpo y hacían que yo me fuera desarrollando feminamente.

Me hicieron exámenes médicos y descubrieron que tenía muchos estrógenos, me empezaron a dar testosterona y a mí me decían que eran vitaminas para crecer porque siempre fui de baja estatura, nunca me dijeron la verdad. Pensaban que eso iba a cambiar mi mentalidad, pero lógicamente eso nunca sucedió.

Entonces durante esos años le tocó vivir una vida de varón...

Sí. Durante esos años, me desarrollé como varón con una mentalidad de mujer, pero también viviendo con una actitud de masculinidad porque tuve que adaptarme al cuerpo que tenía, a las formas que tenía, a las facciones que tenía, a trabajar acorde al cuerpo que tenía.

Yo trabajaba en la construcción con mi padre. Cuando tenía 16 años era todo un atleta, hacía artes marciales, hacía complementos, tenía tanta testosterona que dormía tres horas por noche. Tenía que canalizar esa energía en algo porque si no me haría mal. Como todo carácter masculino y en pleno desarrollo, estaba alterado, andaba de mal humor, no me gustaba como me veía.

¿Cómo es que llegó a participar en la guerra de Malvinas?

Cuando me hicieron los exámenes médicos para ingresar al servicio militar en 1982, los pasé sin problemas con un «apto A» y fui designada a Campo de Mayo. Cuando se declaró la guerra, nosotros teníamos como destino ir a Puerto Deseado. También fueron reclutados varios soldados veteranos de la clase 62. Ya teníamos instrucciones de combate, estábamos listos para la guerra. En ese regimiento, el cual armamos nosotros, éramos alrededor de mil personas. Cuando terminó la guerra varios de los soldados volvieron a sus provincias de pertenencia, pero a muchos de nosotros nos tocó seguir con el servicio militar por catorce meses más en ese mismo lugar.

Cuando llegó el momento de la guerra tuve varias acciones de desempeño ahí dentro, desde hacer guardia hasta hacer cuidados de regimiento porque había que armar un montón de cosas. Al ser nuevos, teníamos que armar todas las carpas y camas. Nos dejaron ahí y había que vivir.

¿Qué tareas desempeñaba?

Teníamos guardia las 24 horas porque hacíamos días de semi descanso en el que cuidábamos a los soldados que dormían, los tanques, las caballerizas. Algunos días teníamos tareas en el puerto y cuando se podía volábamos a Malvinas.

Era viajar en avión al ras del agua para no ser detectados por los ingleses. Aterrizábamos y debíamos descargar las provisiones y luego cargar todo lo que había que traer de vuelta a Puerto Deseado. A veces nos teníamos que quedar porque se hacía la noche y era muy difícil maniobrar ese monstruo gigante que era nuestro avión. Todo el tiempo llevabas el bolso portaequipo con todas tus pertenencias porque no sabías cuando ibas a volver o si tenías que quedarte definitivamente en las islas.

¿Ustedes ya tenían conocimiento de la declaración de guerra o se enteraron en el mismo instante en que se desató?

Nosotros fuimos en el momento en que se declaró la guerra. Incluso recuerdo que nos faltaba tiempo de instrucción en Campo de Mayo. Sabiendo que se avizoraba eso, tuvimos instrucción con gente de comando, de otra índole, nos enseñaron a defendernos de otra manera y a manejar armas que en las clases comunes no se usaban. Nos enseñaron defensa cuerpo a cuerpo y cómo matar a una persona con las manos o con lo que tenías a tu alcance.

Hay muchos soldados que aún no han sido reconocidos como veteranos de Malvinas...

Hubo varios atracos y altercados de los que no se habla mucho. Por ejemplo, de un helicóptero derribado en Caleta Olivia por un submarino inglés o los ataques a Tierra del Fuego donde estaban los aviones que salían para bombardear los buques ingleses. Si bien a muchos no se los reconoce todavía como veteranos, esos soldados eran los que cargaban combustible, municiones y misiles. También les hacían la comida a los pilotos de la Fuerza Aérea.

Todos los que estuvieron del paralelo 42 para abajo estuvimos involucrados en la guerra, y muchos de los soldados que estuvieron en las islas no nos atribuyen reconocimiento. Ni siquiera a mí, que estuve pisando suelo malvinense y llevando provisiones para ellos. No nos reconocen como combatientes. Solo se ilustran ellos porque estuvieron allí.

Nosotras, muchas en el continente, tuvimos algunos altercados con los ingleses y muchos de los que estuvieron en las islas no los tuvieron como los que se encontraban en la Gran Malvina y en el norte de la isla Gran Soledad. No dispararon ni un tiro.

La situación es así, los que estuvieron tienen un reconocimiento especial y los que no estuvimos en las islas Malvinas pero sí estuvimos apoyando, y gracias a nuestro apoyo tuvieron municiones, comida y provisiones, no. Cuando no pudimos llevar más provisiones, la guerra no tardó en terminar porque o te rendías o morían todos ahí. Sin embargo, más allá del egoísmo, la situación fue para todos igual porque nosotros fuimos enviados al igual que los que fueron a las islas, y teníamos doble munición y la medalla de plata colgando en el pecho que te ponen en la boca cuando morís, es decir, uno nunca sabía cuándo podía recibir la orden de ir a combate.

¿Cómo era el proceso de reponer suministros ya que primero fue por medio de embarcaciones y luego a través de aviones?

En los barcos se trasladaron jeeps, camiones, tanques antiaéreos. Mientras los ingleses estaban viniendo, fueron días y días de cargar y descargar, terminaba agotada porque una caja de balas pesa como ochenta kilos. Cuando empezaron los bombardeos quedó relegada la Armada porque no teníamos barcos para eso, entonces se cargaba y descargaba el Hércules. Cuando se produjo el bloqueo naval, se cambiaron los horarios por eso a veces no nos daba el tiempo para regresar al continente. El avión tenía función de carga nada más y esto fue posible hasta que la flota inglesa nos rodeó y nos inhabilitó.

A nivel personal, ¿cómo era transitar esa experiencia?

Realmente era bastante inconsciente, no tenía perspectiva real de lo que estaba viviendo. No tomaba la dimensión de que quizás no volvería nunca más. Tampoco tenía tiempo de sentarme a pensar y a reflexionar. En ese contexto, tu cerebro se formatea para cumplir órdenes y no podés discutir lo que te dicen. No había mucho para deliberar tampoco porque vivíamos bajo una dictadura militar y simplemente no tenías poder de decisión. Lo peor que podías ser en esa circunstancia era cobarde o desertor.

Además de la juventud y las hormonas, ¿qué siente que la diferenciaba de sus compañeros?

No sé, no me daba cuenta. Cumplía las órdenes sin pensar. Había asumido que me tocó esa situación y tenía que estar donde estaba y no reflexionaba sobre el hecho, hacía lo que tenía que hacer y nada más. Después, al tiempo, cuando pensás lo que nos pasó, recién ahí «te cae la ficha». En ese momento estás con un fervor patriótico. No sentís dolor, no sentís frío, no sentís hambre ni cansancio y parte de eso es ser joven también.

¿Le duele la falta de reconocimiento de muchos soldados que de una u otra forma fueron parte del conflicto?

Es parte de lo que siempre discutimos y el gobierno tampoco quiere reconocerlo porque si no tendrían que incluir a los ocho mil soldados que estuvimos en el continente. Hay muchos que tienen de qué vivir y otros que no, pero el reconocerlos sería pensionar a un montón de ciudadanos y creo que lo esquivan por eso. Sin embargo, hace muy poco también reconocieron a las

enfermeras que estuvieron en la guerra, ¡cuarenta años después! Todo por ser mujeres y eran las que atendieron a todos los soldados que iban cayendo.

Creo que hay un entorno bastante turbio en cuanto al reconocimiento y creo que es meramente político. No le conviene al Estado reconocer a todos los partícipes de la guerra porque no hay presupuesto que aguante. No solo tendrían que pagarle la pensión de tres sueldos mínimos que cobran los soldados reconocidos, sino que además el retroactivo por cuarenta años de olvido.

Es solo cuestión de ponerse a revisar los partes de guerra y ahí salen todos los nombres, pero además el contexto del país no favorece en nada. Creo que debe ser uno de los pocos países que no reconocen a sus excombatientes. En Estados Unidos, los soldados de Vietnam están todos reconocidos, no pasa por ganar o perder.

Hay un acampe en Plaza de Mayo desde hace diez años, pero pasan por al lado y «no lo ven». Por eso te digo que es una decisión política. Ha habido una invisibilización de parte de todos los gobiernos, desde Alfonsín hasta la actualidad. Muchos soldados le han hecho juicio al Estado y lo han ganado porque los parte de guerra son irrefutables, pero se vuelve algo bastante engorroso que cada soldado vaya con un abogado y haga juicio. Hay un ensañamiento por parte de los gobiernos con el Ejército, y nosotros fuimos parte porque fuimos obligados a ir a la guerra. Pasar por el sometimiento de tener que morir o sufrir en circunstancias difíciles y que luego no te reconozcan es muy triste.

¿Cómo cree que la sociedad percibe hoy la causa Malvinas y especialmente los jóvenes quienes tomarán decisiones en el futuro?

Yo tengo un sobrino de 28 años y creo que la generación de esa edad lo recuerda como una película, una serie, al ser algo que no vivió. La generación más vieja es la que tiene conciencia. A la juventud si no se la empieza a «malvinizar» un poco más, no lo van a entender y mucho menos sentir. El 2 de abril están en otra, saben que es feriado, pero ni saben por qué. No hay historia tampoco, a los chicos en el colegio les enseñan San Martín y Güemes. Parece que no hay más historia en la Argentina. No estamos incluidos en la historia todavía y eso representa un problema.

¿Cómo fue el regreso a su hogar luego de la guerra?

Volví a mi casa de barrio. Aquellos hombres con añoranza militar, sí te miraban con cierta consideración, pero para el resto de la ciudadanía era un chico más que volvió de la colimba. Seguí con mi vida como si no hubiera pasado nada. Aparte, cuando volví, ya había pasado mucho tiempo del fin de la guerra,

en marzo 1983. Hoy prácticamente los únicos que peleamos por el derecho a ser recordados somos los que estuvimos ahí y hasta ahí llega la historia.

¿Cómo fueron esos catorce meses que estuvo en el servicio militar posteriores a la guerra?

El clima cambió debido a que ya no había tantas presiones. El trato y la consideración fue mucho mejor y hasta empezamos a ganar kilos porque comíamos muy bien. Tanto es así que teníamos mucha facilidad para seguir con la carrera militar, debido a la experiencia de la guerra. Los que decidieron continuar fueron considerados cabos. Es más, a mí me citaron de la comisaría por si quería seguir la carrera de policía.

En cierto momento la policía te metía presa por llevar el pelo largo y tus padres debían ir a buscarte a la comisaría. Luego te buscaban para ser policía...

Luego de la guerra, las mismas personas que antes te escupían, ahora te aplaudían. Antes de la guerra me llevaban presa por portación de rostro, por ser quien era, por estar parada en tal o cual lugar y por ser menor de edad. Cuando me apresaban, me pelaban, me mojaban con agua fría y me tenían en un lugar que era para menores. No me llevaron nunca al calabozo.

Cuando volví del Ejército, mi cambio fue cada vez más notorio y mis padres estuvieron como dos años atentos a mí, pero luego lo normalizaron. Además, yo volví con una personalidad más adulta, uno ingresa siendo un niño y sin darse cuenta se convierte en adulto debido al trato y la presión. Uno no se da cuenta de la transformación, pero hay un crecimiento notorio por la constancia, la disciplina.

¿Cómo se dio cuenta de que había cambiado?

Por la forma en la que confronté con mi padre. Yo a mi padre le tenía miedo antes de volver. Me dejé hacer todo lo que quiso por no tener carácter para enfrentarlo. Después de pasar por todas esas vivencias de la milicia, sentir que había hecho cosas que él no hizo ni iba a hacer nunca me hizo sentir más poderosa: no tenía que rendirle cuenta de nada. Era mayor de edad, había sido soldado como se le antojó a él, estuve en una guerra en la que él nunca estuvo y estuve cerca de morir.

Me plantaba en todos lados, venís como molesta con la vida por haber estado en un lugar en el que te obligaron a estar. En ese momento estaba enojada con todo y el primero que la ligó fue mi papá. Me planté y le dije: «Hasta acá llegamos, a partir de ahora la vida es mía».

Tengo una madre muy consecuente que me cuidó mucho y todavía me cuida. Quizás si hubiese sido por mi padre en esa postura de «macho a macho», tal vez me hubiera echado de casa. Mi vieja me extrañó muchísimo cuando fui a la guerra, si bien yo era lo que era, seguía siendo su hijo.

¿Malvinas la ayudó a ser la persona que es ahora, más allá de la disciplina, en cuanto a la decisión de militar para el colectivo travesti-trans?

Totalmente. Tomás decisiones porque entrás al Ejército hablando pavadas con tus compañeros adolescentes y salís hablando de otra forma. Lógicamente, la mayoría de las chicas travestis-trans no tienen esas herramientas porque muchas son echadas de la casa, no tienen estudios, no tomaron ejemplo de nada, no tuvieron educación. Pero la disciplina militar también es muy tajante, te queda un temple muy estricto y eso me sirvió a mí para pelear muchos derechos. Trato siempre de lograr el objetivo y si no lo consigo por ahí voy por otro lado y eso sirve para la militancia.

¿Cómo fue su desarrollo en el colectivo travesti-trans dada la coyuntura política de 1983?

Apenas salí de la colimba, no empecé a militar. Me dediqué a organizar mi vida, conseguir un trabajo, después se enfermó mi papá y falleció. Hubo un par de situaciones que a mí no me dieron tiempo para pensar en el colectivo. Cuando murió mi padre me tuve que cargar la casa a cuestas, mi mamá, mi hermana menor y yo. Si bien estaba incursionando en mi vida privada, todavía no tenía tiempo para mí debido a las responsabilidades de encargarme de mi hermana, hasta que fue grande y se casó. Luego, tuve que hacerme cargo de mi sobrino junto con mi mamá. La vida siguió pasando y cuando me quise acordar ya tenía 30 años.

Entonces la militancia llegó de adulta...

Me agarró de grande la «locura» por la militancia. Siempre estuve en contacto con mis compañeras, andaba en los carnavales con ellas, les sacaba fotos. Hasta que recién en el año 2000 empecé a incursionar en otras organizaciones, en otros espacios, porque hasta ese momento tampoco sabía mucho. Tenía idea de lo que quería, pero no sabía cómo plasmarlo, entonces necesitaba de gente para tomar identidades, comparar y decir de esta organización me gusta esto y de esta otra me gusta esto.

Así anduve hasta que a la larga terminé formando mi propio espacio. Mi ideología es medio incongruente con mis otras compañeras porque soy abolicionista y ellas son regulacionistas porque quieren regularizar la prostitución. Yo siento que muchas compañeras mías no han muerto de causas naturales, han muerto debido a la prostitución. Ninguna ha muerto habiendo llegado a la vejez como llegué yo, haciendo todo tipo de cosas para desenvolverme y ganarme el sustento.

Entonces me di cuenta de que la prostitución no es un trabajo, porque si fuera así todas mis amigas deberían estar vivas, y no hay ninguna, creo que quedan tres o cuatro y de las que quedan está una con VIH, la otra está rígida en una silla y así puedo seguir.

En su momento eran estrellas y yo era la «pobretona» que no tenía nada. Pero con mis decisiones llegué a esta edad sin ninguna enfermedad y sin problemas. Y sigo sobreviviendo. A ellas no les quedó nada del esplendor y la belleza que tenían. Entonces eso me dio a entender que yo no puedo influenciar a las generaciones nuevas para que sean prostitutas. Yo trato de que las compañeras estudien, se instruyan. Aparte, la ley de identidad de género nos dio muchas herramientas para que nos podamos desenvolver, tengo muchas amigas que van a la facultad y la militancia me ayudó a conocer a mucha gente.

Son varios los argumentos abolicionistas que usted esgrime. ¿Qué pasa con quienes no tienen esa misma visión?

Hay una lucha interna en la que yo me posiciono del lado de la abolición porque cuando las compañeras se enfermen, las que las cuidan somos nosotras, las que luchamos porque no estén en la calle y no las que las llevaron a la calle. Estas últimas están a la expectativa para ver cuándo ayudamos a las compañeras para que mejoren su salud con la intención de volver a captarlas y llevarlas de vuelta a la calle porque las que te arrastran a ese mundo no te sacan de ahí, te usan.

Por suerte se han concientizado muchas y se han sumado a la organización y también la juventud ha ayudado mucho. Si vos le preguntás a una chica trans, el 90% no quiere estar en la calle. Las que terminan en la prostitución no han tenido el apoyo adecuado, estudios, una organización de vida.

¿Siente que el carácter que le dio Malvinas y la experiencia de haber vivido una guerra le permite posicionarse en una postura diferente a sus compañeras?

Sí, te permite tener una templanza de poder hablarles desde una postura seria de lo que estás diciendo y si vos sos medio flexible o no tenés una conducta estable, no cumplís con lo que decías. Muchas no tienen un orden en su vida y cuesta trabajo concientizar.

No solo pasa por conseguir el cupo laboral trans, pasa por entender que si querés ser parte de la sociedad a la que tanto le reclamas, tenés que ser responsable con tus obligaciones y lo que eso implica y no resulta fácil para las personas que no han tenido organización en sus vidas.

Yo ya vengo formada de otra manera y me sirven esas herramientas para poder influenciar positivamente. Yo me podría haber quedado con mi vida, mi casa, mis plantas y mi familia, pero como no vivo de esa manera entonces me preocupo más por ellas que por mí.

Lamentablemente son muchas las muertes de chicas y chicos trans y eso duele...

Yo todos los años voy llevando el relevamiento de las que se mueren día a día. Por ejemplo, en este año (2022) llevamos 32 compañeras y un chico trans. También está Tehuel, que no aparece. Hay veces que me toca anotar amigas y es tétrico. Hace diez años que hago esto y cuando lo empecé a hacer en Facebook me criticaban mucho. A mí me parecía que era un lindo gesto recordarlas en la muerte, cuando en vida nunca fueron reconocidas. Esto es parte de visibilizar y lo mismo sucede con la niñez trans que por suerte ahora se está tomando con mayor conciencia. Siempre van a aparecer algunos retrógrados a criticar. Tenemos el derecho a vivir libremente y no molestamos a nadie.

[6]

José Luis Gabari Zoco

(15/10/2020)

José Luis Gabari Zoco es brigadier retirado de la Fuerza Aérea. Muy orgullosamente relata que está casado y que tiene tres hijos y cinco nietas.

Cuando fue destinado en febrero de 1982 a Tandil, en la provincia de Buenos Aires, se encontraba cumpliendo sus obligaciones en la IV Brigada Aérea, en El Plumerillo, Mendoza. Tenía 29 años y el grado de primer teniente. Decidió emprender esa relocalización solo porque su mujer estaba embarazada de siete meses de su segundo hijo y habían decidido que naciera en la provincia cuyana.

José Luis asegura que se encontraba en la edad indicada para vivir lo que fue la guerra debido a que encontraba en ese momento un perfecto equilibrio entre el riesgo y la precaución. Un perfecto balance entre la irreverencia de un joven y la responsabilidad de un adulto.

**«Uno no se puede detener demasiado tiempo a llorar al caído,
es imperioso prepararse para el próximo ataque».**

¿Fue destinado a Tandil con el objetivo de aprender a pilotear un avión Mirage?

Exactamente. En febrero del 82 empecé un curso en Tandil de Mirage. Recién a los 45 días del curso podés empezar a volar y recién al año de preparación sos piloto de combate. Yo hice mi primer vuelo solo el 20 de abril de 1982. Ya había pasado el 2 de abril y también el 9 de abril, fecha en que nació mi segundo hijo, Alejandro, al que conocí dos semanas después. Eso es algo que todavía me genera una fuerte carga, pero viajar era complicado en ese contexto.

Mi escuadrón había sido desplegado a San Julián, el otro a Río Grande. Yo me quedé en Tandil junto a tres compañeros con un instructor que continuó entrenándonos y capacitándonos.

¿Tenía una fecha para desplazarse hacia el sur?

Sí. En mayo

¿Recuerda cómo se enteró de la guerra?

La Brigada de Tandil está a 20 kilómetros de la ciudad. Yo vivía en los edificios del centro. Para llegar hasta ahí, me pasaba a buscar a las cinco y media de la mañana un micro de la Fuerza Aérea. La radio del colectivo iba prendida y así nos enteramos de que habíamos recuperado las islas Malvinas.

Así me enteré yo y la mayoría de la gente de la Fuerza Aérea. Eran muy pocos los que sabían lo que estaba sucediendo con anterioridad. Fueron muy pocos los que trabajaron en ese plan y la realidad es que se mantuvo en secreto. Hubo bastante hermetismo.

¿Cuál fue su reacción y la de sus compañeros?

Nos alegramos, pero también empezamos a prepararnos para lo que venía, porque sabíamos que con los ingleses las cosas no iban a quedar ahí. De ninguna manera iban a dejar pasar esto. En realidad, hablo de los ingleses y también del orden internacional. No iban a dejar pasar que un país de tercera los mojara de esa manera.

Así fue que empezamos a interiorizarnos sobre las fragatas inglesas. Le pedimos a la Armada los manuales de las fragatas. Yo nunca en mis años de piloto había atacado o visto una fragata. Había pasado cerca de una y, de hecho, tampoco nos habíamos adentrado más de unos 30 o 40 kilómetros sobre el mar.

El mar inspira respeto. Uno sabe que, si cae en el mar en cualquier época, es complicado y más en una guerra. Estudiamos mucho, practicamos distintos tipos de ataques. Después, la experiencia demuestra que tanto los manuales como la teoría son una cosa y lo que pasa en la práctica termina siendo otra.

¿Cómo fue el bautismo de fuego?

El 1 de mayo se produce el ataque, el bautismo de fuego de la Fuerza Aérea. Yo ese día estaba de turno. Estaba en la brigada y sonó el teléfono a las cinco de la mañana para informarnos desde el comando que habían atacado la base de Puerto Argentino. En ese momento nos dijeron que estábamos en guerra. Si bien uno ya sabía que podía pasar y se lo imaginaba, otra cosa es cuando se produce el hecho. Ya no hay vuelta atrás.

¿Cuál fue la primera sensación?

Me parecía mentira. La realidad es que no caí. Tomé la información, pero hasta no vivir la guerra en primera persona no caes. Era como una película. A partir de ahí, mi tarea en la unidad fue llevar los aviones que entraban en servicio a San Julián o a Río Grande, para cumplir con las horas de vuelo y tener más entrenamiento.

Yo ya le había insistido a mi jefe que tenía que ir a combate porque, si bien tenía pocas horas en ese avión, sí tenía bastantes horas como piloto de combate. Había volado F- 86 y A-4C. Tenía más de quinientas horas de avión de combate. Es una experiencia. Había sido instructor de los pilotos que estaban atacando y que estaban muriendo. Entonces no me podía permitir que mis alumnos murieran y yo estar tranquilo en Tandil.

Tenía una fuerte amistad con el primer teniente Vázquez, quien perdió la vida en una misión atacando un portaviones inglés...

El 29 de mayo llegué a San Julián para llevar un avión. Cuando intenté ponerlo en marcha a la tarde, se registró una falla, una válvula, un corte de combustible que no cortaba. Intentamos resolver el problema, pero no lo conseguimos. Me tuve que quedar a dormir en San Julián. Esa noche cené con el primer teniente Vázquez, compañero y amigo mío, muy amigo y con otro compañero, Constantino.

Vásquez siempre había sido muy medido, muy cauto, poco expresivo. En definitiva, muy reservado. Yo lo notaba raro. Y, de pronto, en la mitad de la cena, me dijo: «Gordo, mañana vamos a atacar el portaviones».

Él se había ofrecido como voluntario junto con otro compañero, Ureta, quien ya estaba en Río Grande. La operación se iba a hacer allí. Después de la cena, en la hostería de San Julián, dormí en la cama de Ureta al lado de Vázquez. Al otro día, él se tenía que levantar temprano. Yo lo escuché cuando se levantó y hasta hoy me arrepiento de no haberme levantado para darle un fuerte abrazo. Y no lo hice en ese momento porque no quería bajonearlo, no quería que interpretara que era una despedida. Yo tenía la esperanza de que no fuera una despedida, pero lamentablemente terminó siéndolo.

Mientras se estaba haciendo la operación, yo estaba en un refugio. Cuando comentaron que habían atacado el portaviones y que uno de los aviones no volvía, yo ni pregunté quién. Ya lo sabía.

¿Por qué lo sabía?

Porque ya había tenido experiencias de ese tipo con él. Una vez, estando yo en Buenos Aires y él en Mendoza, me enteré de que alguien se había eyectado. Inmediatamente intuí que se trataba de Pepe Vázquez. Cuando preguntamos quién se había eyectado, era él.

La noche del 29 de mayo, día del Ejército, comimos un asado, festejamos y lloramos. Festejamos el éxito del ataque y lloramos la pérdida de los camaradas. Como en toda guerra, había que seguir. Uno no se puede detener demasiado tiempo a llorar al caído, es imperioso prepararse para el próximo ataque.

¿Cómo siguió todo después de esa sentida pérdida?

Me tomé un avión civil y volví a casa. Lloramos con mi mujer y le dije que me preparara la valija, que al día siguiente me iba al sur. Al otro día fui a la base donde me presentaron al jefe interino, quien estaba a cargo. Le dije sin rodeos que me iba al sur. No le pregunté si podía, no le quedaron dudas.

Si me hubiera respondido con una negativa, no le hubiera hecho caso. Ya estaba totalmente decidido. Llegué a San Julián y cuando me vio un oficial jefe que estaba ahí, me preguntó qué hacía ahí. Llamó por teléfono al comando para consultar qué hacían conmigo. Como habíamos tenido pérdidas de pilotos de Río Grande, me mandaron a ese destino.

En Río Grande me presenté. Tuvimos un par de días de mala meteorología. Las misiones se hacían guiadas gran parte con el Lear Jet, que es un avión ejecutivo, porque no teníamos ningún sistema de navegación autónomo. Hicimos un vuelo de práctica porque tiene su complicación. El Lear Jet iba a velocidad máxima y nosotros casi un poquito más de la mínima y cargados completos. Se hacía un poco dificultoso el pilotaje, y más para mí que todavía no tenía mucha experiencia. Después de ese vuelo de práctica de una hora y media, me habilitaron para el combate.

¿Cuándo le llegó la primera misión?

Cuando aterricé de esa práctica, estábamos en una oficina chiquita tomando mate. Éramos pocos. Cuando llegó el plan de vuelo, lo miré y ya figuraba yo en la primera escuadrilla que tenía que salir para la próxima misión. Estuvimos dos o tres días con mala meteorología hasta que, el 8 de junio, el día más negro de la flota, nos llegó la orden de atacar fragatas y buques desembarco que estaban en Bahía Agradable.

Íbamos a ir en escuadrillas de tres aviones. Una estaba integrada por el capitán Carlos Rohde, el primer teniente Jorge Ratti y yo. La otra se conformó con el capitán Amilcar Cimatti, el primer teniente Carlos Antonietti y el mayor Martínez.

Después del despegue, a Antonietti se le fisuró el parabrisas. Entonces se decidió que se quedara orbitando consumiendo combustible. Así que prácticamente fuimos tres y dos, pero muy cerca, no separados. Terminamos siendo cinco aviones. Nos reunimos con el Lear Jet y empezamos a ascender. Una vez terminado el ascenso, que son doce o trece minutos, teníamos unos 45 o 47 minutos más de vuelo hasta Malvinas. Entonces, llegado a nivelado, tuve un momento para pensar en mi familia y para rezar. Después me dije a mí mismo: «Es momento de pensar en la misión». Cumplí con lo que teníamos bien comprendido.

Sin ningún problema descendimos. El Lear Jet nos dejó en punto rasante. Sabíamos que, a partir de ahí, teníamos que poner un determinado rumbo y en un determinado tiempo. Teníamos que encontrar la isla Soledad.

El Lear Jet se volvió. Nosotros seguimos volando lo más abajo que podíamos, lo que te diera el cuero, cada uno en eso era libre. Había uno que iba un poquito más arriba, otro un poquito más abajo. Cada uno sabía cómo podía hacerlo. Es difícil en el mar, sin instrumentos, calcular la altura.

Y en un momento determinado, pudimos observar la isla Soledad. En ese instante tuve una alegría tremenda. Me parecía mentira verla por primera vez. Me parecieron lindas. Finalmente había llegado.

¿Esta fue su sensación cuando vio la tierra de Malvinas por primera vez?

Sí. Tenía a las islas muy presentes en mi corazón. En mi mente siempre tuve en claro que esas tierras nos pertenecían y nos habían sido arrebatadas por la fuerza y que lógicamente teníamos derecho a recuperarlas.

Volamos rasantes, separados más o menos unos 500 metros entre avión y avión, casi paralelos entre los tres primeros. Ratti iba a la izquierda, Rohde un poquito más adelante y yo a la derecha. Ya un poco sobre tierra les llegaba a ver los ojitos a las ovejas. Íbamos bajo, de hecho, yo iba mucho más bajo que el capitán Rohde, porque lo veía en el horizonte.

En un momento determinado, después de cinco minutos, vi a mi derecha una fragata que estaba entrando en una bahía, y asumí que la habían visto todos. Mi jefe no la había visto. Yo, silencio de radio. Si no hablaba mi jefe, yo no hablaba. Habíamos tenido problemas o incluso pérdidas porque, al hablar demasiado por la radio, los ingleses te ubicaban y te buscaban para derribarte. Así perdimos a varios de nuestros pilotos.

Estando al lateral de la fragata, a unos dos mil metros, vi la bandera inglesa. El Mayor Martínez se había dado cuenta de que el jefe no la había visto y le dijo «a la derecha tenemos una fragata». Finalmente, Rohde también la vio, pero ya no podíamos atacarla directamente. Tuvimos que hacer un viraje de 270 grados para enfrentarla, y quedamos encolumnados en lugar de estar paralelos. Fue complicado. Con las bombas y los tanques de combustible, terminamos perdiendo un poco de velocidad.

Cuando estábamos terminando el viaje para enfrentar a la fragata, empecé a ver en la parte de la tierra algunas explosiones. Ya enfrentando a la fragata, veía el agua que saltaba del mar producto de las explosiones. El capitán Rohde, que estaba delante de mí, había quedado a unos mil metros. Vi que él atacó la fragata y estaba próximo a pasar sobre ella. Sobre la línea de flotación veía cómo el agua saltaba del golpe de la bomba. No tenía dudas de que el capitán Rohde había impactado al menos una bomba en la fragata.

Cuando él finalmente pasó la fragata, me habilitó a mí para poder tirar con los cañones. Yo nunca había tirado con cañones de 30 milímetros, entonces hice una pequeña ráfaga primero para ver cómo se sentía y vi que fueron directo a la fragata. Entonces tiré una segunda ráfaga, un poquito más larga. Se veía la trayectoria. En el momento en que terminé de disparar los cañones, observé una pared de munición trazante que salía de la fragata. Municiones incandescentes que parecían ladrillos y que explotaban en el aire. Era una pared rojiza, como se puede ver en una película de la Segunda Guerra Mundial.

Yo tenía que pasar por ahí para llegar al blanco. Mientras tanto, la fragata ya había hecho 180 grados para salir de esa zona e ir a mar abierto donde las posibilidades de defensa son mejores. Tenía que ir corrigiendo la puntería porque se me iba corriendo muy rápido. Era también la primera vez que atacaba a un blanco móvil.

Cuando estaba por atravesar lo que yo veía como una pared, me agaché un poquito dentro del avión a modo de autodefensa. Traté de hacer puntería, tiré las bombas al pasar sobre la fragata y seguí derecho. Me pegué más y unos tres o cuatro segundos después una ráfaga de munición pegó sobre la derecha, levantando el agua. No sabía qué hacer, si esquivarla o no. Lo más sencillo era seguir derecho.

Puse el Mirage a la derecha, rumbo al continente. Llegué a tierra firme y al mirar el velocímetro vi que estaba casi como a 1.200 kilómetros por hora. Reduje un poco la potencia porque iba a sobrepasar la velocidad permitida de los tanques de combustible. Cuando llegué al combustible necesario, inicié el ascenso hacia las nubes. Para nosotros era una salvación estar metido dentro de las nubes porque, si había algún Harrier dando vueltas, le iba a resultar difícil tirar los misiles infrarrojos.

Cuando llegué nuevamente al nivel de crucero, después de no tener comunicación con mis compañeros, el jefe de cuadrilla dijo «el uno está, el dos –que era yo– está, el tres está, el cuatro está, el cinco está también, está el mayor Martínez». Acto seguido gritó «viva la Patria». Lo seguimos también gritando «viva la Patria».

Cuando aterrizamos nos abrazamos felices de haber cumplido la misión. Después cumplí otra misión el día 13, con algunas dificultades. El 14 de junio me ordenaron trasladar el avión al que se le había roto el parabrisas. Hice escala en Río Gallegos y, después, ya en vuelo, con la radio encendida escuché que el general Menéndez había presentado la rendición.

Volví a Tandil y me reencontré con mi señora y con mis hijos. Al día siguiente regresé a Río Grande para reincorporarme. Yo particularmente pude cumplir con lo que me había propuesto, que era participar y comportarme correctamente. Tuve varios alumnos muertos, amigos muertos y no podía permitirme no participar en eso. Hubiera sido otra persona, hubiera hecho otra carrera y hubiera mirado a mis hijos de otra manera o mis hijos me hubiera mirado de otra forma a mí.

[7]

Miguel Rivero

(24/5/2022)

Miguel Rivero es un mendocino que a los 15 años ya tenía una fuerte vocación militar, vocación que se pondría a prueba cuando en 1982 estalló el conflicto de Malvinas. Rivero formó parte de la Compañía de Fuerzas Especiales 601, una unidad de élite del Ejército argentino encargada de ejecutar misiones especiales.

En el conflicto de Malvinas junto a su equipo de campaña se encargó de realizar todas las actividades de reconocimiento y búsqueda de información. Se retiró de la fuerza tras 37 años de servicio. Actualmente está casado, tiene tres hijos y forma parte de la Asociación Cuyana de Veteranos de Malvinas (ACUVEMA), desde donde comparte sus vivencias para mantener viva la memoria y que su historia haga eco en los jóvenes de esta era.

«No hablemos solo de Malvinas, hablemos de la Patria. Nuestra Argentina es tu casa, donde está tu familia, tus creencias, tus recuerdos, todo, todo tu ser está en Argentina, en tu casa ¿Qué no harías para defender tu casa? Yo creo que haríamos todo ¿Qué no harías por defender a tu familia? Yo creo que daríamos todo».

¿Cómo era su vida antes de la guerra y qué sabía de las islas?

Yo vivía en Mendoza con mi familia; padre, madre, hermanos, hermanas. A los 15 años decidí irme a Buenos Aires a seguir la carrera de mi papá, él era suboficial del Ejército. Hicimos los trámites y a fin de año me fui a Bs. As., a la Escuela Lemos, en la especialidad de mecánico electrónico de equipos de campaña. Me recibí en 1980 de cabo primero del Ejército; hice un curso de un año en la escuela de comunicaciones y después pasé a prestar servicio a la Escuela de Guerra. Después de ahí me llamaron de la Compañía de Comando que se estaba formando y luego empezó toda la historia del conflicto.

El conocimiento que teníamos de Malvinas era lo mínimo que uno tenía en la primaria y en la secundaria, teníamos buenos profesores de historia en esa época que querían a la Argentina, entonces tenías un panorama de lo que era Malvinas. Así que teníamos el conocimiento de que eran nuestras y habían sido usurpadas por los piratas ingleses. Del conflicto no se sabía nada, era la

información que había en la tele, de que había habido un conflicto con un grupo ballenero en Georgias que había ido a dismantelar una fábrica. Pero una vez que empezó el 2 de abril, nosotros nos enteramos de lo que había sucedido.

¿Cómo se forma el Comando 601 y cuál fue su rol dentro de este grupo?

A mí me llamaron a mediados de marzo a la escuela de infantería porque se estaba formando una nueva unidad. Llegué a la escuela y había un núcleo de comandos que se llamaba Halcón 8, ese grupo fue hecho por el teniente coronel Seineldín para el mundial de 1978. Después se fue desperdigando y quedó un pequeño núcleo en la escuela de infantería. Sobre la base de ese núcleo se formó la Compañía de Comando 601. Por eso en el escudo de la compañía hay un par de alas que serían las alas de halcón, y el rosario que siempre fue la guía nuestra.

Yo era mecánico de equipos de campaña que son los equipos chicos. En esa época entrábamos todos por vocación, no es como ahora que es un trabajo más. Entonces uno siempre quería especializarse en algo y lo mío eran las comunicaciones sin ninguna duda. El año en que llegué a la Escuela de Guerra había pedido hacer el curso, calculo que por eso me llamaron, después no me lo dejaron hacer porque yo era mecánico y lo hacían únicamente los del cuerpo comando: caballería, infantería, ingenieros, comunicaciones. Hoy no es así, hoy entran todos. Llegué a mediados de marzo a la escuela de infantería, me llevaron a donde estaba el grupo Halcón 8, ahí se estaba formando una unidad que todavía no sabíamos que era. Había viejos comandos, ahí equiparon completo y esa misma tarde empezamos con la instrucción, que era mañana, tarde y noche. Instrucción en paracaidismo, explosivos, hacer voladuras, en fin... específico.

¿Cómo se enteró del conflicto con los británicos? ¿Tuvo la oportunidad antes del conflicto de despedirse de sus seres queridos?

Por los rumores que había... por algo se estaba conformando esa unidad. Pero no había certeza de nada. Al menos hasta que estalló la guerra. Mi familia vivía en Mendoza, en Buenos Aires no tenía ningún familiar. Así que la comunicación con mis viejos era telefónica y muy escasa. Ellos se enteraron de que yo estaba en Malvinas bastante tiempo después de que llegamos. Lo que pasa es que las comunicaciones en 1982 eran nulas. Una casa con un teléfono era llevar el valor de la vivienda al doble, es increíble hoy hablar de eso, pero era así. Entonces era muy difícil tener esa comunicación, pero las noticias estaban, corrían.

Usted llegó el 27 de abril de 1982 a las islas, ¿cómo fue la movilización y la llegada?

Unos diez días antes, salió un grupo nuestro adelantado hacia Malvinas. Iba toda la plana mayor: el jefe, el segundo jefe, oficiales especializados en las operaciones. Ellos se adelantaron, vieron dónde nos íbamos a ubicar y todo lo previo a nuestra llegada. El día 25 salimos de palomar hacia San Luis, ya que había que levantar armamentos y logística. Nos llevaron a Comodoro Rivadavia, que era una de las salidas hacia Malvinas. Me acuerdo de que fuimos todos en un avión de Aerolíneas que no tenía asientos, así que íbamos todos mezclados con toda la carga. En las primeras horas del 27 salimos en un Hércules a Malvinas. Al llegar, nos estaba esperando la gente que había arribado antes y nos llevaron a Puerto Argentino.

¿Cómo fueron los primeros días en Malvinas? ¿Cuáles fueron las órdenes o instrucciones que se iban dando en ese momento?

Desde que llegamos empezamos a hacer operaciones de obtención de información, más que nada; allanamientos en busca comunicaciones y materiales de ellos, sabíamos que ya había tropas especiales de los ingleses en la isla. Digamos, por el material que uno va encontrando, por ejemplo, un bote de goma que usan los SBS (Servicios Especiales de Embarcaciones británicos) o los SAS (Servicio Aéreo Especial británico).

Después encontramos armamentos, equipos de radios, muchos equipos de radios, los que normalmente eran sacados de servicio. Si bien la orden era no destruir los equipos, sabíamos que con un equipo de estos se comunicaban, así que no dejábamos nada. Tuvimos muchas operaciones hasta que empezó el combate en sí: de reconocimiento de las zonas; estuvimos prácticamente en todo el teatro de operaciones, en toda la isla. Hacia el sur, un ejemplo, hicimos unas operaciones sobre las islas de los Leones Marinos, que es bien al sur, una isla más chica que hay. Isla Borbón, isla Soledad, que es la principal la recorrimos completa: desde San Carlos hasta isla de los Leones siempre buscando información. Se obtuvo mucha hasta el 1 de mayo que empezaron los ataques de ellos.

¿Cómo fue ese momento? ¿Cómo vivió el 1 de mayo?

Nos habían alojado en el gimnasio que anteriormente estaba ocupado por la policía militar, por lo tanto, movilizamos a la policía a otro lado de Puerto Argentino y nos dejaron el gimnasio como nuestra base. «La halconera», la llamábamos, nos instalamos y de ahí salíamos a hacer las operaciones.

Hasta que arrancaron los ataques el 1 de mayo. Ellos venían, no fue como calculaba el gobierno de que no iban a venir. Uno sabía que eran los piratas y no se iban a quedar quietos. Nosotros sabíamos que iban a venir. Los jefes pensaban por qué lado iban a venir, pero eran mayores. O sea, el jefe nuestro era un mayor, entonces era muy difícil que un general le hiciera caso a un mayor, lamentablemente. Pero se sabía por dónde se iba a hacer el ataque, sabíamos que no lo iban a hacer por la zona del aeropuerto, ya que en el aeropuerto estaba el Regimiento de Infantería 25, que estaba a cargo del teniente coronel Seineldín y los ingleses pensaban que esa unidad era un regimiento de comandos. Especialmente por eso no se atacó por la zona del aeropuerto, porque no se combate comandos contra comandos. Normalmente se evita ese tipo de enfrentamientos, así que el desembarco iba a ser en otro lado. Ellos no caminan, ellos se mueven vía helicópteros. Así que reemplazan a su gente en el frente, lo que no hacíamos nosotros.

Usted acaba de mencionar que un general no solía escuchar a un mayor. Las jerarquías que en tiempos de paz son normales en las Fuerzas Armadas, ¿se respetaban en Malvinas?

Las jerarquías siempre se respetan, vos tenés un jefe como encargado. Hasta en una patrulla mínima de cuatro hombres, como en las que operamos nosotros, hay un jefe que es el que imparte las órdenes.

¿Cómo se vivió la noticia del ARA General Belgrano?

Recibimos la comunicación por radio, supimos en ese momento. No te puedo decir qué sentimos, qué sentí en ese momento. Pero sabíamos que estábamos en guerra. Habían hundido al Belgrano fuera la zona de exclusión, entonces sabíamos que venían con todo. Para nosotros es un crimen de guerra lo que se hizo, o sea no era necesario, no se respetó la vida de los 323 que murieron ahí. Eso no lo hace un soldado, fue un político el que lo hizo. Esa es la diferencia.

En la guerra, ¿usted puede diferenciar las acciones que fueron tomadas por soldados y las que fueron tomadas por políticos?

El hundimiento del Belgrano fue una decisión tomada políticamente, sin ninguna duda. Las acciones que toma un soldado en la guerra normalmente buscan dejar fuera de combate un elemento y no aniquilarlo. Si el Belgrano con el primer torpedo estaba fuera de servicio, no era necesario hundirlo ¿Para

qué hundirlo? Si la iniciativa hubiera sido tomada por el capital del Conqueror, no lo hubiera hundido. Quizás se hubiera hundido por el primer impacto del submarino, pero no hacerlo en la forma que lo hicieron: disparando dos veces y en dos puntos clave para hundirlo directamente y con rapidez. Fue así, buscaban directamente entrar en guerra. Está la comunicación del capitán del Conqueror donde pide la confirmación tres veces para hundir. Normalmente en combate se recibe la orden una sola vez, él pidió tres confirmaciones y las tres se las dieron los políticos, Margaret Tacher.

Mucho se habla de la buena imagen que tenían los británicos respecto de los soldados argentinos ¿Qué piensa al respecto? ¿Cómo lo vivió?

El británico es un ejército que tiene muchos años de guerra. Tengan en cuenta que desde las invasiones inglesas nosotros los padecemos, o mejor dicho ellos nos padecieron a nosotros. Porque siempre perdieron. Pero en todo el mundo ellos fueron a conquistar, a colonizar. Así que son ejércitos que toda su vida han necesitado la guerra, son profesionales sin ninguna duda. Profesional no quiere decir que «son mejores que», ellos pensaban que volvían a recuperar las islas que les habían arrebatado ante los ojos del mundo.

Ellos sabían que solos no iban a poder, por la distancia y la logística que iban a necesitar. Entonces pidieron el apoyo, por supuesto, de la OTAN. Ingenuos nosotros, ingenuos nuestros políticos que pensaban que Estados Unidos nos iba a ayudar a nosotros y no a su aliado de toda la vida. Soldados profesionales, ellos pensaban que los soldados argentinos eran indios. Y cuando hablo de soldados, hablo de soldado en general, para mí todos somos soldados. Desde el general hasta el último conscripto. Pensaban que eran indios, que venían acá y nosotros íbamos a salir huyendo despavoridos. No sé si boleadoras, pero sí pensaban que nos íbamos a subir al bote y nos íbamos a volver al continente. Lo que no tuvieron en cuenta es que ellos venían porque los mandaba su reina, ponele, a recuperar una colonia. Y nosotros estábamos defendiendo nuestra Patria. Esa era la diferencia. Ellos pensaban que venían a patear un nido de cucarachas y se encontraron con un hormiguero ¡Y se los comió, eh! Se los comió, nunca esperaron la reacción que tuvimos.

Pero hay testimonios de soldados ingleses que destacan la valentía del soldado argentino...

Sí, yo no tuve el honor de combatir o tener bajo órdenes mías a conscriptos argentinos, porque éramos todos cuadros. Pero el soldado argentino, de 18 o 19 años, es único. Mucho coraje, por eso digo que la Patria está en manos

de ustedes que son los chicos de hoy. Les decían «los chicos de la guerra», no había chicos, eran todos argentinos. Ustedes tienen que llevar todo esto para adelante.

Igual, recuerde que, si bien comenzó antes porque tuvo una carrera, también tenía 19 años...

Sí, yo tuve el honor de ir a Malvinas y combatir ahí. Pero, yo lo elegí de chico. El conscripto estaba obligado por una ley. No obstante, hasta el día de hoy nos seguimos comunicando con los conscriptos que estuvieron bajo mis órdenes. O sea, algo debemos haber hecho bien. Hay excepciones en todo, porque hay excepciones en todo. Pero el conscripto, el soldado argentino es maravilloso. Para mí fue lo más valiente que hubo, amén de las cosas que se hicieron por oficiales y suboficiales. Lo que hizo la tropa argentina es muy valorado, y muy valorado por el inglés. Eso es importante, cuando el enemigo habla bien de uno por algo debe ser.

¿Tuvo la oportunidad de, más allá del combate, interactuar con algún inglés durante la guerra?

Sí, con los dos únicos ingleses que fueron tomados prisioneros después del 2 de abril. Si dividimos en dos el asunto Malvinas, estuvo la Operación Rosario que fue del 2 al 7 de abril. Cuando terminó la operación, ahí debía terminar todo. Cuando el pueblo salió a la calle fue imposible que la junta militar retrocediera y sacara las tropas, que era lo que se iba a hacer. Se recupera Malvinas, se iba a poner un gobernador argentino, se iba a sacar toda la tropa inglesa, se iba a dejar una policía militar y se iba a llamar a Naciones Unidas. No sé si iba a haber tres banderas o no, pero eso era la Operación Rosario. Después de esta, empezaron a llegar tropas y ya no había vuelta atrás. Entonces, qué pasa, uno sabía que venían. Uno leía historias, los conocíamos a los ingleses. Los prisioneros del 2 de abril fueron mandados, creo, a Uruguay. Después los únicos dos prisioneros que cayeron fueron tomados por nosotros. El capitán Glover¹, un piloto inglés, y el cabo primero Fonseca, un observador adelantado del SAS. Los dos fueron tomados prisioneros por nosotros en Howard, en Puerto Howard.

1. Jeff Glover era el piloto más joven del 1º Fighter Squadron de la RAF cuando se desató el conflicto anglo-argentino en un lejano Atlántico sur. Justo el 2 de abril de 1982, mientras las fuerzas argentinas reconquistaban las islas Malvinas, Glover festejaba su cumpleaños número 24.

¿Cuáles fueron los momentos más trascendentales para usted desde el 27 de abril, que llegó a las islas, hasta el 14 de junio?

El bautismo de fuego nuestro fue el 21 de mayo. El día 19 de mayo, un grupo de tropas SAS tomaron el aeropuerto de la isla Borbón al norte de la Gran Malvina, donde destruyeron un aeropuerto nuestro. Ese aeropuerto estaba custodiado por gente que es del BIM 3, que era Batallón de Infantería de Marina 3. Llegaron ellos a la madrugada, volaron todos los aviones en la pista, pusieron cargas explosivas en la pista para dejarla fuera de servicio, balearon todos los aviones con MAC y se fueron.

No tuvieron ninguna reacción por parte de la gente que estaba ahí en isla Borbón. Llegamos ese 19 diez minutos después de que ellos se fueron. No teníamos vuelo, o sea, nuestro helicóptero era limitado para volar. Si había niebla no se podía volar, ellos no tenían visores como para poder moverse en otra situación. Entonces, llegamos diez minutos tarde, si hubiéramos llegado diez minutos antes hubiéramos combatido directamente con ellos ahí. Después de ahí, pasamos a Gran Malvina, a la zona de monte Rosalie. Al otro día, el día 21, llegamos a Puerto Howard, a las 8 de la mañana más o menos. Nos ubicamos al lado de la jefatura del Regimiento 5, ahí también había una Compañía de Ingenieros y no recuerdo que otras tropas había.

Para que se ubiquen cómo era Howard, la zona donde nosotros estábamos, había una colina donde estaba el establecimiento y bajaba un camino hacia una lengua de agua. Había una entrada del mar, montañas, había una lengua de agua que era la Bahía de Howard, estaba el puerto y ahí se subía la colina donde estaba la casa que era del estanciero que vivía ahí, que fue tomada por la jefatura del 5. Entonces se presentaba esa lomada y del otro lado también había dos partes montañosas, la entrada y una lengua de agua abajo. A eso de las 9:15 de la mañana, sentimos un avión que venía del sur de la zona de Fox y pasó por donde estábamos, en la colina digamos, y la otra cadena montañosa. Es decir, pasó oculto frente a San Carlos. Pasó el primer avión, no le alcanzamos a tirar casi nada porque nos sorprendió. Nos aprestamos, porque al tirarle nosotros pensamos que nos volvía a tirar. Al poquito tiempo apareció otro avión, misma situación, pero ahí si ya nos agarró nosotros en apresto y se disparó.

Le hicimos fuego reunido con todos los integrantes, también teníamos una 12,7, que era del Regimiento 5, y unos misiles tierra aire ingleses, se llaman Blowpipe. Esos normalmente se usan para atacar una aeronave. Entonces, apareció este avión y se le hizo fuego reunido y se le disparó un Blowpipe.

El Blowpipe explotó en la zona trasera del avión, vimos que el avión se sacudía, se elevó y se eyectó el piloto y el avión cayó y se destrozó. Se suspendió

el fuego cuando cayó el piloto porque no se debe tirar a un paracaidista y menos a un piloto que se eyectó. La gente del 5, lamentablemente no sabía esa situación. El soldado, el conscripto nuestro y la mayoría de nuestros cuadros no conocían el tratado de Ginebra sobre lo que se debe hacer, que vendría a ser como el Padre Nuestro de la guerra. Lamentablemente era así, yo lo conocí cuando fui a la Compañía de Comandos, porque no lo tuve en mis tres años de escuela. Ahí yo leí el tratado de Ginebra. Bueno, le dispararon, pero por suerte no lo alcanzaron a herir y cayó en el agua. Agua helada, se imaginarán, salió un grupo nuestro a recuperarlo. Era el capitán Glover. Estaba herido, golpeado.

No tenía heridas de arma, sino que estaba herido por el mismo impacto al eyectarse. Estaba muy asustado, me acuerdo, ese hombre. Nosotros teníamos al capitán Llanos, que era un médico que hablaba muy bien inglés, entonces él se comunicó. «Que se quede tranquilo, que ya no pasaba más nada, que era prisionero nuestro». La primera atención médica se la dio el médico nuestro y los enfermeros nuestros. Y se lo llevaron a donde estaba la jefatura, a esa casa. Yo ahí ya perdí contacto con él, ya no lo vi más, después vi cuando lo llevaron a inteligencia. Lo fueron a buscar de inteligencia y se lo llevaron al capitán.

Pero, ya te digo, ese fue el día 21 de mayo. Ese mismo día a las 14, un grupo de aviones atacó las primeras líneas del 5, que estaban hacia el norte. Hubo varias bajas; luego uno de esos aviones fue hacia donde estábamos nosotros, hacia la colina, supuestamente a atacar la casa de arriba que era el puesto comando. El puesto comando es donde están los comandantes, por eso puesto comando, no los comandos sino el jefe de la unidad, supuestamente. Entonces ese avión apareció frente a nosotros, que seguíamos en la misma zona. El avión fue de frente, hubo un disparo de un Blowpipe y agarramos ese avión de abajo, ese piloto no se eyectó, no se salvó, y cayó al mar. Ese día, derribamos dos aviones y capturamos un piloto. Entonces fue el bautismo de fuego. Es el día más «trascendental».

Ya finalizando el combate, si nos vamos al 12, 13 y 14 de junio, ¿cómo fueron esos días? ¿Cómo se enteraron del cese al fuego?

Hay dos hechos puntuales que quiero relatar y que fueron en la misma zona. El Regimiento 5 quedó aislado. Ya se había hecho el desembarco en San Carlos, ya había sucedido la Batalla de Ganso Verde. Entonces quedó aislado, quedó desarticulado de lo que era la cabecera que estaba en Puerto Argentino. Hubo muertos por inanición, o sea, se sufrió mucho en esa zona, en ese sentido especialmente. Igual que en Fox, que era al sur.

Estos dos aviones que comenté usaban ese corredor para atacar Fox, donde estaba el Regimiento 8. Atacaban al 8 y volvían por ahí. No sucedió nada

hasta que se toparon con nosotros, tuvimos la suerte de derribar dos aviones y capturar al piloto. Después se hizo una emboscada con su radiollamada al piloto, pero bueno. No recuerdo bien la fecha, pero se hizo una patrulla al monte Rosalie, que era donde habíamos estado al principio cuando veníamos de Borbón, que era la entrada al estrecho de San Carlos. Fue la patrulla, que era de cuatro hombres; iban el teniente primero Quintana, un sargento ayudante montañés Ruiz (un excelente montañés), el «tío Pérez», que era un sargento, y yo. A mí me decían «el tierno» porque yo era el más chico de la unidad, así todos tienen su nombre de guerra, yo era «el tierno». No era el de jerarquía menor, porque había cabos, pero sí era el de menor edad. Yo llevaba el equipo de comunicaciones, el «tío Pérez» llevaba un mortero de 60, nuestro guía era Ruiz, que era el montañés, y Quintana era el jefe de la patrulla.

El objetivo era llegar a la cima del monte Rosalie y hacer observación porque se veía movimientos de tropas en la zona. En la esquina del monte Rosalie había un establecimiento chico, una casa chica, donde nosotros ya habíamos pasado y estaba ocupada. Entonces para nosotros no había tropas de Argentina, sino que estaba ocupada por los ingleses. Me acuerdo de que hacía muchísimo frío, lloviznaba todo el día. Entonces, cuando llegamos a la cima, teníamos que estar dos días y replegarnos. Si teníamos alguna novedad de ver tropas o algo, se informaba a la base y ellos la explotaban, veíamos qué pasaba. Ese día, me acuerdo, llegamos y ocupamos la primera posición. Nos metimos dentro de una piedra que era grande como una habitación. La roca tenía una grieta en el medio, la usamos para hacer la base. Dos descansaban y dos hacían observación, a la intemperie, por supuesto. Al bajar un poquito, unos diez metros del cerro, estaba todo el estrecho, se veía completo. Fuimos rotando, un par de horas cada pareja.

Cuando estábamos con el «tío Pérez», vimos un grupo de unos veinte hombres caminando hacia el lugar donde estaba el establecimiento, la casa en la punta. Nos replegamos, informé a la base que había movimiento. Salió la otra pareja a hacer observación, había un horario fijo para comunicar si había novedades o no.

Cuando fui a hacer la comunicación para avisar que estábamos sin novedades, apareció bloqueada la frecuencia de la radio, apareció un tono. Cambié de frecuencia alternativa y estábamos en la misma, es decir, me aparecía bloqueada toda gama de frecuencias. Supuestamente, nos habían interferido. Nuestra guerra electrónica no estaba al nivel de decir «están hablando por radio», todavía no existía eso. Pero ellos sí, seguramente lo tendrían.

Después nos dimos cuenta de que no era tan así. Se intensificó el frío, el viento, y la llovizna era cada vez más fuerte y no podíamos ver nada. Ir a acostarte donde teníamos la posición era al divino botón, no tenía sentido porque

no se veía nada a diez metros. Encima venía de la zona norte, peor. Salimos con el «tío» de la base y en vez de ir hacia abajo, en la posición que teníamos que tomar, nos quedamos al costado del otro lado hacia el sur. Pero ahí nomás, a unos cinco metros de la entrada a la base. Al poquito tiempo, vimos que pasa un helicóptero, un Sea King, después otro, y se perdieron. Habrán pasado cuarenta minutos, y me dijo el Tío «mirá, Tierno, allá abajo se ve un cuervo que se está comiendo algo». «No, Tío, no hay cuervos acá», y me dice: «No, no, sí, fijate». Miré con los binoculares y no eran los cuervos: eran los codos de un tipo que iba subiendo.

Forzamos más y no era uno, eran dos, tres, cuatro, cinco. No sé cuantos más alcanzamos a ver. Les íbamos a abrir fuego y no era lo que teníamos que hacer. No podíamos entrar en combate con ellos, era una patrulla de observación, tenés que evitar entrar en combate con el enemigo ¿Cuál era la situación? Habíamos visto pasar un Seeking, que lleva veinte hombres y nosotros éramos cuatro, y habían pasado dos. Lo teníamos a cincuenta metros al que vimos primero, tenían boinas de paracaidistas, que son marrón oscuro tipo ladrillo, y tenían las boinas del SAS, que eran color arena. Nos replegamos, guardé mi equipo de comunicaciones en dos segundos. Ocultamos todo lo que habíamos usado.

Salimos de la piedra rodeándola y bajando un poco el monte, teníamos que rodear todo el monte porque por donde ellos venían no íbamos a poder salir, tampoco podíamos bajar porque estaban también ellos. Empezamos a hacer una evasión; salimos de ahí y habremos hecho cincuenta metros y atacaron la posición donde estábamos nosotros.

Hicimos una evasión de 45 km aproximadamente, sabíamos que ellos venían detrás. Sentíamos los helicópteros, imaginen el terreno, era subir montañas y bajar cerros, ríos de piedra. Sobrevivimos a esos 45 km de marcha con todo el equipo y nos rescató una patrulla.

Entonces, ¿las patrullas comando no combaten?

Exactamente, el rol de una patrulla comando no es entrar en combate sino obtener información. Cuando nos cruzamos con la patrulla que nos venía a buscar, un grupo de ellos, también de cuatro, se desplegó y fue a otro sector a hacer lo mismo que estábamos haciendo nosotros, pero de otro lado. Ahí se produjo el Combate de las Piedras.

En el Combate de las Piedras muere el capitán Hamilton, un capitán de la SAS, el mismo que había dirigido el ataque a Georgias, donde estuvo el capitán Asís cuando se capturó al Submarino Santa Fe. Hamilton fue el que atacó el aeropuerto de la isla Borbón, a ese mismo capitán lo mató una patrulla nuestra. Ahí se tomó prisionero al cabo primero Fonseca, que era de Bangladesh.

Después se recuperó al capitán muerto y se lo enterró con honores, como corresponde. Ya estábamos cerca del día 12 de junio. Esa noche salimos en una patrulla al monte María, que estaba detrás de lo que era el 5, porque se había visto también movimiento de gente. Fuimos y no encontramos a nadie.

Esa noche aparecieron siete fragatas por el estrecho, o pasaron siete veces, y empezaron a tirar a Puerto Howard. Hacían uno, dos, tres, cuatro disparos y se iban, volvían otra vez, y así estuvieron toda la noche.

¿Cuál fue la situación en ese momento?

El capitán Hamilton y Fonseca eran los directores de tiro de las fragatas que estaban, junto con unos que estaban en el monte donde habíamos ido nosotros, el monte María. Los del monte nos vieron y se fueron, Hamilton no tuvo la suerte y murió allá. Cuando pasó esto Fonseca habló y dijo que la misión era corregir el tiro de la fragata para así desaparecer Howard. En Howard, había un regimiento de infantería, 800 hombres, más una Compañía de Ingenieros.

Más de mil hombres, aproximadamente, en la zona. Iban a aniquilar a mil hombres nuestros. Entonces una patrulla comando frustró este ataque inglés, salvó a un regimiento de infantería con toda su gente. Amén de esto, los ingleses pensaban que nosotros en el monte Rosalía teníamos una base fija. Ellos interceptaron una comunicación entre dos generales, donde ellos decían que tenían una patrulla de observación ahí en el Rosalie. El puesto de observación para ellos es una base fija. Entonces por eso mandaron tanta gente, si hubiesen sabido que éramos cuatro no le hubiesen dado bola porque sabían que al otro día nos íbamos. De San Carlos se despegó la fragata Plymouth.

Cuando estaba arribando a la zona, porque iba a atacar el monte Rosalie, fue interceptada por dos aviones nuestros que la dejaron fuera de combate. O sea, por cuatro tipos; emplearon 40 SAS, perdieron uno de sus mejores capitanes, perdieron una fragata. Hicimos ruido, qué sé yo, les salió caro. Creo que Dios estuvo de nuestro lado, porque teníamos que estar del otro lado, no donde estábamos. Hubiéramos tenido muchas bajas.

Usted se retiró de la Fuerza tras 37 años de servicio, ¿cómo fue volver como veterano de Malvinas? ¿O como héroe de Malvinas?

No, héroe no. Veterano de guerra sí, héroes son los que murieron, sin ninguna duda. Nuestros 649. Yo siempre digo que, en Malvinas, era feliz. Me había preparado para eso, y me tocó a los 19 años. Estuve bien en Malvinas, me sentía bien en Malvinas. Padecí lo que padecíamos todos, el hambre, el frío, el miedo. Cuando volvimos, nos enfermaron, nos hostigaron tanto que nos

enfermaron. Así y todo, terminé en 2014 y también ese año fue cuando me empecé a juntar con veteranos, empezamos a hablar. Fundamos al poco tiempo ACUVEMA, y empezamos a salir adelante. Tengo una hermosa familia, mi señora, yo digo que juntó lo que quedaba. Y me trajo hasta el día de hoy, tengo tres hijos, ahora ya grandes: Facundo de 30, Antonela de 27 y Marquitos que está por cumplir 26 años. Son lo mejor que me pasó en la vida, por supuesto. Ahora no sé, uno trata de dar su testimonio, hablar por los que no tienen voz y pensar que hay esperanza. Estoy seguro de que tenemos esperanza y la esperanza está en nuestros chicos, en nuestra gente. Jamás en los políticos, siempre en nuestro pueblo. En nuestros chicos, los maestros, el laburante del día, los verdaderos profesores de historia. Son los que te ponen la oreja y una palmada de vez en cuando.

¿Qué significó para ustedes como veteranos fundar ACUVEMA y tener un espacio para hablar de lo que pasó?

Siempre hubo asociaciones de veteranos, siempre estuvo la discordia. También manejado por los políticos, lamentablemente, de poner la diferencia entre los conscriptos y el personal de cuadros. Si bien, te digo, excelentes soldados conscriptos, excelentes, lamentablemente hay otros que son viles y miserables. Cuadros y conscriptos, de los dos lados, que quizás le va más una moneda o algún título y no lo que debe llevar adentro que es la Patria. Gente miserable, que se vende, miente, muchos que mienten. Entonces se crea mucho conflicto entre conscriptos y cuadros, incluso hay provincias donde el personal de cuadros no tiene su pensión.

En la guerra de Malvinas se demostró que hubo más muertos entre el personal de cuadros, oficiales y suboficiales que soldados conscriptos; siendo que siempre la relación es 10 a 1. Es decir, 10 soldados por un suboficial, y cada tanto un oficial. Malvinas fue todo lo contrario, murieron más suboficiales y oficiales que conscriptos, en esa relación. Quiere decir que oficiales y suboficiales que combatieron en Malvinas muchos eran jóvenes también.

¿Qué mensaje quisiera dejarles a los jóvenes sobre la soberanía de Malvinas?

No hablemos solo de Malvinas, hablemos de la Patria. Nuestra Argentina, es tu casa, donde está tu familia, tus creencias, tus recuerdos, todo, todo tu ser está en Argentina, en tu casa. ¿Qué no harías para defender tu casa? Yo creo que haríamos todo ¿Qué no harías por defender a tu familia? Yo creo que daríamos todo, yo creo que sí. Argentina es nuestra casa, es nuestro hogar y somos todos hermanos dentro de Argentina.

Tenemos hermanos buenos, hermanos malos, pero somos todos hermanos. Y el argentino es bueno, es un buen tipo, es una buena persona. Que no les mientan, es muy buena persona. Hablo en general, todos los argentinos somos buenas personas y nuestros jóvenes son las semillas. Son las semillas de soberanía, de libertad. Nosotros ya está, no dejamos de pelear, pero se nos acabó, no nos da el cuerpo y quizás tampoco nos dé la cabeza. Calculo que hemos hecho algo bien, ya que siempre tenemos el apoyo de la juventud, siempre, amén de su idea política. Eso es muy bueno, el agradecido soy yo.

Omar Rafael Montenegro

(12/9/2022)

Cuando Omar Rafal Montenegro ingresó a la Armada para cumplir con el Servicio Militar Obligatorio en abril del año 1981, nunca imaginó que terminaría enfrentado a los ingleses para defender la soberanía de las islas Malvinas y en suelo malvinense.

En marzo de 1982, al regresar de la Campaña de Brigada junto a varios batallones, recibió la orden de no cambiarse y esperar. Les indicaron que debían armarse y equiparse para zona sur. Junto al resto de sus compañeros fue trasladado a Puerto Belgrano para desempeñarse en Baterías dentro del Batallón de Infantería de Apoyo Logístico.

Se embarcó el 29 de marzo en el Buque San Antonio. Era su primera vez en un barco. Su vida estaba a punto cambiar.

«Cuando el 1 de abril, en el Buque San Antonio, nos revelan la misión, no lo podía ni entender ni procesar, pero tenía que obedecer».

¿No tenía alguna sospecha de lo que se estaba gestando?

Para nada. Suponía que era un ensayo de Brigada. Era la primera vez que me embarcaba y lo veía como una cosa interesante y linda. Sin embargo, la experiencia no fue demasiado grata. Un lunes o martes de esa semana, nos enfrentamos a una tormenta gigantesca en el medio del mar. Tuvimos que desviarnos del curso para dirigirnos más al centro del océano, porque el barco no podía desplazarse bien. Fueron dos días de tormenta grande. Personalmente, creí que nos íbamos a morir. La tormenta era mayúscula.

¿Y cuándo fue revelada la misión?

Durante el 1 de abril, después de la tormenta, el cielo estaba despejado y muy azul. Al mediodía, el contralmirante Carlos Büsser nos habló por los altoparlantes para informarnos que íbamos a recuperar las islas Malvinas. Fue un antes y un después. Siempre digo que no fui a Malvinas, me llevaron a Malvinas, porque nosotros, como conscriptos, no lo sabíamos.

El 2 de abril, durante la madrugada, se empezaron a desplazar los buzos tácticos y los comandos. Alrededor de las 6 de la mañana, dijeron que se movilizaran las cuadras. Así que ahí se movilizó el buque de transporte de tropa donde iba yo, el San Antonio, para que se desembarcara en el grueso de la columna. Iban todos los transportes anfibios. Ahí es donde se desembarcó todo el grueso de la fuerza de recuperación.

Un compañero mío, Fernando Ortiz, y yo nos quedamos en el barco junto con el segundo comandante. Nos desplazamos hacia la torreta superior para ver todo el desplazamiento e ir informando sobre lo que estaba aconteciendo a través de la mochila de comunicaciones que tenía Ortiz. Yo estaba armado con un Fabo, un fusil pesado. También fui como tirador.

Al rato, nos enteramos de que le estaban tirando al San Antonio. No sabíamos de dónde. Nos llevamos un susto bien grande. Por suerte, un tanque que estaba cerca de la playa donde desembarcamos logró despejar y cesó el ataque.

¿Qué fue lo que le pasó por la cabeza cuando se enteró de la misión?

Yo tenía 20 años en ese entonces y la verdad es que fue algo incierto. No sabía explicar lo que pensaba. La verdad es que fue algo que me dejó sin palabras. En ese entonces, no se hablaba mucho de Malvinas, lo había visto en la primaria. Siempre supe que estaban sobre la plataforma submarina argentina y que eran parte de Argentina. No sabía cómo procesar lo que estaba por suceder. No sabía cómo entender la situación.

El impacto fue muy grande para todos. Recuerdo ese silencio del 1 de abril a la tarde, después de enterarnos lo que estaba pasando. En el barco nadie hablaba. Un silencio grandísimo nos invadió a todos. Lo estábamos procesando, comprendiendo... Yo, personalmente, no lo podía entender ni procesar, pero tenía que obedecer.

Una vez que llegaron a las islas y se activó la Operación Rosario, ¿cambió el ánimo que tenían usted y sus compañeros en relación con la recuperación?

Sí, cambió. Estábamos desembarcando sobre algo que era nuestro como lo son las Malvinas. Tuvimos que tomar conciencia de lo que significaba y de las implicancias que tenía. Es diferente el entendimiento del antes y el después. Si a mí me hubieran llevado una semana después a las Malvinas, hubiera ido con una postura diferente, un pensamiento diferente.

Pero, en ese entonces, toda la situación me tomó por sorpresa. Fue algo fuerte lo que vivimos. A mí realmente me tomó un tiempo largo después de

Malvinas asimilar todo lo que vivimos. Me costó hablar durante unos diez años. Pero luego entendí que somos parte de la historia y somos parte de algo que hizo que el país funcione de otra manera. El entendimiento patriótico fue más grande. Hicimos Patria.

Puedo decir orgullosamente que el 2 de abril de 1981 vi ondear la bandera Argentina en Puerto Argentino.

¿Cuántos días permaneció en Malvinas?

Estuve desde el 2 de abril hasta finales de abril. Una vez declarada la guerra, una parte del grupo del Batallón de Apoyo Logístico, al cual pertenecía, emprendió la vuelta a Buenos Aires en el Buque San Antonio. Nos volvimos porque el San Antonio no tenía armamento para defenderse. Cualquier submarino lo podía hundir y era un barco muy grande, casi 190 metros de largo.

Hubo un cambio radical desde que usted llegó con la Operación Rosario, con una idea de negociación por parte del gobierno argentino a un inicio de la guerra...

Sí, Inglaterra nunca quiso negociar, de hecho ahora sigue en esa postura. No quiere negociar. Ellos no son de negociar sus colonias. Es un país colonizador, se ha criado así durante siglos y es muy difícil sacar eso. Deseo imperiosamente que antes de que se termine mi historia en esta tierra se pueda dar una negociación, aunque sé que es muy difícil. Ellos no quisieron sentarse a negociar y nos declararon directamente la guerra.

La guerra recién había comenzado. ¿Qué hicieron en Buenos Aires?

En Buenos Aires ensayamos con unas armas que trajeron oficiales peruanos. Después volamos en un avión de Aerolíneas Argentinas sin butacas, con todo el armamento atrás y nosotros sentados en el piso a Río Grande, en Tierra del Fuego. Hace poco tiempo me enteré de que la idea original era volver a Malvinas a combatir, pero, como había un bloqueo aéreo y marítimo, no pudimos llegar.

¿Cómo siguió su vida después de Malvinas?

Cuando volví de Malvinas tenía la cabeza puesta en terminar el Servicio Militar. Pero en realidad, en retrospectiva y pensándolo bien, el regreso fue un poco triste. Nos recibieron de la misma manera como si nos hubiésemos vuelto de un fin de semana de licencia.

Nos recibieron mejor los oficiales peruanos cuando volvimos de Malvinas a Buenos Aires. Me acuerdo de que eran oficiales y nosotros teníamos que saludarlos por su rango y ellos se acercaban y nos extendían la mano. Sabían que veníamos de recuperar parte de nuestra tierra.

Finalmente salimos del Servicio Militar antes de terminar los dos años. Tendría que haberlo terminado en abril del 83 en lugar de octubre del 82. Cuando salimos no nos dieron los documentos. Salimos por el portón del Batallón y nos fuimos. No se izó ninguna bandera ni se cantó el himno.

Le avisé a mi hermana que volvíamos. Ella estaba haciendo la carrera militar en el Hospital de Puerto Belgrano como cabo enfermera. Me pidió que la esperara. Ella tomó una licencia y volvimos los dos juntos a casa.

¿Cómo fue la reacción de su madre al verlo?

Tengo la imagen grabada de mi madre viniendo a abrazarme. Yo me separaba y ella me abrazaba de nuevo. Me observaba mucho. Me di cuenta de que era para ver si estaba entero. Ahí pude asimilar el sufrimiento de mi madre con respecto al tema Malvinas.

Después de ese momento, no hablé de Malvinas por unos diez años porque creía que realmente los únicos héroes eran los que dieron su vida o salieron heridos. Al tiempo, en 1995 me llamó por teléfono Fernando Ortiz y me preguntó si estaba cobrando la pensión de guerra por Malvinas. Yo no la cobraba porque creía que no me correspondía. Era todo muy confuso en ese tiempo, se vivía un intenso proceso de desmalvinización. Ortiz me explicó que me correspondía cobrarla. Fui a la Delegación Naval a averiguar y efectivamente estaba en la lista de veteranos de la guerra de Malvinas. Unos años después, comencé a dar charlas en los colegios, en teatros, en instituciones y en fundaciones para comenzar a malvinizar.

Si tuviera la posibilidad de volver a Malvinas, ¿lo haría?

Sí. Lo haría, pero únicamente si pudiera entrar con el DNI argentino, no con otra cosa. Espero poder volver en esta vida.

¿Qué pensaría si sus hijos decidieran hacer carrera militar y eventualmente les tocara ir a una guerra para defender a la Patria?

Sería una decisión de ellos. Yo siempre apoyo lo que ellos quieren. Si tuvieran que ir a una guerra, sugeriría tratar de evitarlo. Los padres sufren mucho. No solamente sufrieron nuestros padres, sino también los padres de los ingle-

ses. La guerra nunca es buena. Siempre se pierde más de lo que se gana. Si no quedara otra opción, oraríamos por ellos para que estuvieran bien. Personalmente sé lo que es una guerra y hay cosas que te hacen ruido.

¿Cree que la Argentina le debe algo?

El reconocimiento que tenemos desde hace unos años ha cambiado, ha mejorado. Sé que ha costado mucho. Hay muchos proyectos que nos dan esperanza. Teníamos una pensión de guerra bajísima y nos arreglaron bastante bien. Esa sí era una deuda. Un alma es invaluable, pero sí es una ayuda para muchos que no tienen trabajo por sus condiciones psicológicas y físicas.

Marta Teresa Montenegro

(12/9/2022)

Marta Montenegro prestó servicio como enfermera en el conflicto armado de las islas Malvinas en el año 1982. Ingresó en la escuela de enfermería naval en Puerto Belgrano en marzo de 1981 y se recibió de cabo segunda enfermera en 1983. A principios de marzo de 1982, participó en el acondicionamiento de las habitaciones del Hospital Naval de Puerto Belgrano y estuvo afectada a la atención de heridos durante la guerra.

Hermana de Omar Montenegro, veterano de Malvinas, Marta sostiene enfáticamente que el país está en deuda con las enfermeras que participaron del conflicto que no han sido reconocidas como veteranas de guerra.

«Trabajando en la clasificación de heridos en el Hospital Naval de Puerto Belgrano, lo único que le rogaba a Dios era que no llegara mi hermano».

¿Cómo se involucró en el conflicto de Malvinas?

A mediados de marzo de 1982 nos ordenan empezar a acondicionar salas colocando camas, colchones y recibiendo muchas cajas de insumos, de todo, desde termómetros hasta tensiómetros, pasando por todo. Cumpliendo órdenes hicimos eso, acondicionamos salas, colocamos las camas estratégicamente para que entraran todas las camas posibles en las salas y se pudiera caminar entre ellas, se acondicionaron también otras salas que ya estaban y se las dotó de más insumos.

¿Qué se siente haber sido de las primeras promociones de enfermeras y además mujer en un mundo conquistado por hombres? ¿Cómo era el trato con sus superiores?

Con los superiores era un «no, no, no», nos costó muchísimo, superiores, inferiores, lo que sea. Nos costó muchísimo abrir el camino en un país totalmente de hombres. Fui de la segunda camada, la promoción 83, la segunda de mujeres y nos costó mucho. Hasta que yo me fui, todavía nos costaba. Me recibí en el 83 y seguí trabajando como civil, pero como civil o militar, estábamos en el subsuelo, nos costó muchísimo abrir camino. Estoy orgullosa de

haber pertenecido a las Fuerzas Armadas y orgullosa de haber hecho historia, porque realmente somos historia en la Armada, primero, por haber sido de las primeras promociones de enfermeras navales y, segundo, por haber estado durante Malvinas.

¿Sabía lo que estaba ocurriendo?

Comenzamos con todo eso en 1982 y no entendíamos, yo tenía 19 años, no sabíamos qué iba a pasar o por qué motivo o razón, no sabíamos nada, ni idea teníamos de lo que podía llegar a pasar. Entonces se empezó a correr la voz y se hizo *vox populi* el tema Malvinas, que las iban a recuperar, contaban una historia de una bandera de que lo que había pasado realmente y por qué era que iban a salir a Malvinas nuestros soldados, todo muy confuso, lo único claro para ese momento era que íbamos a recibir heridos.

Usted y su hermano Omar estaban en la misma base, ¿cómo era el vínculo entre ustedes?

Mi hermano estaba en la Infantería de Marina, a 11 kilómetros de Puerto Belgrano, así que yo lo iba a visitar con bastante frecuencia a él. Él era colimba y yo estaba en segundo año, teníamos muy buena comunicación, era un vínculo muy estrecho.

¿Pudo comunicarse antes de que Omar embarcara rumbo a Malvinas?

Yo sabía dónde estaba él. Sabía que Infantería de Marina es de desembarco, así que sumé dos más dos. Posiblemente mi hermano iba a ser parte del equipo. Tenía que preguntar. Quería hablar por teléfono, no podíamos ir a verlos, así que yo pedí por favor si me dejaban llamar y hablar con mi hermano y quedarme tranquila de que iba a quedarse en el BIAN, de que no iba a embarcar.

Ya nosotros sabíamos que estaba el cabo San Antonio con todos los vehículos anfibios embarcados, los Jeep y los camiones. Entonces pensé que quizá no llevaban a mi hermano por ser colimba y llevaban a los de cuadros. Llamé a mi hermano con un teniente al lado que supervisó la llamada. Yo sabía que iban a la guerra y no querían que avisáramos nada y a nadie. Finalmente llamé a mi hermano y él estaba en la formación.

El teléfono estaba en el hospital y era el de los cospeles de aquellos tiempos, entonces, con el teniente al lado mío, lo llamé. Finalmente lo pude contactar a las 5 de la mañana.

Pero no pudo decirle nada...

Nada. Fue en ese momento en que se me partió el alma porque me dijo «estoy embarcando, listo». Yo tenía ilusión de que me dijera «está todo bien, no me dijeron nada». Cuando me dijo que estaba embarcando fue un balde de agua fría. Yo sabía dónde iba, él no.

No podía decirle nada, ni una palabra. Tenía al teniente al lado. De todos modos, incluso si no hubiese tenido al teniente al lado, tampoco se lo hubiera dicho. Cómo le voy a decir «mirá, hermano, están embarcando porque van a una guerra». No hubiera sido lo más lógico ni lo más humano. Al menos tuve la oportunidad de hablar con él antes de su partida.

Preocupada por el destino de su hermano, tuvo que continuar con sus tareas de hospital...

Sí. Nosotras seguimos con nuestra tarea de hospital, después también acondicionamos el Buque Irizar, que es el buque que llevó a unas cuatro o cinco voluntarias de Punta Alta que eran civiles. Teníamos que dejar todo a punto, todo listo para recibir lo que después empezamos a recibir.

¿Cómo era un día normal en su día como enfermera durante la guerra?

Vivíamos con el uniforme, distinto al de los militares. Usábamos un delantal que era un poco transparente, por eso nos poníamos una enagua por debajo. En el hospital teníamos algunas salas con camas, nos acostábamos ahí porque sabíamos que si íbamos al alojamiento, que quedaba a unas dos cuerdas de donde estaba la sala de los heridos, apenas sonara la sirena íbamos a tener que salir.

Teníamos una sala de heridos de bala o con esquirlas, después teníamos otra de traumatología donde estaban los pie de trinchera, donde fueron a parar la mayoría de los sobrevivientes del Belgrano. Allí hicimos una salita para descansar un rato, pero te acostabas y enseguida te llamaban para que atendiéramos algún herido. Dormíamos muy poco y si podíamos dormir, era por cansancio extremo. Fue muy duro. Veíamos y escuchábamos todas las vivencias que relataban estos chicos.

La mayoría de los que atendimos heridos de bala eran los del Ejército, y eran la mayoría norteros, litorales, de Chaco, de Formosa, de Corrientes, de Entre Ríos. Eran de nuestra misma edad. Sentíamos la pena de ellos, la angustia de ellos de no poder comunicarse con su mamá.

Muchas veces venían voluntarias a escribir cartas para avisarles a las madres que estaban vivos. A nosotras nos daban una dirección para escribir, pero no teníamos permitido mandar cartas. A las voluntarias también les controlaban las cartas, así que muchas veces ni siquiera podíamos avisarles a sus madres que sus hijos estaban vivos. Todo eso sumado a los lamentos. Era imposible dormir. Yo no pude dormir por varios años.

¿Cómo vivía usted la llegada de los heridos?

No era fácil. Nosotros recibimos en el Hospital Naval de Puerto Belgrano el cadáver de Giacchino, el primer muerto en Malvinas. También el primer herido, Ernesto Urbina, buzo táctico.

A partir de ese momento, de a poquito, empezamos a recibir más; uno, dos, tres, cuatro y después recibimos de a cientos, cientos y cientos. Tocaba una sirena. No descansábamos, no dormíamos, no vivíamos, estábamos ahí siempre disponibles.

Recién este año (2022) comencé a hablar de todo esto. A medida que voy hablando, voy recordando más, empiezo a recordar cosas. Nos llegaban heridos, sonaba una sirena eran las 3 o 4 de la mañana y era fuertísima, actualmente la escucho en las películas. Cada una de nosotras tenía destinado un puesto que debíamos cumplir al momento de la sirena.

Yo era «clasificación de heridos». Había quince o veinte ambulancias, las blancas y las verdes, de Infantería y de Marina. Llegaban y empezaban a bajar los heridos e iban a clasificación de heridos donde estaban dos médicos, otra compañera enfermera y yo. Iban tomando los nombres y veían el tipo de heridas que tenían y los destinaban a las salas.

Lo único que rogaba a Dios y a todos es que no llegara mi hermano, que no me encontrara con mi hermano en ese momento. Dios me puso un ángel en el camino, un teniente cuya esposa tuvo familia en ese intervalo entre el 2 de abril y hasta que Omar volvió. El teniente vino desde Malvinas en avión a conocer a su hijo y se acercó hasta el alojamiento, con humildad porque un teniente no iba a ir a saludar a un aspirante ni iba a hacerle un favor, así que con toda la humildad del mundo fue a avisarme que mi hermano estaba bien, que estaba vivo y que ya estaba cruzando al continente.

Ustedes recibieron a los heridos del ARA General Belgrano... debió ser un momento muy duro e impactante...

Efectivamente. En Puerto Belgrano recibimos a los heridos del crucero Belgrano, donde también teníamos a muchísimos amigos. Varios novios de com-

pañeras mías, como Andrés Suárez, que es sobreviviente del hundimiento. Muchísimos pie de trinchera eran chicos muy jóvenes. Nosotras éramos casi de su edad, pero nos veíamos muy grandes al lado de ellos. Nos lloraban pidiendo por sus madres, por sus hermanas, por sus familias. Ese lamento, esos gritos, todo eso me quedó grabado, y nos quedó a todas. Realmente éramos muy chicas y tampoco estábamos preparadas para eso. Fue verdaderamente muy duro.

¿Cómo fue el reencuentro con Omar?

Cuando a mi hermano le otorgaron la baja y le abrieron el portón con un simple «hasta luego y suerte», él recurre a mí porque no tenía nada, ni un peso. Le dije lógicamente que se quedara conmigo hasta que consiguiera una licencia y así volver juntos a Mendoza. Cuando llegamos a casa, salió todo el vecindario a recibir a Omar. Mi mamá corrió a recibirlo, todo para él. Yo también había hecho cosas por Malvinas y me dejaron atrás llevando los bolsos, las valijas. Es más, cerraron la puerta y les tuve que golpear para decirles «acá estoy».

Más allá de que ahora sea una anécdota graciosa, ¿cómo se sintió realmente en ese momento?

En ese momento me sentí realmente feliz. Fue un mimo al alma ver a mi mamá reencontrándose con su hijo. Yo no la había podido llamar y mi mamá trató también de comunicarse conmigo sin haberlo logrado. Nos cerraron las comunicaciones, estábamos controladísimas, no nos dejaban salir a la zona civil. No había celulares. Las cartas tampoco llegaban, las abrían.

Si tuviera la posibilidad de ir a Malvinas ahora, ¿viajaría?

No iría. Es inmensa la pena que hemos vivido y la pérdida de muchos compañeros que quedaron allá y otros que un tiempo después se quitaron la vida. No iría a Malvinas.

¿Siente que Argentina le debe algo?

Sí, a nosotras nos debe mucho, no nos quieren nombrar veteranas, nosotras no somos combatientes. Estudiamos para atender heridos y eso hicimos. Es cierto que había hospitales de campaña, como el de Puerto Madryn, que nos mandaban a todos los heridos cuando ellos no daban abasto o no tenían la modernidad necesaria para atender a heridos graves.

A ellas sí las nombraron veteranas y no estuvieron ni en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur ni en el Teatro de Operaciones Malvinas. A nosotras no hay forma de que nos nombren veteranas. Yo creo que más allá de la presión o de la ayuda económica, creo que merecemos que nos reconozcan como veteranas de guerra, porque en todo el mundo, en todas las guerras, las enfermeras son veteranas, salvo en este país. En este país, las cuatro chicas que fueron nombradas veteranas tuvieron que pelear hasta que finalmente fueron reconocidas en 2021.

Jorge Gustavo Roco

(28/12/2022)

Nacido en Salta, Jorge Gustavo Roco es capitán de la Fuerza Aérea. Desde muy chico sintió una pasión inconmensurable por los aviones. En la época de la guerra de Malvinas, se desempeñaba como tripulante del Canberra (MK 62) en la Segunda Brigada Aérea.

El Canberra, un bombardero liviano fabricado por la británica English Electric, permaneció en servicio de primera línea con fuerzas aéreas principales durante las décadas de 1950, 1960 y 1970, y continuó como bombardero y avión de reconocimiento en fuerzas aéreas menores durante las décadas de 1980 y 1990. El avión tomó parte en muchos conflictos, siendo empleado como bombardero por la RAF durante la crisis de Suez; por el Reino Unido, Nueva Zelanda y Australia en la emergencia Malaya; por los Estados Unidos y Australia en la guerra de Vietnam; por Etiopía contra Eritrea y posteriormente contra Somalia durante la década de 1970; por Rodhesia y Sudáfrica durante la Segunda Chimurenga y por Argentina durante la guerra de las Malvinas.

Jorge recuerda que en la Brigada le dieron el permiso para despedirse de su familia. Fue duro porque su esposa estaba embarazada, pero no dudó ni un segundo. Era consciente de que para eso se había formado y que defender a la Patria era su obligación y todo un honor.

«Para eludir los radares, nosotros volábamos rasantes al mar, tan bajo que se manchaba el parabrisas con el agua del mar».

¿Qué lo llevó a hacer carrera dentro de la Fuerza Aérea?

Me interesó desde chiquito. Amaba los aviones. Mi papá era ingeniero y mis hermanos son médicos. Me incentivaron mucho. De ahí es que yo rescato los valores de la época, y los valores del combate.

¿Cómo fue enterarse de que debía volar a Malvinas?

Tenía 26 años y ya era oficial, no era soldado. Tenía el rango de primer teniente. Nos dieron permiso para que fuéramos a casa a despedirnos de la familia porque al otro día ya despegábamos hacia el sur. En ese momento mi señora estaba embarazada de un hijo mío que nació en noviembre. Al otro día

nos fuimos a la Brigada y tomamos cada uno su avión. A nosotros nos desplegaron a Trelew y de ahí comenzamos a hacer vuelos de adiestramiento porque no estábamos para ese tipo de combate, o sea, aéreo naval.

Recuerdo que el 1 de mayo recibimos la orden de despegar hacia la isla. Llegué a 70 millas de la isla. Estaban todos los barcos y todos los aviones a la misma altura. Ahí hubo derribos.

Estábamos agrupados en escuadrillas que a su vez se conformaban en un escuadrón. Había días en que tu escuadrilla estaba en alerta y otros días en que podías descansar.

¿Qué sensaciones experimentó durante el combate?

Para mí era un orgullo muy grande y generalmente todos mis camaradas eran el orgullo. Era un verdadero honor poder estar ahí defendiendo nuestra soberanía. Para eso me había preparado. Después dijeron que éramos héroes y todo lo que se construyó alrededor. ¿Sabés quiénes fueron realmente héroes? Los muertos y los soldados. Yo era un militar oficial que había elegido esta carrera.

Héroes son los jóvenes soldados, el soldado estaba en una trinchera en el barro. Yo tenía en mi mano un arma que era mucho más letal que la que podía tener un colimba. También tenía más preparación.

Durante el combate, ¿cómo se organizaban para desplegarse?

Estábamos durmiendo en una especie de hotel, que era el casino de oficiales de Malvinas, y ahí llegaban todas las órdenes fragmentarias que todas las tripulaciones debíamos acatar. Aunque era en primer lugar un sitio de descanso, ahí llegaban las órdenes. Una vez que recibíamos las instrucciones de lo que debíamos hacer, nos juntábamos todos en las salas de pilotos y preparábamos la navegación. Luego nos vestíamos, nos poníamos el casco y la máscara de oxígeno y salíamos.

Mucho se habla de las hazañas de nuestros pilotos. ¿A cuántas millas solía volar?

Al comienzo, teníamos que acercarnos bastante bajo para que no nos descubrieran los radares. Y, después, cuando estábamos a 100 millas más o menos, nos levantábamos corriendo el riesgo de ser detectados.

¿Cómo eran las misiones?

Desde Inteligencia nos daban las coordenadas de los buques ingleses y las tropas de tierra. Teníamos que despegar en el continente y volar hasta esas coordenadas para combatir.

Íbamos rasantes al mar. Tan bajo que se manchaba el parabrisas con el agua del mar. El lóbulo del radar es como una gota invertida, entonces nos metíamos por debajo, por eso íbamos rasando. Llegaba un momento que nos teníamos que elevar y ahí es cuando ellos comenzaban a largar todos los misiles de los de los buques y de las aeronaves que tenían.

¿Presenció algunos derribos de aviones?

Ciertamente. He visto aviones que se reventaban en el aire porque habían sido interceptados por un misil. Yo he visto algunos derribados cuyos pilotos lograron eyectarse. Te eyectabas con el asiento y todo. Eyectar es asumir que ya no tenés posibilidades ni de vivir ni de defender el avión. Es un sistema en el que saltas con la silla y te vas con el asiento, te levanta a determinada altura y después se abre el paracaídas y cae. Llevabas el sistema de supervivencia en el asiento.

¿A qué base volvía después de sus vuelos?

Volvía a aquella base desde la cual había salido, que podía ser Río Gallegos, Trelew o Río Grande, una de esas.

¿Recuerda algún momento en particular en el que se respiraba el miedo a perder la vida?

Sí. Una vez despegaba de Río Gallegos y venía un avión Hércules de donde bajó un herido proveniente de Malvinas, que había sido jefe de una escuadrilla de allá. Me preguntó a dónde iba a ir yo y le respondí que junto a mi escuadrilla nos dirigíamos a San Carlos. Exaltado me dijo: «Tirá la bomba en el mar y volvé». A él le habían dado y había sido derribado en el agua. Había miedo y tenía la intención de protegerme. Lo único que lo mantuvo con vida fue la imagen de la madre, tenía una gorrita tejida por su madre.

¿Qué sucedió cuando estuvo volando a 400 kilómetros de Mar del Plata?

Nos hicieron despegar a las 8 de la mañana, éramos dos o tres aviones. Nos dieron la orden de entrar a 400 kilómetros. Ahí había un submarino y un buque al que le estaban cargando combustible. Me acuerdo de que pedí permiso para tirar las bombas, y me respondieron que no, que debía abortar. Al principio no entendí. Era el enemigo. Después, a la vuelta, me enteré de que esos eran submarinos nucleares que traían misiles. Si les tirábamos, volaba toda Mar de Plata. Ellos tenían submarinos frente a todo el océano Atlántico, en las ciudades más importantes, porque si se ponía adversa la guerra iban a tirar misiles nucleares.

¿Qué sintió después del combate?

No creo que exista un solo excombatiente que no sienta orgullo hoy por haber estado en ese desafío por el bien de la Patria y por exponerse a eso. Es muy valioso. Yo soy creyente, católico. Mis hijos, que estaban en Salta, me habían dado un crucifijo y en el avión yo llevaba ese crucifijo y una estampita. Eso me ayudó a sobrellevar todo. Y la formación, teníamos en la Fuerza Aérea una formación que era muy de compañerismo.

En un punto, peleábamos no tan solo por la Patria, sino también por nuestros compañeros. Uno no quiere defraudar a un hermano. Por eso yo peleaba.

Es importante para la juventud la formación y tener valores. No digo que los valores que se inculcan ahora sean mejor o peor o que el objeto haya sido mejor o peor. Yo me aferraba durante el combate a lo que me dijeron mis padres y la escuela.

¿Dónde se encuentra su avión?

En un museo, en Morón.

¿Cómo fue su regreso y su recibida?

Bien, normal. Mi señora y mi familia estaban todos en Buenos Aires. Los había mandado yo a la casa de mis suegros. Entonces ella, cuando yo salía a volar, me hablaba y estaba atenta a las noticias... que se había caído tal cual avión. Ella fue la que sufrió más.

Si pudiera darles un mensaje a los jóvenes de hoy en relación con Malvinas, ¿cuál sería?

Que no se olviden de que las Malvinas son argentinas. Que hay muchos que han muerto por las Malvinas y después muchos otros compañeros que se suicidaron.

[11]

Lucio Candia

(22/3/2021)

Lucio Candia nació en Azul, provincia de Buenos Aires. Hijo de un suboficial del Ejército, se jacta orgullosamente de haber heredado la vocación militar de su padre. Sin demasiado convencimiento decidió mudarse a la ciudad de La Plata con el objetivo de estudiar Ciencias Económicas, pero ese claramente no era su destino.

Candia tenía 25 años cuando combatió en la guerra de Malvinas. Su relato estremece y llena de orgullo.

«La Patria somos todos y una forma de honrarla es respetando a todas nuestras instituciones: los tres poderes del Estado, las Fuerzas Armadas, la Iglesia».

¿Cómo decidió comenzar su carrera militar y dejar de lado a las ciencias económicas?

Siempre estudié en Azul. Cuando estaba terminando la secundaria mi papá falleció, así que se me fue quien me iba a ayudar a seguir la carrera militar. Entonces decidí sin convencimiento irme a la ciudad de La Plata a estudiar Ciencias Económicas. Realmente no me gustó, no era para mí, pero fui porque otros amigos se iban. Y al ser perito mercantil, creí que podía llegar a andar.

Conocía en ese tiempo en La Plata un cadete de la fuerza militar, que era de Azul y me hice muy amigo de él. Me orientó un poco y en julio me preparé para ingresar al colegio militar.

Su padre era artillero, ¿por qué decidió ingresar a Infantería?

Sentí que un poco lo traicioné con esa decisión a mi papá, pero yo sabía que la Infantería es la que está más al frente en el combate y eso me movilizaba.

¿Dónde lo encuentra apostado el 2 de abril?

Una vez que me recibí, estuve destinado a la ciudad de Corrientes, donde permanecí por tres años. Me casé en Corrientes, ahí nació una hija. En 1982 me destinaron a Campo de Mayo, a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral.

Estaba en el segundo año de la escuela y llegó el 2 de abril. Desperté en casa a las 6 de la mañana y la desde la radio exultante se escuchaba que había manifestaciones por la recuperación de Malvinas.

¿Qué sintió en ese momento?

Una grandísima emoción. Tengo la sensación de que en las escuelas, en esa época, se enseñaba el amor por el suelo patrio. Además, se hablaba sobre las Malvinas, a nosotros nos enseñaron a quererlas pese a que no las poseíamos. Hoy, lamentablemente, eso se desatiende.

En aquel entonces, ¿hubo algún indicio o noticia que le hiciera suponer que existía una estrategia para recuperar Malvinas?

No, no había. Yo intuitivamente sentía que algo estaba por pasar. Ahora, no sé el porqué... Tal vez porque cenaba con el hijo de una persona que era militar y que tenía contacto de alto mando. El 6 o 7 de abril empezó a correr el rumor que afirmaba que los aspirantes iban a egresar como cabos para complementar las unidades que iban a ir a combate. Luego empezó a decirse que los que éramos oficiales instructores de esos aspirantes también íbamos a completar las unidades que iban a ir a Malvinas o a cubrir la Patagonia.

El 13 de abril ya estaba presentándome en el Regimiento de Infantería 5, en Paso de los Libres. Ahí me designaron jefe de una sección de Infantería de la Compañía A y viajamos a Comodoro Rivadavia en avión.

¿Cuándo llegó a Malvinas?

Unos días después, el 24 de abril, se dio la orden de que nos preparáramos para ir a las islas Malvinas. Acampamos dos o tres días en Puerto Argentino en las inmediaciones del aeropuerto hasta que se dio la orden de pasar a Puerto Howard, que queda en Gran Malvina.

Nos transportaron en unos diez helicópteros. La guarnición se conformó aproximadamente de unas mil personas en ese lugar. El objetivo era que las Fuerzas argentinas estuvieran en distintos lugares de las islas. Si solamente se protegía a la isla Soledad, los ingleses podían hacer pie en la isla Gran Malvina y combatir desde ahí. Entonces se puso gente en Puerto Fox, que estaba al sur, y en donde estaba yo que era Puerto Howard, que después se rebautizó Yapeyú. Al norte también había otro destacamento de la Armada.

¿Cuál fue el primer obstáculo con el que se encontraron al llegar?

Diría que el primer incidente que puedo comentar fue el primer día que llegamos. Lo particular de esto es que no fue con el enemigo. Nos habíamos instalado en Puerto Howard. Se había preparado comida para 600 personas, que se estimaba eran las que iban a llegar, y en realidad éramos 750. Entonces el jefe de la guarnición, el coronel Mabragaña, decidió entregarnos cuatro ovejas para comerlas asadas. El enemigo todavía no estaba andando en avión por el clima, así que no había problema por el humo.

En un determinado momento, llegó el helicóptero que trasladaba al general Parada, quien era el comandante de la brigada que nos correspondía y nos increpó: «¿Qué se piensan que están haciendo acá, se piensan que vinieron de picnic?». Inmediatamente relevó como castigo al teniente primero Mejías y al encargado de compañía.

El asado era porque teníamos que comer, no teníamos comida... Quedé un par de días a cargo de la compañía, porque yo era el oficial más antiguo. Eso fue una real injusticia y lo cuento porque en la guerra hubo hechos muy valiosos y heroicos, pero también otros con falta de conducción. Luego, el jefe llamó un montón de veces pidiendo que lo mandaran a Mejías y al suboficial encargado, y no fue atendido su pedido.

Estando en Puerto Howard, ¿la logística de provisión fue muy complicada?

A Puerto Howard no había manera de llegar, salvo por barcos. Usar los helicópteros era excesivamente riesgoso. Esto dificultaba lógicamente el aprovisionamiento.

El tema de la escasez de alimentos durante la guerra es siempre algo recurrente, ¿qué tenían ustedes para comer?

Solamente cordero, cebolla y zanahoria; una sola vez por día. Por el lugar en el que estábamos, las temperaturas y las actividades que realizábamos, teníamos que ingerir entre cuatro mil y cinco mil calorías. Consumíamos menos de mil diarias; por eso la mayoría llegó a adelgazar entre 10 y 15 kilos durante la guerra.

Por la cantidad de gente, tendríamos que haber recibido ocho cocinas de campaña. Cada una cocinaba para 280 personas aproximadamente. Pero quedaron en Comodoro Rivadavia. No hubo barco para hacer el desplazamiento de las cocinas. Solamente llegó una.

Obviamente no se podía cocinar para todos con una sola cocina, así que se cortaron tachos de 250 litros y se cocinaba ahí. Tampoco había leña, así que se usaba turba. Para que hirviera una olla con esa turba, tenían que pasar dos o tres horas y recién ahí ponerle el cordero con un poco de zanahoria y cebolla.

Todos pasamos hambre. Incluso hubo gente que murió por inanición. Hubo un par de soldados que estaban en una zona un poco complicada y que, sintiéndose enfermos, en lugar de salir a la carpa, se quedaron ahí y no se movilizaron ni a buscar comida. Cuando los internaron en el hospital de campaña, también muy precario, ya era tarde. Más allá de que les daban de comer en la boca con una cuchara, los dos soldados murieron.

¿Con los medicamentos e insumos para atender a los heridos pasaba lo mismo que con la comida?

Hubo un enfrentamiento muy cerquita de donde yo estaba. El enemigo cañoneaba desde el estrecho las posiciones donde nosotros estábamos. ¿Cómo lo hacía? De día con un helicóptero. Llevaban un observador aéreo que ubicaba las posiciones donde estábamos ubicados nosotros. A la noche le refería el disparo a las fragatas. Esto sucedía cada dos o tres noches y dificultaba el dormir.

Un día, ya harto de ese fuego que recibíamos, el jefe ordenó hacerle frente con los cañones 105. Se les tiró con estos cañones a la fragata y esta devolvió el fuego a nuestras posiciones con una precisión tremenda, y dejó el saldo de varios heridos.

Uno de esos heridos era el subteniente Miñones, que era el jefe de Morteros. Lo fui a visitar dos o tres veces a la enfermería de campaña; estaba muy herido en la pierna. Un día fue, a los diez días aproximadamente, y noté a través de la sábana que le faltaba una pierna. No me atreví a preguntarle a él. Hoy me pregunto cómo habrán hecho con el tema de la anestesia, porque prácticamente no había nada. Lo básico nada más. Después lo trasladaron al continente en helicóptero.

¿Cómo era la relación entre los soldados y los mandos superiores?

En la guerra no podés actuar como en la paz. Tenés que actuar con otras acciones. No se pueden juzgar las acciones de la guerra con las leyes civiles. Como superior es prioritario preocuparte por ellos, estar al lado de ellos, preguntarte si comieron lo poco que había. El mando en la guerra es muy particular y es difícil.

En las Fuerzas Armadas siempre decimos que existe el comando y el mando, el comando es la autoridad que te da una jerarquía, mientras que el mando es la adhesión voluntaria a la orden recibida.

¿Usted piensa que hubo contradicciones entre el discurso oficial y lo que realmente ocurría en las islas?

Sí, nosotros escuchábamos ansiosamente la radio Colonia, y los medios argentinos decían «vamos ganando», esa euforia de vamos ganando que uno quería creer, y por otro lado, el cielo cubierto de aviones Harrier todos ingleses, había cien barcos de apoyo de los ingleses, por tierra estaban próximos a conquistar y hacer rendir, a Pradera del Ganso y Puerto Darwin. Eso era una contradicción porque teníamos hambre, teníamos frío, estábamos mojados. Nosotros veíamos que por mar no nos llegaban víveres, que por ninguna manera teníamos nada y eso nos causaba desesperanza, tristeza y angustia.

Durante sus días en Malvinas, ¿recibió alguna noticia de su familia?

Yo tenía una hija de quien era mi esposa en ese momento. Ella se encontraba embarazada nuevamente y en junio se preveía que este hijo o hija naciera. En esa época no podías saber de antemano el sexo del bebé.

Me llamó un día un capitán que estaba a cargo de las comunicaciones y me dijo: «Le voy a comunicar una noticia que no se va a olvidar nunca más», y agregó: «Nació Luis». Le respondí que no podía ser porque yo había pedido que se llamara Lucio. Me dijo: «Espere, espere, se llama Luz María». Algunos días después, el jefe que realmente mandaba me invitó al puesto comando a celebrar el nacimiento de mi hija y comimos una avutarda. La beba nació el 2 de junio y yo me enteré recién el 7 u 8 de junio. Recién la pude conocer el 15 de julio, después de un mes de estar prisionero de guerra.

¿Cómo se enteró de la rendición?

Por radio, una radio Thomson, un equipo de comunicación. Ya estábamos rodeados por el enemigo, ya habían tomado Darwin. Esas noticias ya las teníamos, el enemigo avanzaba desde Darwin hacia Puerto Argentino

¿Cómo afectó la moral de los combatientes?

Mucha desazón. Te preparabas para el combate, nunca para la rendición. Fue un golpe duro.

¿Qué ocurrió cuando volvió al continente?

Regresamos al continente, me pude reunir con mi familia y conocer a mi segunda hija. Hasta ahí todo lindo. Pero empezó la época de la desmalviniza-

ción. Las Fuerzas Armadas de la dictadura militar que había fracasado y la derrota en Malvinas fueron utilizados por el nuevo gobierno. En todo caso, se tendrían que haber enojado con la convicción militar y no con los soldados, suboficiales jóvenes que rendimos lo mejor que pudimos.

Luego vino lo que se llamó la postguerra. Los militares de carrera seguimos en nuestras unidades en nuestros trabajos; dolidos, tristes, quebrados, con poco ánimo y con pérdida de vocación, pero seguimos.

Los que estuvieron mal fueron los soldados, que representaban el 90%. Ellos volvieron, y si decían que eran veteranos de Malvinas, en lugar de decirles «bienvenido, es un orgullo que haya ido a defender la Patria», les decían «si llego a tener un trabajo, lo llamo». Era lo mismo que decirle no vengas nunca más. Los consideraban los loquitos de la guerra. Así que hubo que empezar a esconder esa realidad.

¿Qué duele más: la negación o la experiencia *per se* de haber ido a la guerra?

La negación es más larga, es permanente... Si hubiéramos ganado, la gente nos aplaudiría. Perdimos y llevamos cuarenta años en el olvido. Un soldado no muere en el campo de batalla, muere si su gente lo olvida. Los veteranos están muy dolidos.

¿Qué lo llevó a empezar a hablar después de haber callado tantos años?

Me divorcié hace veinte años y hace seis o siete que estoy en pareja con una persona que es psiquiatra. Ella tiene ciertas habilidades que me hicieron hablar. Yo creo que se lo debo a ella.

¿Ayudó abrirse y contar su experiencia?

Ayuda. Sentí un alivio al contar lo vivido. Les pasa a todos. Lamentablemente hay gente que hoy sigue viviendo aislada.

A cuarenta años de la guerra, ¿qué queda pendiente?

El reconocimiento a los veteranos. Muchos creen que el reconocimiento solo pasa por la plata, por un aumento de la pensión, por ejemplo. Yo creo que el reconocimiento pasa por cosas simples: que se pueda hablar, que se pueda difundir... Las personas que tienen 50 años no tienen ni idea de Malvinas, ni hablar de los que tienen 10 o 20 años. La currícula de educación ha cambiado y el mundo es global, la juventud piensa que no tiene suelo patrio, piensan que el mundo es de todos... Ya no se considera más la soberanía o la Patria, los símbolos o la bandera.

¿Qué es la Patria para usted?

La Patria son los abuelos, son los ciudadanos, somos todos. Es la constitución, es respetarla. La Patria somos todos y una forma de honrarla es respetando a todas nuestras instituciones: los tres poderes del Estado, las Fuerzas Armadas, la Iglesia. La Patria también es el respeto por el prójimo y quererlo, la tradición, querer nuestra historia, saber de San Martín, de Güemes y de Rosas.

¿Qué le debe la sociedad argentina?

Yo soy un agradecido. Nací en un lugar de clase media. Mi papá era suboficial digno, mi mamá ama de casa. Me dieron amor. Me siento orgulloso de haber sido oficial, me siento orgulloso de haber tenido la oportunidad de haber defendido a la Patria. No me deben nada.

Liliana Colino

(13/10/2022)

En los ochenta había puertas que no eran fáciles de abrir por una mujer. Liliana Colino estaba determinada a conseguirlo. Después de que en la Administración Nacional de Parques Nacionales le negaran la posibilidad de ser guardaparques, regresaba frustrada en colectivo, vio por la ventanilla un afiche que decía: «Fuerza Aérea incorpora personal militar femenino que sea profesional de Enfermería». Colino, que para ese marzo de 1980 ya era enfermera y cursaba sus estudios para ser también veterinaria, pensó: «Si Parques Nacionales no me acepta, vamos a ver qué pasa acá». La Fuerza Aérea incorporaba por primera vez mujeres a su personal militar siendo la primera fuerza en tomar esa decisión en la Argentina.

Finalmente, Liliana atravesó la formación marcial en Ezeiza que la convirtió en cabo principal de esa fuerza y, después de esos meses, trabajó en el área de terapia intensiva del Hospital Aeronáutico Central, en Pompeya, especializada en personas quemadas y trasplantados renales.

En mayo de 1982 le avisaron que viajaría a Comodoro Rivadavia, Chubut, para ser enfermera en el hospital modular reubicable con el que contó la Fuerza Aérea durante la guerra de Malvinas. Colino no sabía aún que, en ese traslado, se convertiría en la única mujer argentina integrante de las Fuerzas Armadas en estar en las islas durante el conflicto bélico.

«Haber pisado suelo malvinense en el 82 representa el orgullo de haberlo hecho mientras flameaba la bandera Argentina».

¿Qué tan difícil fue ser parte de la primera camada de mujeres en la Fuerza Aérea?

Nosotras egresamos con el grado de cabo principal, esto era injusto, porque por tener secundario completo y terciario universitario deberíamos haber ingresado como oficiales. Pero por ser la primera fuerza en aceptar mujeres y nosotras el primer grupo, decidieron probar cómo funcionaba el personal militar femenino.

Cuando terminé el curso de instrucción, fui destinada al Hospital Aeronáutico Central como enfermera jefa de terapia intensiva, de unidad coronaria, trasplante renal y quemados. En 1982 cuando se declaró la guerra, yo estaba

trabajando en ese cargo, me encomendaron que preparara los REM, que son los botiquines de emergencia médica que van en todos los vuelos y tienen todo lo necesario para realizar cualquier tarea sanitaria.

¿Tenía información sobre la fecha de inicio de la guerra?

No. Me enteré el 2 de abril al igual que todos mis compañeros. Me fui del hospital a las 19:30 h y nadie hablaba de nada. Me tenía que quedar hasta más tarde porque terapia intensiva es un poco complicada en eso. A las 6:30 h, me despertó mi papá y me dijo que habían tomado Malvinas.

En ese momento cuando su papá le dijo que había empezado la guerra, ¿cuál fue su pensamiento?

Pensé en mis años en la escuela primaria, porque las Malvinas eran una cosa muy presente en esa época. Malvinas era una provincia como Buenos Aires, San Luis, Córdoba. Entonces me acordé de mis maestras que siempre hablaban de las islas Malvinas y nunca decían que eran inglesas. Entonces, después, cuando me enteré de que estaban en manos inglesas, fue un golpe.

¿Notó algún comportamiento extraño entre sus superiores? ¿Algo que la hiciera sospechar?

Absolutamente nada. Ningún movimiento extraño.

¿Cómo fue todo desde el 2 de abril hasta mayo en que la destinaron a Comodoro Rivadavia?

Desde abril lo único que hice fue armar los REM, que por supuesto llevan su tiempo. Porque en esa época no había correo electrónico. Tenías que hacer todo escrito y de ahí tenías que elevarlo a la Dirección de Abastecimiento del hospital para que luego pasara a la Dirección General de Sanidad y por último regresara.

¿Cuándo le avisaron que la destinaban a Malvinas?

Una siendo personal militar sabe que, si hay conflicto armado, te van a llamar en algún momento. Eso es inevitable. Ya había ido el primer grupo de enfermeras a organizar y armar el hospital reubicable en Comodoro Rivadavia. En realidad el hospital iba a ir a Malvinas, a Puerto Argentino, pero lo dejaron ahí porque dijeron que en Malvinas se iba a hundir y no iba a soportar el peso.

Un hospital reubicable es un hospital que tiene 11 módulos. Tiene de todo: terapia intensiva, unidad coronaria, quirófanos, salas de internación, cocina, mantenimiento, planta potabilizadora... No iba a resistir el peso.

Siempre digo que fue una bendición, porque si iba a Puerto Argentino, nos quedábamos sin suministros.

El hospital reubicable fue el que se instaló en el helipuerto del edificio Cóndor y atendió a los pacientes con Covid. El primer hospital reubicable fue el que se adquirió para la Fuerza Aérea, después se adquirió para el Ejército.

¿Qué sintió cuando llegó a Comodoro Rivadavia?

Ya conocíamos el hospital reubicable porque ya habíamos hecho tareas. A veces teníamos que salir en comisión para hacer atención primaria en diferentes pueblos y diferentes provincias. Conocíamos al hospital reubicable, pero esto era algo que nadie se podía imaginar. Cuando empezaron a llegar los pacientes de a 30, 50 u 80, no lo esperaba.

¿Cuál fue su primera imagen cuando bajó del avión en Comodoro Rivadavia?

Lo primero que vi fue el hangar de YPF y a mis compañeros en el reubicable. Yo siempre digo que una de las cosas que me dejó la guerra fue el compañerismo. Había muchísimo compañerismo. Llegábamos y nos abrazaban y nos decían «qué suerte que vinieron, las estábamos esperando».

Después las cosas se empezaron a poner más difíciles. A veces venía un piloto y se tomaba un café antes de irse a combate y después te enterabas de que no volvía. Esas cosas te dolían demasiado. Si no hubiera sido por el grupo, hubiera sido difícil de superar. Yo creo que muchos no tuvieron la suerte de tener un grupo de apoyo que les permitiera superar estos momentos de angustia.

¿Cómo es que se convierte en la única mujer en pisar suelo malvinense durante la guerra? Cuando se subió al Hércules y llegó a Malvinas ¿qué sintió, cómo llegó?

Nosotras no formábamos parte de las tripulaciones de vuelo, nos limitábamos a trabajar en el hospital reubicable. Me preguntaron si podía colaborar haciendo un vuelo en un Hércules, porque el hospital de Puerto Argentino estaba sobresaturado de pacientes debido a que ya se había dado el desembarco inglés y había comenzado el combate cuerpo a cuerpo. La situación estaba muy tensa, la idea era evacuar a muchos pacientes al mismo tiempo. Como yo tenía mucha experiencia en terapia intensiva, entonces podría actuar más rápidamente que el resto de mis compañeros.

Lógicamente acepté el pedido. Empezamos mal ese vuelo. Nos acostamos encima de los containers porque no había lugar, cuando estaban subiendo la rampa, nos hicieron bajar de vuelta y nos dijeron «rápido, vayan al refugio, hay alerta roja». Si hay alerta roja, no hay ni una luz encendida, así que corriendo al refugio. En el único lugar en el que realmente tuve miedo fue en el refugio, porque en los otros lugares no tuve tiempo de tener miedo. Estaba ahí sentada, toda acurrucada, todos estábamos juntos. Escuchaba que todo el mundo rezaba, ya fueran agnósticos o ateos. Creo que no hay un lugar más indefenso que un refugio.

¿Qué pasó con la alerta roja? ¿Estuvieron en peligro esa noche?

Por suerte, al final, no era alerta roja. Eran aviones amigos que, como estaban con silencio de radio, no podían avisar que volvían y entonces fueron considerados como aviones de combate que iban a atacar. En realidad nunca atacaron el continente y nunca tuvieron la intención. Eso es algo que hay que tener en cuenta, porque murieron nada más los que estuvieron en guerra. En el continente hubiera sido un desastre. Una sola vez intentó llegar un vuelo al continente y se estrelló.

Cuando se subió nuevamente al Hércules, ¿cómo fue el viaje?

La ida fue de dos horas y media, íbamos con silencio de radio, al ras del mar, ni una luz encendida. Las olas pegaban en la ventanilla. Veía las olas y pensaba «este avión se sumergió».

Las cosas que hicieron los pilotos de Fuerza Aérea son únicas, no tienen comparación. Hay que tener en cuenta que nunca habían hecho algo así, se las ingeniaron para hacerlo en situaciones realmente fuera de lo normal. Era como estar en un submarino.

¿Y al momento del aterrizaje?

El Hércules es un avión muy pesado, muy grande. Cuando aterriza y para despegar tiene que carretear mucho. Por lo tanto, en Puerto Argentino el Hércules no aterrizaba. Carreteaba todo el tiempo dando vueltas alrededor de la pista así que cuando abrían la rampa nosotros nos tirábamos. Cuando nos bajamos, tiraron los containers. Cuando bajaban los containers, debíamos correr detrás del Hércules. Cosa que no era fácil, había viento, mucha oscuridad y además las turbinas de las hélices nos empujaban para atrás.

Corríamos detrás de las hélices, y después empezaban a llegar las ambulancias marcha atrás con las puertas abiertas para cargar a los pacientes dentro

de la bodega del Hércules. El Hércules es un avión que puede ser acondicionado como avión sanitario, pero en este caso fue imposible. Si lo transformábamos en avión sanitario, con todas las camillas colocadas, no podíamos llevar los containers. Tampoco nos podíamos poner a armar las camillas cuando el tiempo para hacer las evacuaciones era mínimo.

El tiempo de evacuación dependía de las alertas rojas. Si eso sucedía, el piloto automáticamente levantaba la rampa y no nos avisaba nada. Veía que empezaba a levantar la rampa y decía «hay bombardeo». Entonces los que quedaban, quedaban. No es que podíamos evacuar a todos los que llegaban, por eso era importante evacuar rápido, en el momento no preguntábamos qué tenían ni qué les había pasado, subíamos lo que podíamos. Incluso los que caminaban ayudaban a subir pacientes. Los que podían caminar iban sentados a los costados y los que tenían que estar acostados en camilla iban en el medio. Cuando terminaba de subir la rampa, despegaba.

En ese momento en Malvinas, ¿qué pasó? ¿Cuánto tiempo tuvieron para evacuar heridos?

No me preguntes el tiempo porque es imposible en esas circunstancias darse cuenta. Uno en esas situaciones no puede medir el tiempo. Cinco minutos podrían haber sido una hora.

¿En qué condición estaban esos pacientes y qué podía hacer arriba del Hércules?

En general lo que más se hacía era darles un ansiolítico si estaban muy nerviosos. Si había una herida abierta o hemorragia, se hacía compresión. Sobre todo se los trataba de calmar. De todas maneras, al caminar, levantábamos una pierna y otra.

¿Esos heridos le dijeron algo de la guerra cuando regresaron al continente?

Sí. Cuando llegamos a Comodoro Rivadavia fuimos todos al hangar de YPF para efectuar el triaje. Se decidía según la gravedad si iban a ser evacuados o si tenían que quedar transitoriamente hasta que fueran evacuados al hospital reubicable. Justo después de que hacíamos el triaje, les dábamos un refrigerio, un sándwich, un paquete de galletitas o la chocolatada. En ese momento empezaban a hablar.

¿Qué se siente ser la única mujer en pisar suelo malvinense durante la guerra y qué significa ser veterana de Malvinas?

Significa que tuve el orgullo de pisar Malvinas cuando flameaba la bandera Argentina, eso es lo que más significa en mi vida. Lo demás, pude haber sido yo o cualquier otra. Yo tuve ese privilegio que pocos argentinos tuvieron.

¿Volvería a Malvinas si se le presentara la oportunidad?

Bajo ningún punto de vista. Al menos no hasta que vuelva a flamear la bandera Argentina.

¿Cuál es su postura sobre el proceso de reconocimiento del veterano?

Dieciséis mujeres fuimos reconocidas desde el primer momento junto a los varones como veteranas de guerra: seis instrumentadoras que formaban parte del personal civil del Ejército y que estaban en el buque Almirante Irizar en el mes de junio, seis de la Marina Mercante que realizaron tareas de logística, tres de la Fuerza Aérea que fueron por el Estado mayor conjunto y que supuestamente tenían que cumplir tareas diplomáticas y las que estuvimos en el TOM, que es el Teatro Operacional de Malvinas y en el TOAS, que es el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur. Fuimos todas reconocidas al mismo tiempo que los varones.

La Fuerza Aérea a mí me condecoró junto a los varones en mayo de 1983 en el helipuerto del Edificio Cóndor.

Muchos dicen que no fuimos reconocidas, pero la verdad es que no fuimos visibilizadas. Porque pienso que éramos pocas y no todos los veteranos de guerra son visibilizados. No es una cuestión de género.

Después de cuarenta años del conflicto, ¿qué reflexión hace sobre lo vivido?

Ojalá no hubiera habido guerra; ojalá no se hubiera confiado en que Estados Unidos y Chile no se iban a meter. El problema es que se confiaron en un montón de cosas que fueron totalmente erróneas. Cuando voy a las escuelas, a los chicos les digo algo muy gráfico, si a vos te usurpan tu casa, ¿vos te quedas en la vereda del frente con los brazos cruzados?, ¿o hacés un juicio, una mediación o agarrás una escopeta y sacas a todos? Algo tenés que hacer. Es tu casa, y Malvinas es parte de nuestra casa y no podemos dejar que otro la use y abuse de eso.

¿Siente que le faltó hacer algo?

Tantas cosas me faltaron por hacer, nací en la época equivocada. En mi época muchas cosas eran muy difíciles por ser mujer. Yo estudié veterinaria al mismo tiempo que estudié enfermería. En la enfermería el 90% eran mujeres y el 10% varones, y en veterinaria eran 90% varones y 10% mujeres. Quise entrar como guardaparque y no me dejaron. Son cosas que me quedaron pendientes. Si hubiera nacido en otra época, me hubiera realizado muchísimo más.

Héctor Darío Flores

(28/12/2022)

Héctor Darío Flores, «Tachi», como lo llaman sus amigos, nació en San Rafael el 21 de marzo de 1963. En 1979, tras conversar con su familia, decidió con tan solo 16 años enrolarse en la Armada para hacer carrera militar.

Héctor es un hombre ameno y conversador. Le gusta contar su experiencia y mostrarse como es, transparente y genuino, tanto que no puede evitar que se le quiebre la voz cuando relata su experiencia defendiendo a la Patria o cuando habla de su familia. Actualmente está casado y tiene dos hijas profesionales y una pronta a recibirse. Ejerció como preceptor durante 32 años y encontró en la docencia una manera de sanar y brindar testimonio.

Malvinas lo marcó para siempre, pero aún hoy, a poco más de cuarenta años, sigue afirmando que volvería a elegir ese destino una y otra vez.

«Me sentí halagado cuando me enviaron a Malvinas; hubo gente que se quedó llorando en Puerto Belgrano por no ir a la guerra».

¿Cómo fue el proceso de ingreso a la Armada siendo usted menor de edad?

Allá por el año 1979, cuando decidí ingresar a la Armada, me acerqué a una delegación naval en San Rafael que era muy chiquitita. Allí te daban todos los requisitos que pedían para el ingreso y te inscribías con el consentimiento de los padres. Después te llegaba un formulario y una especie de cuadernillo, que tenías que estudiar para luego presentarte en la Escuela Normal, donde rendías un examen escrito y un examen físico. A fines de 1978, me llegó la confirmación de que había rendido bien; me tenía que presentar en la estación de ferrocarril de Mendoza para trasladarme a Buenos Aires a la Escuela Mecánica de la Armada Argentina. Mis padres me acercaron a la estación de tren, y de ahí emprendí mi viaje hacia la ESMA. Hice mi ingreso el 1 de febrero de 1979.

Una vez en la ESMA, ¿cómo fue el entrenamiento?

Cuando ingresabas a la ESMA, te tocaba atravesar el Período Selectivo Preliminar (PSP), son 30 días en los que te entrenan muy duramente. Recuerdo que éramos aproximadamente ocho mil al principio y tras 28 días, quedamos cinco mil aspirantes.

Una vez que pasabas el PSP, te hacían un examen psicológico y debías elegir tres especialidades. En mi caso, opté por meteorología en primer lugar, después mecánico aeronáutico y por último electricista general. Finalmente, estudié meteorología desde principios de marzo de 1979 hasta que terminó el primer año. Para ese momento, de esos cinco mil que habíamos quedado, únicamente permanecieron tres mil. Por esto es que, con mucho orgullo, digo que el gran desempeño del personal militar durante la gesta de Malvinas se sostuvo porque fuimos un grupo muy selecto que pasó un período de reclutamiento duro.

Una vez que pasó este período, ¿cómo siguió su formación?

Pasado ese período de primer año, había diversas especialidades en la ESMA, como técnica electromecánica, bachillerato, informática, comercial. También había cursos de aviación, electricista, aeronáutico, mecánico aeronáutico, etcétera. Yo realicé el curso de operaciones, donde estábamos los meteorólogos junto a oceanógrafos, hidrógrafos, electrónicos, radaristas electrónicos, señaleros y radio telegrafistas. Mi especialidad duró tres años. Egresé a finales de 1981. Tuvimos nuestra fiesta de egresados ahí mismo, dentro de la ESMA y después me asignaron un destino.

¿Cuál fue su primer destino?

Mi primer destino fue Puerto Belgrano, una ciudad inmensa, es la base naval por excelencia, la más grande que hay en toda la República Argentina. Fui a parar ahí porque era parte del equipo de triatlón que representaba a la Armada. Igualmente, ya formaba parte de Servicios Marítimos. De Puerto Belgrano me enviaron al comando operaciones navales a una sección chiquita de meteorología y, luego, a fines de enero de 1982, al crucero ARA General Belgrano.

¿Cómo fue la experiencia de estar en el Belgrano?

Me mandaron al crucero General Belgrano, recién egresado, con muy buenos conocimientos, pero con cero práctica. Cuando llegué, me dijeron «esta es la parte de meteorología; fíjese qué es lo que puede hacer». Me mostraron un receptor y un facsímil que imprimía lo que iba a encontrar en ese receptor, así es que empecé a sacar parte del material. Estuve 24 horas ahí para ver qué datos me podía arrojar. Logré conseguir las cartas de meteorología.

Estuvimos navegando aproximadamente 10 días y me fue muy bien. Para ese entonces se empezaba a vislumbrar lentamente el tema de Malvinas. Ya se ru-

moreaba que los ingleses iban a venir y se comenzaron a confeccionar listados interminables de los colimbas que tenían que ir obligatoriamente. Solamente zafaron los que tenían problemas físicos, pie plano, etcétera. Al poco tiempo de desembarcar del Belgrano, tuve una reunión personal en la oficina del jefe de Servicios Marítimos quien me dijo: «Cabo segundo Flores, se tiene que embarcar en el crucero Belgrano, tiene tres días para ir a despedirse de su familia».

¿Cómo tomó esa noticia?

En ese momento me sentí halagado porque me sentí parte. Hubo gente que se quedó llorando en Puerto Belgrano por no ir a la guerra. El furor que teníamos... quizás sin medir consecuencias. Yo creo que en ningún momento tomamos conciencia de las consecuencias de lo que venía después.

¿Cómo tomó su familia la noticia?

Yo estaba de novio con quien hoy es mi señora. Me despedí sin querer alertar a nadie. Entonces, le avisé a mi mejor amigo lo que pasaba y fue él quien le avisó a mi hermano que yo me iba a la guerra. No quería que se enterara nadie... Igualmente, se terminaron enterando mis viejos. Fue muy duro para ellos... Debe ser muy difícil despedir a tu hijo de 19 años que se va a la guerra con la incertidumbre de no saber si vuelve o no.

Las comunicaciones, en ese momento, eran solo por carta y mis padres no recibieron jamás una carta durante toda mi navegación, nunca supieron qué pasaba. Solamente tenían las noticias de los famosos comunicados, así que vivían en ascuas.

¿Cuál fue el recorrido que hicieron con el Belgrano?

Zarpamos de Puerto Belgrano. La primera escala la hicimos en Puerto Madryn, desde donde partimos con rumbo a Ushuaia, en Tierra del Fuego. Hicimos abastecimiento de combustible, de comida y comenzamos la última navegación hasta Malvinas.

¿Qué hicieron durante esa navegación?

Durante la navegación, practicamos tiro, simulacro de ataque, de hundimiento, etcétera. Las prácticas tenían que ser muy severas para poder estar preparados. No sabíamos lo que podíamos llegar a enfrentar. La vida pendía de un hilo ahí en ese momento. Claro, dependiendo de dónde estuvieras.

¿A qué se refiere?

El buque tiene cubiertas: cubierta principal, cubierta superior, que son los pisos para arriba, y las cubiertas inferiores, que son los pisos hacia abajo. Desde la cubierta principal hasta el fondo del buque hay cuatro pisos. Para poder pasar de un piso a otro hay unas escaleras pequeñas por donde entra una sola persona atravesando un orificio redondo llamado «tambucho». Esto es muy importante explicarlo para que se tome en cuenta la magnitud de la entrega humana que hicimos los soldados en Malvinas.

Los calderistas son los que van debajo de todo y son los que se encargan de la propulsión del buque. Ellos van al fondo de todo, junto con los que hacen la guardia en la Santa Bárbara, que es donde se guardaban todos los proyectiles. De ahí se enviaban a las torres de cañón. En caso de hundimiento, para subir desde el cuarto piso a la cubierta principal, es poco probable que esa gente salga viva. Es imposible llegar luego de que se cierran los tambuchos; para convertir el barco en estanco, tenés menos de media hora, y en tres minutos se hunde el barco. Para subir desde ahí a la cubierta, tenés que recorrer 20 o 30 metros por cuatro pasillos estrechos y en la oscuridad total.

¿Quiere decir que esas personas irremediablemente se ahogaban?

Exactamente. Cuando nos alcanzó el torpedo, se cerraron los tambuchos por los que tenían que pasar. Hubo soldados que tuvieron la dura tarea de cerrar los tambuchos para que los que estábamos en cubiertas superiores nos salváramos, pero arriesgando la vida de los que estaban en las cubiertas inferiores. Por eso es que sacrificaron algunas vidas para que otros, como en el caso mío, pudiésemos llegar en tiempo y forma a nuestra balsa salvavida. El impacto psicológico de elegir entre algunas vidas es terrible.

¿Cómo se procedió luego de que el misil impactara sobre el Belgrano?

El teniente de Navío García me dijo: «Cabo Flores, usted tiene que, en caso de abandono del buque, ubicarme donde sea que yo esté y entregarme esta bolsa». En esa bolsa estaba el equipo, cartas de navegación y un sextante que sirve para hacer mediciones con las estrellas, la baja de nivel del mar y tomar posición. Además, debía llevar una bolsa más con algunos efectos personales de todos los que íbamos en esa balsa y víveres para sobrevivir.

El Belgrano estaba fuera de la zona de exclusión y por lo que tenemos entendido las guardias no son iguales que cuando están dentro de dicha zona, ¿esto es así?

Claro. Cuando se entra desde la zona de exclusión a la zona de guerra, el buque se convierte en sigiloso, se apagan todas las luces... Quedan prendidas solamente las luces de sueño que son unas luces muy tenues. Tenés que aprender a manejarte prácticamente en plena oscuridad. También se refuerzan las guardias. Pero, cuando estás fuera de la zona de guerra, se liberan las guardias normales. Por lo tanto, algunos van a jugar a las cartas, otros se van a dormir, otros se van a tomar mate o por ahí hacerle el aguante a uno que está de guardia.

¿Qué estaba haciendo usted cuando el Belgrano fue atacado?

Tuve la gracia de Dios de no haber estado durmiendo, porque yo en condiciones normales, ese día a las cuatro y un minuto que fue el torpedeamiento, debería haber estado durmiendo en lugar de estar charlando en mi oficina de meteorología con otro muchacho.

¿Cómo reaccionaron en ese momento?

De golpe y porrazo sentimos un estruendo impresionante que nos tiró hacia atrás. De forma inmediata se cortó toda la luz. Lo que primero pensé es que había explotado una caldera, porque en la primera navegación que había hecho en el Belgrano había ocurrido eso. Nunca nos imaginamos que fuera de la zona de guerra nos iban a atacar, más aún cuando estábamos bastante lejos de la zona de guerra.

Cuando nos pegaron, yo escuché dos estruendos cuando en realidad fueron tres. Me quedé un tanto aturdido. Cuando se cortó la luz, corrí automáticamente para formar donde yo tenía la balsa asignada, y ahí me crucé a mi jefe que estaba de guardia, quien confirmó que se trató de dos torpedos. Ahí tomé conciencia de que la cosa no venía bien, no era una caldera. Regresé a la oficina, subí dos pisos y tomé las dos bolsas de equipo. Una se la entregué a García. Cuando llegué a la balsa, prácticamente último, no estábamos todos. Solo 15 de los 20. Supusimos que algunos habían fallecido por la explosión. Tiramos la balsa al agua, pero nadie saltó hasta que la balsa se encontró completamente inflada.

Una vez en la balsa, ¿qué ocurrió?

Ahí comenzó otro episodio. Abordamos la balsa y nos empezamos a alejar. A Dios gracias, nuestro segundo jefe, el teniente de Fragata Sgut, había pertenecido a la Marina Mercante y luego a la Marina de Guerra y había sufrido un naufragio así que él nos inyectaba espiritualidad. Un tipo católico con el que rezábamos el rosario. Con nosotros iba un cabo principal que estaba todo quemado, y nos hablaba con mucha dificultad. Nos costaba entenderle. Aparentemente, había inhalado gas y se le habían quemado las cuerdas vocales. El resto del grupo estaba conformado por el suboficial Oyola, que era mi superior inmediato, un marinero primero, varios conscriptos y yo, que iba como cabo.

¿Qué hicieron con los heridos?

Lo primero que atinamos a hacer fue cortarle la ropa a quien iba todo quemado y lo tapamos con unas frazadas que era lo que teníamos a mano. Necesitábamos resguardarlo de los 15 o 20 grados bajo cero de sensación térmica. Prácticamente estábamos en contacto con el agua, porque la balsa era muy fina de base. Los movimientos de las olas eran terribles, eran olas de entre siete y doce metros de altura.

El suboficial Oyola vomitaba porque había tragado petróleo. Todos estábamos descompuestos menos uno de los conscriptos, Jorge Lucero, de Trenel, La Pampa; así que él continuó asistiendo al cabo principal. Mientras miraba esta escena, recuerdo preguntarme ¿cuándo se quiebra este tipo? ¿Cuándo se descompone? Íbamos todos recostados en la balsa y él iba sentado asistiendo al herido.

Al Belgrano lo hunden a las 17 horas. ¿Cómo fueron las horas posteriores?

Todo estaba oscuro, primero por la hora, pero también por la gran pena e incertidumbre. Teníamos nuestros bajones. Hubo mucho silencio también. Lo único que se sentía eran las olas que se rompían por encima de la balsa. Nosotros habíamos atado cuatro balsas con sogas para lograr más estabilidad, el día 3 de mayo amanecimos con solo dos balsas, las otras dos se habían desatado. No teníamos hambre, creo que tomamos una lata de gaseosa entre todos. De los quince que éramos, tres o cuatro pasaron a otra balsa para conseguir estabilidad porque habían fallecido varias personas y estaba bastante vacía.

¿Qué sintieron cuando el rescate no llegó inmediatamente?

En su momento, pensamos que el rescate sería rápido porque los otros buques venían navegando a la par nuestra. Tenía que ser un trámite de no más de una hora, o una hora y media. Pero cuando el tiempo pasaba y no éramos rescatados pensábamos «qué les pasa a estos tipos que no nos vienen a rescatar». Fue una desilusión terrible.

Esa desilusión te desmoraliza terriblemente. A eso de las 10:30 de la mañana, nos vio un avión. Estábamos felices y tiramos luces de bengala. Pasó por encima de nosotros. A partir de ahí, nos volvió el alma del cuerpo. Pasó el mediodía y empezó a oscurecer nuevamente y no nos habían rescatado. Entonces comenzamos, lógicamente, a desmoralizarnos nuevamente a pesar de los rezos y a pesar de nuestra espiritualidad.

Aproximadamente a las 10 de la noche, vimos que nos alumbraron y empezamos a hacer señas. Era el buque Bouchard que nos vio, pero siguió de largo. No entendíamos el por qué.

¿Por qué no los rescató el Bouchard?

El buque tenía 70 tripulantes en una navegación normal y ya llevaba 400 rescatados. Entonces no le cabía más nadie.

¿Finalmente a qué hora los rescataron?

A las 12 de la noche, más o menos, llegó el Piedra Buena. Ahí nos dimos cuenta de que el cabo principal había fallecido. A él lo llevaron al buque Bahía Paraíso o Gurruchaga, que hacían de morgue y hospital. Una vez que nos rescataron, pintaron una cruz blanca en la balsa para que, en caso de que viniera otro buque, supieran que ya habíamos sido rescatados.

En el Piedra Buena nos sirvieron un guiso en un vaso chiquito de café, que estaba espectacular. Luego nos pidieron los datos, nombre, apellido y nos preguntaron a quién queríamos que le mandaran el telegrama para que nuestra familia supiese que estábamos rescatados.

¿Qué ocurrió una vez que llegaron al continente?

En Ushuaia nos dieron toda ropa nueva, comida y nos volvieron a tomar los datos. De ahí salimos en avión, hicimos una escala en Río Grande, hacia la base Comandante Espora donde nos esperaban los colectivos de la Armada argentina. Lo que no entendíamos era por qué estaban tapados los vidrios con

diarios... En ese momento ni te interesaba, ni sabías, ni quería saber el por qué. Lo que uno quería era abrazar a sus padres, a su novia, comer papas fritas con su viejo, ir a jugar con sus vecinos, sus amigos y dar vuelta la página.

Llegamos a Puerto Belgrano donde nos hicieron una revisión vergonzosa. Nos entregaron un documento provisorio, aunque yo sigo manteniendo el documento que tenía y que me acompañó durante todo el naufragio. Decidí no acatar la orden así que lo guardé, dije que no lo tenía y es mi recuerdo de toda la vida.

¿Qué quiere decir con una revisión vergonzosa?

Nos preguntaron cómo había sido el salvataje, cómo saltamos a la balsa salvavidas, si nos habíamos pegado con algo contundente, si sentíamos algún dolor. Cuando llegamos a Campo Sarmiento, que era una zona donde se reclutaba colimbas, estábamos todos sucios, sin bañarnos, despeinados, sin afeitarnos. Parecíamos unos linyeras. Ahí es donde también sucedió algo que me marcó de por vida: se presentó ante nosotros un estúpido, que no sé si era un teniente o guardiamarina y sus palabras textuales fueron: «Por ustedes, infelices de mierda, perdimos la guerra, carrera a mar, cuerpo a tierra». Esa acción me dolió mucho. Necesitábamos contención, que nos abrazaran, que nos dijeran «estamos con ustedes lo que necesiten». Fue decepcionante.

Después de que nos entregaron el documento, no hicieron la revisión y nos bañamos. Cuando llegué al Servicio Marítimo, mis compañeros de trabajo diario estaban viendo el mundial. Al verme, dieron vuelta la cabeza y esposaron un «hola que tal» como si yo llegase de un franco normal de haber ido a bailar.

¿Cómo vive hoy la causa Malvinas?

Soy un convencido de que durante mucho tiempo estuvimos ocultos. Y hoy por hoy somos uno de los íconos más fructíferos del país. Porque ahora somos los veteranos de Malvinas, el paralelo que se trazó con los gladiadores del mundial. Lamentablemente somos los portadores de las voces que se callaron en 1982. En el camino quedaron muchos camaradas que no escucharon de la sociedad el reconocimiento y eso duele.

Eduardo Sánchez

(9/7/2022)

Eduardo Sánchez es un veterano de la guerra de Malvinas. Pero 1982 no fue ni el principio ni el final de su vida castrense. A diferencia de muchos combatientes, él era militar de carrera y ostentaba el cargo de teniente del Ejército cuando comenzó el conflicto bélico. La rica perspectiva que guarda de aquel año está signada, también, por su larga trayectoria profesional.

Apenas emancipado de la adolescencia, se incorporó al Colegio Militar de la Nación. Cursó cuatro años de carrera militar y egresó en 1977 con el grado de subteniente. Comenzó a prestar servicio en la Compañía de Ingenieros 9, en la localidad chubutense de Colonia Sarmiento. Allí fue donde lo encontró abril de 1982. Tenía solo 26 años.

Después de los gélidos meses en Malvinas, su carrera militar siguió adelante, pero aquellos tiempos imprimieron una huella indeleble en su vida. Se retiró del Ejército en 2010, tras 37 años de servicio. Y se convirtió en un estudioso de la guerra. Puede relatar con minuciosos detalles las infinitas historias y los inagotables hechos y datos que condujeron y derivaron de la contienda.

A través de los años, su misión ha sido mantener encendido el recuerdo de la guerra, con la esperanza de que la educación abra el camino de las nuevas generaciones hacia una solución pacífica a la disputa por la soberanía de Malvinas. Ha dictado innumerables conferencias y participa, hasta hoy, en destacadas actividades benéficas en conjunto con otros veteranos, siempre bajo la insignia de la memoria.

Esta es, quizás, su forma de sostener también la propia confianza en el futuro, y soñar todavía, a cuarenta años de la guerra, que la bandera argentina vuelva a izarse y ondea al frío viento en las islas Malvinas.

«Es un sentimiento compartido de los veteranos que la guerra nos dejó una gran frustración (...). Pero aun así queremos que esta llama se mantenga encendida, y que las nuevas generaciones sean depositarias de estos recuerdos».

¿Cómo supo que iba a ir a Malvinas?

A las 15 del día 26 de marzo, nuestro jefe de Compañía, el mayor Oscar Minorini Lima nos convocó a los oficiales, que éramos cuatro. Nos citó en su des-

pacho, cerró la puerta y nos tomó un juramento para asegurarse de que mantuviéramos el secreto de lo que allí se nos iba a informar. Desplegó sobre su escritorio un mapa de Malvinas y nos indicó la misión que debíamos cumplir: formar parte de la Operación Rosario junto con la Marina y efectivos de Infantería del Regimiento 25. Íbamos a participar de la operación de recuperación de la soberanía de Malvinas el 2 de abril.

Nos señaló que debíamos mantener máxima discreción de eso que se nos estaba diciendo; tanto que ni siquiera nuestros propios familiares podían saber cuál era el motivo de nuestro alistamiento. Sí nos pidieron que escribiéramos una carta donde contáramos esos motivos. Eso hicimos, y después se la entregamos a uno de los efectivos que quedarían en el continente. La carta debía ser remitida el 2 de abril al familiar que uno había seleccionado.

¿A quién designó usted?

En ese entonces yo ya estaba casado, así que pedí que se la entregaran a mi esposa.

¿Qué tan preparados estaban tanto usted como sus compañeros que no eran militares, sino reclutas del servicio militar, para participar de la operación?

La incorporación del servicio militar se producía entre los meses de febrero y marzo, normalmente. Pero en Colonia Sarmiento, donde estaba la Compañía de Ingenieros 9 y el Regimiento de Infantería 25, debido a las características climáticas del lugar, que era muy frío, la incorporación se producía un poco antes, en enero. Así que, para mediados de marzo, ya habíamos terminado el período de instrucción básico a los soldados incorporados, que era de 45 días, aproximadamente.

Por otro lado, ya estábamos adaptados al ambiente geográfico y el clima de Colonia, que se parecen mucho a los que se encuentran en Malvinas. Y fue por esta misma razón, porque estábamos ya acostumbrados a ese contexto, que la Compañía de Ingenieros 9 y el Regimiento de Infantería 25 fueron las dos unidades del Ejército seleccionadas para participar en la Operación Rosario.

¿Qué sucedió después de que ustedes recibieran esta información?

Un día después de ser informados, el día 27 a las 17, salió desde Colonia Sarmiento y hacia Puerto Deseado la columna de vehículos que iban a ser embarcados en el rompehielos Almirante Irizar, que zarpó a las 24 horas de habernos impartido la orden. Así que fueron horas en que hubo que mover las manos para poder estar en tiempo y forma para poder cumplir con esa misión.

Pero ese fue solo el escalón logístico. El personal se mantuvo en la guarnición hasta el día 1 de abril. A las 19 salimos del cuartel de Colonia Sarmiento en camiones, camionetas y en algunos colectivos hacia Comodoro Rivadavia, donde pasamos una noche. Nadie durmió. Al día siguiente abordamos un avión con destino hacia las islas.

¿En este momento todo el personal ya sabía de qué se trataba el operativo del que estaban formando parte?

Los oficiales éramos los únicos que sabíamos los detalles de la misión. El resto del personal todavía no sabía nada.

¿Y cómo fue el momento en que se hizo saber a todos?

A las 6 de la mañana nos trasladamos hacia el aeropuerto para embarcar en el vuelo hacia Malvinas. Recién allí nuestro jefe de compañía le informó al resto del personal sobre la misión que íbamos a cumplir.

¿Cuál fue la reacción del grupo?

Se vivió mucha euforia, se escuchó un «viva la Patria». Había mucho entusiasmo y algarabía, porque reinaba la idea de que nosotros, en principio, íbamos a recuperar algo que era propio, que sabíamos que era nuestro, porque eso nos habían ensañado en casa, en las escuelas... Pero todavía no nos caía la ficha, por decirlo así, de que íbamos a entrar en guerra.

Es decir, no se imaginaban que participarían de una guerra. Creían que sería una recuperación pacífica, una operación simple.

Exacto. Nuestro jefe de compañía, cuando nos impartió la misión, dijo que íbamos a recuperar las islas Malvinas, y que encontraríamos una pequeña guarnición militar. De todas formas, también señaló que no se sabía con certeza cuáles iban a ser las consecuencias, si iba a existir algún combate o enfrentamiento.

¿Cómo fueron las primeras horas en Malvinas?

Previo a nuestra llegada, un grupo de comandos anfibios tácticos ya habían arribado a las islas. Una columna se dirigió hacia la casa del gobernador y otra al cuartel de los Royal Marines. Un tercer escalón desembarcó en el cabo de

Hornos y se movilizó hacia el aeropuerto de Puerto Argentino para despejar la pista, que estaba bloqueada y obstaculizada con máquinas, tractores, camiones y tambores que habían sido ubicados para que los aviones argentinos no pudieran aterrizar. Cuando la pista estuvo limpia, el primer vuelo en aterrizar fue un avión Hércules. El segundo fue un Fokker F-27. En este arribó la Compañía de Ingenieros 9, y es donde yo viajaba.

Usted fue, entonces, parte del cuarto grupo que entró en Malvinas. ¿Qué pasó con aquellos que arribaron antes?

El primer grupo, que fue el que tuvo la misión de recuperar el cuartel de los Royal Marines, estuvo a cargo del oficial de la marina Sánchez Sabarots. Él fue con su gente al cuartel, pero no encontró a nadie porque todos los Royal Marines habían abandonado el lugar y estaban brindándole seguridad al gobernador Rex Hunt en su residencia. El otro escalón sí se dirigió a la casa del gobernador para intentar disuadir o convencer a Hunt de deponer la actitud de las tropas británicas. Recibieron fuego desde dentro de la casa. Y el comandante del grupo, el capitán (Pedro) Giachino, fue herido de muerte. También lo fue el teniente García Quiroga, quien finalmente salvó su vida. El escalón, sin embargo, logró la rendición de Hunt, que luego fue trasladado a Montevideo.

¿Cuál era su posición mientras esto ocurría?

Cuando llegamos a Malvinas todavía se estaba combatiendo en la casa del gobernador. Media hora después del aterrizaje, un Jeep Land Rover inglés llegó a las inmediaciones del aeropuerto. A bordo trasladaban al capitán Giachino, que fue ingresado en una camilla al hospital móvil que ya se había ubicado en la zona. Fue internado y falleció alrededor de las 11 de la mañana.

Nuestro grupo permaneció las siguientes dos horas en el aeropuerto sin ninguna misión concreta. A las 13 del 2 de abril, los efectivos de la Compañía de Ingenieros 9 que habíamos llegado en avión, y parte de los efectivos del Regimiento de Infantería 25, embarcamos en el rompehielos Almirante Irizar desde Puerto Stanley, que a partir de ese día empezó a denominarse Puerto Argentino.

¿Cuál fue la misión de grupo?

A pesar de que Puerto Argentino había sido recuperado, en el resto de las islas Malvinas había asentamientos poblacionales importantes todavía en manos inglesas. Uno de los puntos relevantes era Darwin y Bahía Fox o Bahía Zorro. Ahí funcionaba, y creo que todavía lo sigue haciendo, la Falkland Island

Company, la FIC, una compañía lanera que en ese entonces tenía alrededor de 200.000 cabezas de ganado ovino. Hacían la explotación de la lana en las islas y enviaban la producción a Gran Bretaña. Era uno de los principales recursos que tenían los isleños en ese momento.

A nosotros nos tocó recuperar Bahía Fox a bordo del rompehielos Irizar, bajo órdenes del mayor Minorini Lima. Estuvimos tres días navegando antes de llegar. Desde el rompehielos desembarcamos en helicóptero en Fox.

En la bahía aseguramos la plaza. Requisamos todo el armamento, material de comunicación y las municiones que tenían ahí los isleños. Eran armas de caza y algunas armas de guerra, pero que no eran usadas con fines bélicos.

Habiendo hecho todo este recorrido por tierra y mar, ¿cuál es la imagen que recuerda del paisaje de Malvinas?

El paisaje de Malvinas es muy chato, con alturas muy reducidas. El monte Sullivan, por ejemplo, que está en el centro de la isla Gran Malvina, tiene apenas 700 metros de elevación. El monte Longdon está en el orden de los 400 metros. Son pequeñas elevaciones.

En general, la imagen que tengo es la que uno ve cuando viaja por la Patagonia. Es una geografía árida, semidesértica, salvo en la zona montañosa. Tiene una vegetación achaparrada, rala. No hay árboles en Malvinas, sino un pasto espeso, el coirón, que predomina en la zona. Y está además la famosa turba, una aglomeración de líquenes que, en combinación con la tierra, forma una especie de esponja, similar a la que se ve cuando uno saca una planta con raíces muy crecidas y comprimidas de una maceta. Es muy permeable, tal como una esponja, y no tiene mucha sustentación; es decir, no se puede transitar con vehículos porque se hunden.

También conservo la imagen que tengo desde el avión, llegando. Íbamos sentados en el piso, pero yo me incorporé hasta una de las ventanillas y pude ver a las islas Malvinas desde el aire. Fue la única vez que pude verlas así.

Y a pesar del estrés de la situación, ¿en algún momento pudo usted parar por un segundo y pensar, tomar verdadera conciencia del lugar en el que estaba, disfrutar del paisaje?

Sí, y fue algo impactante. Más allá de lo que habíamos leído o escuchado, sentirlo fue muy distinto. Fue una sensación muy agradable. En aquel momento pensábamos: «No, no puede ser, es imposible que estemos acá». Después de 150 años de reclamos, ver que efectivos argentinos pisarán las islas fue algo muy lindo. No nos caía la ficha. Pero empezamos a tomar consciencia cuando se empezaron a sentir los primeros cañonazos. Ahí sí se tomó consciencia.

¿Fue ahí que comprendió que el conflicto iba a ser un poco más complejo de lo que había previsto?

La operación fue concebida para desplazar a la autoridad civil y a las tropas británicas en las islas, los Royal Marines, y sin ellos poder convencer al gobierno británico para que se sentase en una mesa de diálogo a tratar el tema de la soberanía, pero sin efectivos militares y sin una autoridad civil británica en las islas. La idea era que, bajo esa condición, ellos accedieran a hablar sobre soberanía, lo cual siempre rechazaron. Pero no ocurrió. El día 5 de abril zarpó la flota desde el Reino Unido con destino a isla Ascensión, frente a las costas de Dakar, en África, facilitada por Estados Unidos, y donde el gobierno inglés concentró sus buques y los de la OTAN.

Nosotros nos percatamos de que esto se iba a poner cada vez peor cuando tomamos conocimiento, el día 5 de abril, de que había partido la flota. Sabíamos que le estábamos tocando la oreja a un león, aunque el león estaba un poco desvincijado. Vale recordar que el Reino Unido estaba a punto de vender gran parte de su flota por obsoleta. Tenían una flota antigua –también la nuestra era antigua–, pero los buques británicos nos superaban en cantidad. Y además tenían dos portaviones y un submarino nuclear.

Esa fue la primera instancia. Supimos que íbamos a entrar en guerra cuando nos enteramos de que había partido la flota. En segunda instancia, el primero de mayo, cuando se produjo el primer ataque aéreo sobre Puerto Argentino, y el 2 de mayo, cuando fue hundido el General Belgrano. El 4 de mayo también fue hundido el destructor británico Sheffield.

Es decir, a cuatro días de haber iniciado la guerra propiamente dicha, ya había buques hundidos en cada bando y ya no era posible volver atrás e intentar una solución diplomática. Evidentemente, el Reino Unido nunca quiso hacerlo.

¿Sintió miedo cuando supo que iba a ser un conflicto más profundo de lo que se había previsto?

No. Y no lo digo como una bravuconada. No niego que en algún momento tuvimos algo de temor, sobre todo temíamos a los cañoneos navales, porque los proyectiles caían cerca de nuestras posiciones, explotaban y dejaban grandes pozos. El temor era que nos cayera uno encima. Pero más allá de situaciones puntuales, no. El miedo se supera con la confianza; cuando uno está confiado en algo, no hay miedo.

¿Usted siente que, siendo militar de carrera, quizás vivió esa experiencia con más aplomo que aquellos que no eran militares profesionales y que solo estaban haciendo el servicio militar cuando fueron enviados a Malvinas? ¿Se notaba esa diferencia?

Aunque fuéramos militares de carrera, no teníamos experiencia de guerra. Todo lo que sabíamos era a partir de la práctica en el terreno de ejercitación, pero nunca tuvimos a un enemigo real enfrente. En los ejercicios se conforma un enemigo simulado, pero esto era distinto.

Y los soldados, con su instrucción básica, estaban muy confiados en sus superiores, dependían de nosotros. Con sus cuarenta días de instrucción, sus conocimientos eran escasos, y se aferraban mucho nosotros. Estaba en nosotros mantener su espíritu, apoyarlos, convencerlos y alentarlos para que su moral no cayera.

¿Y lo lograban?

Totalmente.

¿Hubo momentos de duda?

Yo te puedo decir lo que yo viví. El espíritu de determinadas unidades militares que estuvieron en Malvinas fue muy alto. Este fue el caso en el Regimiento de Infantería 25 y en la Compañía de Ingenieros 9. La moral fue alta.

En algunas otras unidades, quizás por alguna mala acción de mando, a veces la moral flaqueaba. En Malvinas hubo soldados que se automutilaron para que se los enviara al continente. Y ese fue el resultado de una falta de estímulo por parte de los jefes. Eran personas que estaban entregadas.

¿Tuvieron un roce cercano con la muerte?

Tuvimos algunos episodios, momentos de riesgo complicados. Se producían fundamentalmente a la noche, a partir de los primeros días de mayo. Las fragatas inglesas se posicionaban a 22 kilómetros y desde allí disparaban sus cañones. Nosotros no teníamos armas que dispararon a esa distancia. Es decir, ellos tiraban con total seguridad de que no les íbamos a responder. Lo que podíamos hacer era meternos dentro de los pozos, que era donde vivíamos. Algunos proyectiles llegaban próximos a las posiciones. Fueron momentos en los que sí, la muerte estuvo cerca. En otras oportunidades se produjeron hechos milagrosos, por así decirlo.

Cuando el conflicto terminó, ¿cómo siguió su vida? ¿Se pudo recuperar la felicidad o Malvinas fue una nube pesada que lo acompañó desde aquel momento?

A pesar de todo, los veteranos recordamos a Malvinas con mucho orgullo y no como algo malo, sino con la satisfacción de haber contribuido a hacer algo por la Patria, más allá de que no se logró el objetivo final, o se lo logró solo por 74 días.

¿Hay, o hubo en algún momento, sufrimiento por los recuerdos de aquellos meses?

Sí. Uno convive con la guerra, y es algo que no se puede borrar. No se puede separar eso que a nosotros nos marcó a fuego. La marca queda de por vida. Lo recordamos día a día, permanentemente.

Al principio, la posguerra fue muy problemática. A los veteranos nos anularon, incluso nuestras propias Fuerzas Armadas. Yo te puedo decir que, después de Malvinas, jamás en los cuarteles algún jefe me dijo: «Prepare una charla para darle al personal sobre la guerra». Jamás. ¡Teniendo la facilidad de contar con alguien que pudiera relatar la experiencia! El ocultamiento vino desde las propias Fuerzas Armadas, y, después, de la comunidad en general.

Muchos veteranos, por el solo hecho de decir que eran veteranos de guerra, quedaron excluidos del mercado laboral; no conseguían trabajo, porque las personas suponían que eran locos de la guerra que podían tener traumas psicológicos y psiquiátricos. Si se presentaban dos, le daban el trabajo al otro que no era veterano. Eso dolió mucho.

¿Cree que esa situación ha mejorado a lo largo del tiempo?

Sí, por el gran trabajo de malvinización que nosotros, los veteranos, hemos hecho en los colegios y participando de actividades benéficas de bien público, de apoyo a la comunidad. Eso fue revirtiendo poco a poco la situación, y nos empezaron a mirar con otros ojos. Recién hace seis o siete años se produjo en Buenos Aires el primer desfile grande que estuvo encabezado por los veteranos de guerra. Y hoy ya no hay un acto donde los veteranos de guerra no tengan una participación. La ciudadanía finalmente nos reconoce.

¿Cree usted que va a poder ver en su vida un avance en cuanto a la soberanía argentina sobre las islas?

Lamentablemente, no lo creo. Yo no lo voy a ver. Quizás mis hijos o mis nietos. Pero yo no creo que pueda verlo por la inflexibilidad que tiene el gobierno británico.

En 2022, el presidente argentino fue invitado a la reunión del G7 y tuvo una entrevista con el primer ministro británico, Boris Johnson. Le insinuó algo sobre la soberanía y el primer ministro le dijo que ese tema había quedado resuelto cuarenta años atrás. Esa es la intransigencia que existe en el Reino Unido, y esa es la razón por la que yo no creo que pueda ver flamear la bandera argentina de nuevo en las islas. El gobierno británico no quiere discutir el tema de la soberanía porque sabe que no tiene sustento; no tiene fundamentos para sostener su postura.

Ojalá algún día ocurra, porque no puede ser que todavía hoy haya enclaves coloniales en el mundo.

¿Le gustaría viajar a Malvinas?

Me gustaría mucho volver a los lugares en los que estuvimos, pero no quiero ir bajo estas circunstancias; tener que presentar un pasaporte para entrar a nuestra propia casa.

Si un conflicto similar ocurriera hoy y fueran sus hijos quienes estuvieran en el lugar en el que usted estuvo, ¿qué les diría, qué pensaría?

Uno como padre siempre trata de proteger y resguardar a sus hijos. No les diría que no. Pero por supuesto que yo tendría una gran preocupación. Yo soy único hijo, y sé del sufrimiento que pasaron mis padres cuando supieron que yo estaba en las islas Malvinas. Ahora uno se pone en ese lugar y piensa qué haría si uno de sus hijos estuviese en una situación similar. No lo sé, pero no se la negaría si esa fuera su elección. Si debiera ir por obligación, habría que acatar a pesar de las consecuencias.

Si tuviera que resumir con una palabra qué es lo que le dejó la guerra y la posguerra, ¿cuál sería esa palabra?

Es un sentimiento compartido de los veteranos que la guerra nos dejó una gran frustración y una gran impotencia, a pesar de que con escasos medios tecnológicos y logísticos se hizo lo que se pudo. Pero no alcanzó el esfuerzo. Y

es una sensación de mucha desazón, no haber logrado el fin por el cual habíamos ido. Eso nos marcó a todos los veteranos.

Todavía hay sentimientos muy duros. Todavía se nos caen las lágrimas, no solo por lo que pasó, por lo que no pudimos lograr, sino también por la gran cantidad de camaradas que quedaron allá y por los muchos que murieron durante la posguerra, porque esa gran impotencia y frustración, falta de contención y falta de empleo, terminaron llevándolos al suicidio. Y eso es algo que duele mucho.

Pero aun así queremos que esta llama se mantenga encendida, y que las nuevas generaciones sean depositarias de estos recuerdos.

Carlos César Aruani

(16/10/2020)

Carlos César Aruani es sanrafaelino. Habla orgulloso de su familia, especialmente de sus hijos y sus once nietos. Nacido en una familia de clase media, vivió una infancia muy feliz siendo el menor de seis hermanos.

A muy temprana edad, se hizo boy scout. Le adjudica a los mercedarios la disciplina aprendida. En un viaje organizado por la agrupación, se hospedó en la casa de un compañerito cuya familia lo llevó de paseo a Claromecó, donde vio el mar por primera vez y un buque de guerra navegar por esas aguas. Con emoción recuerda que le dijo al papá de su amigo «yo voy a estar arriba de esos buques algún día». Diez años después, ese anhelo se materializaba.

Formo parte de la Agrupación de Comandos Anfibios que es una unidad militar de élite de la Armada argentina que realizó acciones importantes en la guerra de las Malvinas y que recibió la condecoración «Honor al Valor en Combate».

«Mis conscriptos no eran ningunos niños. A mí no hubo ninguno que me dijera que tenía miedo o que no quería ir. Ellos nos corrían a nosotros. La maquinaria de fe y de confianza eran ellos».

¿Cómo fue que ese sueño de pertenecer a la Armada se concretó?

Ayudado por mi familia, mis amigos y mi padrino fundamentalmente. Me recibí e ingresé a un batallón de Infantería en Marina. Después me hice comando anfibio, una agrupación muy importante en la Armada. Son tropas de élite a las que se llega a través de diferentes cursos. Son fuerzas especiales que pueden transitar una aproximación al enemigo por aire, por mar o por tierra.

Ese curso es durísimo, solamente uno por promoción lo puede realizar. Me tocó a mí y debido a ello tuve un montón de misiones durante mi vida militar que eran típicas de mi formación. Cuando tenía 31 años y era teniente de Navío de Infantería Marina estaba terminando un curso muy importante que era de aplicación para ser oficial de estado mayor. Después de eso, el Comando Anfibio me había designado como jefe de curso.

Sin embargo, cuando llega el boletín de pases, mi nombre aparecía en el Batallón Dos. Me quería morir siendo comando anfibio, ¿cómo iba a ir a un

batallón común? Ese batallón terminó siendo el mejor destino que me podría haber tocado porque me bajó a mí y me hizo sentir un infante de marina común, que había tenido la suerte de adquirir una especialidad. No era ni más ni menos que el resto de la infantería. Me fijé antes de ir quiénes iban a ser mi primer y segundo comandante. Ya los conocía. Entonces se me ocurrió visitar previamente el batallón, era un batallón nuevo a inaugurar, una hermosura, todo lindo, todo bonito.

¿En dónde quedaba ese batallón?

En Baterías, al norte de Puerto Belgrano. Es una zona de médanos, especial para hacer operaciones terrestres. Teníamos el mar y los médanos para hacer lo que quisiéramos. Además, a unos kilómetros había una pista de aterrizaje donde nos subíamos al avión los que realizábamos paracaidismo, saltos tácticos. Fue maravilloso. En el curso de aplicación habíamos hecho operaciones sobre Malvinas, en los ejercicios. Se venía haciendo sobre Malvinas.

¿Le llamó la atención que las operaciones y los ejercicios fueran sobre Malvinas?

No, en absoluto. Con el diario del lunes todo cierra, pero cuando tomamos el batallón nosotros éramos capitanes, manejábamos la Armada. Las órdenes venían de arriba y las impartíamos hacia abajo. Hacíamos lo que había que hacer. El mejor grado de un militar es el de capitán, el de teniente de navío.

Mi compañía era la ECO del Batallón Dos y estaba conducida por el guardiamarina Labia en la primera sección, por Sánchez en la segunda y por Maidana en la tercera. Después venía la sección armas.

Entre diciembre del 81 y enero del 82 me cayeron de la Escuela Naval dos guardiamarinas. Eran Labia y Sánchez. Este último llegó con el tiempo a ser teniente de Navío y se retiró de la Armada porque falleció su padre y se tuvo que hacer cargo de una empresa muy grande. Nos vinieron con órdenes de ejecutar adiestramiento, que se pedía normalmente a mitad de año. Había que adelantar lo máximo posible, era medio raro. Y ejercicios con inspecciones de comando superior, de mi comandante, ejercicios de ataque en el terreno, ejercicios de combate en localidades; pero todo apurado. Nos manejábamos con un nivel inicial, un nivel aceptable y un nivel deseable. Nos estaban pidiendo el nivel aceptable que normalmente se pedía a mitad de año. A fin de año normalmente los conscriptos alcanzaban el nivel deseable por si la Patria los volvía a necesitar. Empezó a caer gente del Ejército y de la Fuerza Aérea a mi batallón. Nosotros no teníamos ni idea de lo que se estaba pergeñando y cada vez se incorporaba más gente.

¿En ese momento usted tenía relación con el capitán Pedro Giachino?

Sí. El capitán Giachino era amigo mío, aunque no nos tuteábamos. En la Armada los amigos se tratan de usted, manteniendo siempre las formas. Él era un hombre muy especial, muy simpático, alegre, era un flor de tipo y además mendocino. En un momento, él salió de donde estaban haciendo las operaciones y me dijo: «Aruani, vaya tranquilo porque yo lo voy a estar cuidando», y se fue. Esa fue la última vez que lo vi.

Hubo una práctica programada en Golfo Nuevo, por la zona de Puerto Madryn, que me perdí. Mi esposa se enfermó y no me dejaron participar. Recuerdo que me vestí y me subí al buque igual, yo quería formar parte. Me tuvieron que sacar con amenazas fuertes. Tenía muchos conscriptos nuevos y, si alguien tenía que «mandarse una macana», la responsabilidad tenía que ser mía y no de mis subordinados.

Cuando volvió el buque, me presenté de vuelta y empezamos a trabajar de forma ardua. Tuvimos instrucciones nocturnas, instrucciones diurnas, combate terrestre, anfibio, en localidades, le empezamos a dar un poquito más de fuerza a lo que teníamos que hacer.

Giachino tenía la orden de cuidar un cruce que iba a frenar a los Royal Marines y yo podía ingresar a Puerto Argentino sin que alguien me hostigara. Eso es lo que me quiso decir la última vez que lo vi. Él ya estaba muerto cuando yo lo descifré.

Finalmente, el 28 de marzo de 1982 embarcan rumbo a Malvinas...

Sí. Ese día embarcamos con todos los conscriptos en el buque de desembarco de tanques ARA San Antonio. Era un buque que se abría en la proa para que los vehículos pudieran descender. Todo el mundo vomitaba. Todos estaban descompuestos. Salíamos por tandas a tomar un poco de aire en cubierta. Nos tocó enfrentar una tormenta que dicen que fue la más grande de la historia. El buque rolaba 45° para un lado y para el otro, y eso es muy cercano a hacer una vuelta campana. Así que Dios y la Virgen del Rosario nos ayudaron. Esa fue la razón por la que le cambiaron el nombre de «Operación Azul» por «Operación Rosario».

Seguimos navegando. Probamos armas en la popa del buque. Teníamos que constatar que cada una de nuestras armas funcionara correctamente, que tuviéramos el equipo, la designación de vehículos anfibios... Hacíamos prácticas de embarcar en los vehículos anfibios tantas veces como hiciera falta hasta poder ejecutarlo a ojos cerrados.

El día 1 de abril a la tarde me convocó el comandante de la Fuerza de Desembarco, el almirante Büsser, junto al teniente coronel Seineldín. Fue en ese

momento cuando me enteré de que Giachino debía desembarcar por el sur desde la Santísima Trinidad y que mi compañía tenía que venir por el este y recuperar Puerto Argentino con los catorce objetivos vitales.

¿Cómo organizó a su equipo con tan poco tiempo?

Reuní a mi gente: al suboficial Millán, a los suboficiales Medina y Ochoa, a dos guardiamarinas y al principal Guzmán, que falleció hace poco. Les hice firmar un acta porque me dijeron que posiblemente la operación no se hiciera. Me daban la orden de recuperar Puerto Argentino, pero corríamos el peligro de abortar la misión. Por algún motivo, si la operación no se hacía, nadie debía enterarse de que íbamos a recuperar Malvinas.

Nosotros, los profesionales, lo tenemos claro al tema; primero, no soy ningún héroe; segundo, los héroes son los muertos nada más, los que dieron la vida por la Patria; y los niños no eran tan niños, porque los que me tocaron a mí tenían una capacidad de ofrendar su vida por la Patria que muchos otros no la tenían. Si yo decía «¿quién me acompaña a tal lado?», 300 conscriptos levantaban la mano para ir. De niños no tenían absolutamente nada. Fueron el motor que nos llevó a nosotros a cumplir con las directivas, algo maravilloso.

¿Cuál fue la respuesta de los conscriptos cuando les contó a dónde iban?

Chochos. Yo no sé si entendían políticamente lo que significaba recuperar Malvinas, pero que estaban contentos, te lo aseguro. No hubo ninguno que me dijera «tengo miedo» o «yo no quiero ir». Es más, ellos nos corrían a nosotros, la maquinaria de fe y de confianza eran ellos.

¿Cómo se vivió el desembarco?

Finalmente llegó el día del desembarco. Llegamos a la playa y lo primero que dije fue: «No me equivoqué en elegir la playa en el ejercicio que hicimos», porque esa playa no servía para nada, tenía unas rocas que eran del tamaño de esta habitación y no podíamos pasar con los vehículos anfibios. Así que tuvimos que descargar, desembarcar, ir por un caminito y mandar los vehículos por otra playa para encontrarnos en el aeropuerto.

Y allí encontramos los dos «nidos de ametralladora», donde habían estado esperándonos. Si hubieran permanecido los Royal Marines, hubiera sido una verdadera masacre. Subimos la meseta.

Cuando llegué al aeropuerto, estaba toda la pista llena de obstáculos, camiones, máquinas viales, tambores, autos, de todo. Me pidieron que les des-

ocupara la pista para que el regimiento del teniente coronel Seineldín pudiera aterrizar en el Hércules. En eso llegó un vehículo anfibio con el comandante de brigada que me dijo: «¡Aruani! A su comandante lo están cagando a tiros y lo está esperando a usted para que entre a Puerto Argentino».

Al llegar a ese lugar, era un tiroteo infernal. Estaban todos cuerpo a tierra. Era una balacera tremenda, morteros, de todo... Entonces ahí me dijeron que penetrara y ocupara Puerto Argentino. Mitad caminando, mitad en vehículos, fuimos tirando... Los ingleses se iban sacando los uniformes y salían corriendo. Creo que eran civiles que los habían hecho vestir de militares con la intención de tratar de retrasar o causar alguna baja en el desembarco. Quizás ellos pensaron que nosotros veníamos a triturar todo a nuestro paso, pero les falló porque eran muy pocos y aislados.

Llegué a un lugar que estaba en frente de la casa de gobernador. Ahí se me acercó Álvarez para decirme que teníamos una baja, el capitán Giachino. Seguí avanzando y al rato me comunicaron que teníamos otra baja, García Quiroga. Estaban los tres heridos, todavía con vida.

¿Qué pasó? Giachino le iba a pedir la rendición al gobernador, pero eso se abortó. Sin embargo, el detalle que no se tuvo en cuenta es que Giachino debía haber esperado a que llegara yo. Él llegó y se mandó solo. Yo estaba a tan solo 100 metros de él y me habían dicho que de esa línea yo no sobrepasara porque no teníamos que matar a nadie, tenía que ser un combate incruento. Yo me había prometido que fuera así.

Pese a que la intención argentina nunca fue tirar a matar, los ingleses tomaron otras decisiones...

Ellos tiraban a matar, nosotros no. En un momento dado, como no me podía comunicar con mi comandante, le dije al jefe segundo de ametralladora que se fuera armado para darle apoyo a los comandos que estaban del lado sur de la casa del gobernador. Veinte minutos después, se rindieron. Yo me lancé en ataque hacia la casa del gobernador y al llegar el teniente de Navío Tarnoski, me dijo «basta, se terminó, ya se rindieron».

¿Cómo manejaron a los tres heridos?

Cuarenta minutos estuvimos esperando una orden para poder rescatar a los tres heridos. Y yo tengo un coágulo grande en el corazón por no haber participado un poquito más, de no haber hecho absolutamente nada más que lo que me enseñaron a hacer que es cumplir una orden.

Pienso que, si yo hubiera arriesgado un poquito más, hubiera cambiado la historia y tal vez Pedro no se hubiera muerto.

¿Después fueron evacuados a Río Grande?

Sí, pero antes hice otras cosas, como llevar a los Royal Marines que habían caído prisioneros a la pista de aterrizaje. Fui y ocupé los catorce objetivos vitales y se los entregué al Ejército. Al día siguiente, nos evacuaron al Río Grande para firmar la unidad que iba a ser la defensa de las islas y, si se daba la situación, volver a Malvinas a hacer lo que se llama un «relevo por sobrepasaje» de la fuerza del Ejército y terminar con la historia. A esa altura ya le quedaba muy poca munición a la gente de Jeremy Moore, se les habían hundido muchos buques que traían desde alimentos hasta helicópteros en buenas condiciones. Estaban tan mal que Jeremy Moore al llegar a Puerto Argentino no pidió la rendición, pidió una tregua, y al ver el desastre que eran las fuerzas argentinas pidió la rendición.

Los soldados nos fuimos a Tierra del Fuego, donde tuvimos una vida totalmente distinta, una vida más apaciguada. En eso Pinochet armó un frente para ocupar toda la Isla Grande y nos pusieron a nosotros como defensa. Así que nos la pasamos fabricando posiciones todo ese tiempo hasta que un día nos dijeron «listo, ya hubo una rendición». En ese lugar viví el hundimiento del Belgrano y del HMS Sheffield.

¿Cuál fue el papel del gobierno chileno durante el conflicto?

Los chilenos fueron un enemigo más. Formaron parte de las fuerzas británicas, nos hicieron el mayor daño posible para que a Pinochet no le pasara nada... No sé, no los entiendo. San Martín los liberó y le dieron la espalda a San Martín. En cambio, Perú se portó y se sigue portando de una forma extraordinaria.

¿Cómo fue la vuelta?

La vuelta fue muy traumática. A los que estuvimos en la guerra nos miraban con una especie de asquito. Algunos nos trataron de maricones. Los militares que no habían ido a combatir, los que no tuvieron la experiencia de combatir nos miraban insinuando que, si hubiesen sido ellos los seleccionados, podrían haber hecho las cosas mejores.

La guerra no es fácil. Hay gente que yo conocí que ha sufrido mucho más que cualquiera. Si me preguntan cuál fue mi sufrimiento, mi sufrimiento fue

la muerte de Giachino y la de mi soldado. Yo siempre digo que fue un paseo militar, lo ridículo de la guerra es ir y decir «no hay que matar al enemigo». Con Seineldín quedamos de acuerdo en que el enemigo que pasara a un metro nuestro, ese enemigo, era batido.

Al finalizar la guerra, ¿siguió prestando servicio?

Sí, yo seguí en la Armada con una mirada social de la época en contra de los militares. Más que nada en contra del gobierno militar que había, que estaba terminando en ese momento. La decisión que había tomado Galtieri cuando se juntó la gente en la Plaza de Mayo que lo empujó a enfrentar a los ingleses fue muy cuestionada y salpicaba a las fuerzas. Originalmente la «Operación Rosario» terminaba con nosotros en la casa del gobernador de las islas, sin guerra. No había planificación de entrar en combate. Venía una unidad británica, una unidad argentina y los cascos azules a cuidar el orden hasta que se decidiera diplomáticamente cómo se resolvía la situación de una vez por todas.

¿Habló de Malvinas al regresar?

A la vuelta me hicieron algunos reportajes porque normalmente en aquella época nos pedían a los que estuvimos en las islas que diéramos más detalles sobre la «Operación Rosario». Para mí, la verdad es que lo más importante fue lo que pasó después, el sufrimiento del soldado era quedarse tres meses en una turba que le pudría los pies, muchos murieron mutilados por eso.

No tenía sentido hablar de otra cosa sino de eso. Yo sufrí mucho con la gente que realmente la pasó muy mal. Es para destacar el accionar argentino, el de todos. Creo que los ingleses pensaban que a nosotros nos podían limpiar de un plumazo, pero el Ejército nuestro estaba muy bien armado, como también la Fuerza Aérea, la Aviación Naval... Éramos profesionales y muy profesionales. Los soldados que teníamos eran unos leones combatiendo, no tenían ningún problema.

Hoy, a cuarenta años del conflicto, se le da otro valor a la causa y se la siente mucho más viva...

A mí me llama la atención. Se ha convertido en un hervidero la necesidad de conocimiento de las islas Malvinas, cuarenta años después. Resulta que hoy es importante Malvinas y cuando lo hicimos teníamos que agachar la cabeza por vergüenza o por lo que sea. En el primer testimonio que di en 1985, pedí perdón por no haber recuperado las islas Malvinas. Sin embargo, las Malvinas

fueron recuperadas en tiempo y forma, pero el derecho internacional establecía que dentro de los 150 años teníamos que ocupar físicamente las islas para no perder el derecho a reclamar. Si hubiéramos tenido en ese momento un gobierno constitucional, también tendría que haberlo hecho. Ahora faltan 110 años más, ya sea para tener que hacer lo mismo, ya sea para sacarlos de las islas definitivamente o para empezar de vuelta con el pedido diplomático de soberanía.

¿Qué le debe la sociedad argentina a Carlos Aruani?

A mí nada. Le debe a mis conscriptos que llegaban sin haber usado nunca un zapato y que el primer zapato que se pusieron fue el que les dio la Armada. Conscriptos que les daban de baja y me pedían por favor quedarse porque si volvían iban a vivir en las situaciones que vivían anteriormente, en cambio en la Armada dormían bien, se duchaban todos los días, tenían clases en el colegio. Yo me los llevaba cuando era guardiamarina a las cinco de la mañana para que estudiaran con una maestra. Salían de la colimba sabiendo leer y escribir.

Hacíamos la formación de los que se tenían que dar de baja y se negaban, querían quedarse. Ese es el orgullo que tiene uno, el haber convivido con ellos. Que te llamen por teléfono hoy, después de cuarenta años, me llena de orgullo.

Guillermo Jorge Seguí

(15/9/2022)

Guillermo Jorge Seguí, conocido por todo el mundo por su apodo «Memo», se encontraba cursando el cuarto año del Colegio Militar cuando el conflicto estalló. El 7 de abril le notificaron que se recibía antes y que debía unirse al Regimiento de Infantería Ocho localizado en Comodoro Rivadavia.

La historia quiso que Guillermo estrenara su cargo de subteniente en la guerra de Malvinas. El 11 de abril voló junto a otros 20 compañeros rumbo a Puerto Argentino y aunque muchos de ellos fueron trasladados a Bahía Zorro, él se quedó con la misión de recibir las cosas que llegaban del continente.

Guillermo padece un síndrome de bipolaridad post traumática y está acompañado por un psiquiatra y un psicólogo. Por suerte cuenta con el apoyo incondicional de su familia. Afirma que durante mucho tiempo la causa Malvinas fue escondida por diversos gobiernos nacionales por un tema ideológico vinculado a la dictadura donde se ponía a «todos en la misma bolsa». Volvería a Malvinas siempre y cuando pudiera ingresar con DNI, no con pasaporte.

«A mí me tocó estar y cumplí con lo que tenía que cumplir. El país no me debe nada, pero el reconocimiento de hoy, después de tantos años de olvido, es invaluable».

¿Cómo fue terminar la Escuela Militar antes de tiempo y viajar a Malvinas a defender la soberanía nacional?

Yo estaba en cuarto año del Colegio Militar, mi último año. El día 7 de abril, cuando ya sabíamos que habían tomado las Malvinas, nos avisaron que nos recibíamos antes. Comenzaron a movilizar diferentes regimientos. A mí me asignaron al Regimiento de Infantería Ocho con sede en Comodoro Rivadavia. Me tocó ir a junto a un grupito de once subtenientes. Cuando llegamos, no había nadie. Todo el regimiento había pasado a Malvinas.

Así que el 11 de abril nos informaron que nos iban a llevar hasta el aeropuerto. Éramos once subtenientes y casi 30 suboficiales del resto del país. Veinte pasamos a Puerto Argentino. En ese momento no había enfrentamientos. Solo estábamos ocupados. Una mañana nos levantamos y llegaron como diez helicópteros para trasladar a todos los oficiales y suboficiales a Bahía Zorro, ubi-

cada en la entrada del estrecho de San Carlos en la isla Gran Malvina. La idea era custodiar que no entraran barcos al estrecho localizado entre las dos islas.

Yo no fui. Junto con otros subtenientes nos dejaron en Puerto Argentino.

¿Les encomendaron otra misión?

Sí. Nos quedamos como enlace logístico. La misión que teníamos era recibir las cosas que llegaran del continente y de ahí conseguir transporte para trasladarlas hasta Bahía Zorro.

Parábamos en un hospital que originalmente era una escuela, al lado de la casa del gobernador. Todo ese periodo fue de transición, de ubicar los trasportes para poder llevar lo que recibíamos desde el continente.

Nosotros éramos subtenientes en comisión. Yo tenía 21 años. Lo que afrontamos en ese momento fue un «encontronazo». Debíamos hacer cosas por mera voluntad propia sin muchas directivas e indicaciones.

¿A qué se refiere?

Se tenía que lograr el objetivo de llevar las cosas que iban llegando hasta Bahía Zorro, pero no había muchos vehículos. Teníamos que «manguear», pedir favores. Fue un desarrollo medio atípico. Es como el médico que estudia medicina y egresa sabiendo operar un apéndice y tiene que enfrentar su primer caso en el hospital y tiene que dejar al enfermo en el quirófano para ir a buscar vendas, ver quién le puede dar una aguja... tiene que gestionar todo para su cirugía. Lo nuestro fue más o menos así. Nos tuvimos que desenvolver sin ayuda o indicaciones precisas.

¿Tuvo la posibilidad de avisarle a su familia que iba a la guerra?

No. Mi familia no sabía que yo estaba en Puerto Argentino. Había una especie de secreto. No podíamos avisar. En ese momento no existían los teléfonos celulares. Recuerdo que había una especie de contenedor grande donde trabajaba la única empresa de teléfonos que se llamaba Intel. En ese contenedor había unas plaquetas que contenían todos los teléfonos de cada casa de las islas. A los 15 días, me escabullí en pleno toque de queda y le pedí al señor que estaba a cargo si me dejaba comunicarme con mi familia. Le expliqué que no había podido avisarle a mi familia. Entonces accedió. Trajo un tubo con un cable y dos cocodrilos. Nos fuimos metiendo por unas estanterías donde estaban las plaquetas. El hombre conectó los cocodrilos a una plaqueta y me dijo: «Vos andá comunicándote con la operadora y explícale lo que querés». Al principio

la mujer era medio dura. Pero después de pasarme por distintas operadoras, la comunicación finalmente llegó a mi casa. Ahí pude hablar con mi familia y dar aviso a mi novia.

Creo que es difícil entender la incomunicación, nosotros no teníamos la posibilidad de explicarle a nuestra familia que estábamos en un hecho histórico. Para ese momento, todavía no nos atacaban. Eso recién sucedió el 1 de mayo. Ahí es cuando se cortó todo. No pasaba ningún suministro del continente a Malvinas, ya no se pasaba ningún avión. Entonces empezó a ser preocupante el tema de la comida. Y a eso había que sumarle las condiciones climáticas: la lluvia, la nieve.

Siendo la mayoría tan joven, ¿cuál cree que era la motivación más allá del cumplimiento del deber?

Más allá del tema histórico y bélico, hay que analizar a las personas y sus reacciones. Hay que tener en cuenta que eran soldados de 18 años. Mis hijos hoy tienen 18 años, cada uno con su celular, su televisor, sus amigos... los llevamos y los traemos. Trato de ponerme en lugar de esos soldados. ¿Cuál es la explicación lógica de su actitud heroica? ¿Por qué no se enojaron y abandonaron todo? ¿Por qué siguieron prestando apoyo, trabajo y sacrificio? Lo más fácil hubiera sido tirar el fusil y negarse por completo. Sin embargo, todos trabajaron, tanto los soldados como los suboficiales, apoyando ese momento histórico. Creo que te llena ser parte de la historia y lo importante que era esa misión. Así que al día de hoy le encuentro una respuesta: era una necesidad de todos.

¿Qué pasó a partir del 1 de mayo?

Yo tenía 60 soldados a cargo, después del 1 de mayo nos pudieron trasladar en un barquito a la Bahía Fox. Nos quedamos ahí, estábamos en los pozos de zorro, que era el lugar donde uno habitaba... Todos los soldados tenían una palita chiquita que llevaban en su dotación. Estos pozos de zorro medían cuatro palitas de ancho por dos metros de profundidad y se hacían de esa manera para que uno estuviera protegido de las bombas. Muchas veces el pozo de zorro se inundaba a causa de las lluvias y teníamos que hacer un piso suspendido y dormir sentado o como se podía encima de las maderas. Así era la vida cotidiana en Malvinas. Era difícil dormir, no había calefacción, no se podía prender luces de noche y no se podía hacer fuego. Era todo muy incómodo.

Cuando nos empezamos a quedar sin comida, se carneaban corderos de la zona. Nosotros éramos 3.500 personas en toda la zona de la bahía. El punto es que allá amanece a las 10 de la mañana y oscurece a las 3 de la tarde. No

podíamos carnear de noche porque había una fragata inglesa que siempre nos bombardeaba cuando se ponía oscuro. Entonces no había que moverse, había que quedarse quieto, no había que carnear. Y para 3.500 personas nunca se llegaba al carneo diario. Entonces se carneaba con un grupito de 20 o 30, que cortaban la carne y cocinaban un caldo que luego era distribuido.

En los momentos más tranquilos hacíamos de todo: tirábamos piedras para ver quién derribaba la latita, armábamos pelotas de trapo... El asunto era ganarles a las horas del día.

En Bahía Fox había unos papeles celestes y rosas que tenían una solapita donde los pegabas y armabas un sobre. Le decía a mi grupo: «Vamos a escribir cartas». Redactar unas líneas es enfrascarse en el momento, hay que escribir y que se entienda, no podés dañarla o tacharla, es todo un microclima que se crea. Yo pienso que al escribir una carta uno está de alguna manera más cerca de la familia. Desde el 1 de mayo ya no había más contacto con el continente, así que eso era obviamente imaginación. Era imposible enviarlas hasta que un día, en Puerto Argentino, hubo un alto al fuego, entonces se pararon las acciones bélicas y se juntaron en alta mar el buque hospital inglés y el buque hospital argentino para intercambiar heridos. Hubo un helicóptero que bajó a buscar a los heridos, entonces lo primero que hice fue ir a buscar las cartas y llevarlas. Nunca más supe de esas cartas hasta unos 15 años atrás en que un maestro mío de primer grado publicó en Facebook la carta que yo le había mandado.

¿Cómo fue la experiencia de ser prisionero de guerra en manos inglesas?

A nosotros nos tomaron prisioneros el 15 de junio. Primero nos llevaron a un galpón para revisarnos. Todos los regimientos van a la guerra con la bandera que lleva en el moño todas las medallas de las batallas en las que participó. Mi regimiento, que era de 1820, tenía un montón de medallas. Éramos 3.500, estábamos divididos en dos, por un lado, un regimiento de infantería y por otro una Compañía de Ingenieros. Para evitar que la bandera quedara en manos de los ingleses se decidió separarla en tres paños. Dos fueron guardados en el forro de las camperas mientras que la Compañía de los Ingenieros envolvió el cuerpo de un subteniente con una parte de la bandera y luego se vistió.

En ese galpón la requisa no fue tan exhaustiva, pero después nos pasaron a la fragata donde estuvimos en alta mar por dos días. De ahí nos llevaron a un buque que se llamaba Norland. En un momento nos hicieron separar en soldados, suboficiales y oficiales para hacernos una requisa, que era muy «jorobada». Los soldados que tenían la bandera en las camperas no tuvieron problema, pero el que la tenía envuelta no iba a pasar, porque nos desnudaban. Entonces el jefe de la Compañía de Ingenieros lo llamó al subteniente y le pidió

la bandera con el objetivo de protegerlo. Cuando nos revisaron, el jefe de los ingenieros le dio al mayor inglés, en presencia de la Cruz Roja que estaba presente controlando, la bandera.

Después de 8 meses, el mayor inglés envió la bandera de la Compañía de Ingenieros de vuelta a la Argentina a Colonia Sarmiento en el sur. Son cosas muy locas. Te pegan una piña y después te piden disculpas. Finalmente bajamos en Puerto Madryn, donde también estaba la Cruz Roja con el contador. Nos hicieron un chequeo médico y fuimos trasladados a Comodoro Rivadavia.

¿Cómo fue regresar?

Fue muy feo llegar al regimiento, porque aquellos que habíamos llegado últimos no teníamos a la familia ahí esperándonos. Tampoco podíamos hablar por teléfono. Por 15 días estuvimos sin comunicación. Pasado ese tiempo me dejaron hablar con mi novia y mi mamá para contarles que estaba en Comodoro Rivadavia.

Mi novia sabía que había buques que traían prisioneros de guerra e iba consultado los listados de los combatientes que llegaban. Cuando llamó Puerto Madryn, me buscaron en la lista y les dijeron que estaba desaparecido y que ya le tenía que llegar el telegrama a mi madre notificando que era caído en combate. Mi novia estuvo como 15 días para decirle a mi madre. No se animaba, estaba esperando a que llegara el telegrama. Por suerte pude llamar yo antes.

¿Cómo es su vida hoy?

Yo creo que tengo la suerte de reponerme y canalizar todo esto para el bien, creo que para mis hijos soy un testimonio de vida. Es importante dejar un legado de esta forma.

Tengo un síndrome de bipolaridad post traumática y estoy medicado, estoy acompañado por un psiquiatra y un psicólogo, y lógicamente mi familia, que me llena de orgullo. Mi familia es muy condescendiente con lo que viví y lo valora mucho. Estoy bien, aunque hay momentos en los que estoy mal. Así es el síndrome.

¿Usted coincide en que hubo un proceso de desmalvinización?

Este sentimiento de soberanía sobre las islas que se respira hay que mantenerlo y cuidarlo. No creo que haya algún argentino que diga que las islas son inglesas. A mí me hace muy bien esto. Pero hubo un periodo muy largo de luto.

Hubo gobiernos militares y democráticos que taparon el tema de Malvinas porque se lo asociaba a la parte verde de los militares con la cara pintada. Nos metían a todos en la misma bolsa. Pero por suerte ya ha pasado mucho tiempo. Es invaluable lo que se está haciendo hoy.

Hace un tiempo estaba en un almacén y un nene se me acercó y me dijo: «Usted es combatiente de Malvinas, yo lo vi el otro día en la plaza, es un orgullo para mí». Once años tenía el nene y esas cosas te matan. Que se acuerden de vos y que te den un abrazo, después de tantos años de haber sido olvidados, es reconfortante.

¿Volvería a Malvinas si tuviera la posibilidad?

Volvería con el DNI, no con el pasaporte

¿Siente que la Argentina le debe algo?

No, absolutamente nada. A mí me tocó estar y cumplí con lo que tenía que cumplir. La Argentina me está dando mucho ahora. El reconocimiento es invaluable.

Ramón Andrés Suárez

(31/1/2023)

Ramón Andrés Suárez nació en el año 1959 en Coquimbito, Maipú, provincia de Mendoza. Dueño de una fe inquebrantable, tiene muy vivo el recuerdo de una sobremesa familiar en la que esperaban el resultado del sorteo del Servicio Militar Obligatorio. Con mucha seguridad, él le expresó a su madre que, si le llegaba a tocar la Marina, se quedaría. Y así fue. El número 987 lo llevó directo a la Infantería Marina, a la que se incorporó en febrero de 1978.

Permaneció dos meses en La Plata formándose. Aunque las actividades eran adversas, Andrés disfrutaba de la vida militar. Después le dieron el pase a la Base Almirante Zar, en Trelew. A los quince días de estar ahí, una hernia inguinal derecha lo sorprendió. Fue trasladado en avión hasta Bahía Blanca. Los oficiales médicos del Hospital Naval de Puerto Belgrano, donde estuvo cuatro meses, le dieron la oportunidad de regresar a Mendoza para operarse y concluir su servicio. Andrés no aceptó. Él pidió ser intervenido ahí y regresar a la Marina a hacer carrera.

Durante la guerra de Malvinas, se desempeñó en el hundido ARA General Belgrano. Se define a sí mismo como «el náufrago que logró sobrevivir a las dos guerras con la ayuda de Dios».

«Yo iba subiendo esa interminable rambla del crucero ARA General Belgrano y lo único que vino a mi mente fue encomendarme a la mano de Dios».

¿Cómo vivió la recuperación de las islas Malvinas?

Fue todo una euforia, estábamos todos muy contentos y felices; pero llegó un día que no me lo esperaba. Yo estaba cursando el tercer año de enfermería y era el cabo segundo más antiguo. Entró al aula el jefe de Estudio, que era un teniente médico y me dijo: «Cabo Suárez, retírese de la de la clase y se va de pase al crucero Belgrano».

Preparé todas mis cosas y en cuestión de nada ya me encontraba frente a ese imponente barco. Tenía aproximadamente 185 metros de largo. Yo iba subiendo esa interminable rambla y lo único que vino a mi mente fue encomendarme a la mano de Dios. Estaba solo, no tenía con quien hablar... Tuve temor, no miedo. Un temor a lo desconocido. Era un monstruo el crucero Belgrano.

Me presenté al grupo de enfermeros y comenzamos con las actividades. Como yo acababa de llegar y pedían colaboración a todas las divisiones, ayudaba a lavar las bandejas y los vasos. Éramos 1.093 tripulantes.

Yo tenía que tomar guardia de crucero de guerra a las 16 horas todos los días. No era rotativo. Siempre iba a tomarle la guardia a un compañero también mendocino, Osvaldo Martínez, que la tenía reclara porque ya hacía un par de años que estaba en el crucero. Él fue muy empático conmigo. Me contó sobre su vida, que había sido padre hacía poco tiempo...

En un momento me pidió que tomara lápiz y papel y que anotara lo que debía conseguir antes del embarque. Sus indicaciones fueron: conseguir un libro de manual de supervivencia en mar y tierra, un par de zapatillas, shorts, cigarrillos, pastillas de menta o de eucalipto, un cuchillo que no tenga punta y una linterna de bolsillo por si naufragábamos. También me indicó armar un botiquín extra. Hice todo al pie de la letra.

¿Se mantenían informados de lo que iba sucediendo?

No nos decían nada. No nos comunicaban oficialmente las noticias, así que subíamos a la cubierta principal y escuchábamos radio para más o menos mantenernos informados. Escuchábamos la radio Colonia, de Uruguay. Recuerdo que tres veces seguidas, en días distintos, dieron como primicia de último momento que había sido hundido el crucero Belgrano. Te podrás imaginar nuestra reacción al escuchar eso. Nos alarmamos. Pensábamos: «Son locos, cómo van a decir algo así». Nos cuestionábamos. Evidentemente estaban recibiendo alguna señal de Inglaterra o capaz que estaban captando las órdenes británicas.

¿Qué recuerdos tiene del 2 de mayo, día en que el ARA General Belgrano es hundido?

El 2 de mayo yo estuve muy descompuesto porque el barco se movía mucho. Había estado mirando el mar y esas olas que tenían entre ocho y catorce metros de altura. El viento era de 100 kilómetros por hora y hacía 12 grados bajo cero. Estábamos haciendo patrulla más o menos donde se juntan los océanos.

A las ocho y media de la mañana decidí ir a la enfermería y le pedí a mi compañero Osvaldo Martínez que me inyectara un Reliverán. Estaba con náuseas y con vértigo. Me recosté en la misma enfermería y me desplomé. Me desmayé. Ni siquiera almorcé ese día. Al mediodía, cuando ya había dormido unas tres horas y media, apareció el comandante junto al capitán Ponzo y al capitán Galaci y me dijeron que bajara al sollado. En el camarote éramos unas 70 personas. Entonces seguí durmiendo hasta las 15:45 horas, cuando el conscripto que nos ayudaba me fue a despertar.

Me dijo: «Levántese que tiene que tomar guardia crucero de guerra». Ya fresco, salté de la cama vestido, tal como nos habían ordenado. Abrí la taquilla y tomé los elementos de higiene: jabonera, pasta dental, el cepillo de dientes, el peine y la toalla. Me acuerdo como si fuese ayer. Fui a tomar la guardia y, cuando estaba llegando, me encontré con un compañero en el umbral de la enfermería. Mientras intercambiábamos algunas palabras, sentimos que chocamos contra algo. Y el barco comenzó a zapatear.

No entendíamos qué estaba sucediendo. Nos quedamos mudos y mirábamos hacia el techo donde había un parlante por el que habitualmente recibíamos las órdenes. Estaba mudo, ninguna orden fue emitida por ahí. De repente, se apagaron las luces y los extractores que purifican el aire. Con una con una seguridad como si lo hubiera visto, le dije a mi compañero: «Nos dieron, Osvaldo, nos dieron». Y así fue. Él entró a la enfermería, tomó al soldado, tomó su linterna y salieron. La tenía tan clara. Botaron la balsa, pero al no tener suficiente peso se tiraron y el mismo viento y las olas dieron vuelta la balsa y lamentablemente murieron los dos.

¿Qué hizo en ese momento?

Tomé mi linterna y salí y los zafarranchos me decían que para ir a popa debía ir por la mano derecha. Si yo iba por la mano izquierda para popa, los que venían me podían atropellar y aplastar. Yo seguí y por momentos mi mente me decía: «No, por ahí no, hay peligro por ahí». Pero yo seguía. Resulta que una misión me esperaba ahí.

Me topé con el capitán de Fragata Goodman, que estaba armando sus pertenencias, y me pidió que lo iluminara. Al ser impactados, lógicamente, se le había caído todo: escritos, cosas de valor, las fotos... Yo le decía: «Señor, apúrese que esto se hunde». Él seguía juntando sus cosas y yo lo continuaba presionando. Finalmente se fue y no lo vi más. Se salvó.

Yo intenté seguir y abrirme camino entre un humo negro y denso. Inhalé un poco de ese humo y casi me quedé ahí, pero gracias a Dios me pude recuperar y salir. Entonces retrocedí y me fui por donde debería haber ido desde un principio. Subí la primera escalera y después la segunda, donde me encontré con otro enfermero que estaba colocándole un inyectable a un soldado que tenía toda la cara quemada, la oreja quemada y ya no tenía pelos. Me pidió que hiciera una curación y lógicamente lo hice. Miré al costado y el agua estaba a dos metros más o menos. El barco se iba hundiendo de costado, no como el Titanic. Entonces, sin desesperación y con una frialdad necesaria, miré a mi compañero y le dije: «Camarada, vamos que esto se hunde».

Continué hacia la popa. Cada vez era más difícil mantener el equilibrio. No me podía sostener derecho. ¿Por qué tenía que ir hasta la popa? Porque había dejado mis pertenencias ahí: el salvavidas, la mochila, el botiquín. Los zafarranchos me dijeron que no anduviera con todo. Como era nuevo, andaba con todo. Y me dijeron que dejara las cosas en el lugar donde iba a cubrir puesto de combate.

Tenía que llegar hasta ese punto. Había una puerta estanca, que es una puerta horizontal que tiene un agujero en el medio y que se cierra con un volante. Tenía que bajar por ahí para acceder a mis cosas. En ese sitio había un cabo y entre los dos manejábamos la llave. Sacamos como ocho tuercas. Cuando levanté la puerta, hizo efecto succión y salió una bocanada de humo negro. Cuando me dispuse a bajar después del humo, observé que seis o siete muchachos no podían salir. Bajé la escalera y escuché un sonido como de alguien que se estaba asfixiando, que se estaba muriendo. Sin encender la linterna lo encontré. Lo arrastré hasta el pie de la escalera, me puse de rodillas y le hice respiración boca a boca. Cuando logró inspirar y abrir los ojos grandotes, lo saqué en mis hombros. Lo estaba bajando con cuidado para no golpearle la cabeza. Pasaba otro camarada que me lo recibió. Ahí le dije: «Que Dios te ayude». Volví y finalmente busqué mis pertenencias.

Su relato se asemeja a lo que se ve en las películas...

Era como estar en una película. Había quemados, heridos, algunos lloraban de la desesperación porque no podían ver adonde debían ir.

Yo, mirando todo eso, pisé una mancha de petróleo y caí con toda mi sentadera. Se hizo como un tobogán que me mandó al otro lado. Me detuve en uno de esos extractores que son parecidos a un tambor de 200 litros, pero mucho más bajo y más ancho. Por 40 centímetros no terminé en el agua. Logré ponerme de pie y miré hacia el costado, buscando las balsas que debían estar ahí. Ninguna de las tres balsas estaba. Giré, miré a mar abierto y ahí estaban las balsas, a 70, 90 y 100 metros de distancia. Nadando no iba a llegar.

¿Ya estaba craneando otro plan para salvarse?

Fue como mirar una película, con una paz sorprendente. Y de repente escuché una voz en ese momento que me dijo: «Mirá a la izquierda». Miré a la izquierda y había una balsa que despacito iba girando así hacia donde estaba yo, como que me iba a buscar. Esa fue la mano de Dios. No tengo dudas. Entonces cuando la tuve enfrente de mí, me tiré con toda la seguridad del mundo, como si lo hubiera practicado antes.

En la balsa había dos heridos. Después de curarlos y darles medicación, me dispuse a ver qué era lo que había para supervivencia: el agua que había que racionar, los caramelos polivitamínicos, las bengalas, los artefactos para hacer seña a los aviones. A las 16 horas nos torpedearon y, más o menos tipo 20 o 21 horas, ya había largado la primera bengala y ya había encontrado el agua, que recién al otro día íbamos a comenzar a beber.

Era muy importante mantener la mente en frío y la calma...

Sí. Pero no todos podían. Al otro día, pasaban los aviones y al oficial de guardiamarina Franzoni le agarró una crisis de ansiedad y de nervios. Se paró en el borde de la balsa y comenzó a gritar «acá estamos, acá estamos». Entonces, y esto me lo dijo un suboficial que estaba ahí junto con nosotros delante de toda mi familia, yo le ordené «o te callás o te tiro al agua». No podía yo darle órdenes a él. No sé de dónde me afloró esa autoridad. Después los hice rezar, cantábamos canciones adorando a Dios.

¿Cómo fue el momento en que los rescataron?

El lunes a la noche había usado las otras dos bengalas que tenía. Me quedaban algunas más y ya había comenzado a racionar el agua también. Las olas de entre ocho y catorce metros de altura caían sobre nuestro techo inflable y lógicamente entraba agua. El viento y la marea nos estaban llevando a la Antártida. Nosotros estábamos sentados, pero el agua nos llegaba y nos cubría las piernas. Ya nos estábamos congelando. Los dedos me dolían del mismo frío. Entonces le pedí al soldado que me envolviera con algodón y que me pusiera una bolsa de nylon para cubrirme. Después yo le hice lo mismo a él.

Llegó un momento también en que necesitábamos algo calentito. Y teníamos necesidad de ir al baño y lógicamente no teníamos baño. Nos orinamos. Fue un placer sentir algo caliente.

El martes cerca de las 10 de la mañana, yo estaba sentado al lado de la puerta de la balsa y de repente me pareció ver a lo lejos como una cáscara de naranja. Algo naranja chiquitito. Había estado en la cima de una ola, pero después, al bajar de esa ola no se veía nada. Cuando volví a levantar la ola, ahí observé algo más concreto y más hermoso que era el casco del buque-hospital Bahía Paraíso, que venía a nuestro encuentro. Así es que entramos a cantar la marcha de la Armada. La euforia que sentimos es inexplicable.

Llegaron los buzos y rompieron el techo de la balsa y entraron a evacuarlos. Yo fui uno de los últimos. Estuvimos 44 horas a la deriva en la balsa. Rescataron mi balsa y después a dos más. En la siguiente había sobrevivientes y en la otra estaban sin vida.

Mis camaradas enfermeros me gritaban: «Lo lograste, Suárez». Yo era el único enfermero que naufragó de los que estaban en la escuela. Tenía las piernas congeladas. Cuando pisé la cubierta principal, algo firme nuevamente, no lo podía creer.

¿Cómo fue volver al continente y retomar sus actividades?

Había quedado muy débil. Nos dieron licencia para que estuviéramos con nuestras familias. Cuando regresé a la escuela, tuve una crisis depresiva, ¿por qué razón? Tuvimos una hora libre porque había faltado un docente y una médica nos puso una película. Arrancó y vi la primera imagen: el mar, olas, gente hundiéndose y el título *El mar puede matar*. Abrí los ojos grandotes y me largué a llorar. Me quebré tanto que no me podían consolar. Me sacaron del aula y terminé en psiquiatría haciéndome cura de sueño. No teníamos experiencia de lo que era la posguerra. Estuve internado más de 15 días, con 25 miligramos de Valium diarios.

Cuando ya estaba recuperado, anhelaba ir a la capilla donde siempre iba, porque necesitaba profundamente darle las gracias a Dios. El primer día que fui, un 27 de junio, frío todavía, iba llegando al altar y sentí como una opresión, algo feo que nunca había experimentado en toda mi vida, como que me sacaba y no me dejaba llegar. No entendía nada. Era tal la fuerza que había que salía. Yo siempre andaba solo.

Al otro día volví y no me olvido jamás lo que me pasó. También iba llegando al altar y esa fuerza me obligó a retroceder. Entonces, mientras pegaba la vuelta en una de las bancas, vi una Biblia. Hasta ese momento, nunca había tocado una Biblia. La tomé en mis manos y al abrirla escuché a una monjita que me gritaba fuerte y con mucha autoridad: «Deje eso, no se toca porque eso es sagrado». Sentí una puñalada en mi estómago, un dolor inexplicable. Me quebré y salí llorando. Cuando salí, me paré en el umbral de la puerta y, mirando al cielo por primera vez, hablé con Dios y le dije: «Señor, ¿qué me está pasando? ¿Por qué no puedo estar en tu casa de oración? No vengo más a pedirte, vengo a darte gracias porque reconozco que gracias a ti estoy con vida».

El domingo siguiente fui a la iglesia principal de la ciudad y me ocurrió exactamente lo mismo. Dije «nunca más piso la iglesia». Ahí comenzaron los ocho meses más crueles de mi vida. Mis padres estaban en Maipú, a 1.200 kilómetros, y tenían su vida. Yo había elegido esa vida y estaba solo. En realidad, no solo, estaba con Dios. Él estuvo conmigo en todo momento. Él me ayudó, me consoló y me guardó de tomar malas decisiones.

Yo atravesé una profunda depresión. Mucha angustia. Tenía una gran amargura en mi alma. Muchos de mis compañeros la hicieron corta: una ban-

derita, se envolvieron un revólver, un tiro en la boca y listo. Pero yo te puedo decir que tengo el privilegio de la bendición de Dios, de poder contarla y de poder decir que gané las dos guerras. Salí vencedor de las dos guerras, la del sur y la de acá, que fue la más difícil.

¿Cómo fue su vida después de esto?

Después conocí a otro militar con el que generé un buen vínculo. Ya habíamos hablado de todo, pero yo no le había dicho nada de mi depresión. Un cierto día, que coincidimos de guardia, nos pusimos a tomar unos mates y de repente se me ocurrió preguntarle sobre la religión que profesaba. Me respondió que era evangélico y me nació preguntarle si podía ir a su iglesia. Su respuesta fue positiva.

Fui. Era un lugar humilde para 20 personas más o menos. Las mamás llegaban con sus niños, sus adolescentes, sus jovencitos. Todos me daban la mano y con una sonrisa de oreja a oreja me decían: «Que Dios te bendiga». Sentí el amor de Dios en las personas.

Sentí las palabras del pastor muy directas. Como si hubieran sido dichas para mí. Me traspasó el alma y me lloré todo. Después me dijo el pastor: «Como siervo de Dios, tengo la obligación de preguntarte si querés recibir a Jesús como tu Señor y salvador». Yo le respondí que sí. A partir de ese momento entró una paz que inundó mi vida hasta el día de hoy. Desde ese momento soy inmensamente feliz.

Fernando Klix Berrotaran

(6/10/2020)

El comodoro Fernando Klix Berrotaran, ya retirado de la Fuerza Aérea, formó parte del Escuadrón A4C durante la guerra de Malvinas, hizo historia dentro de la aviación argentina.

Esgrime que tuvo suerte de poder participar en el conflicto. Según sus palabras, «estaba destinado». Durante 1982 estuvo destinado a la IV Brigada Aérea, localizada en El Plumerillo, provincia de Mendoza. Sus funciones son la formación de aviadores de caza y apoyo. La brigada aloja al Escuadrón de Inteligencia Aérea Táctica Oeste, la ROA Mendoza y la Escuela Técnica 4-106.

Durante los años previos a la guerra, Fernando era teniente en primer año y ya había volado en aviones de combate. Al finalizar el curso de un año de piloto de caza le tocó quedarse en Mendoza. En general, los militares que hacían el curso de la escuela de caza en la provincia cuyana quedaban volando aviones de combate.

Después de 24 largos meses volando A4C, habiendo logrado bastantes horas, pasó de alumno a la etapa tres, que significa «el alumno terminado». Después obtuvo el rango de jefe de Sección dentro de las escuadrillas.

«No tengo más que alabanzas para todos los cuadros del Ejército».

¿Qué tareas se encontraba desempeñando en 1982, antes del conflicto?

A principios del año 1982 me tocó ir como instructor a la Escuela de Caza donde yo había sido alumno. Por eso cuando viaje a Malvinas ya no estaba volando A4C, estaba perdiendo mi habilitación en A4C y ya tenía la nueva en aviones Morane Saulnier. El 2 de abril se tomó una decisión en la que nosotros no intervenimos debido al bajo grado que teníamos.

Cuando una persona de las Fuerzas Armadas recibe una orden, cada uno debe evaluar si es por el bien del servicio. Si no llega a ser así, uno no está obligado a cumplirla. En este caso no había dudas: definitivamente era por el bien del servicio y de nuestro país.

Se iban a recuperar unas islas que estaban usurpadas y nosotros éramos los encargados de ir a defenderlas. Así que nadie dudó en ir a donde teníamos que ir.

¿Qué orden recibió en ese momento?

A mí se me ordenó, junto con otros pilotos de combate, ir al teatro de operaciones, a Malvinas. Fuimos designados como oficiales de Control Aéreo Adelantado.

¿Qué implicancias tiene ser oficial de Control Aéreo Adelantado?

Es un oficial que va marcando objetivos a otros aviones. En realidad, normalmente tiene que ser un piloto que haya volado o que esté volando el mismo avión que va a combatir. Es necesario que esté en el lugar en el que se encuentra el objetivo. Porque conoce la cabina, el modus operandi del avión, los pilotos. Sabe las recomendaciones que necesita el piloto en el momento preciso. Por eso tiene que ser un piloto experimentado, un jefe de sección, un jefe de cuadrilla. A parte, el piloto que va hacia un objetivo, a abatir un objetivo, necesita tener una comunicación con alguien que conozca y que le dé confianza, aunque lo recomendable era mantener silencio para evitar ser interferido por los ingleses.

¿Cómo se estructuraban y organizaban en las islas?

Éramos cinco pilotos, dos jefes de Sección de A4, un jefe de Escuadrilla de Mirage y otro jefe de Sección de Mirage. Estuvimos repartidos en la geografía de todas las islas, incluso en puntos fijos y móviles, bajo órdenes de un comando que estaba localizado en Puerto Argentino.

El Comando de Información y Control (CIC) recogía toda la información proveniente de los oficiales de Control Aéreo Adelantado de distintas formas. Estos oficiales evalúan la importancia del ataque del enemigo o dónde está el enemigo y pasan esa información al CIC y explican, por ejemplo, que necesitarían dos aviones que vinieran en un ataque en picada. Ese centro lo informaba y efectuaba el requerimiento al continente para que los aviones se presentaran para tal misión.

Antes del famoso bautismo de fuego realizaron muchas prácticas...

Sí. Practicamos todo tipo de accionar, incluso hasta el 1 de mayo. Estuvimos comunicándonos, haciendo los requerimientos, el CIC intervenía, pedía el requerimiento y nosotros lo hacíamos a modo de práctica.

Vuelvo por un momento para atrás. Con esta gente que les cuento, recién fuimos desplegados el 7 de abril, después de la recuperación de Malvinas. Des-

de esa fecha hasta mayo estuvimos haciendo prácticas con los aviones. Todo tipo de ataques para ver cómo se podía mejorar la comunicación, la información. Este tipo de ayuda, que la brindaba el oficial de Control Adelantado, estaba apoyada por equipos de comunicaciones.

Cuando llego a Malvinas me junté con mi equipo. Como el mío había cinco, con dos suboficiales de la Fuerza Aérea y técnicos en Comunicaciones que fueron un apoyo muy grande. Un equipo muy completo.

Con ese equipo nos instalamos en dependencias del Ejército. Compartimos con ellos todo, por eso conozco bastante del accionar. Durante los primeros días podría decir que conocí Puerto Argentino en un contexto de paz. Convivimos en algunos momentos con los kelpers. Al principio, cuando apenas llegamos, los kelpers deambulaban por la ciudad.

¿Qué actitud tenían ellos hacia ustedes?

No son muy sociables. Tuvimos algunos altercados, discusiones que no llegaron a más que un mero intercambio de palabras. La actitud de ellos no era ni muy simpática, tampoco demasiado antipática.

Recuerdo que, una vez, caminando por las calles, vino un kelper en un Jeep y nos tuvimos que tirar para el costado para que no nos atropellara. Más que eso no sucedió. Incluso, teníamos ordenado no meternos con ellos y si llegábamos a interactuar debíamos tener una actitud absolutamente simpática y pacífica.

Es más, había como una proveeduría de ellos donde yo me compré una linterna que me hacía falta. Todo eso hasta el 1 de mayo. Después no los veíamos tanto.

¿Qué recuerda del 1 de mayo?

El 1 de mayo tuvo un despertar muy complicado. A las 4:40 h un estruendo inmenso, muy grande, nos levantó a todos, si es que alguno estaba acostado. Nos alteró a todos porque vino un bombardeo *bull cam*. Se trató de la primera acción conocida. Anteriormente ya habíamos sufrido algún cañoneo naval de buques que pasaban.

Se escuchaba perfectamente el típico sonido del cañón, del proyectil que venía volando y explotaba. Eso ya nos tenía en alerta. En esta oportunidad, este bombardeo quiso atacar el aeropuerto. Tiraron unas bombas que rompieron un poco de la superficie de la pista, hacia el costado. Por suerte no ocasionó la inutilización total de la pista, continuó operativa. Intentamos que ellos creyeran que no estaba operativa, pusimos tierra y alguna especie de pintura. Por suerte los ingleses creyeron que no se podía operar.

Se hacen esas vivezas. Si alguno miraba la pista desde un avión, podía ver varios cráteres en la mitad que ocasionaban, en teoría, su inutilización total. El que sabía volar podía aterrizar en el espacio que quedaba libre. Como ese día, después fueron todos.

¿Cómo fue el bautismo de fuego de la Fuerza Aérea?

A las 4:40 este avión ocasionó este daño y empezamos a comunicar lo que estaba aconteciendo. Casi al mismo tiempo, una media hora después, en Darwin, la Base Cóndor fue atacada por aviones Harriers. El blanco fue el lugar donde estaban los Pucará; ocasionaron la muerte de un compañero y siete suboficiales heridos. Varios de esos compañeros tuvieron que ser trasladados en helicóptero a Puerto Argentino. Lamentablemente dos de ellos fallecieron. Se trató de la primera evacuación aeromédica realizada en combate real.

Comunicamos todo lo que iba sucediendo. Hicimos el pedido de aviso de apoyo. La Fuerza Aérea preparó 58 misiones para contrarrestar este ataque. Todo esto al mismo tiempo.

Se alistaron aviones A4C, A4B, Mirage, Finger, Canberra y Hércules. También se alistaron para hacer reabastecimiento en vuelo de los aviones A4 B y C.

Una vez Darwin fue atacado, empezamos a ver escuadrillas de Sea Harriers que intentaban atacar Puerto Argentino. Tuvieron la gran sorpresa de que la artillería antiaérea bajó a uno. Los ingleses nunca lo comentaron, pero yo estaba ahí y lo vi con mis propios ojos.

Eso los retrasó un poquito en sus posteriores ataques. Durante esa mañana se acercaron tres buques que estaban a nuestra vista: dos destructores y una fragata. Se ubicaron estratégicamente y empezaron a tirarnos. Ellos querían llegar a Puerto Argentino.

Para el mediodía, ya estábamos sufriendo un ataque fuerte de esos tres buques que estaban llegando a Puerto Argentino. En su derrotero, con sus cañones iban avanzando y se iban acercando cada vez más. Provocaron víctimas y sembraron destrucción. Como respuesta, inmediatamente solicitamos el requerimiento de sacarlos y, con tanto nerviosismo, les tirábamos con armas que sabíamos que no iban a llegar al objetivo, porque los buques estaban a 15 kilómetros.

Tenían una necesidad real de defenderse...

Era defenderse. No podíamos no hacer nada, pero por supuesto estábamos esperando los aviones. Por suerte, la Fuerza Aérea alistó una sección de Mirage, dos aviones, y una escuadrilla, que son tres, para distintos lugares donde estaban atacando. Una fue cerca de Darwin y la otra venía donde estábamos nosotros.

Cerca de las 13:50 me dieron la orden ¿Como debíamos operar nosotros? Como había buques y helicópteros que estaban triangulando cualquier tipo de comunicación, no podíamos hablar con el piloto como hablábamos en las prácticas. Esto claramente ya no era una práctica. Esto era real.

Nos pidieron «silencio radioeléctrico». Recibíamos las órdenes y debíamos replicarlas de forma precisa y muy corta.

¿Qué tipo de información?

La inclinación a donde tenía que ir el avión, la distancia y qué lo que iba a encontrar. Pero cortito, muy cortito. Entonces, por ejemplo, yo decía «radial 0 38, 54 millas», paraba de hablar y salía el otro oficial de Control Aéreo Adelantado que estaba en otro puesto geográfico y comunicaba lo mismo.

Por suerte hicimos buenas comunicaciones y la Escuadrilla apareció en el momento más complicado. Fue realmente una sorpresa muy agradable, porque aparecieron directamente hacia los aviones. Vimos toda la escena, abrió fuego con cañones. Pasaron por encima de los cascos de los buques y tiraron la bomba y los averiaron. Colocaron varias bombas sobre las cubiertas. Tal es así, que los buques se llenaron de humo.

Al mismo tiempo, la sección Dardo, conformada por dos Mirage, llegó al objetivo donde se encontró a dos Harriers que les trabaron el combate aire a aire. En ese combate cayó un Mirage argentino. Por suerte, el piloto se pudo eyectar y sobrevivió.

El otro avión, siguió tirándole a los buques que estaban tratando de llegar a Darwin y los alejó. Vimos cómo esos buques se empezaron a alejar. Ese avión estaba tripulado por el capitán García Cuerva.

El final que tuvo el capitán Gustavo García Cuerva fue doloroso e injusto...

Sí. Él se quedó sin combustible. Se comunicó con nosotros para contarnos que su intención era aterrizar en la pista que en realidad no estaba dañada, pero en la que estaba prohibido el aterrizaje y más para un Mirage que necesita muchísima pista. En ese momento no estaban dadas las condiciones para que él aterrizara así que se le ordenó eyectarse. Él no quiso.

Escuché toda esta conversación porque ya estaba liberada la comunicación. Le dijimos «no pase por la zona de artillería antiaérea», que era donde estaba yo, cerca de Puerto Argentino. Él quería pasar por ahí para quedar paralelo a la pista, que es una operación que hacemos los aviadores que es «entrar a una inicial». Se llama *inicial básica y final de aterrizaje*. Él dijo «me voy a incorporar a una posición inicial para aterrizar en la pista».

Íbamos a perder al piloto y al avión. Se le pidió nuevamente que se eyecte y él se negó argumentando que iba a lograr controlar el avión.

Yo vi toda la escena. No teníamos más para comunicarle porque ya venía el avión. Lo vi de frente. Él eyectó los misiles de forma inerte, o sea los arrojó sin que exploten. Eso lo sé yo, pero la artillería antiaérea que estaba «muy cebada» por toda la situación no lo sabía.

Cuando vieron caer los misiles del avión de García Cuerva que levantaron tierra, la artillería antiaérea, creyendo que se trataba de un Harrier, empezó a tirarle y no paró de tirar. Yo estaba en comunicación, lo último que escuché de él fue «me están tirando». Después no habló más.

Me habrá pasado unos 20 metros de mi posición, encima de mí. Me di cuenta de que ya no estaba vivo porque el avión ya se estaba despedazando. Cayó al agua, casi sin ruido. Ese fue el final de uno de nuestros primeros héroes.

Al principio, quisieron festejar el derribo. Cuando cayó el avión al agua festejaron. Cuando se dieron cuenta de que era nuestro, pasaron al llanto de forma inmediata. Realmente así fue. No había cómo consolarlos.

Psicológicamente debe ser muy desgastante... Las bajas de compañeros, escuchar todo el tiempo bombardeos...

Absolutamente. El típico silbido indica que viene un proyectil que va a explotar y no sabés dónde. Entonces uno dice «viene hacia mí, me voy a morir». Con el tiempo te vas acostumbrando a eso.

Un poco más tarde pero antes de la rendición, usted fue reemplazado, regresó al continente...

Así es. Para el 30 de mayo ya habían caído muchos pilotos. Junto a cuatro compañeros estábamos de reserva. Nos vinieron a buscar y nos dijeron «muchachos, los vamos a reemplazar con otra gente». Únicamente a los que éramos pilotos. El resto de los integrantes de cada equipo se quedaron. Nosotros nos volvimos al continente.

Nuestra vuelta al continente fue complicada. Fue una noche en la que estábamos en medio de un ataque de los ingleses a Puerto Argentino.

Trataron de que volviéramos los cinco, pero no se pudo. Uno quedó allá, volvió preso después. Estaba más lejos, no llegó al Hércules. El avión finalmente despegó con un motor averiado producto de un ataque enemigo. Nos pegamos al mar y así llegamos a Comodoro Rivadavia en lugar de a Río Gallegos, el destino original. Sin un motor no era conveniente hacer un trayecto más largo.

A mí me mandaron nuevamente a Mendoza para rehabilitarme como piloto.

¿De qué se trata esa rehabilitación?

Cuando un piloto pasa más de 45 días sin volar el avión, se deshabilita y no puede volver a volar solo. Tiene que subirse con un instructor y hacer un tiempo de vuelo determinado para ser nuevamente habilitado. Llegué a Mendoza para ese trámite, pero ya junio estaba avanzado y sobrevino la rendición.

¿Cuál es la imagen que usted tiene del Ejército, teniendo en cuenta que tuvo mucho contacto con esa fuerza?

Mucho se cuenta de la gente del Ejército y realmente lo cuentan sin comprender mucho. Hay que estar desgastándose en todo momento y ver las reacciones. La gente que decía que nuestros soldados de 18 años «no sabían y eran unos niños». Eran niños en sus cuerpos de niños, pero que en ese momento se convirtieron en verdaderos hombres, con todas las letras. Yo no vi a ningún soldado maltratado, como se intentó enlodar después.

Estuve ahí y no vi nada malo. Al contrario, no tengo más que alabanzas para todos sus cuadros. Eran iguales que yo. Éramos los hijos de la maestra, del policía, del encargado... Nos juntamos todos y dijimos adiós a una madre, a una novia, a un hermano y nos fuimos a combatir por nuestra Patria. Hicimos lo que teníamos que hacer, nada más ni nada menos.

Oscar Alberto Barrios

(28/4/2021)

Siendo un niño, Oscar tenía de vecino a un militar que siempre vestía de forma elegante, muy bien preparado. Todo el mundo lo admiraba en aquellos años. «Yo de grande voy a ser militar», le decía con una sólida certeza a su hermano. Un tiempo después, con tan solo 15 años de edad, dejó la secundaria para mudarse a Buenos Aires donde ingresó al Ejército argentino. Egresó en 1973 de la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral con su anhelo cumplido.

Se desempeñó seis años como subinstructor de los aspirantes en la Escuela de Servicios para Apoyo General Lemos gracias a su excelente papel en el pentatlón militar.

Más tarde, le salió el pase al Escuadrón de Exploración de Caballería Blindado 10 en la zona de Ezeiza. El periodo básico de instrucción se vio interrumpido de forma intempestiva para recibir la información sobre lo que estaba ocurriendo en torno a las islas Malvinas.

Hoy, Oscar es el presidente de la Asociación Cuyana de Veteranos de Malvinas.

«Los soldados tenían una moral impresionante. Señores, nunca vi un soldado en Malvinas titubear».

¿Cómo fueron los momentos previos a la salida hacia las islas Malvinas?

Los primeros días de marzo me presenté en Ezeiza al Escuadrón de Exploración. El 1 de abril regresé al cuartel de Tablada para prepararme y equiparme para ir a Malvinas. En ese momento ya había movimientos de incorporación de los soldados del año anterior que habían sido dados de baja. Los soldados que tuvieron el periodo básico de instrucción con nosotros no fueron a Malvinas. Ahí fui asignado a la Segunda Sección de Exploración de Caballería Blindado 10 con destino Malvinas.

Luego de la preparación de equipos, salimos hacia las islas el 8 de abril y llegamos dos días después. Primero viajamos a Río Gallegos y de ahí embarcamos en avión hacia las islas. Así que me tocó vivir prácticamente todo en Malvinas.

¿Qué recuerda de las primeras semanas en las islas, antes del inicio de los enfrentamientos?

Al principio, fue una preparación para futuras acciones, por sí venían los ingleses. Realmente no sabíamos si venían o no. Entonces, hasta fines de abril, estuvimos preparándonos. Todo el escuadrón estuvo al principio alojado en una escuela. Después nos mandaron a los cerros. Ahí hicimos refugios de circunstancias con los soldados. Tenía 39 soldados a mi mando, como encargado, y el jefe de sección era Walter Monserrat. Así que estuvimos preparándonos, físicamente muy poco, pero sí espiritualmente.

Ya comenzábamos a notar la falta de abastecimiento. Teníamos una sola comida por día. Con mis soldados íbamos a robar comida a Puerto Argentino por las noches, principalmente harina para hacer pan. Caminábamos cerca de 10 km con las mochilas cargadas, llevábamos cuatro o cinco soldados a la cabeza.

¿A quién le robaban la harina?

Había unos contenedores en el Regimiento de Artillería 3, a cargo del teniente coronel Balsa. Así que rompíamos los candados por la noche. Teníamos marcado cuál era el container que tenía la harina. Después, cuando comenzaron las acciones de los ingleses, no pudimos entrar más. Nos delataba la suciedad que teníamos, porque nosotros vivíamos en el terreno. El que estaba en Puerto Argentino era un rey, bien vestido, bien equipado, bañado. Nosotros que vivíamos afuera, barbudos, sucios, no teníamos con qué. Teníamos prohibido el ingreso a Puerto Argentino.

¿Cómo era su estado de ánimo en ese momento y el de los soldados que estaban a su cargo?

Los soldados tenían una moral impresionante. Orgullosos de haber ido con los soldados, siempre tuvieron una conducta heroica. Señores, nunca vi un soldado en Malvinas titubear. Como había muchas horas de oscuridad, porque amanecía a las 10 de la mañana y oscurecía a las 5 de la tarde, gran parte del día lo vivíamos a oscuras. Recorría las posiciones y me quedaba horas hablando con ellos sobre sus vidas, anécdotas de sus novias, de sus papás, de sus mamás. Nos llegamos a conocer bien.

¿La mayoría de sus soldados tenían entre 18 y 19 años de edad?

Sí. Para mí los hombres grandes eran los de veinte y pico de años; yo tenía 25. La mayoría de los entrados en los treinta, ya estaban casados, con hijos,

tenían su familia. ¿Quién tiene más que perder? Y los soldados, a pesar de tener familia, miraban mucho a sus jefes. La mirada y la actitud del jefe era todo para ellos. Ni en los momentos más difíciles se me pasó por la cabeza decir «vamos dos pasos para atrás». Mis soldados estaban a mi alrededor como pollitos.

Lo que pasa es que cuando uno es responsable de los hombres, de soldados, uno está pendiente de las descomposturas de los pies, del frío, del sueño de cada uno de ellos... de su cansancio y agotamiento. Uno piensa más en proteger a sus pollitos, en cuidarlos a ellos, que en uno mismo.

¿Mantuvo el contacto con sus soldados después de la guerra?

Si, por supuesto. Por ejemplo, mi soldado auxiliar me presentó a sus hijos, conocí a su familia. Pero como la mayoría vive en Buenos Aires, es difícil tener un contacto muy fluido. Igualmente, para mí es una alegría enorme estar en contacto con ellos. Viajando he tenido la oportunidad de encontrarlos y abrazarlos. Aparte ahora con las redes sociales tenemos un grupo que es del escuadrón, así que tengo contacto con ellos por WhatsApp. Sabemos que están en distintas partes del país, pero nos seguimos viendo. Que actualmente me sigan escribiendo y me sigan mandando mensajes es un orgullo para mí.

Estando en las islas recibió una carta de una niña de cinco años y recientemente pudo retomar el contacto. ¿Sentían ese apoyo del pueblo argentino durante la guerra?

Sí. Absolutamente. Estando en la época de espera en las islas, pasaban los aviones y tiraban cartas. Desparramaban cartas de los chicos que escribían en las escuelas. Desparramaban cartas por todos lados, uno iba caminando e iba pateando cartas. Uno sentía ese amor.

Un día levanté una que era de Florencia, una niña de 5 añitos, que estaba dirigida a los soldados de Malvinas. Le respondí en su momento. Hace poco, por medio de las comunicaciones, retomé el contacto con ella por WhatsApp. Fue una alegría enorme para los dos.

¿Le gustaría volver a Malvinas?

Si, por supuesto.

¿Qué le quedó pendiente en Malvinas?

Recorrer bien los lugares donde estuvimos, volver a caminar por donde estuvimos tantos días.

¿Qué momentos difíciles vivió en Malvinas?

Estando en la punta del Longdon, se armó un corredor con helicópteros para el abastecimiento de personal, municiones y piezas de artillería. Iban pasando los días, ya estábamos casi al final y los ingleses empezaron a tirar sobre nosotros a Puerto Argentino, con morteros. Con nuestros fusiles nos defendíamos sin poder hacer puntería porque eran para 200 metros. Decidimos levantar el cañón para hacerles ruido y avisarles «nosotros estamos acá». No nos prestaban atención y continuaban tirando. Vinieron de vuelta los helicópteros, hicieron de vuelta el corredor aéreo y esta vez se fueron más cerca de Puerto Argentino y nos dejaron a nosotros completamente olvidados.

Entonces me llegó la orden de hacer un desplazamiento con el Regimiento 7. Fui, tomé contacto con ellos y le pedí al oficial de operaciones una ubicación para la fracción del escuadrón. Nos designó lugar, pero era una noche «cerrada» en la que no se veía nada de nada. ¿Qué hicimos? Fuimos todos prendidos del cinturón, uno atrás del otro, a paso de hombre. Eran unos 3 km, pero habremos tardado 8 horas.

Uno de los soldados, se desprendió del de adelante, se soltó al de atrás y se tiró. Dice él, porque lo encontré tiempo después, que lo hizo por agotamiento. No daba más, estaba cansado y se quería dormir. El de atrás no se dio cuenta en la oscuridad que se había caído uno. Todos lo dejamos sin saberlo. Cuando finalmente llegamos a la zona de reunión, nos dimos cuenta de que faltaba un soldado. No podíamos regresar en la oscuridad.

Esa noche nos empezaron a bombardear. Ya estaban los tiradores especiales, así que teníamos que estar permanentemente a cubierto. Durante el día no podíamos regresar. Una vez que llegamos al continente pudimos saber que gracias a Dios estaba con vida.

Cuando él se despertó, sin recordar cuánto tiempo estuvo ahí tirado, vio una ciudad de carpas blancas, todo blanco, helicópteros, todo.

¿Qué era esa ciudad de carpas blancas?

Las carpas de primeros auxilios de los ingleses. Así que ellos, sin distinción de heridos, protegían y cuidaban. Y si eran de gravedad, los subían al helicóptero y los llevaban a algún barco para los primeros auxilios.

Así que a nuestro soldado lo bañaron, lo cambiaron y le dieron de comer. Lo atendieron de las mil maravillas. Así que estuvo muy contento de haber sido recuperado. Y para nosotros una alegría de verlo bien, porque pensábamos que había fallecido.

Son momentos en los que se necesita mucha entereza...

Absolutamente. Y de esos momentos hay muchos. Por ejemplo, como lo que me ocurrió en el Monte, en uno de los combates más duros. Toneladas, dicen que han tirado tres mil toneladas de bombas en la zona del Longdon. Los ingleses tiraban bombas de todos lados: de barcos, de helicópteros, de morteros, La última instancia era el combate cuerpo a cuerpo. Eso era para encontrar heridos y muertos en toda la zona. Había una bengala encima de nosotros permanentemente.

En la noche se me acercó el cabo García Cañate, quien falleció en Malvinas, en la oscuridad, y me dijo: «Por favor, venga conmigo». Le respondí que no. Y le expliqué que «no nos podemos mover, estamos en primera línea tirando». Cuando llegamos, vi a un soldado herido, García Carrasco. Lo único que pedía era que lo matara. Uno piensa muchas veces ¿qué hago? ¿Qué palabra digo en los últimos momentos de vida? Él rogaba que lo mataran. Tenía en el pecho una mancha muy chiquitita de sangre. Pero cuando traté de enderezarlo para que se sintiera más cómodo, pude observarle un agujero en la espalda.

Cuando el proyectil toca el cuerpo hace un agujerito, pero a partir de ahí rola, estaba todo desarmado ya. Así que se quedó un ratito conmigo, le sostuve la mano, se relajó y finalmente falleció. Cuando regresamos al continente, no te imaginás la desesperación de sus padres. Yo estuve mucho tiempo sin hablar de este tema.

¿Tuvo oportunidad de hablar con los padres de García Carrasco?

Cuando regresamos al continente, estuve cinco días en el Carral. No podíamos ver a nuestras familias. Los padres tenían la necesidad de hablar con quien había estado en los últimos momentos con su hijo. Llegaron a mí, después de tanto suplicio afuera. La mamá se desmayó y el papá gritaba. Yo sabía que murió feliz y se los transmití. El orgullo del padre era saber que su hijo había fallecido con un disparo en el pecho en un acto heroico.

¿Hay veces en que se plantea por qué le tocó vivir esas situaciones?

He vivido muchas cosas, no solo en Malvinas. Por ejemplo, tengo tres emergencias de paracaidismo. Entonces digo, por algo Dios me puso acá. He pasado un montón de cosas en mi vida militar. Tengo esquiras en la cabeza, en las piernas y en la mano. Explosivos que me han tocado en entrenamiento, no en Malvinas. En Malvinas no fui herido, pero sí en entrenamientos preparándome para la guerra.

¿Cómo fue el regresar después de la guerra?

Al regreso al continente pasamos mucho tiempo prohibidos de hablar de Malvinas, no sé por qué, cuál fue el tema. Los que seguimos en carrera nos vino bien porque teníamos actividades todos los días, físicas y normales de una unidad de combate. Más en el caso mío, porque al poquito tiempo de regresar al continente, formé parte del núcleo de la formación de la Compañía 601, en Campo de Mayo. Teníamos equipos muy buenos, teníamos lanzamiento y paracaidismo prácticamente constantes; entrenamiento de ski, de escalamiento de montaña, de ejercicios en el monte en Misiones. Preparábamos los cursos, éramos subinstructores de los distintos cursos. Así que estábamos entretenidos olvidando lo que habíamos vivido, pero cuando comenzamos a relajarnos o a dejar las actividades que teníamos, la cosa cambió.

Comenzamos a charlar sobre las vivencias nuestras y nos fue muy difícil al principio contar, comenzar a hablar sobre Malvinas. Las familias nos evitaban hablar sobre el conflicto porque siempre terminábamos llorando. Con el paso del tiempo, calculo yo que unos 15 o 20 años, comenzamos a soltarnos e ir al psicólogo a contar las vivencias nuestras, que nos costó un montón sobrellevarlas.

Me imagino que los soldados han vivido muchas cosas siendo muy jovencitos, los soldados míos, principalmente pienso en ellos, les ha costado mucho indudablemente meterse en la sociedad y tener su trabajo y una familia. Así que ellos han sufrido seguro más que yo.

Una última pregunta, ¿qué es la Patria?

Patria es lo que hacen los docentes cuando preparan a sus alumnos. Patria para mí es estudiar en los colegios lo que le corresponde. La carrera que elijas. Hacer lo mejor para nuestro país con honestidad. Eso es Patria. Nosotros vestimos uniforme militar y juramos defenderla hasta perder la vida. Eso lo hicieron muchos y lo siguen haciendo.

Jorge Adrián Navarrete

(11/10/2020)

Jorge Adrián Navarrete, oriundo del departamento mendocino de Guaymallén, ingresó con tan solo 15 años la Escuela Mecánica de la Armada en el año 1978 con el objetivo de buscar una carrera. Apasionado por la electrónica y las comunicaciones, su primer destino fue el Buque ARA Punta Médanos con el que luego terminó participando en la guerra de Malvinas.

Felizmente casado desde hace más de treinta años y padre de dos hijos, dejó su carrera militar en 1983 cuando regresó a Mendoza y continuó con sus estudios.

«Cuando nos enteramos, estando ya en el buque, de que nuestro destino era Malvinas y de que nuestro objetivo era recuperarlas, un sinfín de sentimientos que no sabíamos cómo manifestar nos invadió: euforia, miedo...».

¿Dónde estaba y cómo se enteró de que iba a Malvinas?

En realidad, no me enteré, la realidad fue otra. Como era un secreto, salimos a hacer pruebas de máquinas con el buque tal como lo hacíamos siempre los primeros días de marzo. Probamos calderas e hicimos reaprovisionamiento de combustible. El día 28 de marzo de 1982 nos dijeron que teníamos que zarpar en una navegación normal con Ushuaia como destino. No era en absoluto algo extraño. Nos exigieron ciertos trabajos que no hacíamos en otras navegaciones, pero igualmente pensamos que era parte del trabajo, nada más.

El 1 de abril nos llamó el comandante y nos dijo: «Señores, tenemos como rumbo las islas Malvinas». Estábamos en el grupo de tarea que debía tomar las islas. Imagínate la cara de todos los que estábamos ahí, personal de cuadro y conscriptos. Nos mirábamos los unos con los otros y nos preguntábamos: «¿De qué nos están hablando?».

¿Qué sabía de Malvinas hasta ese momento?

Sabíamos de las islas, sabíamos de la usurpación. En el colegio nos daban una preparación histórica bastante fuerte, nos preparaban bastante bien. Entonces sabíamos que Malvinas estaba tomada por los ingleses, que nosotros teníamos ciertos convenios con ellos porque estaba YPF y el correo. Había

un montón de cosas que Argentina estaba trabajando con Inglaterra. Hacía tiempo que se venía hablando del tema, pero ciertamente tomar las islas era algo que no estaba dentro de las posibilidades de Argentina en ese momento.

Cuando nos dieron esta noticia, el comandante llamó a todo el personal de puente: especialistas en comunicaciones, navegación y demás. Nos dijo: «Muchachos, ahora entramos en un régimen especial, las guardias son... van a hacer de este tipo, van a trabajar de esta manera, acá están los comunicados...». Entonces abrió un sobre y nos comentó las cosas que teníamos que hacer. Euforia, miedo, era un sinfín de sentimientos que no sabíamos cómo manifestar.

¿Los expresaban entre ustedes?

Sí, sí. Era una alegría contenida, pero también una angustia de no saber qué era lo que iba a pasar con nosotros. O si esto iba a ser un simulacro o si esto iba a durar mucho o si iba a durar poco.

¿Hasta ese momento no sabían que era un conflicto real?

Nosotros pensamos, en ese momento, que, si íbamos a tomar las islas, habría de la otra parte algún tipo de respuesta. Era el miedo que teníamos, no sabíamos cómo iban a reaccionar los británicos.

Las Malvinas fueron recuperadas el 2 de abril. Nosotros llegamos detrás de todo el grupo de tarea. Estuvimos un par de días ahí y volvimos a puerto para reabastecernos. Más o menos permanecimos dos días en puerto y luego volvimos a salir hacia las islas. Nos quedamos en los alrededores de Malvinas hasta los primeros días de mayo, momento en el que ya empezaron a verse los primeros problemas.

El 2 de mayo fue hundido el crucero Belgrano. Unos días antes de eso, habíamos preparado todo para dirigirnos a los puertos porque había tres submarinos atómicos en la zona. Uno era el HMS Conqueror, responsable del hundimiento del Belgrano. También estaba el Onyx, al cual tuvimos muy cerca. Durante la retirada, se nos rompió una de las calderas y quedamos con un solo motor. Literalmente, quedamos a la deriva en el medio del mar.

¿Qué características tenía el Buque ARA Punta Médanos y cómo manejaron el hecho de navegar con un solo motor?

Era un buque petrolero más o menos de ciento setenta metros de largo, con una capacidad impresionante de tanque de combustible. Teníamos dos ametralladoras, nada más. No estaba equipado para defenderse, no tenía misiles, no tenía cañones, no tenía nada.

Nos dejaron sin escolta porque nos volvíamos. Al tener un solo motor, en lugar de ir en forma recta hace una elíptica para poder tomar el rumbo. Entonces, para ir hacia un sector, teníamos que dar una vuelta muy grande para que el buque con esa sola hélice pudiera ir.

Llegó un momento en que el buque no daba más y tuvimos que pedir auxilio. El Irizar fue al encuentro y nos remolcó, pero antes nos avisaron que a 30 kilómetros de nuestra posición se encontraba el Onyx, que estaba acechando. Esa información no se la podíamos dar a todo el personal. Únicamente la tenía la gente de comunicación y el comandante. Es decir, los jefes y el grupo de radio que estaba compuesto por seis personas, incluido yo. Gracias a Dios no pasó nada, no era un buque que fuera algo especial para ellos como para poder hundirnos. Nuestro buque era viejo, aparte era un buque inglés. Pudo llegar el Irizar y nos ayudó a llegar a Puerto Madryn. Nuestra operatividad se terminó ahí porque no pudimos reparar el buque.

¿Cómo fueron esos días en Puerto Madryn?

Hicimos trabajos de radioescucha de emisoras chilenas, uruguayas e inglesas para ver cuál era el movimiento de los ingleses. Nos tocó estar ahí hasta el mes de julio. No nos pudimos mover. Recién pudimos reparar el buque casi a fines de julio.

También nos tocó desembarcar a algunos compañeros heridos. Se trató de una misión bastante emotiva y dura. Vimos llegar a los chicos en diferentes estados de salud: bien, mal y muy mal. Fue duro, pero al mismo tiempo estaba la alegría de que volvían.

No volvimos más a la zona de las islas, aunque estuvimos preparados porque nos habían dicho que nos podían embarcar en cualquier tipo de barco. Estábamos preparados para eso. Ya teníamos la capacitación para operar en cualquier buque.

¿Cómo fue el regreso y retomar su vida?

Retomar fue bastante difícil. Llegamos los últimos días de julio a Puerto Belgrano, donde tuvimos una reunión en la que nuestro comandante nos dijo: «Muchachos, tengo órdenes de que de Malvinas no se habla».

Nos alertaron que probablemente seríamos interrogados por inteligencia para ver cómo fue nuestro trabajo. Inteligencia es un grupo que se encarga de todo lo que es información a nivel castrense, ellos nos iban a informar qué podíamos hablar y qué no podíamos hablar. Eso es lo que nos dio a entender el comandante en ese momento. Mi vuelta a casa fue en noviembre aproximadamente...

¿Cómo fue el reencuentro con su familia?

Hubo un primer fugaz encuentro. Cuando yo partí a Malvinas, mi mamá estaba embarazada. Mi hermana nació el 17 de junio. Cuando llegamos a Madryn, le expliqué esta situación a mi jefe, quien muy amablemente me dio permiso. Me otorgó tres días para que no me declararan desertor.

Viajé hasta Mendoza a dedo. Gracias a Dios la gente estaba muy predispuesta, yo me fui vestido de marino. Recuerdo que en uno de los tramos llegué a General Alvear. Ahí me crucé con un señor que era viajante y que se había comprado hacía poco tiempo un Fiat 625 potenciado, estaba feliz. Él iba hasta San Martín, pero le expliqué mi situación y se ofreció a llevarme hasta Mendoza. Me llevó volando, iba agarrado del asiento mal, nunca en mi vida había andado tan rápido en un auto. Me dejó cerca de casa y siguió su viaje a San Martín, pero antes me dijo «mucha suerte y espero verte otra vez». Nunca más lo vi.

Estuve pocas horas en casa, llegué a la madrugada a mi casa, estuve con mi mamá y a la tarde me volví a Madryn otra vez, también en tiempo récord porque tenía solo tres días. Era un permiso encubierto. Ni siquiera el comandante sabía.

¿Y cómo fue la vuelta de Malvinas a Mendoza finalmente?

Con mi familia. Recibí todo el calor, el amor y el cariño que solo la familia saber dar. Bautizamos a mi hermana. Yo fui el padrino junto con mi hermana mayor. A nivel profesional, yo todavía estaba como suboficial en la Marina, tenía el grado de cabo segundo. La situación estaba muy tensa. Había muchos problemas entre las fuerzas. Además, se había convulsionado mucho el país. Empezaron los movimientos sindicales a trabajar, los movimientos políticos a presionar. No estaba muy bien la situación. Y se reflejaba en lo tenso que estaban los oficiales. Sabían que eso se caía en cualquier momento.

Las situaciones se fueron tensando a medida que se acentuaba el proyecto democrático. Se tiraban muchos palos. Había mucha broca. Empezaron los problemas económicos también. Ya no era lo mismo; si bien no teníamos grandes sueldos, se empezó a deteriorar el tema económico dentro de la fuerza.

Continué un año más dentro de la Armada, hasta 1983. Fue un año con muchas experiencias personales. Mi papá se enfermó, tuve que volver a Mendoza por mi familia. Si bien me fui de Mendoza por un problema económico, me tuve que volver por un tema también económico. Pensaba que era más útil con mi familia que lejos de ella. Si bien mi carrera como profesional en la Marina era muy buena y mi jefe no quería que me fuera, decidí irme. Incluso me propusieron ingresar a inteligencia, que era mi anhelo, era para lo que me estaba preparando.

¿Cómo fue ser civil?

Encontré un trabajo y empecé a estudiar. Me casé, tuve hijos. No hablé de Malvinas por mucho tiempo. Siendo civil, atravesé dos etapas. La primera de negación y la segunda de aceptación. La de negación fue más que nada por el tema de que si vos decías que habías estado en Malvinas, no conseguías trabajo.

Había mucha gente que tenía problemas para dar trabajo, por eso lo negaba. Incluso dije que se me había perdido el documento, lo hice nuevo para que no figurara que yo había estado en Malvinas. Es difícil, más que nada, porque está la controversia de la persona que no lo vivió y piensa que es un partido de fútbol, donde lo ganás o lo perdés. Si lo ganás, sos un ídolo, y si lo perdés, sos un fracasado.

Pero el fracaso siempre es del otro, no tuyo como país. Entonces mucha gente tomó el relato de que Malvinas era una cuestión militar, pero militar en el sentido de dictadura y no una cuestión de soberanía. Como ya estábamos en un proceso democrático, todo lo que fuera militar estaba mal visto. Por consiguiente, Malvinas estaba mal visto.

Se comenzó un proceso, incluso a nivel gubernamental, de desmalvinización. Todo lo malo lo habían hecho los militares, Malvinas había sido un mal... Entonces eso fue una época de negación para los mismos veteranos, por eso la cantidad de suicidios que hubo. Gente que no soportó eso, muchos chicos se suicidaron porque no soportaron ese tipo de trato y maltrato.

¿Y cuándo se rompe esa etapa?

Cuando empezamos a ver que muchos chicos se suicidaban y que no había ninguna ayuda por parte del Estado. Pero no una ayuda de un plan social, sino la prestación que le debe dar el país a los que lucharon por la Patria. No había contención psicológica, ni sanitaria. Por eso muchos se aferraron al alcohol y a las drogas. Como un escape.

Como consecuencia de esto, empezamos a trabajar en grupos acá en Mendoza. Ahí arrancó la segunda etapa. El primer grupo comenzó a trabajar en los años noventa por una pensión para los conscriptos. Te puedo asegurar que fue mucha lucha, nunca nos regalaron nada. Comenzamos con las primeras leyes, no fue fácil. Los políticos estaban en contra de darnos algo. En eso estamos desde los años noventa hasta ahora.

¿Qué piensa hoy de Malvinas?

Pienso muchas cosas, pero no desde el rencor. Pienso desde el estímulo y desde la educación. Creo que nos ha faltado toda la vida educación y esa educación nos tiene que llevar a reconocer lo que es Malvinas. No al veterano en sí, sino lo que significa Malvinas como soberanía, que también es una forma de vernos y proyectarnos a futuro como país.

O sea, si podemos luchar contra un gigante como lo era en ese momento la OTAN, podemos surgir como país de una nueva manera, pensando en Malvinas, educándonos en Malvinas. Tenemos que cambiar este relato que existió por muchos años sobre lo que era Malvinas. El veterano de guerra no es un pobrecito. Héroes son los que cayeron y los que sobrevivimos somos los que tenemos que llevar este legado. Creo que Malvinas necesita verdad.

Carlos Federico Domínguez Lacreu

(16/6/2022)

Oriundo de la provincia de Córdoba, Carlos Federico Domínguez Lacreu es militar de carrera. Desde que tiene memoria, es un apasionado de las fuerzas. Al cumplir 18 años y pese a que no contaba con el visto bueno de su padre, ingresó al Colegio Militar. Tiene muy buenos recuerdos de esa época; destaca el buen nivel de formación que recibió, la camaradería y los amigos que tiene hasta el día de hoy.

El primero de sus destinos fue el Regimiento de Infantería 11 Gral. Las Heras en Tupungato, provincia de Mendoza. En esa localidad, en 1975, se casó con su novia a quien había conocido siendo cadete. Fruto de ese amor nacieron dos hijas.

Luego, en 1978, fue destinado a Tucumán en pleno conflicto con Chile, donde le tocó cerrar el Paso Socompa, en el norte de Salta. Dos años, pasó a la Escuela de Infantería hasta 1982, año en que fue movilizadado al Regimiento de Infantería 25.

«Vivimos muchas cosas en la guerra, pero sin lugar a dudas la más traumatizante fue la derrota».

¿Cómo recuerda el 2 de abril de 1982?

Fue un día con muchas emociones encontradas porque, por un lado, estábamos muy contentos por haber recuperado nuestras islas, algo que nos inculcaron desde nuestra niñez y, por otro lado, la envidia de no haber sido partícipe de esa recuperación. Ese día yo estaba destinado en la Escuela de Infantería en Campo de Mayo. Tomamos conocimiento de cómo había sido la Operación Rosario. No recuerdo si el día 4 o 5 de abril, a todos los oficiales o suboficiales que no estábamos comprometidos con algún curso que se dictaba en la Escuela nos informaron que íbamos a ser movilizadados a distintas unidades de combate, así como también a todos los capitanes de la Escuela de Guerra y a los oficiales de la Escuela Superior Técnica. A mí me comunicaron que iba a ser movilizadado al Regimiento 25, el que desembarcó el 2 de abril.

¿Qué sintió cuando le dieron esa noticia?

Me sentí sumamente motivado porque iba a ser movilizadado a ese histórico regimiento. Viajé desde Comodoro Rivadavia en un avión Hércules hasta Malvinas, llegamos de noche. Allí tuve una muy buena recibida del jefe de Regimiento, el teniente coronel Seineldín. Quedé como segundo jefe de la Compañía de Infantería A.

¿Cómo fue la despedida ante esta convocatoria?

Tenía un ritmo de despedidas familiares, era una gimnasia habitual. Me había tocado varias veces despedirme cuando viajaba al monte Tucumano desde Tupungato, en Mendoza. Estábamos dos meses en el Regimiento 11 y dos meses en el monte. Pero en este caso en particular, mi esposa lo facilitó mucho. Ella es hija y nieta de militares y se comportó como una verdadera soldado. Como nos bloquearon la posibilidad de salir, a partir del momento en que nos dijeron a qué unidades íbamos a ser movilizadados, quedamos acuartelados en la Escuela de Infantería. Ya no podíamos salir más, así que mi esposa fue con mis dos hijas hasta la Escuela de Infantería a despedirme. Fue todo muy natural, salvo en el momento en que mi esposa les dijo a mis hijas «despídanse de papá porque se va a la guerra y a lo mejor no lo ven más». Recuerdo que las otras mujeres la miraron como preguntándose «¿quién es el bicho raro este?».

¿Cuál fue su función durante la guerra?

El Regimiento de Infantería 25 fue el que desembarcó el 2 de abril para recuperar nuestras islas. El riesgo mayor era que los ingleses ingresaran por el sector de las playas. Ahí podía ser factible un posible desembarco. Alrededor de Puerto Argentino, toda la costa es rocosa, es agreste... El único lugar donde había algún tipo de playa era en la ubicación donde se encuentra el aeropuerto. Así que se colocó al Regimiento 25 en esa zona.

Después ocurrió todo lo contrario. Finalmente, los ingleses desembarcaron en San Carlos, a un poco más de 80 kilómetros de Puerto Argentino, en Darwin. Se desplazaron por tierra hasta llegar a Puerto Argentino, luego de los combates de Darwin y Pradera del Ganso, y entraron exactamente por el lado opuesto al que estaba el Regimiento.

Teníamos la misión de darle seguridad a la pista de aterrizaje y mantener el puente aéreo liberado. Esto se logró rigurosamente. Nuestros aviones de carga aterrizaron en forma diaria e incluso el día 13 de junio hubo un aterrizaje de un Hércules en el aeropuerto.

Cuando iba a aterrizar un avión, salíamos rápidamente a limpiar y barrer la pista. El avión aterrizaba, descargaba y despegaba para después construir un cráter. Eran cráteres similares a los que se producían debido a las bombas que tiraban los aviones ingleses, obviamente las bombas que tiraban los Vulcan eran más difíciles de imitar porque eran especiales para romper pistas. Por suerte nunca le pegaron a la pista.

¿Qué es lo que más recuerda de la guerra?

Lo que más recuerdo, y lo que más me duele, es el momento de la rendición, que nadie esperaba. Es como tomarse un colectivo para ir a un lugar equis y bajarse cuatro o cinco paradas antes. Nadie se imaginaba que iba a terminar de esta manera y en forma tan abrupta. Los ingleses seguían combatiendo, pero nuestras unidades también. Durante toda la noche del 13 al 14 de junio, hubo combates al igual que en los días previos. Entonces, el hecho de que de repente recibiéramos la orden de cese de fuego y devolviéramos las armas fue chocante, frustrante y humillante. Esa fue la realidad. Hay muchas vivencias, pero sin lugar a dudas la más traumatizante es la derrota.

¿Cómo fue el bautismo de fuego del 1 de mayo?

Nos sorprendió el ataque aéreo, aviones que pasaban rasantes, porque en ese momento los Sea Harrier bajaron y nos ametrallaron, nos bombardearon. Cerca del mediodía se acercaron a la fragata y empezaron a cañonear. Todavía no había bombardeo de los Vulcan, estos recién bombardearon el 3 o 4 de mayo. El 1 de mayo fue un día intenso de fuego e intenso de combate. El principal objetivo de los ingleses era el aeropuerto, ya que su intención era romper la pista y dejarla inhabilitada para que no pudiéramos recibir ningún tipo de reabastecimiento de forma aérea.

Otro momento duro de la guerra fue el hundimiento del ARA General Belgrano..

Lo que más nos golpeó fue el hecho de saber que había sido torpedeado y hundido fuera de la zona de exclusión impuesta por Inglaterra. Fue como si lo hubieran hundido en la salida del Río de la Plata. Fue premeditado para forzar la guerra, porque hasta ese momento existía la posibilidad de sentarse a hablar, que se colocaran las tres banderas y que se siguiera tratando el tema de forma diplomática y con la intervención de las Naciones Unidas. Pero Margaret Thatcher, que estaba llevando un muy mal gobierno, forzó la guerra hundiendo el ARA General Belgrano y así logró mejorar su nivel de aprobación.

¿Cómo fue su primer contacto con los británicos?

Yo siempre lo digo, como no entré en combate, no soy un héroe de guerra, a los ingleses los vi el 14 de junio terminado el conflicto.

¿Cuál es su opinión sobre los soldados británicos?

Pienso que los soldados ingleses actuaron profesionalmente. Tengo conocimiento y experiencia de que, terminados los combates, los ingleses atendían a nuestros heridos de igual manera que atendían a los de ellos, cosa que nosotros también hicimos. A los ingleses heridos los curamos y los tratamos exactamente igual que a los nuestros, incluso recuperamos a los pilotos de Sea Harrier que derribamos, los atendimos y los devolvimos al continente para que volvieran a Inglaterra. No se los retuvo como prisioneros.

En este sentido, es importante resaltar que tanto los soldados argentinos como los ingleses no peleábamos con odio. Nosotros no odiábamos al inglés, amábamos a nuestro pueblo y a nuestro país y por eso es que peleamos.

¿Qué sucedió cuando terminó la guerra? ¿Cómo fue el reencuentro con su familia?

Creo que fue alrededor del día 10 u 11 de junio que fuimos trasladados a Puerto Argentino y nos embarcaron en un ferry, el Norland Hull, donde estuvimos frente a Puerto Argentino unos días y luego zarpó para transportar prisioneros argentinos hasta Puerto Madryn. Ahí nos recibieron como si fuésemos los vencedores. La recepción fue apoteósica. Era una mañana helada, con llovizna, de mucho frío, y sin exagerar debe haber habido casi mil personas en el muelle para recibirnos y aplaudirnos. Yo creo que los ingleses no deben haber entendido qué pasaba.

De ahí fuimos trasladados a Trelew para que nos bañáramos. Nos dieron ropa interior limpia a todos. Ese traslado de Madryn a Trelew fue caótico también por el acompañamiento del pueblo y fue el famoso comentario de «el día que Madryn se quedó sin pan». El día que nosotros desembarcamos, el 19 de junio, Puerto Madryn se quedó sin pan porque llevaban sándwiches, pan, bebidas, y todo se lo entregaban a los soldados. Después nos trasladaron a Comodoro Rivadavia y de ahí al asiento de paz del Regimiento que era en Sarmiento, donde nos quedamos unos 10 días hasta que nos llegó la orden de desmovilización a los pocos que habíamos sido movilizadas y se nos entregó un pasaje aéreo para regresar.

Cuando llegué a Aeroparque, estaban mi esposa, mis hijas y toda la familia esperándome. Se habla mucho de que los que regresaron fueron maltratados y ocultados, pero esa no fue mi experiencia, nada que ver. Sí me consta que los que estuvieron presos y regresaron en julio fueron prácticamente tomados desde que llegaron y los llevaron a un lugar y no podían tomar contactos con sus familias y demás.

¿Qué significa para usted el cementerio de Darwin y el proceso de identificación de los cuerpos?

Creo que el trabajo que se está haciendo es muy bueno. Creo que todo cuerpo debe ser identificado para que todos los familiares que van al cementerio de Darwin puedan rezar frente a donde están los restos mortales de su pariente. Es un trabajo que todavía está inconcluso. A algunos compañeros no se los encuentra porque probablemente fueron sepultados en otros lugares y nadie sabe dónde.

El cementerio de Darwin es un lugar de homenaje, no solo para los familiares, sino para todos los que puedan ir y dar una oración ante todos esos muertos.

¿Qué piensa acerca de cómo los últimos gobiernos han defendido nuestra soberanía sobre las Malvinas?

Creo que deberían ser coherentes. Hay una descoordinación entre un gobierno y otro. En eso me saco el sombrero frente a los brasileños que sea cual fuera el gobierno, siempre siguen los lineamientos que les fija Itamaraty (Ministerio de Relaciones Exteriores). Acá yo creo que no se sigue una línea con respecto a la reivindicación a los derechos nuestros sobre las Malvinas. Hay muchos tratados, hay muchos libros, hay mucho sustento sobre los derechos de Argentina sobre las islas.

Por ejemplo, el sacerdote a cargo de la iglesia de Puerto Argentino, durante la homilía pedía por el Papa y el obispo. Y se trataba del obispo de Buenos Aires porque la Iglesia católica de Malvinas dependía de la diócesis de Buenos Aires. O sea, hay un sinnúmero de motivos y fundamentos para decir que Argentina tiene legítimos derechos, no solo que teníamos un gobernador, Luis Elías Vernet, que fue desplazado y que el piano de su esposa fue destruido a hachazos. La irrupción de Inglaterra en Malvinas hace 190 años fue violentísima, fue un hecho vandálico realmente, bárbaro, porque ellos eran un imperio y abusaban de esa condición.

¿Qué significa Malvinas para usted?

Durante muchísimos años no pude sobreponerme a la derrota. Desde la niñez nos enseñaron, nos inculcaron, que las Malvinas pertenecen a Argentina y que fueron usurpadas. Las Malvinas son territorio argentino porque están en la plataforma argentina y porque tenemos derechos heredados de España. Hay algunos que dicen para qué queremos las Malvinas si nosotros tenemos en la Patagonia tierra de sobra y no la aprovechamos... No, no, no. Yo creo que va mucho más allá. Es como si alguien está trabajando con una lapicera y viene otro y le roba la lapicera, no puede seguir escribiendo. La frustración, el descontento, todo eso es lo que me llevó a insultarlos.

Durante muchos años hubo un sentimiento de que no era algo importante, lo que se ha llamado «desmalvinización». Creo que gracias a Dios se está recuperando, se está revirtiendo y que cada año hay más sentimiento pro Malvinas en el pueblo argentino.

El pueblo acompañó mucho, pero, por ejemplo, cuando estuvimos en Malvinas, prendíamos la radio y estaban transmitiendo un partido de fútbol, o sea, un sábado o domingo que era cuando los ingleses atacaban con mayor violencia, según dicen, porque les pagaban el doble esos días; y saber que a pesar de la guerra seguía todo como si nada, dolía.

¿Qué mensaje le gustaría dejarles a las nuevas generaciones?

El mensaje es que por más que hayan nacido mucho después del conflicto de Malvinas, se trata de una causa nacional. Es por la que debemos bregar y luchar todos los argentinos, no importa la edad ni la condición social, no importa el nivel de estudios. Yo creo que es una causa nacional que debe ser abrazada hasta el logro de la recuperación de nuestras islas.

Miguel Suárez

(19/8/2021)

Con 18 años, Miguel se encontraba estudiando todavía en la escuela secundaria, convencido de que por su número de documento no iba a salir sorteado para hacer el Servicio Militar. Lógicamente su cálculo falló. Aún recuerda que le tocó el 998.

El 4 de julio de 1981 se incorporó a la Marina. Viajó desde su Mendoza natal rumbo a La Plata en tren a un centro de formación de Infantería de Marina, donde permaneció dos meses. Luego fue trasladado al batallón número uno en Puerto Belgrano, en Bahía Blanca.

Siendo conscripto y trabajando para el área de asuntos civiles, zarpó junto a sus compañeros hacia el sur el 28 de marzo creyendo que iban a realizar una maniobra especial, aunque con las palabras que Pedro Giachino le había dicho el día anterior todavía resonando fuerte en su cabeza: «Vamos a hacer historia». Recién el 30 de marzo fueron todos reunidos en la cubierta donde les comunicaron la misión: desembarcar en las islas Malvinas con el objetivo de recuperarlas.

«Creo que la guerra fue la peor opción que Argentina pudo haber tomado en su momento».

¿Qué recuerda de su tiempo en el Servicio Militar antes de la guerra?

Por suerte estuve en la parte administrativa. Gracias a mi mamá que me inculcó y me peleó para que aprendiera a escribir a máquina, tuve la ventaja de poder estar en un detal de operaciones. Aunque hacíamos la instrucción militar como todo el mundo, de alguna manera era un beneficiado.

El grupo donde yo me desempeñaba era el de asuntos civiles. Éramos cuatro conscriptos y dos cabos. Y nos hacíamos cargo de la logística de mapeo. En el caso de una posible guerra, nosotros hacíamos y dibujábamos los mapas, creábamos las contraseñas. Llevábamos una administración que se lleva en todo batallón de primera línea. Es necesario contar con un respaldo logístico y administrativo.

Trabajábamos con nuestro baúl de campaña, que tenía una máquina de escribir y un mimeógrafo, regla, papel... Usábamos un mimeógrafo para hacer fotocopias. Lógicamente también cargábamos nuestro fusil, los proyectiles, el casco. En definitiva, todo el equipo de guerra.

¿Cómo y en qué contexto se enteró de que debía ir a la guerra de Malvinas?

El 27 de marzo de 1982, nos convocaron porque íbamos a zarpar. Pensábamos que íbamos a hacer maniobras, un ejercicio de práctica. Había algo raro en el ambiente. Incluso llegamos a pensar que había un problema con los chilenos en el sur, en Río Grande.

Estaba en el batallón y Pedro Giachino, con quien tenía muy buena relación, me llamó y me pidió que le llevara su bolsa y el corraje, que son los cargadores en un cinturón. Él partía esa noche porque era comando. Aproveché para preguntarle adónde íbamos y le consulté si estábamos por realizar una maniobra especial. «Ya te vas a enterar», me dijo y luego sumó una frase contundente que me quedó resonando: «Vamos a hacer historia». Eso me quedó grabado toda la vida. Nunca nos imaginamos que íbamos a ir donde fuimos.

Mi grupo se embarcó en Puerto Belgrano: todos los miembros de asuntos civiles, el batallón de Infantería, el Ejército, helicópteros y un barco gigante. Zarpamos el día 28 de marzo hacia el sur, sin saber cuál era nuestro destino. Nos tocó atravesar una tormenta tremenda, el barco parecía hundirse. Todo colapsó en el buque. Fue tremendo.

Después de la tormenta, el 30 de marzo, nos reunieron en la cubierta y nos dijeron que íbamos a desembarcar en las islas Malvinas para recuperarlas. Yo estaba con mi amigo, Jorge Martínez, que es de San Rafael. ¿Malvinas, vamos a ir a las Malvinas? En ese momento le dije que no íbamos a volver más, que en las Malvinas estaban los ingleses y que eran muy superiores a nosotros en fuerza bélica.

La idea original era llegar a las Malvinas y tratar de que no hubiera ningún conflicto armado para después empezar a negociar. Mi grupo de asuntos civiles en ese lapso de dos días hizo un montón de fotocopias, todas escritas en inglés. Y nuestra consigna fue repartir esos papeles, a los habitantes de Malvinas, en los que le ofrecíamos los derechos de cualquier ciudadano argentino y la posibilidad de poder viajar al continente, incluso la posibilidad de que se hicieran ciudadanos argentinos. Esa fue nuestra principal función cuando desembarcamos en Malvinas.

Recién mencionó que tenía una buena relación con Pedro Giachino, ¿cómo era él?

Giachino era un militar de raza, era una persona que imponía respeto, sumamente correcto. Un tipo muy inteligente. Una persona que cultivaba el deporte, educado, de buenas costumbres. Un hombre de honor, con un patriotismo muy arraigado, totalmente incondicional con la Argentina.

A mí, particularmente, me tocó mucho cuando murió, porque habíamos generado cierta amistad, a pesar de que yo era conscripto. Él había elegido la carrera militar de oficial y era comando táctico, buzo táctico. Era un militar de raza.

Yo era un soldado, circunstancialmente. Yo me quería ir a casa. Cuando nos enteramos de que la flota inglesa zarpó y de que íbamos a estar en guerra se me pasaban por la cabeza imágenes que había visto únicamente en películas. Nos íbamos a matar los unos a los otros. No lo alcanzaba a comprender, tenía miedo. Yo no dormía. Estaba en un estado de alerta permanente.

¿Cómo fue pisar suelo malvinense en ese contexto de conflicto?

Desembarcamos a través de un VAO, un vehículo anfibia a oruga. Todavía había disturbios y disparos porque algunos ingleses plantearon resistencia. Cargamos nuestro equipo en el VAO y todas las máquinas. Nos quedamos en la casa de telecomunicaciones, que estaba cerca de la casa del gobernador, donde mataron a Giachino. Una vez que los ingleses se rindieron, izamos la bandera argentina.

Nuestra tarea era ir casa por casa entregando ese panfleto a los ingleses. Obviamente ellos no estaban para nada de acuerdo con que nosotros estuviéramos ahí. Los habitantes de Malvinas son kelpers y son más británicos que los británicos. O sea, teníamos un rechazo muy fuerte, a tal punto que habían pintado en las paredes «God save the Queen» y «fuera argentinos».

No había una identificación de Argentina dentro de las Malvinas. Ellos circulaban por la izquierda. Los habitantes de las islas empezaron a salir de las casas con banderas blancas. Ni siquiera nos querían recibir la documentación. Fue una evidencia bastante compleja.

¿Recuerda si algún habitante de las islas aceptó lo que se le proponía en esa documentación que ustedes repartían?

Creo que una o dos personas de todos los habitantes aceptaron por un período ir al continente. La inmensa mayoría estaba en contra de Argentina. Se sentían invadidos.

¿Su familia sabía que había zarpado a Malvinas?

No. Después nos enteramos de que nos censuraban las cartas. Mis padres suponían que habíamos desembarcado en Malvinas porque en el diario *Los Andes*, el 2 o 3 de abril, informaron que el batallón de infantería número uno

de Puerto Belgrano había desembarcado como cabecera de playa. Ellos sabían que yo estaba en ese batallón.

No teníamos forma de comunicarnos. Después, al mes y medio, le llegó una carta a mi papá a mi casa firmada por el comandante del batallón de Infantería, Carbajal, en la que se explicaba la participación que habíamos tenido. Me dijo que pensaba que yo me había muerto.

¿Después fue trasladado a Tierra del Fuego?

Sí. Un día nos pidieron que preparáramos las cosas porque nos íbamos a Tierra del Fuego. No había posibilidades de poder congeniar con los kelpers. La guerra era inminente. Por suerte para mí y para mis compañeros, nos fuimos a Río Grande, a la estancia de Menéndez. Ahí nos quedamos acantonados y escuchábamos las noticias a través de los comunicados de la Armada. Escuchamos sobre los bombarderos en el aeropuerto de Malvinas y todo el conflicto.

Nosotros quedamos como soldados de reserva, de soporte. En dos o tres oportunidades llegamos al aeropuerto de Río Grande con nuestras armas porque volvíamos a Malvinas, pero nunca sucedió. También hacíamos guardias y patrullas en Punta Arena, porque los chilenos estaban ahí cerca y sabíamos que no eran nuestros mejores aliados en ese momento. Me refiero al gobierno chileno, no al ciudadano. Había un cierto resquemor, un recelo con los chilenos en que estaban en el límite entre Argentina y Chile.

¿Qué cambió ahí? Estaba a muchos kilómetros, en un lugar más seguro.

Sí, teníamos una sensación de mayor seguridad. Igualmente estábamos muy al tanto de los heridos y las bajas y pensando que podíamos volver en cualquier momento. Estábamos mucho más al tanto que compañeros que estaban ahí.

¿Cuándo iba a terminar? En ese momento existía la posibilidad o al menos estaba instalado el rumor de que los ingleses podían invadir el continente y Río Grande específicamente porque era una plataforma de salida de aviones de caza muy importante para la Argentina. Entonces hacíamos guardias y trincheras en la costa de Río Grande.

No nos podíamos bañar, estuve más de tres meses sin bañarme. Cuando llegamos al batallón, lo primero que quería hacer era bañarme, cosas básicas. Extrañaba tener un inodoro, cosas muy estúpidas.

¿Cómo fue el regreso a casa?

El 7 de julio volvimos al batallón uno. Obviamente yo estaba contento porque podía volver a mi casa. Nos firmaron en la libreta «con licencia hasta la baja». Un camión nos llevó a mi amigo y camarada Jorge Martínez y a mí hasta la entrada de Puerto Belgrano. Ya con ropa de civil, Jorge me dijo «¿y ahora qué hacemos?». Mi respuesta fue: «Vamos a casa, se terminó».

Fuimos de la terminal de ómnibus a la oficina de Andesmar y les explicamos nuestra situación y la necesidad que teníamos de viajar a Mendoza y que no teníamos dinero. Tuvimos un «no» como respuesta. Nos detuvo un muchacho que nos había escuchado que era chofer y que viajaba a San Luis y nos invitó a subir a su colectivo. Pasaba por Mendoza. No nos podíamos subir ahí mismo, tuvimos que ir hasta la ruta. Viajamos sentados en el pasillo. No había asientos libres. Era una secuencia más de sobrevivencia.

Después, con el paso del tiempo, me di cuenta de que nos habían dejado solos. Yo sentía un cierto orgullo de haber estado donde estuve. Llegué a mi casa y mis amigos ya no eran mis amigos, no me divertía lo que ellos hacían. Ellos no vivieron nada en el continente de lo que vivimos nosotros. Yo había dejado de ser adolescente, no me divertían las mismas cosas. No me importaba ir a bailar, no me interesaba lavar el auto de mi papá.

Entonces me puse a buscar trabajo. En cierta forma yo ponía excombatiente de Malvinas y no me llamaba nadie. Después, durante la presidencia de Alfonsín, a través de mi papá que trabajaba en YPF, les dieron prioridad a los combatientes de Malvinas a entrar en empresas del Estado. Así que terminé trabajando en la perforación de pozos junto a otros cuatro excombatientes.

Nos tenían que destinar a los distintos equipos de perforación. El jefe, que era un ingeniero, dijo: «Ahí mandamos a los loquitos» y yo lo escuché. Lo miré y lo cuestioné. ¿Por qué los loquitos? Su respuesta fue simplemente reafirmar que nosotros éramos loquitos. Me quedé callado. No quería perder el trabajo antes de empezar.

¿Se vivía como un estigma ser veterano de Malvinas?

Yo quería seguir progresando, pero no conseguía oportunidades. Un consultor me dijo que no pusiera más que era veterano de guerra. Que no me iba a tomar nadie. Entonces, de alguna manera de empezás a negar. Crecías y te dabas cuenta de que no había tenido sentido. De a poco te escondés cada vez más.

Anulé completamente lo que fue Malvinas durante muchos años. Es más, no tenía idea de la existencia de la pensión. No quería nada que me relaciona-

ra con Malvinas. Hoy lo tengo asimilado. Ya pasaron cuarenta años y todavía siento cosas... No es rencor. Es emoción y dolor.

Creo que fue la peor opción que Argentina pudo haber tomado en su momento. Tendrían que haber insistido diplomáticamente, con inteligencia, con una estrategia. Es lo que hay que hacer de ahora en más. Hay que evitar conflicto bélico. Es lo peor que te puede pasar. Yo soy agradecido de no tener muchas secuelas, pero es necesario hacer un balance: hay más suicidio post-guerra que gente muerta en la guerra. Eso es algo muy feo. Eso te demuestra que a mucha gente le dejó secuelas muy grandes y muy graves. Y no solamente a ellos, también a su entorno y su familia. Tipos que se suicidaron porque no hubo un soporte del Estado. Y no me refiero a un monumento, placa o pensión, sino un llamado de contención. Lamentablemente nos sentimos anulados, nos sentimos olvidados.

¿Cuánto tiempo pasó para que empezara a hablar de Malvinas?

Más de más de diez años. Mi esposa me dijo que dejara de esconder todo lo que tenía guardado. Y de a poco me empecé a abrir y contar mi experiencia. Cada uno tiene una visión distinta porque cada uno tuvo una vivencia distinta.

Básicamente lo que te he contado ha sido mi historia. Trato de manejarla lo mejor posible, me emociona hoy que tengo 59 años. Han pasado cuarenta años de la guerra y todavía me sigue emocionando. Son cosas que aprendes a llevar con el paso de tiempo.

¿Cómo fue contarles a sus hijos que su papá con 19 años participó en la guerra de Malvinas?

Mi mujer fue la que se encargó de eso. Yo no hablaba con ellos sobre el tema. Solo era «a papá le dieron un diploma y una medalla».

Héctor Domingo Tessey

(13/10/2022)

En 1982, Héctor Tessey tenía el grado de teniente primero y estaba destinado como instructor en el Colegio Militar de la Nación, el instituto dedicado a la formación de los oficiales del Ejército Argentino. En la guerra, Héctor combatió en el Grupo de Artillería 3 hasta último momento.

Después de unos largos 27 años de desconexión con la guerra y con 6 hijos que educar, hoy, Tessey está completamente abocado a la actividad académica en torno al tema Malvinas. En 2008 se graduó de licenciado en Ciencias de la Educación con un trabajo final sobre Rattenbach, que hasta ese momento estaba oculto.

Forma parte de diversos grupos de investigación, da conferencias y escribe artículos sobre el conflicto. Además, es docente en la Universidad Tecnológica Nacional de La Plata y en el Colegio Militar de la Nación. Fue convocado por la editorial Taeda para coordinar y editar el libro *Malvinas, 40 años* que se publicó en 2022 y en el que se destacan 22 vivencias sobre la guerra del Atlántico Sur.

«El conflicto de Malvinas es un tema tan serio, tan trascendente para la Argentina, que hay que investigarlo y estudiarlo, pero con seriedad, no como lamentablemente se ha estado haciendo».

¿Cómo fue que después de muchos años de estar completamente desconectado de Malvinas decidió volver a relacionarse con el conflicto?

Durante 21 años yo no hice nada de Malvinas. Teniendo 6 hijos no me quedó otra más que trabajar y trabajar. En 2005, empecé a estudiar e hice mi licenciatura en Ciencias de la Educación y en 2008 realicé mi trabajo final integrador sobre Rattenbach, que para ese entonces todavía estaba oculto. Ahí tomé contacto por primera vez y conocí a su hijo y se lo presenté a José Pampuro, quien era el ministro de Defensa en ese momento, y al viceministro, quien también trabajó en la desclasificación.

Después de terminar mi trabajo final dije «puta, volví a Malvinas», y así fue. Volví a Malvinas, no físicamente, pero volví al tema y empecé a investigar y a estudiar, y hoy hago docencia y estoy muy metido en la cuestión Malvinas.

Pero en 35 o 40 años no se hizo nada con Malvinas. Rattenbach se desclasificó en 2012; en 2015, ya estando en el Colegio Militar, hice una investigación para ver qué impacto había tenido la desclasificación de este informe en los institutos militares. Entrevisté a todos los directores, analicé las currículas para ver dónde estaba Rattenbach... En ninguna parte, no lo usaban. No se hizo nada y el que no estudia la historia está «frito», particularmente se desmalviniza porque no se difunde, no se conoce, no se expande.

Usted estuvo en Malvinas, vivió esa experiencia. ¿Cómo ha sido el proceso de estudiar el hecho desde una mirada más científica?

La mayoría de mis publicaciones se basan en relatos o vivencias de veteranos y está buenísimo porque hay que tener un registro de esos testimonios. Las otras son las que provienen de la academia, de las ciencias sociales y la mayoría, no digo todos, pero gran parte hacen lo que yo criticaba ayer: investigan con respuestas. En este sentido es importante investigar con preguntas. Entonces, ¿qué lees del otro lado? El general borracho, el manotazo de ahogado, el sufrimiento, el hambre, los pobres chicos, etc., y me sirve para detectar las visiones. Pero si yo quiero investigar profundamente, tengo que investigar con preguntas para superar el relato vivencial e ir más arriba, hacia la táctica, la estrategia, la política... Intento expandir esta mirada más analítica junto a mi pareja, la antropóloga Rosana Guber, ella desde antes que yo, porque empezó en 1989.

El «Informe Rattenbach» habla muy bien del desempeño de la Marina...

Ese informe es un muy buen documento. Primero porque es el único documento oficial del Estado argentino que analizó y evaluó el conflicto, así que, a partir de esto, tiene un valor único. Lo segundo es que fue hecho con ganas, seriedad, método, y los militares que lo critican porque dicen «estos viejos escribieron cualquier cosa» se tienen que detener a analizarlo porque hay metodología militar histórica puesta en ello.

Tiene reflejos de lo que se llama «libro blanco» por la forma en la que refleja las cosas que dice. Tiene un contenido ético enorme, es un documento que hay que exprimir para sacarle el jugo porque además analiza el nivel político, operativo, estratégico, táctico, diplomático...

A mis alumnos, que son cadetes de la Escuela Militar, les digo que la Argentina se parece a la película *El día de la marmota* (1993), todos los días nos levantamos y hacemos lo mismo. Por eso yo digo que estudiemos, que investiguemos, que pongamos en juego todo esto, y con Rosana lo hacemos.

Cuando el Informe Rattenbach sale a la luz, usted ya no formaba parte de la Comisión de Desclasificación, ¿por qué tomó la decisión de retirarse?

Porque cuando se armó la comisión empecé a ver cosas que no me gustaban, entonces un día le dije al coronel Rattenbach: «Mi coronel, yo no vengo más», y felizmente no fui más. Hay un documental de Canal Encuentro que se llama *El Informe Rattenbach*. Si vos no sabés nada y mirás eso, entendés que lo que te muestran es el Informe Rattenbach, pero no es el Informe en sí, es una pieza de propaganda, lo primero es la imagen de soldadito con el viejito fumando y no existió nunca eso. Nunca hubo ni un soldado ni un cabo ni un teniente sentado frente a nadie, teniente o subteniente como te muestran ahí, y dice «recreación», eso es fraude.

Entonces por qué estaba eso. Porque después vinieron los que querían ver en Rattenbach las pruebas de la tortura que no están. Muchos señalaron que en el Informe iban a encontrar las pruebas de las torturas, pero Rattenbach no era eso. Ahora hago propaganda mía, tengo un artículo mío en una revista universitaria que se llama «El Informe Rattenbach: qué, cómo y por qué», y explico por qué cuando se desclasifica se vuelve a ningunear y se tapa. A los militares no les gustó porque era objetivo, crítico y duro, y al gobierno tampoco porque no encontraba lo que buscaba. Y agrego, en el vídeo sale Jorge Argüello, exembajador de Argentina en Estados Unidos, que «la guerra le quitó la posibilidad de recuperación de las Malvinas a la Argentina porque la soberanía estaba sobre la mesa y la guerra fue para que los militares se perpetuaran en el poder», y después lo llamé y le dije «Jorge, sos un mentiroso, no podés decir eso vos que sos embajador». Está todo documentado, el informe cuenta de la negociación del año 80 y 81 entre el funcionario Nicola Ridley del Foreign Office y del embajador comodoro Cavándoli, que discutían sobre la soberanía, le hacen el cuento al pobre Cavándoli, entonces Ridley dice «este es un non paper», esto es lo que no existe, hasta que no pongamos el gancho, esto es una charla entre vos y yo, y no pasó nada con respecto a eso.

Cuando Ridley va al Parlamento inglés lo re putean y le dicen «si usted traé el ok de los isleños, les damos bola», cuando fue a la isla lo echaron a bolsazos. Entonces vino a la Argentina y le dijo al comodoro «esto está muerto». A eso se refería Argüello. Un diplomático no puede mentir así, está engañando a sabiendas de que está engañando porque yo, que no soy diplomático, leo y digo «me mentiste». Es esa película, ese es el relato, como les digo a mis alumnos, yo no soy ni k, ni peronista, ni del Pro, ni de Cambiemos, ni zurdo ni facho ni nada. Soy un académico, investigo, soy crítico, y lo que digo lo tengo fundamentado. Mi postura política la dejo para el momento del voto, nada más. Me ha llamado la gente de Patricia Bullrich para que vaya a trabajar en el Ministe-

rio de Defensa si ella es presidente y dije «yo no pierdo el tiempo con ustedes». Yo hago esto, no hago otra cosa porque si me voy pierdo objetividad, quedo atado a algún interés, o ideológico o monetario y no quiero. Tengo tiempo, tengo autonomía y puedo hacer estas cosas.

Tardó cinco años en escribir el libro *Mar de guerra* junto a su esposa Rosana Guber. ¿Qué cosas interesantes descubrieron sobre el accionar de la Marina durante la guerra de Malvinas?

El libro tiene un enfoque antropológico, no es un libro militar. Es un libro para ver cómo los marinos hicieron lo que hicieron, el cómo y el porqué. Sabemos que vuelan, que navegan, que van en submarino, pero en este libro está el sentir y la explicación desde el marino. Como militar, hice el capítulo de Infantería de Marina pensando en que somos iguales y que me iba a resultar fácil, y Rosana hizo el de Aviación Naval porque ella ya había escrito *Experiencia de Halcón* sobre la Fuerza Aérea argentina en Malvinas.

Ella dijo «yo me centro en los aviones porque ya los conozco y vos en los infantes que ya los conocés», y encontramos dos mundos totalmente distintos: la Fuerza Aérea con la división naval no tienen nada que ver más que andar volando, y los infantes de marina con nosotros no tienen más en común que el simple hecho de andar en tierra. Entonces fue una experiencia de encontrar otros matices. Además, nos disparó la idea para hacer el tercer libro en el cual pensamos poner las cosas que no se encuentran en otra parte, analizar lo que no se analiza en otro lado.

Es necesario conciliar con la historia para que haya miradas diversas...

Claro. Yo soy militar, me recibí en el 74, estuve en Tucumán, estuve en los años «pesados» y sin embargo debo ser uno de los más críticos del «proceso». ¿Por qué? Porque nunca estuve de acuerdo con la metodología, nunca estuve de acuerdo con el terrorismo de Estado.

Yo soy profesor de la cátedra de Mando y Liderazgo en la Escuela de Guerra y siempre hago hincapié en la importancia de formarse en valores. Entonces algunos pensaran «este tipo qué me habla de valores si era de esa horda que andaba haciendo males por todas partes», no me quiero sacar ningún lazo de encima, no cometí ningún desmán y tampoco participé en ninguna horda; me fui. Me fui crítico. Y hoy que estoy en pareja con Rosana, el círculo académico debe estar pensando «el milico le hizo la cabeza» y mi medio militar debe estar aseverando «este se juntó con una zurda».

He logrado construir con ella una posición a través de preguntas, no blanco ni negro, sino un gris donde compartir. Tengo compañeros presos por lesa humanidad, pero con ellos no puedo hablar de los años «plomos» porque nos peleamos. Entonces, cuando los visito en la cárcel porque son mis compañeros de toda la vida, hablamos de cualquier otra cosa. Ellos no entienden mi posición mientras que yo sí entiendo la de ellos, pero no quiero confrontarlos.

Usted habla de que en toda investigación se debe comenzar con más preguntas y no tantas respuestas, ¿qué preguntas fueron planteadas en el proceso de investigación de *Mar de Guerra*?

La primera pregunta que planteó Rosana fue: ¿Quiénes son los marinos? Y ahí arrancamos. Obviamente siempre te quedan preguntas porque no alcanza el tiempo, ni el dinero. Pero el principal interrogante no resuelto es lo que Rosana plantea en la introducción del libro sobre los traumas de la Marina y que son la ESMA y en la guerra retirar las tropas del conflicto. Son temas que los marinos no hablan, los tapan.

Al libro lo escribimos en pandemia, pero en diciembre de 2019 nos invitaron los marinos a una exposición en la base naval Puerto Belgrano, que es el núcleo de la Armada, y estuvimos con un almirante que realmente pensaba como nosotros, un tipo que nos ayudó mucho. Cuando tengan lista la primera conclusión vengan a Puerto Belgrano y les cuentan a los demás almirantes qué es lo que vieron.

Rosana dijo: «Lo más importante de nuestro trabajo fue que creo que entendimos que los traumas de la Armada son la ESMA y la Flota Puerto».

¿Y cuál fue la respuesta?

Silencio sepulcral. El almirante, que era la máxima autoridad del lugar, se levantó, subió al escenario y dijo «quiero felicitar al equipo porque si hay algo que la Marina no ha tratado y ha tapado es lo que ella dijo». Y además aclaró que él fue parte de una reunión donde la decisión institucional sobre esos dos temas fue «de esto no se habla más». Y aclaró que de eso había que hablar porque si no nunca lo iban a superar e iban a cargar con el trauma en la mochila. Nunca me voy a olvidar «las caras de culo» de los presentes. El almirante preguntó si había preguntas y obviamente ninguno preguntó. Con que ya el jefe de la Armada actual, Guardia, lo haya reconocido es muchísimo. Además, nos dijo que cuando tuviéramos el libro lo fuéramos a ver y fuimos este año. Nos llevó por todas las bases a presentar el libro.

Es evidente que el momento de hablar es ahora...

Sí, porque nos vamos muriendo. Y eso que los veteranos se han animado a hablar, están yendo a las escuelas, pero quizás desde lugares como la universidad hay temor por las miradas sesgadas que se encierran en los prejuicios de las ideologías.

En 1986 se fue del Ejército, ¿cómo fueron esos años y cómo fue poner a Malvinas en palabras?

Durante los cinco años que estuve, del 82 al 87, de alguna manera también estuve prisionero. Fueron cinco años de pelea interna debido a que los militares querían tapar el tema. Yo digo lo que los militares querían tapar por lo que vulgarmente se dice «tenían el culo sucio», entonces no querían que se destapen las cosas que nosotros vimos en la década del 70 y en la guerra. Cuando fue el conflicto de Malvinas, yo era instructor de cuarto año en el Colegio Militar y Galtieri decidió que los cadetes sean promovidos a subtenientes y los mandó a las unidades, o sea, me quedé sin alumnos. Gracias a esto tuve otras experiencias en la guerra, pero cuando volví al Colegio en agosto del 82, el jefe de la batería que era un capitán me dijo: «Héctor, preparate para hablarle a los cadetes de tu experiencia en la guerra». Como yo no tenía alumnos, tuve tiempo de empezar a juntar fotos, armar una exposición para tener material de apoyo. A los quince días, me llamó el capitán y me dijo «pará con lo que estás haciendo de Malvinas, me acaban de dar la orden de que vos no podés hablar con los cadetes y tenés que ir a verlo ahora al oficial de personal», este último es el que se encarga de las incorporaciones en el Colegio Militar. Fui a ver al teniente coronel y cuando llegó me dijo «Tessey, lo llamé porque usted está sin cargo, sin cadetes, sin nada, para que sea auxiliar mío», yo pregunté qué había que hacer. Entonces me dijo que en septiembre, octubre y noviembre empezaban a venir colegios secundarios para hacerles visitas guiadas para el ingreso, así que me dijo que yo iba a estar a cargo de las visitas guiadas.

¿Y cómo se lo tomó?

Me dije a mi mismo qué les pasa a estos tipos, no me dejan hablar con los cadetes, pero me ponen a hacer visitas guiadas. Yo no podía hablar de Malvinas con nadie. Terminó el 82, empezó el 83 y dije «bueno, ahora sí, vuelvo a mis funciones» pero no, me llamó un coronel que era el jefe del cuerpo de cadetes y me dijo que ese año iba a ser su ayudante, entonces yo le dije que tenía que estar con los cadetes y pasarles mi experiencia en la guerra, así fue.

En los años 84 y 85 me fui a una unidad de artillería en Zapala, pasé los mejores años familiares de mi vida en ese lugar. Aproveché para estudiar porque en el 86 tenía examen en la Escuela de Guerra. Pero esos dos años estuve a las patadas con mi jefe por el tema Malvinas, nunca fui «cocorito» pero sí me manifestaba cuando algo no me parecía o cuando me obligaban a hacer algo con lo que no estaba de acuerdo, aunque me sancionaran.

Rendí el examen y entré a la Escuela de Guerra. Había cuarenta vacantes, ochenta postulantes y yo entré segundo. Y cuando terminé segundo año, faltándome un año para recibirme, pedí el retiro porque dije «esto no da más». Me he peleado con los profesores, me están bombeando, basta, para qué estar sufriendo.

¿Es en ese momento en que la causa Malvinas queda en otro plano en su vida?

Sí. Directamente cerré la persiana de Malvinas. Me dediqué a laburar, tenía seis hijos y tenía que laburar. Después tuve más hijos, once en total. Ya en 2008 más tranquilo dije «che, ahora puedo volver al tema Malvinas». Ahí volví a poner todo mi empeño sobre el tema porque hice mi trabajo final de licenciatura con el «Informe Rattenbach» y dije «acá hay cosas para ver». Mis hijos ya estaban grandes, después me divorcié y conocí a Rosana.

Dentro de su experiencia en la guerra de Malvinas fue prisionero de los ingleses, ¿cómo fue ese mes?

Uno comienza a plantearse cosas como porque estamos acá, qué nos van a hacer estos tipos. Uno experimenta mucha incertidumbre estando preso. No de riesgo de vida, pero sí de lo que vendrá. Durante ese mes estuvimos quince días en un campo de prisioneros en tierra, en San Carlos, que era un frigorífico abandonado que los ingleses habían usado como hospital. Después nos llevaron quince días a un barco, a un ferry. Y fue en este ferry que después volvimos a Puerto Madryn. Fue un mes tranquilo porque sabíamos que la guerra había terminado, los ingleses no iban a hacer ninguna cosa rara porque estaba la Cruz Roja y estos siempre se meten en los campos de prisioneros para verificar todo, que se cumpla la «Convención de Ginebra» básicamente. Era cuestión de que todo se pacificara y que nos devolvieran.

¿Tuvo la posibilidad de hablar con algún inglés durante ese mes como prisionero?

En el campo de prisioneros tuvimos poco contacto, más parecido al campo de las películas, el alambrado, la torre, la ametralladora, pero creo que era una puesta en escena porque cuando fuimos al barco te diría que empezamos a confraternizar con los ingleses. Los que cuidaban el barco no habían combatido y eso representaba una ventaja desde el punto de vista personal.

Viviendo como prisionero tenés dos opciones: o te ponés malo o en plan buena onda. La mayoría eligió la segunda. Nosotros teníamos un compañero, que todavía vive, que ya de cadete era de esos que le gustaba el billar, la noche y el casino. Y un día lo vemos a este con los ingleses de guardia con naipes. Y le pregunté qué estaba haciendo y me respondió «les estoy enseñando a jugar al truco». También jugaban al póquer. Los ingleses ponían monedas de libras y los nuestros billetes de no sé qué. Era un intercambio turístico, se había relajado el ambiente.

¿Los británicos cumplieron con lo establecido en la «Convención de Ginebra»?

Sí. Los británicos cumplieron la «Convención de Ginebra». Yo fui a la guerra sin haber leído la Convención, no sabía nada y eso es claramente una falla. Por ejemplo, una de las cosas que establece la Convención es que el prisionero de guerra debe percibir un sueldo de 36 francos de acuerdo a nuestra jerarquía. Entonces un día me sorprendí porque después del almuerzo nos avisaron que había que bajar a los pasillos y formar en fila frente a mesas que tenían unas cajitas metálicas y unos papeles. Al llegar a la mesa nos identificábamos por el número y ellos veían mi nombre y te hacían firmar un recibo. Doce libras esterlinas, menos cuatro de comida y alojamiento y te daban ocho billetitos de una libra. Para mí fue una sorpresa absoluta que me paguen sueldo de prisionero de guerra.

La parte cómica fue que a medianoche avisaron que estaba abierta la cantina del barco, yo gasté siete en chocolates y cigarrillos y me guardé una libra que tengo enmarcada en un cuadrado de recuerdo. Fue un mes feo porque estuvimos sin saber nada, pero no la pasamos mal. La Cruz Roja siempre presente, verificando la comida y el alojamiento, el estado sanitario.

Entonces el 17 de junio de 1982, mi mamá y mi mujer decidieron ir a la delegación de la Cruz Roja en Buenos Aires. En ese lugar les respondieron que ya tenían a los prisioneros argentinos, que estaban haciendo relevamiento y que creían que al día siguiente iban a tener información más precisa. Cuando volvieron, les dijeron que yo era el prisionero 410, que estaba en el Campo de San

Carlos y que tenía buena salud. Por eso digo que funcionó bien la Cruz Roja. Mi familia se enteró de mi ubicación gracias a ellos.

¿Cómo fue el reencuentro después de la guerra con su familia y qué rol cumplió en estos cuarenta años?

La verdad, fue el sostén, a pesar de que nos divorciamos, porque la vida te lleva por distintos caminos, en esa época teníamos tres hijos, después vinieron ocho más, pero realmente tanto Alejandra como mis hijos fueron sostén y también preocupación y motor.

Ellos siempre fueron entendiendo la situación e informándose bien, no con morbosidad sino con curiosidad, pero de «viejo contame qué» y les causa orgullo, que eso ayuda mucho, como decía Daniel Agüero «cada vez que se acuerdan de nosotros nos dan una caricia». Y fijate que todos mis hijos se han tatuado el número de orden de hermano en romano, así que todos lo tienen de la más grande al más chiquito. Y hay dos, la número seis y el número once que se han tatuado la fecha en que yo volví, 14 de julio de 1982. Ninguno vivía en la época de la guerra porque tenía solo tres en ese momento, pero se ve que les pegó fuerte. En esa época los tres más grandes tenían seis, cuatro y uno.

¿Y los nietos?

Tengo catorce nietos. El más grande tiene 21 años. Y todos mis nietos están interesados en Malvinas. Incluso en el colegio al cual van, tres hicieron una serie de videos en 2019 sobre Malvinas en donde se les hizo reportajes a los nietos de Malvinas. Después no sé cómo trascendió y lo emitió Canal 11 al aire, así que te imaginás, ellos felices de su abuelo y hablando de la guerra. Siempre cuando tienen que escribir algo de Malvinas, ellos me preguntan «abuelo, tengo que escribir algo sobre Malvinas, me decís qué libro puedo leer, me orientás, me mandás información», así que en ese sentido están pendientes y orgullosos del abuelo.

Cuando le preguntan qué es Malvinas, ¿cuál es su respuesta?

Como me dijo una vez una docente en Puerto Belgrano, tengo alma de maestro. Me pongo a explicar para que el otro entienda, no digo lo que sale, sino que lo ubico en contexto, lo pongo en escenario. Cuando me preguntan no arranco diciendo «tuve frío y pasé hambre». En la escuela no hay una bajada de línea porque tienen otra imagen o no saben nada. Yo fui al Colegio Militar como profesor en 2016 y el director era el general Cejas, que después fue

jefe del Ejército hasta hace poco que lo relevaron, y él fue alumno-cadete mío, así que nos conocíamos de aquella época. Así que cuando llegué al Colegio lo saludé y le dije «Agustín, le voy a dar manija a Malvinas», y él me respondió con mucha confianza «mi capitán, haga lo que quiera». Entonces lo primero que hice fue revisar la currícula de la licenciatura en Conducción y Gestión Operativa, que es el grado académico que les dan a los subtenientes, para ver donde estaba Malvinas en un Colegio Militar de la Nación, en la carga curricular no había Malvinas. Entonces fui y le dije a Agustín que no estaba Malvinas. ¿Puede ser que los oficiales del Ejército se reciban sin haber tenido una letra de Malvinas? Entonces Agustín me dijo «mi capitán, proponga». Entonces me puse a trabajar y en 2018 se acreditaron tres unidades didácticas en tres materias diferentes sobre Malvinas. Entonces si no se estudia allí, cómo vamos a pretender que se estudie en otras instituciones.

En 2019 recibí una invitación junto con Rosana para visitar una universidad británica, en Keele, que es un pueblito perdido en el medio de Inglaterra, que se encuentra a un poco más de cien kilómetros al norte de Londres. Nos contactó una italiana que se encontraba en esa Casa de Estudios y que previamente había estado dos años en Buenos Aires haciendo su tesis doctoral sobre los veteranos de guerra presos por lesa humanidad y que nosotros guiamos. Nos dijo que Helen, la directora de la carrera de Relaciones Internacionales y además sobrina de un británico muerto en Longdon, quería que fuéramos. Fuimos y estuvimos una semana con los británicos, académicos, veteranos. Había personas de diferentes ámbitos. En la carrera de Relaciones Internacionales en la Universidad de Keele en Inglaterra estudian la guerra de Malvinas. Ellos lo estudiaban allá y nosotros en la Escuela de Guerra no lo estudiamos. Yo hice la maestría en defensa nacional en el año 2009 y no había carga curricular de Malvinas.

¿A qué lo atribuye? ¿Cree que eso es a nivel interno militar o está relacionado con decisiones de los distintos gobiernos?

Tiene que ver con todo. Yo siempre digo que, si vienen los británicos y nos dicen «muchachos, tomen las islas, nos cansamos de las islas», no sabríamos qué hacer o haríamos otro desastre como en nuestro propio país. No sabemos qué hacer. Yo creo que los gobiernos están tomando a Malvinas como la excusa y no como la causa o la gesta que realmente es. Es la excusa, me junta votos, es lindo decir esto, hay que mostrar esto, hay que sacarse la foto.

Guillermo Carmona, el actual secretario de Malvinas, es uno de los pocos con los que tengo buena onda porque apenas asumió me llamó para reunirnos y me dijo que por conocidos en común sabía que yo estaba trabajando el tema

y el Informe Rattenbach y ahí empezó la relación. Guillermo me llamó para que yo hablara con los alumnos del ISEN y para que hablara con los diplomáticos de Malvinas. Estamos hablando de alumnos que mañana van a ir de embajadores y no saben nada.

Esto es un tema de nuestra dirigencia política que desde el 83 a la fecha se ha ocupado de sacar de la mesa a los militares, no importó otra cosa.

¿No cree que, teniendo en cuenta los años oscuros de las dictaduras militares en Argentina, era una consecuencia previsible?

Sí. Ahora vos me decís, ¿está bien o está mal? Obviamente había que sacar a los militares de la vida política no de la mesa, no de la defensa, porque sacando a los militares de la mesa desarmamos la defensa. Argentina hoy no tiene capacidad de defensa, nada. Vienen los uruguayos y desfilan por el Obelisco, vienen los chilenos y pasan por acá cantando aleluya, no tenemos capacidad de nada. Tal vez esa haya sido la única política de Estado, pero yo no puedo enfrentarme a una institución del Estado que cumple una función como cualquier otra y encima la defensa que es indelegable y exclusiva. No puedo contratar a la empresa «J» a que me haga la defensa, entonces no puedo matar a los militares. Tengo que educarlos, ponerlos en donde tienen que estar.

¿Cómo le llegó la propuesta para ser editor del libro *Malvinas, 40 años de la editorial Taeda*?

La editorial quería hacer un libro distinto. Para mí fue una alegría enorme recibir la propuesta. Me llevó tiempo seleccionar a los 22 protagonistas. Eso para mí era una carga pesada porque no había forma de que no se molestaran o enojaran los que quedaban afuera. La idea fue buscar un par de notorios para que hicieran mascarón de prueba, tipo Carballo y Silvia Barrera, una mujer y un hombre para que no haya problemas y después vamos a buscar mudos, a aquellos que nunca habían estado en ninguna parte.

Y me dediqué a buscar a los mudos. En Gendarmería me auxilié del que fue el comandante del Escuadrón Alacrán; en prefectura me contacté con mi amigo Negro Aguirre, que estuvo en el guardacostas Río Iguazú; para las mujeres recurrí a Silvia Barrera. Con los oficiales y suboficiales no era tan difícil, sí era difícil el por qué ese y no yo. Por suerte no hubo muchas puteadas sobre la elección de la gente. Y después con los civiles tenía un abanico amplio...

¿Qué mensaje le gustaría dejar para las nuevas generaciones?

Me parece que hay despojarse de preconceptos, de prejuicios, dejar de lado ideologías, cuestiones partidarias más que políticas y tratar de caminar con preguntas y no con respuestas. El campo nos va a dar las respuestas y nos va a dar más preguntas, entonces me parece que el conflicto Malvinas es un tema tan serio, tan trascendente para la Argentina, que hay que investigarlo y estudiarlo pero con seriedad, no como lamentablemente lo estamos haciendo y la verdad es que hay que conocer la cuestión para entender nuestros derechos, con fundamentos para poder decirle a los británicos y al mundo por qué las Malvinas son argentinas, porque tenemos fundamentos irrefutables y ellos saben que los suyos son flojitos, por eso cambian a cada rato el eje. Y nosotros no terminamos adoptando una línea seria de trabajo que termine conformándose en política de Estado. Seguimos con las políticas del gobierno de turno y ahí fallamos. Hay que conocer la «cuestión» y hay que investigar la guerra para ver si nos arrimamos a la «verdad», no digo la verdad en sí, sino la verdad histórica. Una vez un general retirado me dijo «para usted el Informe Rattenbach es la biblia», y yo le respondí «no, mi general, nos ayuda a acercarnos a la verdad histórica», y a construir historia y alejarnos un poco de la memoria, que la memoria siempre se cae de subjetiva. Tratemos de hacer historia investigando.

Jorge Villegas

(15/4/2021)

Jorge Villegas nació un 30 de abril en Villa Mercedes, provincia de San Luis. Es mecánico motorista. Casado con Mirta, habla con orgullo de sus hijos Érica y Claudio.

Se formó en la Escuela de Suboficiales General Lemos en Buenos Aires. En el año 1978 fue destinado a la ciudad de Monte Caseros en Corrientes, justo cuando Argentina estaba teniendo conflictos con Chile. Rápidamente terminó en Río Gallegos con diversas misiones al monte Aymond o Punta Dungeness. Esa experiencia le sirvió como entrenamiento de base para lo que sería luego la guerra de Malvinas; allí fue parte de la Unidad de Regimiento IV de Infantería en primerísima línea.

Actualmente y desde hace más de 30 años reside en Tupungato, donde encontró su lugar en el mundo y donde logró abrirse y comenzar a contar su experiencia durante la guerra. Se refiere a lo vivido como un tema muy profundo y muy doloroso.

«Al estar en primera línea, los ataques que recibíamos de los ingleses fueron constantes, las 24 horas. Fue inmensamente desgastante».

¿Tenía algún tipo de información previa sobre lo que estaba por suceder en Malvinas?

Cuando los acontecimientos de Malvinas empezaron, no teníamos ningún tipo de información. Esa mañana del viernes 2 de abril todo era normal en el regimiento. Me acuerdo de que tenía que ir a buscar al teniente coronel Diego Alejandro Soria, y cuando lo encontré me dijo: «Vamos, Villegas, al comando de la Unidad». Se encontraba a unos 80 kilómetros de Monte Caseros y vendría siendo como la casa de gobierno. Ahí me contó que se habían recuperado las Malvinas a las 5 de la mañana y cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Nos contó de Giachino, el primer muerto por la Patria y que la operación debía ser sin bajas inglesas.

¿Cuál fue la sensación al saber que se habían recuperado Malvinas?

Primero fue una reacción normal, con mesura. Pero al rato empecé a pensar en la secundaria y todo lo que había estudiado sobre las islas: «Un afluyente del continente», pero no aferrada como sucede por ejemplo con Ushuaia. Tomé noción de lo que estaba pasando. Soy sincero, nunca me imaginé que el Regimiento IV de Monte Caseros podía ir a Malvinas.

Cuando volvimos, empezamos con los preparativos, sin horarios. Se trabajaba de día y de noche, casi sin descanso. Era un trabajo arduo preparar la unidad: comida, ropa, combustible, traslado de medicación, etc. De a poco fui tomando conciencia de lo que estábamos viviendo y de lo que podíamos llegar a vivir. Empezamos a hablar entre nosotros de la posibilidad de movilizarnos.

En la unidad estacionaron las «chatas» del ferrocarril y cargamos 54 vehículos. Yo salí en la primera fracción el domingo 11 de abril. Ahí me enteré de que el destino era Río Colorado. Previamente, teníamos que pasar por Paraná. Llegamos por vía terrestre.

Debió ser difícil dejar atrás a las familias. Cuántas emociones...

La emoción que se vivió fue fuerte. Despedirse de padres, madres. Había matrimonios de muchos años con hijos, nietos; fue terrible. En mi caso estaba casado hacía solo tres meses. Era muy feo ver esas despedidas, lo que queríamos era salir rápido. A medida que el viaje iba transcurriendo, de a poco nos íbamos adaptando al sistema. Detrás de una persona que se va, queda todo un entorno sufriendo.

¿Cómo se le dice a la esposa, recién casados, «me voy a Malvinas»?

Ella siempre supo que cumplimos órdenes, es el trabajo de uno. Siempre estamos predispuestos a recibir y acatar las órdenes que llegan. Cuando me tocó el momento de decirle que nos íbamos, fue muy emocionante. Mi mamá, mi señora y mi suegra se pusieron muy mal, sufrieron mucho.

Fue un viaje largo el que emprendieron...

Larguísimo. Llegamos a Río Colorado. De ahí nos teníamos que trasladar a Comodoro Rivadavia y luego a Río Gallegos, todo en vehículo. Tuvimos que hacer 2.000 kilómetros en columna. Era increíble ver en la ruta esa cantidad de vehículos militares: los camiones 120 y los OTO Melara, entre otros. La columna arribó a Río Gallegos el 25 de abril. Nosotros un día después, a la

noche, porque al ser los más jóvenes íbamos atrás cumpliendo la función de «mecánico de columna».

Estando ya en Río Gallegos, ¿iniciaron los preparativos rápidamente para volar a Malvinas?

Ese 26 a la noche hubo una reunión en la Compañía de Arsenales XI, donde nos avisaron que debíamos preparar urgente los vehículos y la gente para salir en el primer vuelo a Malvinas, a las 6 de la mañana del día 27. Por mis funciones, yo tenía que ir en ese vuelo. Partimos con los vehículos a las 5 de la mañana rumbo al aeropuerto, donde cargamos los aviones Hércules.

Cuando llegamos a Malvinas cerca de las 9 de la mañana, nos cambió el panorama. Había un viento horrible, mucho frío y lloviznaba. No teníamos alojamiento, nada. Bajamos los vehículos y la gente se aparcó ahí. Al otro día, emprendimos la caminata al monte Wall, que tiene una de las mayores alturas de las islas, por lo que da un inmenso panorama. Se encuentra a unos 20 kilómetros de Puerto Argentino. Tuvimos que caminarlo cargados y mojados. No lo agrando, fue sinceramente un verdadero sufrimiento. Después tuvimos que subir sus 800 metros de altura.

Los ingleses desembarcaron en San Carlos y encararon directo a Darwin. En ese momento, nosotros, que originalmente éramos reserva, pasamos a ser primera línea. Fue por eso que los Regimiento IV, VII y XXV quedaron en primera línea.

Su regimiento no se mantuvo en el monte Wall...

No. Tuvimos que hacer un cambio de posición, pasamos de monte Wall al famoso monte Harriet y más tarde al monte Dos Hermanas, que pasó a ser la base del regimiento.

Esos días nos atacaron mucho. Dejamos material, les dieron impacto directo a tres camiones nuestros, quedamos fuera de servicio y nos trasladamos al monte Kent y Dos Hermanas. El traslado fue una cosa horrible, porque teníamos que descender los vehículos que se encajaban en el terreno fangoso, no podíamos traccionar.

Estábamos en una zona que daba de frente al mar, por lo que nos bombardean con la flota marina. Los aviones también nos atacaban y después la artillería pesada.

Fue terrible, una cosa es contarla y otra cosa es estar ahí y vivirlo. Aparte el frío y la incomodidad. Teníamos el camión que iba desde monte Wall hasta el aeropuerto y traíamos municiones, ropa, comida y leña. Fuimos el 30 de abril,

que es mi cumpleaños, y en el hangar había gente atrincherada y había una carpa de la Fuerza Aérea que funcionaba como hospital.

Ahí había gente nuestra y de otras unidades, había toque de queda a las 6 de la tarde, porque las amenazas de ataque aéreo eran constantes. El capitán Farinera me dijo: «Villegas, nos vamos a tener que ir porque acá no vamos a tener donde quedarnos». Nos fuimos y nos quedamos en Puerto Argentino. Nos sentamos en una galería de lo que era el correo de ellos.

Esa noche fue un infierno. Ahí se dio el primer bombardeo aéreo. Cayó una bomba de 1.000 kg al costado de la pista. En ese momento se me mezclaron muchas cosas. Debo ser honesto y decirlo: tuve un miedo terrible, no sabía qué hacer... si sentarme, meterme debajo de la cama o llorar. Por suerte, Farinera estaba más calmo e intentaba tranquilizarme. Él después me contó que por dentro también estaba mal. Siempre hay uno que tiene que tener un poquito de paciencia con los demás. El miedo no pasó, nos bombardearon toda la noche y toda la mañana. Luego fue cediendo de a poco hasta que finalmente el bombardeo paró.

Como a las 11 de la mañana decidimos regresar al aeropuerto, que estaba a unos 8 km. Yo había estado el día anterior. Nos encontramos con un verdadero desastre: humo y agujeros por todos lados. No le habían pegado al hangar, pero las esquiras lo habían partido por todos lados. Ese día vi a los primeros muertos, porque había caído una bomba muy cerca de los hospitales. En ese momento sentí la angustia de saber que ya convivíamos con nuestros primeros muertos, ya convivíamos con la guerra. Teníamos que andar con mucho cuidado porque los ingleses tiraban las «belugas», que son una como latitas de gaseosa que, si las pisás, revientan, «cazabobos» les dicen.

Cargamos lo que pudimos y auxiliamos a la gente nuestra que estaba ahí. Sin puente aéreo ni abastecimiento, debíamos arreglarnos con lo que había. Después de llegar a nuestra nueva posición, en el monte Carrier, nos llegó la terrible noticia del ARA General Belgrano. Experimentamos sentimientos encontrados de angustia y bronca, tuvimos que pasar momentos difíciles. En Jesús y la Virgen María deposité todas las penas que tenía. Soy muy católico. Durante la guerra, siempre me acompañó el Espíritu Santo y un rosario que hoy en día mantengo en casa.

Desde ahí se da la sucesión del desembarco de los ingleses, que se veía venir, pero no por donde se efectuó.

¿Junto a su grupo tuvo que enfrentar muchos ataques británicos?

Al pasar a ser primera línea, comenzaron los ataques constantes, las 24 horas. Nos atacaban a la hora del almuerzo, a la hora de dormir... Fue inmensa-

mente desgastante. No teníamos comida caliente porque no podíamos abastecernos. Arrancaba un camión y le caían cuatro o cinco bombas. Era impresionante la precisión que tenían con la artillería naval y terrestre. Nos tenían mal, no podíamos movernos para ningún lado. Abastecer a los diversos grupos y andar por toda la zona fue un trabajo para el bien común, pero muy peligroso. Por suerte nunca nos pasó nada grave.

Los desgastes se van notando, el impacto psicológico se hace inminente. Aquel que ha estado en la guerra sabe muy bien que lo primero que va a hacer el enemigo es cortarte el abastecimiento: que no te llegue comida, que no te llegue ropa, que no te llegue agua, que no te llegue munición... Ahí el desgaste psicológico no para de crecer. Era quedarse sin nada y sin moverse de la posición.

¿Cuánto tiempo estuvo así?

El hostigamiento violento empezó el 3 o 4 de junio y se mantuvo todos los días y a toda hora. No sabíamos de dónde sacaban tanta munición, porque tiraban desde todos lados.

La noche del 7 de junio estábamos en el monte Harriet. De ahí se formaba un valle que iba al monte Dos Hermanas. Por el medio se infiltraron ingleses que, por suerte, fueron detectados. Esa noche se abrió un tiroteo terrible contra los ingleses. Nosotros no éramos infantes, que están preparados para esas ocasiones. Éramos mecánicos, mecánicos armeros o de munición. Igualmente había que tomar el fusil y disparar. Con el valor de muchos de los infantes que estaban ahí lograron replegar a los ingleses. Con los visores nocturnos podíamos verlos, estábamos a unos 40 metros, a tiro de pistola. Veíamos los muertos y los heridos.

La última bomba de esa noche cayó encima de una piedra calada en diagonal que nos hacía de cubierta. En otras palabras, cayó sobre nuestras cabezas. Uno de los soldados resultó herido. En la madrugada lo tuvimos que bajar. Junto al teniente Toran lo llevamos en un Jeep rumbo a Puerto Argentino. Eran unos 15 kilómetros, había como una «s» y después de eso venía una parte donde estaba la artillería de SOFMA, por consiguiente, era una zona muy atacada por los aviones.

Teníamos que tener mucho cuidado y estar atentos. Cada uno debía concentrarse en una dirección. En un determinado momento, Toran me dijo: «Villegas, mirá». Vi a lo lejos un puntito negro que se venía hacia nosotros. Era un avión Harrier que volaba en dirección nuestra. Tiramos la palanca y nos fuimos cuerpo a tierra. Nos pasó a unos 10 metros, pero evidentemente no nos buscaba a nosotros, buscaba la artillería. Rápidamente volvimos a cargar al soldado. Pensamos que no iba a sobrevivir porque realmente estaba muy

herido. Lo dejamos en el hospital. Años más tarde, en 1987, me lo encontré en Monte Caseros. Me dijo: «Cabo primero, ¿se acuerda de mí?». Lo reconocí. Me abrazó. Le pregunté cómo se encontraba de salud y me respondió «remachado por todos lados». Es una alegría increíble poder contar estas cosas.

¿Usted presenció lo que se conoce como el «Día Negro» de la Royal Navy?

Sí. Nosotros lo estábamos viendo, más o menos a unos 15 kilómetros, con unos visores nuevos que tenían un mayor alcance. El 8 de junio, la Royal Navy vivió su jornada más dramática con 56 muertos y el hundimiento de dos buques (el Sir Galahad y el Sir Tristram) y una lancha de desembarco, mientras intentaban hacer pie frente al puerto de Fitz Roy. Podíamos ver cómo prendían fuego, bajaban los heridos, era un campo minado porque los ingleses fueron tomados por sorpresa.

Después los ataques se volvieron cuerpo a cuerpo. Ellos tenían a los paracaidistas con las boinas verdes y también a los Gurkas, que son combatientes nepaleses, reconocidos mundialmente por servir con ferocidad en unidades especiales de las fuerzas armadas del Reino Unido. Tenían una complexión alta, como «fortachona», con un cuchillo similar a un «samurai».

Y después llegó la rendición, el triste desenlace...

Sí. Ya había muchos muertos. Murieron otros oficiales, murieron más soldados en los enfrentamientos. Te quedás sin munición y no podés continuar. Irremediablemente llegó el repliegue, el triste repliegue. Los ingleses tomaron el monte Harriet, donde estaban los prisioneros de guerra. Se sabía que no se podía seguir porque no teníamos nada. Igualmente, esa desolación es muy dolorosa.

¿Cuántos días fue prisionero de guerra?

Caímos el 13, el 14 fue el último día. Estuvimos hasta el 16 o 17 de junio. Hubo otra gente, como Farinera, que estuvo hasta julio. Necesitaron gente para desminar.

Después de la rendición, pasamos muchas dificultades. Fuimos traídos al país de distintas formas. En mi caso, me trajeron en buque a los dos días, en un barco grandísimo. Como prisioneros de guerra en el barco nos trataron bien. Llegamos a Trelew. Ahí fue una desolación terrible. Me llevaron a Esquel, no había nadie. Era una tarde fría y nublada. En el muelle solo se veía personal militar. Una soledad impresionante... una gran tristeza me invadió. No pretendía que nos recibieran con bombos y platillos, pero no había nada.

Estuvimos tres o cuatro días en Campo de Mayo, donde hicimos las declaraciones correspondientes. Finalmente, el 18 viajamos a Monte Caseros. El 20 de junio era el día del padre y pude conseguir un teléfono y me pude comunicar con mi papá. Nadie sabía si estábamos vivos o no. Casi le agarra un infarto a mi pobre padre. Que yo le hablara en el día de padre para decirle que estaba vivo fue el mejor regalo.

¿Sufrió mucho durante la etapa de desmalvinización?

Fue muy doloroso e injusto. Quiero honrar a todos los soldados, especialmente a los del Regimiento IV. Se habló mucho durante esa etapa de «los chicos de la guerra». Yo le puedo asegurar que con 18 o 19 años llevábamos soldados con una personalidad, respeto y valores increíbles. La honestidad, la valentía, el respeto y sobre todo el amor a la Patria eran innegables.

Yo les pido a todos aquellos argentinos que conozcan algún soldado de Malvinas que recuerden siempre su amor y dedicación. Ellos se jugaron por nosotros, se jugaron por la Patria. No había ideología política, todos estábamos en Malvinas para defender lo que era nuestro. Ellos, sin pedir nada a cambio, arriesgaron todo.

¿Volvería a las islas Malvinas?

Absolutamente. «Volveremos» es la promesa que hemos hecho todo el Regimiento IV. Queremos volver a buscar a nuestros muertos que dejamos allá. Que viva la Patria y que siempre vivan las Malvinas.

Miguel Ángel Pereyra

(19/9/2022)

Miguel Ángel Pereyra fue teniente de navío en la Armada argentina y durante la guerra de Malvinas se desempeñó como jefe de propulsión del buque de desembarco de tanques de cabo San Antonio. Nació en Jujuy pero se considera un mendocino más. Llegó a la provincia de Mendoza con diez años y allí vivió toda su juventud.

Descubrió la música a través de un viejo tocadiscos que había en su casa y se convirtió en una de sus pasiones, su cable a tierra. *Garota de Ipanema* fue la canción bisagra que lo llevó a enamorarme de la música brasilera en el año 1963 cuando decidió abandonar el folclore y sumergirse en esos nuevos sonidos para ese entonces tan disruptivos. Finalmente y pese a su amor por ese mundo artístico, tomó la decisión de no ser un músico «que pudiera sufrir las inclemencias económicas» y se volcó por su otra pasión, la carrera militar.

Tener un padre gendarme fue decisivo en ese rumbo elegido. Miguel Ángel cursó sus estudios secundarios en el Liceo Militar General Espejo. Más tarde incursionó en la Marina de guerra. Durante su segundo y tercer año de formación estuvo designado a la sala de máquinas del emblemático ARA General Belgrano que, años más tarde, el 2 de mayo de 1982, fue hundido por el submarino nuclear HMS Conqueror durante la guerra de las Malvinas.

Durante el conflicto bélico fue maquinista en el buque de desembarco de tanques que cumplió un lugar fundamental durante el recupero de las islas en plena Operación Rosario.

«La vergüenza que uno siente por no haber ganado es indescriptible».

¿Cómo tomó la decisión de hacer una carrera militar en la Marina de guerra?

Obviamente mi padre fue una gran influencia. Él era gendarme. También hay una historia bastante trágica que sucedió mientras vivía en Jujuy y tenía unos siete u ocho añitos. Mis padres viajaban una vez al año a Buenos Aires porque mi mamá intentaba encontrar a sus cuatro hermanas que habían sido adoptadas por diferentes familias. En alguna oportunidad me llevaron a Buenos Aires y justo era el momento en que la Marina de guerra había comprado su primer portaviones. Era una maravilla y podía ser visitado en el Puerto de Buenos Aires. Debo haberla presionado bastante a mi madre y me llevaron.

Hicimos una cola larguísima, como de dos cuadras. La cantidad de gente que había era impresionante. Cuando llegamos, después de varias horas de espera, decidieron terminar las visitas y no pude subir a conocer el portaviones. Yo creo que esa experiencia terminó influyendo en mi decisión final.

¿Cómo fueron esos cuatro años de formación en la Escuela Naval?

Dentro de estos cuatro años estaba la finalización del ciclo de estudios que era embarcarse en un buque y darle una vuelta al mundo, haciendo todo lo que se hace arriba de un barco. Fue una experiencia única de cinco meses y veinte días, regresamos a Buenos Aires y nos recibimos.

Durante mi primer año me destinaron a un buque muy chiquitito que tiene la Armada que se denomina Aviso. Los avisos se encargaban de hacer todas las tareas menores de la Armada. Nos enviaban a retirar el fardo de lanas de estancia, que durante el invierno se quedaban sin posibilidades de llegar a otros centros donde tenían que llevar esos insumos, así que los sacábamos por mar, los trasladábamos e íbamos a hacer el cambio de los botellones de acetileno para las boyas que se encontraban en islas totalmente deshabitadas. Nos enviaban hacer tareas que no hacen los buques de guerra. Después de eso estuve dos años en el ARA General Belgrano.

¿En el crucero General Belgrano usted inicia su formación como maquinista?

Así es. En el segundo año y en el tercer año me mandaron al crucero General Belgrano. Allí me destinaron internamente a la parte de máquinas porque yo ya había decidido mi orientación dentro de la Armada, ya había decidido ser maquinista. Salíamos a operar con la flota.

¿Qué implica ser maquinista de un crucero como el Belgrano?

Es poco probable que un civil tenga idea de lo que es la magnitud de las máquinas en un buque de guerra de ese tamaño. Era un buque de la Segunda Guerra Mundial. Todo en la parte de abajo del agua sumergida, más de la mitad del barco, era sala de máquinas. Había cuatro salas de calderas inmensas, de las cuales tres calderas producían vapor y contaban con dos calderas en cada una de ellas. La cuarta recalentaba ese vapor para después ser enviado a las dos salas de máquinas que seguían hacia popa.

Cada sala de máquinas tenía un grupo de tres turbinas que era una de baja presión, una de alta presión y una de crucero y cada una de esas de ese grupo de turbinas comandaba un eje con una hélice, así que tenía escalas. En cada

sala de máquinas había todo un grupo de tres turbinas cada una. Cada grupo de turbina tenía 25.000 HP para generar, para mover la hélice. O sea que en total el crucero Belgrano tenía 100.000 HP de potencia para poder mover el barco con cinco torres de tres cañones de seis pulgadas. Y nuestra responsabilidad era que todo funcionara correctamente.

¿Recuerda algún momento especial vivido en el ARA General Belgrano?

Hubo una época en la Marina de guerra en que los oficiales de máquinas no estaban considerados al mismo nivel que los oficiales de cubierta. Después de decisiones importantes que se tomaron dentro de la Armada, se decidió darles la posibilidad a los maquinistas de ser también oficiales. Yo me dedicaba a todo lo relacionado con la sala de máquina y dos veces al día iba a hacer guardia al puente de mando.

En una oportunidad se fue el teniente de navío, se fue el teniente de Fragata y como guardiamarina, que ese era mi rol, me quedé solo responsable del crucero Belgrano con toda la flota de mar alrededor. Sentí algo maravilloso, inexplicable. Por más que estuve cinco minutos nada más en esa situación, la experiencia fue inolvidable. Ir a cargo de un buque tan grande, con tanta gente, fue algo realmente importante en mi vida.

Después de muchos años en la Marina de guerra pasó a la Marina mercante. ¿Cómo fue esa transición?

Estuve 16 años en la marina de guerra y después de Malvinas, en diciembre 1984, decidí pedir el retiro e irme a navegar a Marina mercante. En la Marina de guerra, con lo que me gustaba a mí ser militar, no había llegado a tener la posibilidad de ni de vislumbrar la compra de una casa. Así que la posibilidad de alcanzar un bienestar económico para mi familia fue irme a navegar a la marina mercante. En dos años de navegación ya me pude comprar una casa. Seguí navegando y haciendo lo que me gustaba ya en la sala de máquinas de un barco mercante de 200 metros de eslora y 60.000 toneladas de carga. Realmente es muy interesante ver como una ciudad queda enfrascada solamente en lugar de una sala de máquinas. Absolutamente todos los servicios de una ciudad, desde generación de energía eléctrica, generación de agua potable hasta tratamiento de aguas servidas.

Fueron 32 años de mi vida dedicados al mar. Con 52 años de edad me jubilé y me dediqué a alimentar mi alma, mi espíritu y mi intelectualidad. Soy muy afortunado.

¿Cómo fueron los años que siguieron antes de 1982?

En aquel entonces, después del crucero Belgrano en los años 1974 y 1975, ya decidido a ser maquinista, debía volver a la Escuela Politécnica Naval. No es tan sencillo, uno tiene que rendir examen de ingreso, aprobar todo, saber mucho de física, de química, de matemáticas, de análisis matemático, más la parte de máquinas y electricidad.

Yo estuve dos años en esa escuela porque, durante el primer año, cuando estaba haciendo el curso de ingreso, tuve un accidente con un camión. Estuve mucho tiempo en el hospital recuperándome, así que perdí el ingreso a la Escuela Naval ese año.

Cuando salí de allí, me enviaron como jefe de máquinas a un patrullero en el puerto de Buenos Aires. Me dejaron dos años en ese buque cumpliendo tareas.

A mitad del segundo año estaba de guardia un sábado, hacíamos muchas guardias en el puerto de Buenos Aires, y apareció un oficial que dijo que la persona destinada a ir al destacamento naval volcado en la Antártida había desistido por distintas razones. Recuerdo que cuando me enteré de eso, mi búsqueda de aventura continuaba y me pareció una maravilla estar destinado un año en la Antártida así que después de hablar con mi esposa me postulé y pude vivir esa experiencia.

El 15 enero de 1980 me fueron a buscar a la Antártida para pasar al buque de desembarco de tanques cabo San Antonio como jefe de propulsión. Estuve todo el año 81 y me dejaron durante el año 82. El 15 de marzo del 82 durante enero y febrero se hicieron operativos, salimos con cadetes de la Escuela Naval, cosa rara para un barco de la Flota del Mar. Se hicieron algunos otros operativos extraños. Obtuve mis vacaciones recién en el mes de marzo. Estaba en Mendoza y aproximadamente el 15 de marzo me llamaron por teléfono desde el Comando de Operaciones Navales de la Flota de Mar y me dijeron que debía presentarme de inmediato el buque. Solamente eso.

¿Qué interpretación le dio a ese llamado? ¿Sospechaba algo sobre Malvinas?

Eso significaba que había una emergencia y que el buque tenía que zarpar. Uno tiene que cumplir con las órdenes. De Malvinas no sabía nada. No lo esperaba. Nadie sabía. Y uno de los éxitos que tuvo la Operación Rosario, que fue la recuperación de Malvinas el 2 de abril, fue que nadie sabía lo que iba a suceder.

Cuando llegó y se presentó cumpliendo la orden recibida, ¿qué ambiente se percibía?

Ese 15 de marzo a la noche tomé un ómnibus con destino a Buenos Aires. Luego otro a Bahía Blanca. Llegué al destacamento el 17 de abril. Se había planteado hacer un operativo... llegó toda la tripulación, embarcamos víveres y la infantería. El buque de desembarco de tanques es un buque muy especial y diferente a los otros buques de guerra. Es un buque de transporte. Tiene una bodega muy amplia que va desde la proa hasta la sala de máquinas donde se abren unas compuertas en la proa y se baja una rampa por donde embarcan los vehículos anfibios de la Infantería de Marina. También van otros vehículos en la cubierta principal, todo trincado obviamente.

¿Ustedes lo entendían como un entrenamiento más?

Había algo en el aire que indicaba que algo raro estaba sucediendo. Se podía hablar de muchas cosas, pero voy a contar algo que formaba parte de un sentimiento mío y creo que de mucha otra gente de la Marina de guerra. En el año 78 en otro conflicto con Chile sentimos que nuestros superiores avanzaban, avanzaban y avanzaban a una decisión y al final se acababa todo y se daba marcha atrás. En muchas cosas nos sentíamos un poco de esa manera, como que empezábamos algo y en algún momento nos desilusionaban. Nunca podíamos llegar a terminar algo en concreto. Yo creo que en parte también tuve ese mismo sentimiento en ese momento... pero extrañamente esta vez llegamos al final.

¿Con qué destino zarparon?

¿A dónde fuimos? La península de Valdés tiene al sur un golfo, el golfo Nuevo, y al norte uno más chiquitito, que es el golfo San José. Llegamos al golfo San José. En el área de máquinas yo ocupaba el segundo escalón. Estaba el jefe de máquina, el jefe de propulsión y el jefe de contraloría y máquinas auxiliares. Yo era el reemplazo del jefe de máquinas, si es que faltaba. Llegamos allí y estuvimos durante tres días. Los otros buques bombardeaban la costa y nosotros largábamos las tropas de Infantería Marina de día y de noche. Hicimos, no sé, al menos cuatro desembarcos de las tropas de Infantería a tierra. Después de eso, se recuperaron todos los vehículos anfibios y salimos. Vinimos navegando de vuelta hacia el norte, hacia la base naval de Puerto Belgrano. Esa noche nadie durmió.

¿Y hasta ese momento todavía no sabía nada de Malvinas?

Nada, nada. Se olían cosas raras, pero nada de Malvinas. ¿Qué había ocurrido mientras estábamos en el golfo San José? El hijo del jefe de máquinas se había accidentado y fue así como quedé circunstancialmente de jefe de máquinas. Regresamos. Regresé navegando hasta la base naval del puerto de verano. Esa noche yo recorría el buque, la sala de máquinas, estaba todo el mundo despierto. Los infantes de marina estaban todos despiertos, nadie dormía. Había una inestabilidad rara. Algo se presentía, pero ninguna certeza ni comunicado oficial.

¿Y cuándo se enteró de lo que estaba por acontecer?

Apenas llegamos a la base naval en Puerto Belgrano, el comandante Acuña, ya fallecido, me llamó a su camarote. Ingresó también el segundo comandante. Era muy rara la situación. Nos dijo que nos iba a comunicar algo y que no teníamos ninguna posibilidad de decírselo absolutamente a nadie y que nos iba a tomar juramento. Así que tuve que levantar la mano para jurar. No recuerdo cuáles fueron las palabras exactas... pero fue algo como «juran que la información que les voy a dar a ustedes en este momento no puede salir de su persona y obligatoriamente tengo que comunicarles esto porque ustedes son los responsables de una parte muy importante de este barco y para lo que vamos a hacer ustedes necesitan tomar previsiones». Nos hizo jurar que íbamos a recuperar las Malvinas y que no se lo podíamos decir a nadie. Estuvimos cerca de dos días, creo, en la base.

¿En ese momento les comunicaron también la fecha?

No, no, pero salimos de inmediato. Yo tuve dos días para prever todas las cosas del barco que faltaban para ir a una guerra.

¿Qué sintió en ese momento? ¿Qué fue lo que primero que se le pasó por la cabeza?

Dudas, dudas de todo. Dudas y casi una certeza de que no iba a ocurrir.

Y si hubiese tenido la posibilidad, con la cantidad de años de carrera que ya tenía, de regresar, ¿lo hubiese hecho?

No, para nada. Imposible. Toda la vida preparándome para una situación así. Imaginate la cantidad de dinero que a la Nación argentina le insume pre-

parar a alguien, ya sea oficial o suboficial, para hacer una tarea muy clara y específica. Durante tantos años te preparas para lo que sería mantener un buque de guerra y vos perderte la oportunidad. Por alguna razón, los que fuimos a Malvinas nos sentimos elegidos.

¿Pensó en su familia en ese momento?

Sí, pero mi familia sabía cuál era mi trabajo, mi objetivo. O sea que también la familia aceptaba estas posibilidades. Las posibilidades de salir y que un día uno no regrese. Así que así como aceptaron que me fuera a la Antártida por un año, también esto fue aceptado.

Fui la noche anterior a nuestra zarpada, que fue el día 28 de marzo a las 12:00, a mi casa en Bahía Blanca. Pude despedirme de mi esposa y de mis hijos, pero no les dije a dónde me dirigía.

¿Cómo fue esa zarpada el 28 de marzo de 1982?

El buque tenía una tripulación más o menos de 270 hombres, pero llevábamos otros 600, 700 de tropa de infantería marina. Hay un video donde nuestro comandante del buque cuenta muy bien lo que es la historia de esa zarpada donde a él le entregan cinco sobres que debía ir abriendo a medida que se lo fueran ordenando desde un despacho marítimo. Muy pocos sabíamos lo que estaba pasando.

Salimos a navegar y atrás salieron los otros buques de guerra, los destructores, las fragatas. Y cuando estábamos ya en mar abierto, empezaron a llegar otros buques del sur que se formaron alrededor nuestro. Lo que significaba que nosotros éramos la parte más importante para la recuperación de las islas Malvinas. Sin las tropas de Infantería de Marina que pudieran hacer la operación de desembarco, se acababa la recuperación de Malvinas. O sea que éramos el núcleo central de toda la formación de buque de guerra.

De los 32 años que estuve cercano al mar, he vivido fuertes temporales con riesgo de vida incluso, pero ninguno como estos caminos a las islas Malvinas. Fueron dos temporales. La operación debía realizarse el 1 de abril y tuvimos que retrasarla al 2 de abril debido al temporal.

El cabo San Antonio era plano porque tenía la posibilidad de varar en las playas para el desembarco de tanques, los que se usaron en el día D en la Segunda Guerra Mundial, contruidos con esos planos de los barcos estadounidenses en el Astillero Naval de Río Santiago. Entonces íbamos en el centro y fue tan fuerte el temporal en el barco que cabeceaba, se hundía la proa, se levantaba y a su vez rolaba. Pero nunca había rolado tanto en mi vida.

Yo estaba en el puente de mando, hacía guardia en el puente de mando, de 04:00 a 08:00 y de 18:00 a 20:00. Llegamos a rolar 45 grados durante dos o tres días. Es terrible. No tanto para los marinos que estamos acostumbrados, pero para los infantes de marina, los conscriptos, suboficiales y oficiales que no tienen tanta navegación como nosotros fue muy complicado.

Con tanto movimiento me imagino que a nivel físico la pasaron muy mal...

Sí. La gente no dormía, no comía. Muchos vomitaban y padecían fuertes dolores de cabeza. El buque tenía sus problemas y sus defectos. No había suficiente ventilación. Así que todas las tropas de infantería de marina sufrieron mucho en ese viaje.

En ese buque embarcamos un grupo de Ejército que estaba compuesto por el teniente coronel Seineldín, en ese momento muy conocido dentro y fuera del Ejército; un subteniente, si mal no recuerdo, Reyes, y todo un grupo de suboficiales y conscriptos del Ejército argentino. Ellos originariamente iban con la misión de llegar a la casa del gobernador de Malvinas y pedirle la rendición.

Hasta ese momento todavía no se había comunicado oficialmente cuál era la misión...

No. El 1 de abril se empezaba a calmar un poco el temporal. Llegó un helicóptero que sacó al comandante de las tropas de Infantería de Marina con un arnés, lo subió hasta el helicóptero y lo trasladó hasta el ARA Santísima Trinidad donde los altos mandos que comandaban toda operación tuvieron una reunión. Luego el comandante volvió a nuestro buque y seguimos navegando.

Ese mismo día a las 18:00 horas, estando en el puente de mando, se da a conocer la misión a todo el personal embarcado. Son solo unos minutos donde nos comunican y nos ordenan todo lo que vamos a hacer. Ahí se da la famosa arenga previa a un combate hecha ya desde la época de San Martín y desde toda la historia de la guerra.

Recibimos las directivas y nos explicaron la responsabilidad de cuidar a los ciudadanos ingleses que estaban viviendo en tierra argentina. Nos alertaron que sobre nosotros iban a hacer caer todo el peso de la ley. Y como cierre nos dijeron que habíamos sido elegidos para hacer historia en este hecho de volver a recuperar el poder sobre Malvinas que desde 1833 estaba en manos británicas.

Un momento demasiado tenso e importante. Cuando se terminó de dar esa locución, el grito que se escuchó de «viva la Patria» en el barco fue realmente impresionante. En ese momento todo el mundo tomó conciencia de lo que íbamos a hacer y al mismo tiempo inconsciencia de lo que estábamos haciendo.

Y ustedes ya con toda la información sobre la misión creían que los ingleses no sabían nada y que iban a ser sorprendidos...

Claro. Pero, ¿qué pasó? Previo a esto, los ingleses ya habían sido advertidos de que nosotros íbamos a hacer esa operación. Creo que 48 horas antes de la operación recibieron la información americana satelital. Ellos ya nos esperaban, hicieron todo lo que tenían que hacer para tratar de rechazar la operación. Apostaron gente en diversas playas, llenaron la pista de aterrizaje de máquinas viales para que quedaran inhabilitadas.

Fue en ese momento cuando se cambió la directiva sobre quién iba a ir a la casa del gobernador Rex Hunt a pedir la rendición. Por eso es que fue el capitán Pedro Edgardo Giachino y no el teniente coronel Seineldín. Cuando los ingleses descubrieron nuestro objetivo, se tuvieron que hacer algunos cambios de último momento.

Finalmente Giachino hizo la operación y terminó siendo el primer muerto de la guerra de Malvinas junto a otros dos que lo seguían, el segundo comandante y el enfermero. Esta parte sí es de las más conocidas y comentadas.

¿Qué recuerda del día del desembarco en plena Operación Rosario?

Nosotros llegamos el 1 de abril por la noche a la zona de operaciones. Ya había calmado la tormenta. Los infantes habían tenido una hora para recuperarse y comer algo.

Yo tomé guardia el día 2 de abril, a las 04:00 en el puente de mando y empezamos a tomar camino hacia el lugar donde debíamos hacer el desembarco. A las 04:30 sonó la sirena en el buque para cubrir un puesto de combate, llamado por un timbre muy especial. Vino un oficial que tenía que cubrir su guardia en el puesto de combate en el puente de mando, me relevó y bajé a la sala de máquinas con todas las cosas que tenemos que prever para llevarlo a un puesto de comando. Me instalé en una de las consolas de una de la sala de máquinas de proa con los auriculares en comunicación directa con el jefe de máquinas que estaba cubriendo un puesto de combate también en el puente, así que me enteraba a través de él de las cosas que iban sucediendo.

¿Qué se le pasó por la cabeza cuando escuchó ese timbre?

Ya lo esperaba. Desde el día anterior a las 18:00 h nos habían dicho que íbamos a hacer toda esa operación, así que estábamos todos esperando ese momento. Escuchamos ese timbre tantas veces durante nuestros años de formación que ya nos era familiar. La diferencia era que en esa oportunidad iba-

mos a hacer una operación real de combate. No sabíamos lo que venía, lo que nos esperaba y si íbamos a llegar a hacerlo.

A las 04:30 ya estábamos camino hacia el faro San Felipe para dirigirnos a la playa donde íbamos a hacer el desembarco. La corbeta ARA Drummond fue designada para entrar por esas aguas estrechas antes que nosotros que seguíamos siendo lo más importante de toda la operación. Si fallaba algo en ese momento, se acababa la operación.

La corbeta ARA Drummond ingresó antes. El capitán de navío ya retirado Jony García me comentó mucho tiempo después que él fue el responsable de sacar las trincas que aseguraban los portalones de la proa para poder bajar la rampa para que luego se fueran al agua los vehículos anfibios y así realizar la operación desde el mar.

Me imagino la dificultad que representaba semejante misión...

Sí. No íbamos a la playa porque no había playa, estaba lleno de piedras. Así que todo ese lanzamiento de vehículos anfibios debía hacerse en el mar para que luego navegaran hasta la tierra y después seguir por tierra. Me comentó García que cuando llegó la proa con un cabo que lo estaba ayudando se dieron cuenta de que el temporal había sido tan fuerte que había hundido un poco las chapas de los portalones y que no podían sacar las tuercas que aseguraban ese trincado de los portales. La desesperación los invadió. Al no poder aflojar las tuercas y no poder cargar los vehículos de Infantería de Marina, se acababa la operación o al menos se iba a retrasar. Así que volvió corriendo de la proa al puente de mando a tratar de buscar un explosivo para volar la tuerca y posibilitar la apertura de los portalones. Volvió corriendo al puente de mando y le planteó al comandante la necesidad, los infantes de marina estaban llenos de explosivos, se podía hacer perfectamente eso. Cuando ya estaban por tomar la decisión, les llegó la comunicación de la proa de que el cabo había podido aflojar las tuercas.

¿Cómo continuó el desembarco?

Al final se solucionó el problema de la tuerca y seguimos navegando. Entró la corbeta ARA Drummond delante de nosotros. Para hacer la operación en una caleta, en una pequeña bahía, muy pequeña, ingresamos nosotros y el comandante tuvo necesidad de fondear un ancla de popa para quedarse agarrado para que el viento no lo transmitiera. Además hay poca posibilidad de maniobra con máquinas en un lugar tan pequeño.

Abrimos los portalones y en ese momento empezaron a tirarnos con una ametralladora de tierra. Recuerdo las palabras del jefe de máquinas: «Nos hemos tirado todos cuerpo a tierra porque nos están disparando, pero terminan cayendo uno o dos metros antes del buque».

En la cubierta llevábamos muchos tambores con combustible para alimentar los vehículos anfibios, no había otro barco que pudiera realizar ese trabajo. Así que si nos llegaban a dar con un proyectil de una ametralladora en uno de sus tambores hubiera sido un problema muy serio. Empezaron a tirar y salió la corbeta que nos custodiaba y le respondió con ametralladoras. Al parecer era una o dos personas que estaban en tierra para tirarnos. Finalmente logramos largar los vehículos anfibios que tuvieron que desviarse un poco.

En un vehículo especial desembarcó el teniente coronel Seineldín con su gente del Ejército. A él lo mandaron, después de que su rol fuera cambiado a último momento, al aeropuerto, que quedaba antes de llegar al pueblo.

A un compañero mío, de mi misma promoción, que iba en otro vehículo anfibio junto con Seineldín al aeropuerto y que después tenía que ir a combatir al pueblo si se presentaba resistencia, le entregué una bandera argentina y le dije: «Por favor, Carlos, si tenés la posibilidad ízala en algún lugar y tráemela de vuelta». Y lo pudo hacer, con el pabellón que yo le entregué y con otro que él tenía.

Y el teniente coronel también hizo lo mismo. Había mástiles en el aeropuerto así que mientras las máquinas viales eran corridas por los vehículos anfibios que habían sido destinados a limpiar el aeropuerto para que después nuestros aviones con la gente del Ejército pudieran aterrizar allí, él izó estos pabellones y me lo regresó como una reliquia.

¿Entonces esas banderas fueron izadas antes de la famosa foto?

Claro, claro. Y esos pabellones chiquitos terminan conformando las primeras banderas argentinas que se izaron en Malvinas y que denotaron soberanía.

¿Cómo siguió todo después de la muerte de Giachino?

Nosotros nos quedamos afuera fondeados e ingresamos al otro día al muelle aprovechando la marea para ver qué nos ordenaban hacer. Nos bajamos con el jefe de máquinas. Nos pusimos a hablar un poquito en inglés y él nos comentó que tenía la certeza de que en una semana la flota inglesa llegaba y nos iba a expulsar. Le pedimos que nos sacara una foto, la única que tengo de Malvinas.

El 3 de abril a la tarde recuperamos los vehículos anfibios. Recuerdo que uno de esos vehículos tenía entre 78 y 90 orificios de proyectiles de fusil de los ingleses originados en el combate en Puerto Argentino. Por suerte ninguno había ingresado al interior, por lo que no había heridos.

Un día después, 4 de abril, nos ordenaron volver a la base naval de Puerto Belgrano.

¿Quedaron tropas de Infantería en Malvinas o volvieron con ustedes?

No, ellos se quedaron en Malvinas. Nosotros trajimos los vehículos anfibios con algunos de ellos que eran los que los manejaban y que luego los hicieron volver.

Finalmente llegan a la base de Puerto Belgrano, de acuerdo a la orden recibida...

Sí. Ni bien llegamos a la base de Puerto Belgrano, nos empezaron a cargar con nuevas tropas de Infantería de Marina y terminamos saliendo rumbo a Río Grande en la isla de Tierra del Fuego.

¿Con qué objetivo los llevaban a Tierra del Fuego?

Chile había puesto muchas tropas y había posibilidad de que ellos también accionaran militarmente para quedarse con toda Tierra del Fuego. Así que fuimos para allá, paramos en la playa y desembarcamos la tropa.

¿Qué pasó hasta que terminó la guerra?

Después de buscar al aviso ARA Alférez Sobral, que es un barco tipo remolcador de los que ingresan los buques más grandes a puerto, que en una misión de rescate de unos pilotos que se habían eyectado después de ser impactados por un misil Sidewinder había sido atacado por helicópteros ingleses y se había perdido la comunicación, nos ordenaron entrar a Puerto Deseado. Y allí permanecimos durante el resto de la guerra.

Luego, cuando terminó la guerra, nos ordenaron zarpar nuevamente e ir hacia el sur. Allí estuvimos cuando llegó el ARA Bahía Paraíso, con todos los heridos y algunos fallecidos. Después creo que nos ordenaron ir a recuperar tropas de Tierra del Fuego.

¿Qué sensación le quedó cuando se acabó la guerra?

Terrible, terrible. Un militar no está programado para no llegar a cumplir la operación que le ordenan. Nuestra conciencia no nos da posibilidad alguna de no terminar de cumplir una orden. Uno incluso está decidido a dejar su propia vida. La vergüenza que uno siente por no haber ganado es indescriptible. Encima durante el mandato de Alfonsín y con toda la gente de izquierda que empezó a entrar al gobierno, empezaron a pisotearnos de una u otra forma. Así que se juntaron muchísimas cosas que hicieron que durante 35 años personalmente me sintiera pésimo con respecto a Malvinas.

¿Qué siente hoy?

Hoy es otra cosa. 35 años después empezamos a asomar la cabeza nuevamente. Empiezan a aflorar informaciones desconocidas, todo lo que hizo Gran Bretaña y el dinero que puso para crear dentro de Argentina un sentimiento antipatriótico en contra de las Malvinas.

Después de todos estos años de tristeza por lo que ocurrió, por haber tenido que aceptar la derrota también surge otra sensación de haber estado a un tris de ganarle la guerra a la OTAN, con todo lo que eso implica. Y el reconocimiento no es solo local, también los ingleses avalan el enorme esfuerzo que hicimos y lo cerca que estuvimos de obtener otro final.

Oscar Gerardo Gordillo

(28/4/2021)

Oscar Gerardo Gordillo participó en la guerra de Malvinas con el grado de cabo primero, con tan solo 20 años recién cumplidos. En 1982 se encontraba en el Regimiento de Infantería Motorizado 8 General O'Higgins, que dependía de la IX Brigada Mecanizada, Tercera División de Ejército, con asiento en la ciudad de Comodoro Rivadavia.

Durante la guerra, comandó uno de los grupos de morteros pesados, de 120 milímetros de calibre, dentro de la Compañía Comando del Regimiento.

Se autodefine como muy exigente con sus soldados. Está casado y tiene dos hijos y destaca que hoy su cable a tierra es salir a caminar.

«La guerra no fue fácil para nadie y no sé si fue o no el momento propicio. La historia lo va a juzgar, pero lo que no podemos permitir es que se pierda la causa».

¿Percibió algún indicio de lo que estaba por suceder?

Podríamos haber tenido un indicio de lo que iba a pasar porque durante ese año se incorporó al regimiento casi el 80% de su cuadro de organización. Normalmente se incorporaban dos compañías y en el 82 incorporamos tres compañías de soldados clase 63, conscriptos clase 63.

Tuvimos un período de formación muy acotado. Empezamos a mediados de febrero y usualmente el período de instrucción individual duraba como mínimo tres meses. Estuvimos todo el mes de marzo cerca del cuartel, no sabíamos nada de lo que iba a pasar.

El día 2 de abril por la madrugada se nos ordenó replegar el VIVAC para emprender la marcha de regreso al regimiento. No estábamos demasiado lejos, así que volvimos a pie. Al llegar al regimiento, nos enteramos de lo que estaba sucediendo en Malvinas. Nos empezamos a reorganizar. Yo había dado instrucción con la Compañía de Infantería B y fui trasladado a la Compañía Comando. El 4 de abril comenzamos a embarcar los morteros pesados en un avión Hércules en el aeropuerto de Comodoro Rivadavia. Partimos al día siguiente, de madrugada.

¿Cuál era su percepción de lo que estaba sucediendo? ¿Qué pensaba?

Cuando llegamos al regimiento y nos enteramos de las novedades, en algunos existía un profundo desconocimiento. Otros sentimos alegría y al mismo tiempo nos preguntábamos cómo debíamos equiparnos. Si bien recibimos preparación para enfrentar una guerra, la verdad es que todo regimiento adecua sus cosas a un tiempo de paz.

Yo soy muy exigente. Se me mezclaba el sentimiento generado por el hecho de tener que ir a Malvinas con una inseguridad sobre la instrucción recibida. A lo mejor todo lo que nos habíamos preparado no iba a servir para ir a Malvinas y era insuficiente.

¿Qué día llegó a las islas y qué recuerda de ese momento?

Llegué el 5 de abril. Era cerca del mediodía. Comenzamos a bajar los morteros y las cajas de munición. Luego nos unimos con el resto del regimiento. Estuvimos acartonados en un camino que iba bordeando la bahía de Puerto Argentino.

Recuerdo que un compañero mío estaba operando una radio y logró conectarse con otra radio de otra unidad, específicamente del Batallón de Comunicaciones 181 de Bahía Blanca. Me dijo que mi hermano estaba saliendo al aire. Fue una sorpresa. Durante el preparamiento y cuando empezás a embarcar, no es que te olvides de tus familiares, pero estás concentrado en otras cosas. No tuve la oportunidad de llamar a mis padres.

Mi hermano Rubén también es militar de carrera y no habíamos mantenido comunicación. Las licencias por lo general no coincidían y era difícil encontrarlos. Lo escuché hablando por radio y con los códigos propios del Ejército. Entonces le dije: «Lo único que te pido es que le comentes a mamá o a papá que estoy bien, que estoy en las islas Malvinas». Inmediatamente me respondió que también estaba en Malvinas, en la otra punta de la isla. «¿Qué te hace falta?», me preguntó. Me dijo: «Cuando vaya con los carros de comida paso a saludarte y te llevo lo que necesites». Ni sospechaba que mi hermano estaba también ahí. Él había participado de la Operación Rosario.

Me encontré con él y, abrazo y lágrimas de por medio, me contó que había sido papá de su primer hijo y que había desembarcado el 2 de abril. Nos dimos un abrazo sentido al despedirnos y no nos volvimos a ver hasta mucho tiempo posterior a nuestro regreso de Malvinas.

¿Después fue trasladado a Bahía Zorro?

Sí. Después fuimos trasladados a la otra isla, específicamente a Bahía Zorro. En los mapas aparece como Bahía Fox, pero como es argentina hay que decirle Bahía Zorro. En ese lugar estaba asentada la Compañía de Ingenieros 9, de la localidad de Sarmiento, Chubut, que hoy está en la Comunidad de Río Mayo. El regimiento estaba a cargo del coronel Ernesto Repossi, quien decidió dividir a la sección morteros pesados en dos grupos: el Mortero Tres, a mi cargo, y el Mortero Cuatro, comandado por otro mendocino, Víctor Alberto Funes, de Las Heras.

La Compañía de Ingenieros 9 estaba emplazada en una playa bastante extensa y donde se presumía que podía ser uno de los sitios de desembarco inglés. Podía ser utilizado para avanzar hacia Puerto Hogwarts o hacia la parte de Darwin. Fuimos ubicados adelante cuando usualmente los morteros 120 están mucho más atrás porque suelen apoyar al despliegue de las tropas de infantería.

Nosotros no entramos en combate directo con los ingleses, pero sí fuimos intensamente bombardeados. Comenzaron las hostilidades. Padecíamos bombardeos desde las fragatas inglesas todas las noches. Esos buques tenían una autonomía de alcance de 15 kilómetros.

¿Qué efecto causa ese ruido constante de los bombardeos? ¿Cómo se convive con eso?

Lo que escuchábamos a la distancia era un fogonazo y un silbido y las bombas que caían. En los primeros bombardeos nos replegábamos hacia atrás porque existía la posibilidad de salir de la posición y guardarse detrás de un pequeño acantilado. Luego, con el correr de los bombardeos, nos empezamos a quedar en posición. El problema era que uno se sentía indefenso, porque no teníamos con qué responder. No sabíamos a qué distancia estábamos, tirábamos, pero no sabíamos dónde caía.

¿Cómo se contiene a un grupo de jóvenes en plena guerra?

Mi contención fue a través de la exigencia. Soy autocrítico conmigo mismo porque en mi forma de sentir lo que es la milicia he sido recto y muy exigente. Mientras más preparación se tiene, menor es la posibilidad de que te puedan matar en combate.

Cuento una anécdota. Mucho tiempo después, estando en Comodoro Rivadavia, en la noche de vigilia de un 2 de abril, llegó un grupo de soldados

cordobeses. Se me acercó un soldado, uno grandote, y me dijo con su mejor acento cordobés: «Gordillo, yo me había jurado que el día que te encontrase nos íbamos a agarrar a trompadas, pero ahora que te encuentro te tengo que dar las gracias, porque si vos no hubieses sido exigente probablemente no estaríamos». Para cerrar, agregó «hoy soy padre y abuelo y les transmito eso mismo a mis nietos». Nos abrazamos y nos pusimos a llorar como dos niños. Son caricias al alma.

Qué alegría para su madre ver que sus dos hijos volvieron con vida después de la guerra. ¿Cómo fue ese regreso?

Por supuesto. Para ella y para toda la familia fue una alegría enorme. Yo regresé de Malvinas en el buque de transporte inglés Norland, mi hermano en el buque Camberra. Él regresó antes que yo. Dando una entrevista al diario *Los Andes* junto a mi hermano y mi madre para un 2 de abril, me enteré de algo que no sabía.

Cuando mi hermano llegó a Puerto Madryn, había unos galpones donde te entregaban un trozo de pan y donde estaban las listas de todas las unidades con los nombres de todos los soldados. En mi unidad, yo aparecía como caído, muerto. Para él fue un verdadero trago amargo.

¿Tuvo contacto directo con los ingleses el día de la rendición?

Sí, llegó a la bahía en la que nos encontrábamos el helicóptero con el oficial inglés. Nos pidió que entregáramos nuestras armas y que sacáramos las redes de enmascaramiento. Al sacarlas, vio que en realidad eran palos. Se agarraba la cabeza y decía que no habían hecho una acción efectiva sobre la bahía debido a que creían que teníamos cañones costeros cuando en realidad no los teníamos. Eran cañones montados. Eso se llama en lo militar «velo y engaño». Armamos algo para hacerle creer al enemigo que había algo. Los británicos nunca dejaron de asombrarse de nuestro ingenio.

¿Qué opinión tiene en general de los soldados argentinos? Durante el largo proceso de desmalvinización mucho se ha hablado de los «pobres chicos de la guerra».

Mis soldados, y ahí englobo a todos, no solo a mi grupo, no fueron ningunos chicos de la guerra, como siempre se los ha tildado e intentado minimizar. Fueron jóvenes conscriptos que tuvieron que asumir una responsabilidad del día a la noche y asumieron esa responsabilidad con el máximo honor, con vo-

cación de servicio y con el empeño gigante para desenvolverse correctamente en el campo de batalla y estar a la altura de las circunstancias. Esto tiene que ser marcado a fuego. Fueron jóvenes que tuvieron lo que tenían que tener, que supieron que ese era el momento en que había que defender a su Patria, defender los colores celeste y blanco. Estoy enorgullecido de nuestros soldados.

Nosotros derrotamos a los ingleses. No tengo dudas y ellos mismos lo reconocen. No pudimos derrotar a la OTAN en su conjunto, a todos sus aliados, e incluyo acá a Chile. Soy muy consciente de estas palabras porque a lo largo de mi carrera militar estuve como fuerza de paz en Yugoslavia y en Chipre, un bastión inglés, donde ellos comandaron y fueron parte de la tan famosa Batalla del Desierto. Nosotros, cuando estábamos en actividad, portábamos dentro del uniforme la cinta oscura de combatiente. Ellos, nuestros combatientes, le tienen un gran respeto.

En un principio los ingleses creían que éramos un picnic; que venían, tocaban y se iban. Y se encontraron con que estuvieron a un día de perder la guerra. Se encontraron con gallardos pilotos que demostraron lo que es hacer un combate aéreo, se encontraron con soldados aferrados a sus posiciones que morían combatiendo agarrando el rosario y el fusil. Eso es lo que representa la causa Malvinas. Malvinas representa la gallardía del soldado argentino.

Malvinas es todo eso. Yo viví la guerra sin haber tenido un combate directo, estrecho, contra un inglés, pero sí habiendo soportado durante noches y noches bombardeos y más bombardeos que obviamente nos produjeron bajas.

Hubo cosas feas, dejémoslas por ahí. Hay mucha gente que hoy se aprovecha de las cosas feas o toma relatos de otros y los hace propios. La guerra es así, dura. Pasamos hambre, pasamos necesidades. Hemos llegado a compartir un plato de agua con un poco de caldo entre tres. Hemos estado, a veces, poco aseados; hemos tenido los pies húmedos... Pero no por eso dejamos de cumplir la misión que teníamos, estuvimos a la altura, con grado o siendo conscripto.

La guerra no fue fácil para nadie, no es una cosa que nos sirva, no sé si fue el momento propicio o no. La historia lo va a juzgar, lo que no podemos permitir es que se pierda es la causa.

¿Qué les debe la sociedad argentina a los veteranos de guerra?

Yo creo que la sociedad ha estado compenetrada con el soldado, al principio no entendió el origen de Malvinas. Muchos lo asocian a la dictadura, otros al principio de la democracia, o a un manotazo de ahogado de un general, no sé. Pero a la sociedad le costó al principio entender cuál fue el sentimiento. Con el correr del tiempo se entendió qué fue Malvinas y lo que representa. La sociedad hoy nos respeta. Tal vez al principio pasábamos inadvertidos, pero ya no.

¿En su casa se habla de Malvinas?

No somos mucho de hablar en casa de Malvinas. Mi señora respeta mis principios. Ella me acompaña y es el soporte de mi persona. Estamos casados desde el año 1984. Tengo dos hijos, una mujer y un varón. Él es malvinero, ella también siente la causa a su modo. Si yo hablo algo de Malvinas, ella me escucha y me comprende.

En mi caso, Malvinas es una cosa muy interna, pero no dejo de agradecer enormemente que nos pongan el oído y que se pueda transmitir el sentimiento malvinero.

Luis Guillermo López

(8/3/2022)

Luis Guillermo López nació en la provincia de Tucumán. Hoy se siente honrado de vivir en «la ciudad malvinense de Luján de Cuyo», en Mendoza. En 1982 estuvo en Malvinas con el grado de sargento de Infantería como jefe de grupo de apoyo.

Fue movilizado de la Escuela Superior Técnica de Palermo, de Capital Federal, a Comodoro Rivadavia y de ahí cruzó a Bahía Fox en las islas donde permaneció hasta el final de la guerra.

Hoy, ya jubilado, es feliz con su segundo matrimonio y su vida consiste en mantener viva la causa Malvinas. Luis es secretario de la unión vecinal Lomas de Malvinas y da charlas sobre el conflicto. También es el tesorero de la Asociación Cuyana de Veteranos de Guerra de Malvinas.

«Lo que siempre me llenó el espíritu fue poder llevar a mis soldados y traerlos de vuelta a todos, gracias a Dios pude lograrlo».

¿Tuvo la oportunidad de despedirse de su familia antes de viajar a Comodoro Rivadavia?

Si, pude despedirme de mis padres. En esa época vivía en City Bell en La Plata. Fui y los vi muy rápidamente. En un lapso de quince minutos pude despedirme de mi padre, de mi madre y de mi hermana. Después me trasladé en avión a Comodoro Rivadavia y no me pude comunicar más con ellos. No existían los medios actuales y conseguir un teléfono público era toda una proeza. Cuando llegué a Comodoro, pasé un tiempo haciendo instrucción con soldados de la clase 62 y 63 para, luego de muchísimos intentos, finalmente poder cruzar a Malvinas. Tenía muchísimas ganas, algo propio de nuestra juventud. Yo tenía entre 23 y 24 años.

¿A qué se refiere con varios intentos para cruzar a Malvinas?

En Comodoro Rivadavia se hizo una especie de base y todo el mundo cruzaba por ahí. Estaba súper poblado y a veces no había medios y se priorizaban armamentos, equipos, comida, entre otras cosas. La cadena logística sobre personal en todos los casos. Y cuando se producía alguna situación favorable

para poder trasladar al personal, se hacía. Ya había situación de guerra así que había que tener muchísimo cuidado para poder pasar a las islas.

¿Cuándo se enteró de que estábamos en guerra?

El 2 de abril. Yo estaba en una Escuela Técnica donde se reciben ingenieros militares y, cuando me enteré, estuve esperando el llamado porque soy un hombre de infantería y pensé que íbamos a ser los primeros solicitados para ir a la recuperación de Malvinas, y así fue.

¿Cuál era el sentimiento en ese momento?

Yo soy suboficial, retirado ahora, pero egresado de la Escuela Sargento Cabral y nosotros siempre recibimos instrucciones para entender qué es la Nación, qué es la Patria, el sentimiento de pertenencia hacia el lugar en el que uno vive, valores... Desde la escuela primaria había escuchado sobre Malvinas y la ocupación inglesa. Después fui indagando más para saber bien de qué se trataba y sin dudas yo quería recuperar las Malvinas y participar de esa gesta patriótica. No tenía temor, pero sí preocupación por saber de qué madera estaba yo hecho y si podía estar a la altura de la circunstancia. Lo que siempre me llenó el espíritu fue poder llevar a mis soldados y traerlos a todos. Gracias a Dios pude lograrlo.

¿Qué es la Patria para alguien que tiene ese grado de compromiso?

La Patria es el lugar donde vivimos, donde tenemos a nuestros padres, nuestra tierra, es el lugar donde nos desarrollamos, en donde queremos plasmar nuestros proyectos y vivir en paz. La Patria para mí significa todo. Teníamos el apoyo de todos los integrantes de las fuerzas y especialmente de los soldados, quienes, si bien son el último eslabón en esta institución, son importantísimos porque son el nexo que tenemos el cuadro permanente de las fuerzas con la sociedad porque son hijos, nietos, tíos... Son parte fundamental de la sociedad y a ellos les debemos muchísimo respeto y se merecen la mejor instrucción posible porque el Estado ha depositado su confianza sobre nosotros para que les demos lo mejor posible.

¿Cómo fue la llegada a las islas?

Yo fui en avión y nos elevamos muchísimo por una situación de peligro. Se decía que se asomaban patrullas aéreas de combate inglesas, entonces nos

tuvimos que elevar y no vimos prácticamente nada hasta el momento en que nos informaron que estábamos arribando a las islas. Al mirar por la ventana fue una emoción tremenda, ver delineada la forma geográfica de Malvinas desde el aire fue muy emocionante, hasta tal punto que nos pusimos a cantar la canción al infante de las fuerzas. Hicimos una abstracción de la guerra, fue una caricia al alma poder ver Malvinas, fue algo muy emotivo.

Después fuimos bajando y fue una impresión tremenda ver el movimiento en las islas. Arribamos a Puerto Argentino entre el 10 y el 11 de abril como a la seis de la tarde, ya oscureciendo. Armamos las carpas en la playa y pasamos la noche a orillas del mar. Cuando nos levantamos al otro día, la carpa parecía de madera, toda congelada, y ahí tomamos dimensión de la situación geográfica climática y de la guerra.

Yo tenía a mi mando un grupo de aproximadamente quince soldados, algunos de Córdoba y la gran mayoría de Chubut. Estuvimos uno o dos días en Puerto Argentino. Después trasladaron a toda la compañía en helicóptero a Bahía Fox. El helicóptero tenía que hacer vuelos de combate, a muy baja altura y muy rápido. Era llegar al lugar y prácticamente saltar para que el helicóptero regresara. Ya se vivía una situación muy delicada.

¿Qué dificultades tuvo que atravesar?

Apenas llegamos, nos sumamos al grueso del Regimiento Ocho. Formamos parte de la reserva del regimiento. Tuvimos que empezar a cavar pozos para protegernos. Cuando cavabas un pozo de aproximadamente un metro de profundidad en tiempo récord, ahí empezaba el drama... era todo turba y te hundías. Como el argentino se da maña para todo, conseguí unos explosivos para poder volar la posición y seguir cavando. Al conseguir los explosivos y el iniciador de fuego tuve un problema porque la mecha era rápida, no había mecha lenta, entonces era instantánea. Había que lanzarla con velocidad y tirarse de cabeza para no volar con la posición. De esa forma pudimos aflojar la piedra y seguir cavando.

Nuestra posición requería hacer pozos para ametralladoras pesadas. Había soldados que cavaban pozos individuales, pero en nuestro caso nos ubicábamos de a cuatro personas. Sin embargo, ya a la noche, entre la cantidad de turba y piedra que había, el pozo se llenaba de agua, entonces teníamos que extraerla para poder permanecer en el lugar. Sumado a eso, el tiempo era muy cambiante y además había muy pocas horas de luz, mucho frío, mucho viento, lluvia, agua nieve...

¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

Aproximadamente unos sesenta días, hasta el final del conflicto. Hacíamos patrullas en ese mismo lugar. Después comenzaron los bombardeos navales, los ataques aéreos. Más tarde las administraciones logísticas. Los primeros días teníamos de todo, pero después, debido al cerco que hicieron los ingleses, prácticamente no llegaban las provisiones. Nos arreglamos con algunas ovejas y con la harina se hizo pan. Si bien no nos sobraba nada, siempre había alguna forma de subsistir. Por suerte en ese sector de la isla había agua dulce.

¿Cómo se desarrollaron los hechos?

En mayo se produjo el primer ataque, creo que el 29. Estábamos fuera del pozo, en un momento de esparcimiento tomando un poco de sol, y en ese momento llegó un ataque aéreo. Nos tomó por sorpresa mientras comíamos. Tuvimos que dejar todo ahí y meternos en el pozo de nuevo. Después vinieron los bombardeos navales que caían lejos y entre nosotros comentábamos «qué mala puntería», pero en realidad nos estaban midiendo hasta llegar a nosotros. Es horrible la sensación de esperar a que vengan por uno. Después nos acostumbramos a los bombardeos, era ver el fogonazo en el mar y contar unos veinte segundos hasta que cayera en tierra.

Debe ser muy duro para la psiquis saber que en cualquier momento podía ser el próximo...

Sí, pero los que somos cuadro permanente tenemos que tratar de estar enteros en todo momento, no tener tanto miedo ni estar tan sujeto a la situación. Es decir, tratar de estar un poquito por encima porque si no las personas que dependen de uno se ponen peor que nosotros. Siempre intenté mantener la calma.

Después nos fuimos acostumbrando. Contábamos anécdotas y cuentos. Nos conocimos con los soldados. Pero, en cierto momento las relaciones se desgastan, uno se pone irascible, los humores se manifiestan y así fuimos rotando y aguantando... Alguien tiene que poner punto final para que la vida continúe dentro de la normalidad posible.

¿Cuándo regresaron de Malvinas?

Volvimos unos diez días después del 17 de junio, cuando descendió en el lugar donde estábamos nosotros el general Jeremy Moore, que era el comandante de los ingleses, a quien recibió el coronel Repossi, que era el jefe de nuestro

regimiento. Ese 17 fue muy duro porque nos hicieron bajar la bandera argentina. Un inglés cortó la driza y cayó nuestra bandera.

Ahí empezó a sonar un corneto, un tambor y empezaron a izar la bandera de los británicos. Siempre en todo momento estuve con mi grupo. Luego nos hicieron entregar el armamento, pero muchos pudimos tirarlo al mar o lo enterramos. Fue un momento muy triste y silencioso. Todo el mundo masticaba su dolor, su bronca.

Entregamos todo e inmediatamente nos ubicaron en un galpón de esquila, semidesnudos. Al otro día nos llevaron a un barco que se llamaba «El Intrépido». Siempre le dije a mi grupo que tratara de mantener la cabeza en alto. Fuimos al barco donde había soldados ingleses con boinas negras, que son la parte profesional de la logística. Nos metieron al camarote y nos dieron de comer. Estábamos desesperados por comer. Yo había bajado unos quince o veinte kilos. Estábamos hechos unos esqueletos.

Nos preguntaban si queríamos repetición y obviamente todos dijimos que sí. Nos trataron muy bien y estuvimos dos días en ese barco. Después nos trasladaron a otro barco llamado «Northland», que parecía una ciudad por la cantidad de luces. En ese barco los soldados tenían boinas rojas, ellos habían combatido en la guerra. Nos pusieron en una rampa con nuestros bolsones mientras nos apuntaban, era una situación muy tensa, propia de la guerra.

Después llegó la Cruz Roja y nos revisaron, nos hicieron una ficha y nos mandaron al camarote de nuevo. Estuvimos tres o cuatro en alta mar hasta que arribamos a Puerto Madryn durante una madrugada lluviosa. Ahí estuvimos en una base de la Marina donde nos dieron locro y vino con un bollo de pan gigante. Comimos a cantidades. Después de ahí nos llevaron al regimiento donde permanecemos tres o cuatro días hasta que finalmente pudimos regresar a casa y ver a nuestras familias.

¿Cómo fue ese regreso?

Ahí fue cuando empezaron las culpas, típico de cuando algo sale mal. Después de esto, volví a mi destino inicial y cuando fui a buscar mis pertenencias no estaban. Mi ropa había desaparecido así que tuve que volver a Buenos Aires con mi uniforme. Al llegar a la Escuela Técnica, recuerdo que estaban comiendo un asado. Cuando me vieron fue como si se les hubiera aparecido un espectro. Me dijeron que descansara un rato y que después me llevarían a casa, pero yo no aguanté y dije «me voy caminando».

Desde Palermo a Constitución hay un trecho largo. Cuando empecé a caminar, detrás de mí salió corriendo un suboficial, Correa, y me llevó en un autito que se caía a pedazos hasta Constitución. Nunca más lo pude ubicar para

agradecerle. Una cuadra antes de llegar, se le rompió el auto. Me prestó plata para llamar por teléfono a mi familia y me tomé el tren para llegar a City Bell. Me estaban esperando mi mamá, mi papá y mi hermana. Me quedé dormido en el tren, se me acercó el guardia para pedirme el boleto y le respondí que cuando llegara lo iba a pagar. Entonces me preguntó de dónde venía y le dije que de Malvinas. Muy amable me respondió: «No hijo, tranquilo, usted duerma, cuando lleguemos a City Bell yo lo despierto». Todos estos sinsabores que había tenido se terminaron con el abrazo que le di a mi mamá. En ese abrazo encontré una seguridad que no había encontrado en toda mi vida. Estuve con mi familia y mis vecinos. Mi mamá, orgullosa, les había dicho que su hijo volvía de Malvinas.

La alegría de volver sano y salvo...

Sí, pero es un sabor agridulce porque cuesta asimilar la derrota. Esto no era un partido de fútbol. Cuesta mucho asimilar las expectativas que tenía el continente en nosotros. Los médicos, los abogados, los docentes, todos se preparan para culminar su actividad en algo importante, pero el soldado debe prepararse para la guerra para culminar su carrera. Haber regresado sin consolidar la soberanía de Malvinas es muy duro para el hombre de armas, muy, muy duro.

¿Qué pasó después de la vuelta?

Cuesta mucho por un tiempo, pero el ser humano se adapta a todo. El famoso «ya va a pasar». Y finalmente un día pasa. Fueron meses y meses sin dormir. Todavía hoy me cuesta mucho dormir, pero doy una vuelta y se pasa. No tomo nada para dormir. Uno se retrotrae a situaciones que ha vivido, revive el estrés y empieza a plantearse qué hizo mal. Eso es lo que pasó después de Malvinas. Muchos lo toleraron y otros no. Hay un porcentaje tremendo de suicidios después de la guerra. Uno se pone irascible con la familia, cuesta reponerse, pero hay que seguir. Siempre les digo a todas las personas que puedo ayudar que hay que hacer algo, estudiar, trabajar. En mi caso particular me separé y hace diez años que estoy casado en segundas nupcias muy feliz, tratando de reencontrar mi vida e intentado ayudar a toda la gente que pueda.

¿Usted siguió prestando servicio al Ejército?

Sí. Hasta el año 98 aproximadamente. En el 92 fui a Yugoslavia con los cascos azules y viví situaciones muy feas también. Después de eso volví al continente y me retiré.

A cuarenta años de la guerra de Malvinas, ¿considera que el país le debe algo?

No, absolutamente nada. Yo no puedo reclamar parte de algo cuando yo soy parte de eso mismo. Soy un ser humano que viene de una familia y esa familia pertenece a la sociedad. Mis padres han contribuido para que yo pueda estudiar y yo no tengo que reclamar. Tengo que seguir dándole a la sociedad que ha confiado en mí. Sí quizás me gustaría que la sociedad me escuchara cuando digo «no nos quedemos», porque el amor a la Patria se manifiesta en todos los frentes: en el trabajo, en la biblioteca, en la educación fundamentalmente y en la formación de gente con convicciones, con valores. Esa es la verdadera lucha de todos los días.

Adolfo Barnabó

(1/12/2021)

Adolfo Barnabó se retiró como suboficial mayor de la Fuerza Armada argentina. Perteneció a dos asociaciones que nucleaban veteranos de Malvinas: ACUVEMA (Asociación Civil Cuyana de Veteranos de Malvinas) y AVUM (Asociación de Veteranos Unidos por Malvinas).

Durante la guerra se desempeñó como suboficial en el submarino ARA San Luis. Hasta el día del inicio de la guerra de las Malvinas el 2 de abril de 1982, la tripulación y el comandante del ARA San Luis ignoraban la Operación Rosario. El buque estaba anclado en la Base Naval Mar del Plata. El 4 de abril, el jefe de la Fuerza de Submarinos, Eulogio Moya Latrubesse, ordenó al comandante del S-32 alistar su buque lo más rápido posible para zarpar. Sin lugar a dudas, a partir de ese momento Adolfo vivió una experiencia compleja con momentos marcados por una extrema valentía, empapados de patriotismo, pero también sumergidos de miedo y mucha incertidumbre.

Al momento de la entrevista, Adolfo llega acompañado por su compañero y también excombatiente Raúl Magiarate, con quien, se nota, ha generado a través de los años un fuerte vínculo y empatía. En su pecho luce con orgullo dos medallas: una del Congreso y la otra de la Armada argentina (son las dos únicas medallas oficiales que un veterano puede tener). Se muestra con ganas de hablar y ansioso de contar sus vivencias durante la guerra de Malvinas, pero al momento de comenzar la charla, no evita emocionarse, contagiando del mismo sentimiento a todos los presentes.

«Cuando supimos que había un torpedo muy cerca de nuestro submarino, recuerdo muy bien que ninguno hablaba, todos mirábamos el techo pidiendo que no ocurriera lo peor».

Antes de que la guerra comenzara, ¿se hablaba sobre el conflicto?

Lo que sabíamos era lo que los medios de comunicación difundían en la época y lo que comentábamos entre nosotros con los grupos de amigos dentro de la Fuerza Naval. En ese momento, yo vivía en la casa de suboficiales de la base naval Mar del Plata, por lo que el contacto con civiles estaba muy limitado.

Unos meses antes del 2 de abril de 1982, ¿comenzó a notar algunos cambios dentro de la Fuerza Naval?

En el año 1980, me encontraba presentando servicio a bordo del submarino Santa Fe. En febrero de 1981, me uní al submarino Salta y, en septiembre de ese mismo año, me otorgaron el pase al buque San Luis. Eso llamó mi atención.

Comencé a ver cambios radicales en cuanto al mantenimiento y recambio de personal. Eso me hizo pensar que algo estaba pasando y me acordé del año 1978, cuando estuve en la «patrulla de guerra» en el Pacífico sur por el conflicto del canal de Beagle. Además, debido a que no había tiempo suficiente, los buzos, encargados del mantenimiento de todo el casco, las hélices y el timón del submarino, debieron realizar estas tareas en mar cuando la regla indica que esto debe realizarse en dique.

¿Qué recuerda del momento en que es convocado para la guerra de Malvinas?

Toda la dotación del submarino San Luis se enteró cuando ya estábamos navegando. El comandante nos reunió en el control y nos informó sobre la orden que había recibido: navegar rumbo al sur y ocupar una zona al norte de la Gran Malvina, precisamente. De esta forma, se confirmó mi presentimiento. Efectivamente, algo estaba ocurriendo. Algunos compañeros sabían con anterioridad sobre el conflicto pero, debido a que se trataba de un tema confidencial, no estaban habilitados para comentarlo o hablarlo. Yo tenía el cargo de suboficial segundo, maquinista, submarinista.

¿Qué momentos de la guerra son los que tiene más presentes?

Las situaciones más críticas. Además de las operaciones del submarino, hubo un momento muy delicado para toda la tripulación, desde el comandante hasta el último cabo. El suboficial sonarista nos informó que había un torpedo en el agua. La incertidumbre de no saber lo que nos podía suceder fue sumamente angustiante. Por suerte, gracias a las órdenes del comandante y de la tarea del operador de lanzar falsos blancos, el proyectil pasó a popa de nuestra hélice. Fue el momento más dramático que vivió la patrulla, pero lo supimos sopesar. Recuerdo muy bien que ninguno hablaba, todos mirábamos el techo pidiendo que no ocurriera lo peor.

¿Qué significó el hundimiento del ARA Santa Fe el 27 de abril?

Lógicamente significó una gran tristeza. Yo navegué cinco años en ese submarino. En ese momento, todavía no sabíamos que habíamos perdido a un

hombre y que a otro integrante de la dotación un misil le había cortado la pierna mientras hacía recarga de munición.

¿Cómo lidiaba con los momentos críticos?

Es un sentimiento de tristeza descomunal, pero uno tiene que sobreponerse porque hay responsabilidades que cumplir. Además, con cierta jerarquía, uno tiene que mirar para abajo, a los hombres que se tienen a cargo y a los que están al lado para darles apoyo. En esos momentos es cuando más necesitan una palabra de apoyo. Necesitan la presencia de un superior que los respalde y que los encamine. No te podés permitir caer, ni tampoco dejar que quienes dependen de uno caigan. Hay que sacar fuerzas de donde se pueda.

¿Cómo le llegó la noticia del «cese al fuego»? ¿Qué fue lo que sintió?

Vergüenza y pena. Porque nosotros tuvimos problemas con la computadora de combate a los pocos días de zarpar; quedó fuera de servicio y, por más que el personal trabajó varios días para poder recuperarla, nunca se pudo resolver. Los torpedos debían ser lanzados de forma manual y debido a esto, cuando los proyectiles impactaban, no explotaban. La profundidad a la que lanzábamos los torpedos, definitivamente, no era la correcta. Cuando los buques ingleses advirtieron esto, se nos vinieron encima lanzando bombas de profundidad. También utilizaban helicópteros y, mediante un domo sonar, trataban de ubicarnos. Fue en ese momento cuando el comandante dio la orden de mandar el buque a la isla para asentarse en el fondo. Las catas que teníamos no estaban actualizadas, pero gracias a Dios el buque logró asentarse bien sobre un fondo rocoso, lo que permitió que las emisiones sonoras fueran difíciles de detectar. Por esto es que los ingleses no nos pudieron localizar.

Fue una maniobra muy difícil. El cabo de guardia, en el compartimento torpedo, se dio cuenta de que el buque iba a rozar con la quilla el fondo y además tenía una inclinación de proa hacia arriba. Si eso llegaba a ocurrir, se iba a destrozar la hélice, el eje, y nos podía entrar agua. Se terminaba la epopeya del submarino San Luis.

¿Cómo se resolvió?

El cabo primero inundó los tanques de compensación para bajar la proa. De esa manera, la hélice quedó libre de rozar el fondo. Luego informó al comando. En esta situación, el silencio es un arma, una orden que no se da, el silencio es la vida.

Cuando termina la guerra, ¿cómo fue regresar a casa?

Regresé con tristeza, con vergüenza. El comandante que nos llevó tuvo la suficiente inteligencia para traernos con vida de vuelta a la base. Cada uno tuvo su recibimiento en familia. En mi caso fui recibido por mi padre, mi hermana y mis amigos. A mí el sentimiento de Malvinas me invadió bastante tiempo después, me costó rendirme. Inclusive no salía a visitar a mis amigos en Mar del Plata porque sentía vergüenza. Actuamos de acuerdo a nuestra preparación y no nos tenemos que arrepentir de nada. Igualmente queda ese sentimiento de vergüenza ajena.

Ustedes regresan antes de que termine la guerra...

Exacto, entramos a Puerto Belgrano para hacer una reparación y cuando llegamos ya había ocurrido el alto al fuego y quedó sin efecto la reparación. En ese momento, estábamos muy solos. Nos dejaron muy solos. Recuerdo que hubo gente de «cierto buque» que cuando pasamos por la base para realizar un trámite nos silbó. Se burlaron de nosotros. Sin embargo, el comandante del San Luis continuó haciendo carrera, ascendió y terminó siendo el comandante de la fuerza submarina.

Luego de la guerra, ¿mantuvo algún vínculo con sus camaradas, con sus subordinados o superiores?

Actualmente siempre estamos en contacto. Tenemos un grupo de WhatsApp que es pura y exclusivamente del submarino San Luis. Tenemos reuniones constantemente. Durante la pandemia no nos juntábamos, pero gracias a las vías de comunicación actuales logramos seguir en contacto.

¿Por qué decidió quedarse en la Armada después de la guerra teniendo la posibilidad de retirarse?

Porque era lo que yo elegí para mi vida. Completar mi carrera, ascender y retirarme con todos los honores que corresponden. Mi retiro llega el 1 de enero de 1996. En ese momento, la ley con la que ingresé era para 32 años, pero competí con dos suboficiales más para ocupar el puesto de suboficial mayor del comando de la fuerza submarina. Me quedaba un año y, por ser suboficial de estado mayor, respetaron que me retirara, en vez de con 32, con 34 años. Yo ya tenía la solicitud enviada, pero como ocupaba ese cargo y por ser veterano de guerra, me respetaron los tres años de tiempo mínimo en la jerarquía.

¿Tuvo la oportunidad de volver a Malvinas?

Nosotros no. Quienes volvieron, en su mayoría, fueron los soldados conscriptos del Ejército, de Infantería Marina, algunos de la Fuerza Aérea.

¿Qué significa el «cementerio Darwin» para usted?

Es la parte nuestra, no solo de los veteranos, sino de todos los compatriotas en territorio malvinense.

Y con respecto a la identificación de los cuerpos...

Mi consideración es que está bien para que los deudos sepan dónde está el cuerpo de su hijo, de su esposo o de su hermano, para que sepan que el cuerpo está ahí y no tirado en cualquier parte de la isla donde se combatió.

¿Cuál es su opinión sobre las iniciativas que ha tenido el Estado para el tratamiento de los veteranos en general a lo largo de estos cuarenta años?

Primero sentimos el abandono porque fuimos abandonados por nuestra Fuerza, por el Estado. Luego, a través de la Confederación de Veteranos de Guerra de la Argentina se fueron revirtiendo algunos aspectos, pero al principio lo que yo sentí es que no éramos nadie. Éramos mejor considerados por el enemigo en posguerra que por nuestra propia Fuerza.

En lo personal, no me importó anímicamente este olvido porque había otros aspectos de la vida que me importaban más. Muchos veteranos se suicidaron, pero yo no me permití caer en esa depresión.

Se puede ver como algo negativo, pero no acepto el suicidio porque yo creo que antes del suicidio hay mil formas de pedir ayuda. Si nadie se dio cuenta, uno mismo tiene que pedir ayuda. Pero, por otro lado, a menudo pienso que tampoco tendría el valor de quitarme la vida. Y también, en mi caso personal, sería faltarles el respeto a mis hijos, a mi esposa, a toda mi familia; pero especialmente a mis padres que me dieron la vida. Me irá el día que el destino me diga «Adolfito, hoy tenés que zarpar», cuando largue la última amarra.

¿Existe en la sociedad un justo reconocimiento a la labor de los combatientes en Malvinas?

Cuando hay alguna ceremonia, uno siente el calor de la gente. He estado en Las Heras, en San Carlos, en Eugenio Bustos, entre otros lugares, y siempre

uno siente el cariño y el agradecimiento de la gente. Para mí el ser combatiente de Malvinas es haber cumplido con mi objetivo. Yo ingresé a la Armada sin tener idea de que algún día iba a entrar en combate, pero para mí hubiera sido muy doloroso no haber estado. Siempre doy gracias a Dios y a los comandantes que son los que eligen las dotaciones. Gracias a ellos estuve en las dos «patrullas de guerra» de la historia naval actual de Argentina.

¿Qué consideración tiene sobre los soldados ingleses?

No puedo hablar mucho sobre los soldados ingleses porque, al no estar en el combate cuerpo a cuerpo, lo que puedo decir es porque lo he leído. El soldado inglés tiene honor y sabe reconocer el valor del que tiene enfrente.

¿Qué significa Malvinas para usted?

Un sentimiento muy caro, por todos los seres queridos que hemos perdido, y voy a llevar ese dolor hasta el día que ya no exista.

¿Qué mensaje les dejaría a las nuevas generaciones?

Ellos son los que no deben permitir que la causa Malvinas se olvide y van a tener la misión de inculcar esta historia a las generaciones futuras.

Edgardo Luis Tomás Siri

(25/3/2021)

El suboficial mayor Edgardo Luis Tomás Siri tenía 31 años y era sargento primero cuando participó de la guerra de Malvinas. En sus propias palabras se casó con el Ejército y al momento de contraer nupcias con su esposa, con la que lleva 48 años y tiene dos hijos, se lo dejó muy en claro. Repasando su legajo personal en la fuerza, el 70% del tiempo estuvo fuera de su casa, lejos de su familia. Y no tiene más que palabras de agradecimiento para su mujer, quien, mientras él se encontraba en «su salsa», se encargaba de la crianza, lidiaba con los problemas económicos y se hacía cargo de la casa.

Está convencido de que las cosas se hicieron mal durante el conflicto y de que si se hubieran manejado de otra forma a la guerra la ganaba sin lugar a dudas la Argentina. Edgardo se siente un agradecido. Según sus propias palabras «tuvo la suerte de estar en el lugar justo, en la hora justa, en el momento justo y no haber entrado en combate».

Durante la guerra sintió una profunda responsabilidad sobre la vida de cuatro cabos que le fueron designados. Más allá de las tareas que debió cumplir, su misión fue traer a los chicos de vuelta sanos y salvos.

«Los mal llamados chicos de la guerra eran, en realidad, tremendos leones».

¿Recuerda dónde estaba el 2 de abril?

El 2 de abril yo estaba en la Escuela Lemos donde era instructor de la Quinta Compañía. Nos despertamos con la marchita. A las diez de la mañana me dirigí a la Escuela de Infantería, en Campo de Mayo. Allí conocí a mi jefe de compañía, el hoy teniente coronel Gabriel Guevara. Cada unidad militar tiene dos compañías de guerra, dos compañías operativas. Cuando hay un conflicto, se arma la tercera. A partir de ese momento comencé a formar parte de la compañía C del Regimiento Ocho. Todas las compañías C son las que se arman para un conflicto. O sea, de las doce unidades que había, había doce compañías C donde nadie nos conocíamos porque era un rejunte, una redistribución.

Un día después, el 3 de abril, llegamos a Comodoro Rivadavia. Recuerdo que la noche del 4 al 5 estaba lloviendo. Aproximadamente a las seis de la mañana nos reunieron en semicírculo. No veía a nadie conocido, no conocía a nadie.

Estaba en estado de alerta permanente porque no sabía qué estaba pasando. Éramos cincuenta más o menos. Un general grandote se dirigió hacia mí y me dijo que debía elegir a dos cabos. Eran los cabos de la promoción 82, que pasaban de primero a segundo año en la Escuela de Suboficiales. No alcanzaron a entrar a segundo año que ya eran cabos. Entonces elegí a dos.

El general le pidió a otro suboficial que también eligiera a otros dos cabos y subimos todos a una camioneta. Aparecimos en el Comando de Brigada donde nos dijeron que en cinco minutos teníamos que ir al aeropuerto para partir rumbo a Malvinas.

¿Qué sintió en ese momento?

Incertidumbre. No sabíamos nada. Cuando vos estás en tu unidad te manejas, sabés el nombre de los soldados y los problemas de ellos. Acá no conocía nada. No tenía idea de dónde estaba parado. Cuando llegamos al aeropuerto de Puerto Argentino, caminamos unos diez kilómetros hasta el cuartel general... Ahí conocí a varios mendocinos con los que actualmente me junto. Es ahí cuando me entero de que iba a ser el custodio del comandante de la Novena Brigada de Comodoro Rivadavia junto a mis cuatro cabos. El otro suboficial no iba a la isla.

¿Cuánto tiempo estuvo en Malvinas?

Estuvimos hasta el 28 o 29 de abril, momento en que relevaron a la Novena a la Décima Brigada. A partir de ahí todos los que formábamos parte de la Novena volvimos a Comodoro Rivadavia y con los cuatro cabos comenzamos a trabajar en el puente aéreo.

Hasta ese momento no se sabía quién pasaba por el puente aéreo. Te dejaban en el continente para ir a comprar cigarrillos y se iba el avión. Era todo así, no era nada organizado, todo distinto, todo raro. Yo viajé dos o tres veces más. Nosotros empezamos a registrar todo lo que pasaba y quiénes estaban en la isla, con eso más o menos se acomodó, se ordenó un poco. Todos los movimientos del Ejército quedaban registrados. En la Marina era distinto porque salían del mar. Además, se prepararon distinto a nosotros.

¿Tuvo contacto directo con algún kelper?

Sí. Yo iba casi periódicamente al aeropuerto para traer cosas. Una vez, transitando una de las calles laterales de Puerto Argentino, se me acercó una niñita rubia a ver qué pasaba. Ellos tenían muy en claro que nosotros éramos

el enemigo. Vino la madre de atrás y me tiró a escobazos porque le quise dar un caramelo a la pequeña. Para que tengan una idea, no íbamos a liberar a nadie. Ellos estaban convencidos de que las Malvinas eran inglesas. Todos eran ingleses y el que no era inglés, era pariente de un inglés.

¿Qué recuerda de la rendición?

No me gusta llamarla así... Yo estaba en el aeropuerto, como todos los días. Volví a Campo de Mayo sin mis cuatro cabos en un avión de Aerolíneas Argentinas. Llegué a la Escuela de Suboficiales General Lemos y ahí no me creían dónde había estado ni el rol que había tenido. Menos mal que pedí una constancia, un certificado en el Comando de la Novena Brigada. En la lista de la Escuela Lemos figura como que yo estuve en las islas.

Después llegaron cinco regimientos más a la Escuela Lemos para hacer la reinserción al medio civil. Yo no me junté con mi gente de la escuela, sino que me juntaba de a poco con los otros. Esto de la grieta no es de ahora, la grieta no es únicamente política. La grieta viene desde siempre.

¿A qué se refiere?

O sea, ahí empezó la diferenciación entre los que estuvieron en Malvinas y los que no. Después volví a mi casa. Mi señora es maestra y estaba con los dos chicos en la escuela. Empecé a sentir mis olores, el de mi familia, sentía el perfume de mi mujer, el aroma de los chicos. No recuerdo si me quebré, pero me sentía distinto. Volví a oler mis cosas y las quemé. Quemé las pertenencias que traje de Malvinas en la churrasquera. ¿Cómo le decía a la vecina que yo había estado en el Regimiento C y que su marido estaba preso a dos cuadras y ella no sabía nada? O sea, preso era una manera de decir, es la reinserción, vuelvo a insistir. Pero estaban en la Escuela Lemos y no podían moverse a ningún lado.

¿Cómo era ese proceso de reinserción?

Te hablaban los psicólogos. Por ejemplo, ubicaban a todos los integrantes de un regimiento en un complejo deportivo y venía alguien que les hablaba para que entendieran lo que era la resiliencia y volver a la sociedad.

¿Cómo fue la vuelta de la guerra?

El apoyo moral, espiritual y físico de mi señora fue imprescindible, por ahí pasa todo. Recuerdo que dormíamos a los golpes con la gallega, mi mujer. Ella

me tenía que despertar porque hablaba solo, porque lloraba, porque gritaba, porque me levantaba y no sabía a dónde iba. Imaginate la diferencia que puede existir entre alguien como yo y otro como que vivió la guerra entre tiros y heridos. Yo no estuve en combate. En el puente aéreo te dicen que viene un avión con heridos y muertos y vos tenés que ver la bolsa para constatar quién es y hacer el registro.

Un día Mónica me pidió que cambiáramos la cama grande por dos camitas porque yo me imaginaba que estaba con una mula o en el camión y la pobre se ligaba un patadón o cosas así. Mi mujer logró que la familia funcionara más allá de que no había padre.

Mis dos hermanas fueron a Campo de Mayo como el 10 de abril. No le querían decir nada a mi madre. Las mujeres charlaban entre ellas del aviso fúnebre del periódico. Las vecinas no le querían decir a mi mujer que había un Siri muerto. Después, con el tiempo, me puse a mirar y en el crucero Belgrano había un soldado Siri. Con el tiempo conocí a sus hermanos.

Yo no la pasé tan mal. Siempre le digo a mi gente que la pasé peor en Yugoslavia que en las islas. Acá a uno le tocó formar una parte de la historia, a mí me tocó la más «piola». Siempre digo que fuimos a preparar las islas para que después los soldados dejen las hilachas. Mis cuatro cabos eran mi prioridad, tenía que traerlos de vuelta. En su momento se veía lejana la guerra.

¿Le hubiera gustado tener otro tipo de participación en la guerra?

Haciendo una analogía con un partido de fútbol, estábamos por salir a la cancha y se cortó la luz. Eso nos pasó a nosotros. Cuando yo ya había regresado me crucé en el aeropuerto al «Chiquito» Barrio, al «Pepe» Núñez y a mi compadre Luna cuando ellos estaban saliendo rumbo a las islas y les pedí que me llevaran, argumentándoles que yo conocía las islas. Me dijeron que no porque no era comando. Soy paracaidista, montañista, tengo las mil y una... pero no era comando y no me dejaron ir.

¿Qué sensación le quedó una vez terminada la guerra?

Se hicieron mal las cosas, si no la hubiéramos ganado. No se emplearon los medios idóneos que teníamos para ir a una guerra. Por ejemplo, había un cabo plantando minas mientras yo estaba «paveando» con mis cuatro cabos infantes. Queríamos colaborar, pero nos dijeron que no era lo nuestro. A niveles más grandes, por ejemplo, no emplearon a los montañeses porque decían que había un posible conflicto con Chile. Siempre lo comparo con un equipo de fútbol. ¿Qué pasaría si a River Plate le falta un jugador y lo pongo a Carlitos

Tévez a jugar con ellos? Puede ser que calce porque es futbolista, pero no va a poder hablar, comer o sentirse bien con ellos. Eso nos pasó a los cuatro cabos y a mí. Al 40% le pasó lo mismo. Con qué perspectiva podés ir a una guerra sabiendo que vos necesitás al de al lado y no tenés idea de quién es.

Por ejemplo, con las cosas que se donaban, yo las vi en las islas y se reparían. Pero no podés distribuirlas como acá repartís un bolsón de comida, sino tendrías que caminar cinco kilómetros entre la piedra y la nieve y luego volver cuando tal vez te están tiroteando. Lo primero que busca el enemigo es romper con el circuito de logística, vos lográs romper con el circuito de logística y no comen, no se pueden movilizar en los vehículos y así empiezan a decaer. Eso buscaron los ingleses, nos rompieron el circuito de logística.

Hablar de la política malvinense es medio complicado, primero porque no estoy tan capacitado para meterme a lo hondo como para decir que el circuito logístico era de una u otra forma. La vivencia diaria es la que nosotros podemos transmitir, siempre les digo a los pibes cuando nos ponemos hablar que yo soy un pedacito de la historia viviente.

Los héroes son los 649 que quedaron en la isla, eso son los verdaderos héroes. Se sufre en silencio, con las herramientas que cada uno tiene. Vos fijate que yo me junto con los malvineros y me siento bien. Hoy voy al Comando de Brigada a una formación, los trato a todos de usted, desde el cabo al general. En cambio, cuando me junto con los malvineros, al teniente coronel lo tuteo y nos abrazamos. Hay una empatía con el veterano que no se da con el resto.

¿Cuál es su sentimiento a cuarenta años de la guerra respecto a Malvinas?

Me siento un agradecido, tuve la suerte de estar en el lugar justo, en la hora justa, en el momento justo y no haber entrado en combate. El único límite que tenía era traer de vuelta a mis cuatro cabos.

Los mal llamados «chicos de la guerra», era tremendos leones. Te puedo asegurar que había más pibes de la guerra del lado inglés que del lado nuestro. Ellos tenían un montón de pibes de 15 años, que eran aprendices, arriba de los barcos. No estábamos mal equipados, no pasábamos hambre, o al menos hasta que el circuito logístico no había sido vapuleado.

José Luis Núñez

(23/10/2020)

José Luis Núñez es mendocino, oriundo de La Consulta, San Carlos. Pepe, como lo llaman cariñosamente quienes lo conocen, se formó en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, que se encuentra dentro de la Guarnición de Ejército «Campo de Mayo», en la provincia de Buenos Aires, para luego convertirse en comando, una especialización de Fuerza de Operaciones Especiales que tiene el Ejército argentino cuyo objetivo principal es entrar en la profundidad del campo enemigo; en cualquier tipo de terreno: montaña, monte, mar o llanura.

José Luis formó parte de la Compañía de Comandos 602, una unidad de infantería del Ejército argentino con base en la Guarnición de Ejército, Córdoba, que pertenece a la Agrupación de Fuerzas de Operaciones Especiales, Fuerza de Despliegue Rápido.

Fue creada en mayo de 1982, en plena guerra de Malvinas, a instancias del mayor Aldo Rico, quien además fue su primer jefe. A poco de llegar al frente, combatió delante de las líneas propias en Top Malo House y el monte Kent. Durante toda la contienda operó conjuntamente con la Compañía de Comandos 601, con quien compartía base y mando. Hacia el final, ocupó una posición de bloqueo en Moody Brook para enfrenar el ataque final británico. Al finalizar la guerra, la unidad había sufrido un total de cinco muertos y varios heridos, mientras que el resto de sus miembros cayeron prisioneros el 14 de junio tras la rendición.

«En una guerra vale todo, en una guerra uno hace de todo. El que lo ve de otra manera es porque no vivió la guerra».

¿Cómo se enteró de que habíamos recuperado las islas Malvinas?

Yo estaba en la unidad. Me enteré el mismo 2 de abril, primero por los bocinazos, después por la radio. Fue una cosa tremenda. La movilización fue impresionante. Después, cuando dijeron que la Compañía de Comando 601 iba a ir a Malvinas, en forma automática empecé a entrenar todos los días, con más fuerza que nunca. Yo decía: «En cualquier momento me pueden llamar, ¿o no?». No sabíamos qué podía pasar.

Cuando me fui reuniendo en la Infantería con mis camaradas, el día 23 de mayo, a ellos les había pasado algo similar. Todos se habían empezado a esforzar más en la preparación física, pero cada uno por *motu proprio*. La compañía Comando 602 se formó especialmente durante el conflicto de Malvinas con gente de diferentes partes del país.

Usted fue convocado a la Compañía de Comandos 602 que se armó especialmente durante la guerra de Malvinas...

Tal cual. La Compañía se formó el 21 de mayo de 1982, cuando ya estaba avanzada la situación en Malvinas, con el fin de darle apoyo a la Compañía 601, que ya estaba en suelo malvinense. Ellos habían ido a mediados de abril, ya habían hecho algún tipo de reconocimiento. Habían realizado actividades a transportadas, es decir, por helicóptero.

Yo estaba destinado en Bahía Blanca cuando me notificaron que debía presentarme con urgencia en Campo de Mayo. El mensaje me llegó a las seis de la tarde. A las diez de la noche ya estaba arriba del colectivo cumpliendo la orden. Cuando llegué a Constitución me estaba esperando un vehículo de la Escuela de Infantería.

Se formó la Compañía. Nos entregaron el equipo, el armamento nuevo y nos impartieron toda una preparación muy importante. Fue una gran ventaja haber estado preparados y equipados. No digo mejor que el resto, pero teníamos más facilidades. Nuestra formación como comandos es diferente. Por ejemplo, no practicamos con vara de fogeo ni con bomba de estruendo. Directamente practicamos con explosivos reales, munición real. Empezamos el curso y terminamos el curso en el terreno.

¿Cuándo salió rumbo a Malvinas la Compañía de Comando 602?

El 26 de mayo nos dijeron: «Preparen todo que nos embarcamos y nos vamos a Malvinas». Es decir que los tiempos que teníamos previstos se redujeron. El día 27 llegamos a Malvinas, cuatro o cinco días después de haber sido convocados. Todo se dio muy rápido. Era una situación bastante encontrada. Una semana antes, ni nos imaginábamos lo que estábamos a punto de vivir.

¿Qué sabía de Malvinas en ese momento?

Habíamos leído mucho sobre las islas Malvinas porque son una parte territorial muy importante para nosotros. Ya sea por la cuestión geográfica o histórica, no hay duda de que son argentinas. Había muchas cosas teóricas que

uno sabía, pero no conocíamos el terreno y ese desconocimiento del terreno lo empezamos a vivir en carne propia cinco días después de ser convocados.

¿Qué pasó al llegar?

Yo integré la primera sección de la Compañía de Comando 602 y, al llegar, nos alojamos en un gimnasio de los kelpers, que era la base de la Compañía de Comando 601. Ahí nos fuimos reencontrando con los amigos, compañeros y la gente que conocíamos. Fue una alegría total.

Quienes ya se encontraban previamente en el terreno, nos impusieron la situación, que no tenía nada que ver con la información que habíamos recibido en el continente. En el continente había una versión de triunfo y ellos allá nos relataron que en realidad era una cosa bastante reñida. El 29 de mayo a la madrugada salió mi sección. Fui reemplazado por el sargento Rivero como guía de la 601. A mí me dejaron con la tercera sección del capitán Ferrero.

Salimos en helicóptero cuando ya prácticamente no había luz de día a un lugar que después supimos que estaba próximo al monte Kent. Teníamos la necesidad de ir conociendo el terreno de otra manera. Teníamos previsto estar allí por cinco o seis días, así que llevábamos la mochila con todo el equipo para cambiarnos, comida y municiones. Era una mochila que no pensaba menos de 40 kilos. Ya en el lugar, empezamos a avanzar.

Habrían transcurrido unos diez o quince minutos aproximadamente con la preocupación de saber que ya estábamos en guerra. Continuamos avanzado y, más o menos cuando llevábamos unos 500 metros, nos empezaron a tirar. El terreno se iluminó con bengalas con paracaídas. Ese fue nuestro bautismo de fuego.

Fue una emboscada...

Sí. Nos tiraban. No dejaban de tirarnos. Obvio que cuando tuvimos la oportunidad nosotros también tirábamos. Pero fue una sorpresa total. Fue una emboscada que tenía preparada el enemigo. Nos sorprendió totalmente porque no teníamos información.

Normalmente cuando uno va a salir, se nutre desde la inteligencia militar. Hablando en términos comunes, es la información que uno posee sobre el enemigo: dónde está, cómo está, cómo es el terreno... Pero, desafortunadamente, en este caso eso no ocurrió así. Fuimos sorprendidos por las tropas británicas. Empezamos a tirar porque la mejor cubierta que tiene el soldado cuando está en una situación así es el fuego.

Íbamos avanzando y tirando. Hubo gente que se replegó con la que perdimos contacto. Yo terminé perdiendo contacto con la sección. Todos perdimos contacto. Quedamos aislados. En medio de esa vorágine, escuché que se acercó alguien que me dijo: «Me han herido». Era el sargento Viltés. Lo tomé inmediatamente y comenzamos a replegarnos. Después se nos unió el teniente primero Lauría. Nosotros con el hombre herido y los ingleses que nos seguían tirando. Escuchábamos las voces que en inglés repetían una y otra vez: «Fire, fire». Los teníamos muy cerca. A unos escasos 30 o 40 metros y ellos nos tenían identificados.

Seguíamos replegándonos y de repente se nubló y empezó a lloviznar. Para nosotros, que somos muy creyentes y tenemos nuestra formación religiosa, fue un milagro de Dios. Avanzando, avanzando, logramos alejarnos de la zona de combate. Caminamos toda la noche con Viltés herido. Sinceramente, rezábamos mientras caminábamos. En momentos así de delicados uno se acuerda de Dios y del hombre que está al lado de uno, de tu pareja de combate. Finalmente, nos encontramos con otra sección de la 601. Ya eran como las nueve de la mañana y no habíamos comido nada. Solo teníamos unos cubos de caldo que compartimos, sin agua ni nada.

Después nos enteramos de que casi nos empiezan a tirar los nuestros. Por suerte eso no ocurrió. Pero lamentablemente errores de este tipo en la guerra sucedieron. Inclusive se derribó un helicóptero por error.

En la guerra ocurren ese tipo de tragedias y es de esperar que deje marcas...

Estas cosas son propias de la guerra. Si pasás hambre, si tenés frío... todo lo adverso es propio de la guerra. Eso es lo que tenemos que entender. En una guerra vale todo, en una guerra uno hace de todo. El que lo ve de otra manera es porque no vivió la guerra. Estuvimos en una guerra y, como tal, la vivimos.

La guerra también deja momentos hermosos. Veinte años después de esa emboscada, me encontré con la hija de Viltés y me dijo: «Gracias a usted, he conocido mi papá y he podido disfrutarlo». Ahí uno se pregunta si valió la pena haber tenido ese valor en ese momento. ¡Por supuesto que sí!

A veces me preguntan si yo maté a alguien. Yo respondo que no, que no maté. Yo tiré, batir un blanco es otra cosa. Yo tiré y me defendí. Esa es la realidad. En la guerra no se mata, ni se asesina. Es una cuestión de enfrentamiento, donde uno bate un blanco o lo baten a uno. La guerra te marca. Si alguien dice que la guerra no lo marcó, no sé en qué parte estuvo. Es imposible esgrimir que la guerra no te marcó.

La guerra te marcó por alguna situación. Hay gente que ha quedado con la pierna amputada o sin un brazo. Aparte de las heridas físicas que son difíciles, están las más difíciles que son las heridas mentales. Y esas no se ven a simple vista.

Después del bautismo de fuego, ¿hubo más enfrentamientos?

Seguimos trabajando y defendiendo lo nuestro. Y sí, tuvimos varios enfrentamientos más. Sinceramente, desde que llegamos a Malvinas, salvo el 28 que dormimos unas horas, el resto de los días fue de una actividad muy intensa. Si dormíamos tres o cuatro horas era mucho.

Vivimos otra emboscada. En un avance del sargento primero Blas y del teniente primero Márquez, terminaron enfrentándose solos a los ingleses y lamentablemente murieron. Murieron ellos, pero se salvó el resto de la sección. Ellos se podrían haber replegado, pero decidieron defenderse y dejar su vida. Entonces son las cosas que a uno le cuesta masticar, todavía al día de hoy.

¿Cómo fue la relación con sus superiores?

Tuvimos jefes que estaban a nuestro lado recibiendo los proyectiles como los recibíamos nosotros. Estuvieron ahí con nosotros. No fue un «vayan ustedes y vengán». Eran jefes del combate. No eran jefes de escritorio. Eran tipos de convicciones. Pero, si me preguntan a mi cómo era el comportamiento de ellos, les digo que fue un orgullo compartir con ellos y aprender de su ejemplo. No comían hasta que no terminaba de comer el último de nosotros. Salíamos al terreno y siempre iban con nosotros. Siempre adelante en la profundidad del campo enemigo. No podés olvidar las cosas buenas.

¿Qué siente cuando escucha hablar de «los pobres pibes que fueron a la guerra»?

Nada del loquito de la guerra o pobre pibe. No, no hay ningún pobre pibe. Son todos soldados con mayúscula. Eran jóvenes que pusieron todo por defender la Patria. Así como nosotros pusimos todo, ellos también lo hicieron. Soldados que dieron la vida por el compañero. Son un orgullo.

¿Qué parte de la historia queda todavía por escribir?

Perdimos la guerra. ¿Qué pasa ahora? Vamos a continuar la lucha a través de la diplomacia, pero no sabemos a ciencia cierta qué va a pasar. Lo que está claro es que debemos seguir peleando por los derechos argentinos en las islas. Por eso es que día a día, dentro de las asociaciones, dentro de la Federación, dentro de la Confederación a nivel nacional se continúa peleando por Malvinas y por los derechos de los veteranos.

Ya que menciona a las diversas agrupaciones, usted forma parte de ACUVE-MA (Asociación Cuyana de Veteranos de Malvinas), ¿cuál es el propósito de este tipo de instituciones?

Hablando con unos amigos, con otros cuadros, sobre el tema Malvinas, vimos que existían algunas asociaciones. Quisimos agruparnos a esas asociaciones, y nos dijeron que, por ser cuadros, no podíamos integrarlas y lo respetamos. En 2016, aproximadamente, viendo que había muchas cosas todavía que estaban en el tintero y que algo se debía hacer, junto con un grupo de oficiales y suboficiales se empezó a gestar la Asociación Cuyana de Veteranos de Malvinas. Fui nombrado presidente en ese momento.

Desde ese entonces estamos trabajando en difundir, porque la gente desconoce. En realidad, muchos piensan que se tiraron tres tiros, se regresó y que cada uno continuó haciendo su vida y la verdad es que no es así.

Detrás de cada veterano hay una familia y hay problemas. Hay muchas cosas que, desafortunadamente, no se difunden. Y ahora que se está haciendo esta revisión, ponemos énfasis en que se tiene que escuchar al veterano, no por el hecho de que sea veterano, sino para saber qué pasó, cómo pasó, por qué. Hay gente que hasta el día de hoy no sabe dónde están las islas Malvinas. Hay gente que ni siquiera conoce nuestros símbolos patrios. No sabemos quién fue don Manuel Belgrano o don José de San Martín. No sabemos muchas cosas. Por eso es importante la misión de difundir.

¿Le costó mucho empezar a hablar de lo vivido en Malvinas?

Hoy agradezco profundamente tener la oportunidad de contarlo. Y también tengo la necesidad de contarlo. No lo hablé nunca hasta quince o dieciséis años después de que pasó lo de Malvinas. Yo no vine de Malvinas en junio y empecé a contar todo inmediatamente. No podía hablar de este tema. Hasta el día hoy me emociono. Porque son cosas complicadas, son situaciones encontradas donde tenés algunos momentos de satisfacción, de angustia y de temor.

Cuando volví, me acostaba y me despertaba totalmente mojado. La adrenalina, la emoción o no sé qué me hacía transpirar de noche. Después, de a poco uno lo va superando. Recibimos asistencia médica en posguerra, pero no asistencia psicológica. Necesitábamos contención.

Hay gente que se ha suicidado porque no recibió ningún tipo de contención y eso es muy injusto. Uno afortunadamente tuvo contención en sus creencias, tuvo contención por parte de la familia y de amigos. Cuando nos juntamos, actualmente cuatro o cinco, y hablamos de Malvinas, terminamos llorando. Son traumas que la gente que no lo vivió quizás no logre comprender.

PARTE II. ECOS DIPLOMÁTICOS



Guillermo Ramón Carmona

(18/11/2022)

Guillermo Carmona egresó como abogado de la Universidad de Buenos Aires en 1995 y se especializó en Derecho Público. Ha realizado posgrados en Ciencias Sociales y en Economía Política.

A lo largo de su extensa carrera política ha ejercido diversos cargos electivos en su Mendoza natal como concejal en el departamento de Maipú y diputado provincial. Fue elegido diputado nacional para el mandato 2011-2015 con un 46,66 % de los votos y tuvo la responsabilidad de encabezar la lista de diputados nacionales del Frente para la Victoria, siendo reelegido en 2015 con mandato hasta 2019.

Desde el 24 de septiembre de 2021, bajo la presidencia de Alberto Fernández, se desempeña como secretario de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur de la Nación Argentina, que depende del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto.

El embajador asevera enfáticamente que Malvinas es una causa nacional que convoca y moviliza al conjunto del pueblo argentino y que esto tiene que ver con la identidad y el modo de ser argentino. En sus palabras, «para la Cancillería es muy importante sostener esta causa con una tarea de visibilización constante».

**«Argentina tiene un fuerte compromiso de soberanía nacional
como una forma de aportar a un mundo en donde no exista
más el colonialismo».**

Más allá del cargo que ocupa, ¿cómo se vincula con la causa Malvinas y cuáles son sus motivaciones personales?

En mi caso, tanto la guerra de Malvinas como la recuperación de la democracia se produjeron en un momento donde yo estaba muy atento a todo lo que pasaba. Era un adolescente de 15 años. En buena medida la situación de ser un adolescente curioso y con inquietudes me llevó a prestar mucha atención a esos dos acontecimientos muy importantes que me movilizaron. La guerra de Malvinas fue un hecho movilizador y al mismo tiempo traumático, mientras que la recuperación de la democracia reforzó mi vocación política.

En mi etapa de estudiante universitario, me apasioné estudiando derecho internacional y fue ahí donde obtuve las herramientas que a mí me han permitido abordar la cuestión Malvinas desde una perspectiva conceptual que me brinda un conocimiento profundo. Luego hice algunos posgrados que me abrieron la perspectiva desde una mirada política y económica en el tema de la soberanía. De alguna manera, mi formación académica me fue empujando hacia el abordaje de la cuestión de Malvinas.

Me imagino que su carrera política también ha contribuido en este mismo sentido...

Absolutamente. Cuando yo asumí como diputado nacional, inesperadamente me encontré siendo el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores. Fui cuatro años presidente de la Comisión, durante los años de la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner, y luego fui cuatro años vicepresidente de la Comisión durante el gobierno de Mauricio Macri. Entonces pude, desde el rol de oficialista y desde el rol de opositor, tener altas responsabilidades en relación con los temas de la soberanía y los temas de la integración regional. Fui asumiendo un compromiso mayor, luego fui a trabajar al Ministerio de Defensa por un poco más de un año y medio. Y por último la tarea en Cancillería.

Toda esa conjunción lleva a que para mí los temas de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur sean muy importantes. Algunas cosas casuales, otras cosas por decisión personal, incluso otras cosas por influencia personal. Mi abuelo fue un suboficial del Ejército y en 1953 fue parte de la campaña antártica. Estas cosas lo marcan a uno consciente o inconscientemente.

¿Cómo es el trabajo que se realiza desde la Secretaría para la reivindicación de la soberanía, teniendo en cuenta que estamos a 189 años de su ocupación?

La tarea principal de la Secretaría de Malvinas es la de diseñar e incrementar la política en torno a la cuestión Malvinas. Pero hay una doble decisión estratégica en el actual gobierno, que fue primero volver a darle el carácter de Secretaría de Estado, la máxima jerarquía que un organismo puede tener dentro de un ministerio. Y, en segundo lugar, haber asociado Malvinas con el Antártico y el Atlántico Sur. Esa es otra gran decisión que tomó el actual gobierno. Entonces, el diseño no solamente tiene foco en Malvinas, sino también tenemos a cargo el programa Antártico Argentino. Tenemos una fuerte acción vinculada con los temas del Atlántico Sur, los temas oceánicos de las regiones. Entonces ese es el primer campo de actuación que es llevar adelante la política exterior en materia de Malvinas, Antártida.

Una manera holística de seguridad...

Exactamente, en diseño, implementación y evaluación de las acciones de política exterior y acciones diplomáticas que la Cancillería y todas nuestras embajadas y nuestro Gobierno nacional llevan adelante. La segunda tarea la otorga el decreto 50 de 2020, que es la de la visibilización de la cuestión Malvinas. Por lo tanto, no solamente nuestra función es hacia fuera del país en la política exterior, sino también se busca que nuestra Secretaría diseñe, implemente y evalúe acciones que visibilizan los derechos argentinos de volver sobre Malvinas, sobre la Antártida, como su espacio marítimo y que al mismo tiempo tengamos una especial atención puesta en la difusión, capacitación, profesionalización en estos temas.

Hay un componente fundamental que tiene que ver con la cuestión Malvinas, que es el reconocimiento de los veteranos y es interesante también el reconocimiento del veterano como una cuestión de política exterior. ¿Cuál es el conocimiento y cómo se considera al veterano dentro de la Secretaría Malvinas en Cancillería?

El presidente de la Nación emitió un decreto a principio del año 2022, el decreto 17, que dispuso que fuera todo un año de conmemoración del 40 aniversario del conflicto del Atlántico Sur y año de homenaje a los caídos en la guerra de Malvinas, a los veteranos y veteranas de guerra, a los familiares de los caídos y de los veteranos. Y eso ha hecho que se logre una expresión generalizada en la sociedad argentina hacia quienes protagonizaron la guerra de Malvinas.

Nuestros veteranos y veteranos de guerra, nuestros caídos, no decidieron hacer la guerra, no tomaron decisiones políticas y militares, cumplieron con su deber con la Patria. La mayoría de ellos como conscriptos; otros como cuadros militares, es decir, como oficiales y suboficiales, todos muy jóvenes, y también civiles que cumplieron funciones básicas en Malvinas, en el paso marítimo y en las embarcaciones. Así que ellos merecen nuestro reconocimiento. Los veteranos y veteranas de guerra han tenido un rol fundamental en mantener encendida la llama de nuestra causa nacional Malvinas.

Ellos han sido un factor determinante de malvinización en tiempos de desmalvinización, donde hubo gobiernos que intentaron invisibilizar la cuestión Malvinas. Entonces merecen un reconocimiento sincero y efectivo de parte de la sociedad argentina y de parte del Estado. Y eso ha sido muy importante.

Hay un trabajo con la Cruz Roja que comenzó en 2014 con el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y después siguió con el gobierno de Mauricio Macri sobre el tema del reconocimiento de los cuerpos y el establecimiento del cementerio de Darwin ¿Cuál es la posición de Cancillería actualmente sobre esta temática?

La Cancillería de Argentina y nuestra Secretaría en particular, a través de la Dirección Malvinas, trabaja en conjunto con el Ministerio de Justicia en estos procesos de localización y de identificación de los caídos en Malvinas, especialmente en el cementerio de Darwin.

Pero también hay otros casos en los que se ha realizado la formación de PPH1, el Plan Proyecto Humanitario, los trabajos estuvieron principalmente en el Cementerio de Darwin, luego el PPH2 para casos específicos en Darwin y en nuestro lugar, y ahora estamos en el diseño del PPH3 para avanzar con la versión de caídos en Darwin en una de las islas donde se produjeron incidentes bélicos.

Argentina venía reclamando por el proceso de identificación mucho tiempo antes, por el caso de nuestros caídos, por eso nosotros valoramos enormemente los pasos que se han dado.

Ha sido muy importante que la Argentina haya logrado grandes avances gracias a la Cruz Roja Internacional, al equipo de Antropología Forense y al equipo argentino de Topología Forense.

¿Cuál es el grado de voluntad por parte de los británicos para realizar estas tareas?

El Reino Unido en algún momento ha pretendido presentar esto como una cuestión de buena predisposición para responder a una cuestión humanitaria. En realidad, existió desde la propia guerra de Malvinas una obligación del acuerdo al derecho internacional de parte del Reino Unido de facilitar la identificación de los caídos en la guerra de Malvinas y darles una adecuada sepultura en las islas. No siempre el Reino Unido tuvo una comisión favorable, por eso ha sido muy relevante que, a partir del año 2012, sobre todo por la presión del gobierno argentino y por la insistencia de los familiares, se haya logrado avanzar y que además se le haya dado continuidad con tres presidentes distintos, como una política de Estado.

¿Cómo es el tratamiento que se da actualmente en la Secretaría de Malvinas a lo relativo a las enfermeras y veteranos de guerra? ¿Cuál es el criterio que se utiliza?

Las competencias en relación con veteranos de guerra no son competencias de la Cancillería, sino de otros ministerios y organismos, como el Ministerio de Defensa a través de la Coordinación de Veteranos de Guerra, el Ministerio del Interior a través de la Comisión Nacional de veteranos de guerra y familiares de caídos y desde el PAMI y el ANSES en cuanto a servicios vinculados a la salud y el pago de los beneficios que establece la Ley de Pensión Honorífica para veteranos de guerra.

Así que nosotros trabajamos fundamentalmente en el campo de la visibilización de los derechos argentinos, en conjunto con las organizaciones de veteranos de guerra y familiares de caídos. Y lo hacemos en un contexto de una asociación estratégica entre la Secretaría de Malvinas por sus funciones de visibilización y la Organización de Veteranos y Familiares como organismos de la sociedad civil que pugnan por mantener viva la causa.

Después de la devolución de Chagos a Mauricio, ¿qué oportunidades puede ofrecer para el gobierno argentino esta novedad? ¿Se está preparando algún tipo de respuesta o proclama?

Estamos siguiendo un camino estratégico que busca hacer efectiva la política de Estado que consagra la Constitución Nacional en la disposición transitoria de guerra. Ese camino consta de cuatro condiciones que la Argentina tiene que lograr en función del objetivo de recuperar el ejercicio de plena soberanía. La primera condición es que, ante la negativa británica, ante la reticencia británica, la Argentina sostenga persistentemente su reivindicación de soberanía

La segunda condición es que la Argentina haga pleno ejercicio de soberanía sobre su territorio en las áreas que no están disputadas con Reino Unido, que nosotros tenemos una efectiva presencia táctica, que tenga una proyección austral potente, que nos ocupemos de los temas de nuestro mar, de nuestra plataforma continental, que identifiquemos el valor estratégico de la Patagonia argentina y el protagonismo de los pueblos patagónicos.

Entonces, ejercicio de soberanía efectivo como condición de credibilidad para que sea una señal clara de que los argentinos, así como cuidamos lo nuestro, pretendemos que se nos restituya el control de lo nuestro, que se encuentra ocupado ilegalmente por una potencia.

La tercera condición es seguir sumando acuerdos internacionales. La cuestión Malvinas involucra a la Argentina y al Reino Unido, pero como caso de descolonización, caso en el cual se vio afectada la integridad territorial de Argentina, juegan muy fuerte los apoyos internacionales. La mayoría de los países del mundo acompañan a la Argentina.

Y más recientemente, China reafirmó su voluntad...

Los países latinoamericanos y caribeños en varias oportunidades lo han hecho. Lo ha hecho el G77 en China, que es un bloque, es un grupo de más de 130 países que acompañan a la Argentina. Hay declaraciones del Parlamento Europeo y expresiones de países africanos y asiáticos en el Comité de Descolonización. Nuevamente, hemos obtenido el acompañamiento unánime dentro de todos los países que integran el Comité, así que tenemos una posición fuerte en relación con esta tercera comisión, pero hay que seguir sumando apoyos cada vez más contundentes, cada vez más relevantes. La cuarta condición es el aprovechamiento de las oportunidades que brinda el escenario geopolítico internacional.

Chagos es un ejemplo de cómo las condiciones internacionales operan como oportunidad para los estados que reclaman por su integridad territorial. Esto se ve reflejado ahora en esta decisión británica de abrir un proceso de negociación por la restitución del control de Chagos en favor de la República de Mauricio, que es una prueba de que los Estados que persisten, los Estados que tienen política soberana, los Estados que reciben apoyo de internacionales en algún momento, encuentran la oportunidad de cumplir con su objetivo de política soberana de recuperación de parte del territorio.

Teniendo en cuenta la importancia que está teniendo cada vez más la Antártida en el escenario internacional, la relevancia geopolítica que tiene Malvinas, el tema del Atlántico Sur como zona de paz, ¿cómo se moderniza una política de Estado a los desafíos actuales que cada vez son más numerosos?

Argentina tiene el desafío de sostener una política exterior con los mayores márgenes de autonomía posible y al mismo tiempo ser un país con un fuerte protagonismo internacional, un país que alienta la integración regional y un país que demuestra tener compromiso con el cuidado de su territorio, con su soberanía nacional. Un fuerte compromiso de soberanía nacional como una forma de aportar a un mundo en donde no exista más el colonialismo, donde el ejercicio de soberanía sea un aporte también al respeto del derecho internacional y a la paz mundial.

Ariel González Serafini - Camila Bonetti - Juan Cruz Campagna

(20/4/2022)

Ariel González Serafini es licenciado en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. Ingresó al Instituto de Servicio Exterior de la Nación en 2009 y egresó dos años después como secretario de la Embajada y cónsul de tercera clase. Durante 2011 y 2012 estuvo a cargo del seguimiento y la gestión de la relación política y bilateral con Brasil. Entre 2013 y 2015 fue encargado de negocios en la Embajada argentina en Guyana. De 2015 a 2019 sirvió a la misión permanente de la República Argentina ante Naciones Unidas a cargo de temas de derechos humanos, desarrollo social, paz y seguridad. Desde mediados de 2019 trabaja en la Secretaría de Malvinas Antártida y Atlántico sur.

Juan Cruz Campagna es licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública, maestrando en estudios latinoamericanos, docente e investigador universitario y coordinador de Investigación y Extensión de la Facultad de Estudios Internacionales en la Universidad de Congreso. Actualmente es funcionario del área académica de la Secretaría de Malvinas, Antártida Atlántico sur.

Camila Bonetti es licenciada en Periodismo, magíster en Relaciones Internacionales e investigadora académica. Es funcionaria asesora en temas relacionados a prensa y comunicación en la Secretaría de Malvinas, Antártida Atlántico sur, de Cancillería.

Juan Cruz Campagna: «El Brexit abre un conjunto de posibilidades para la diplomacia y la política exterior que antes se encontraban bloqueadas. Continuaremos con nuestra política de Estado de reclamo permanente sobre nuestra soberanía».

¿Por qué el reclamo sobre Malvinas es una cuestión de soberanía?

Ariel González Serafini: Malvinas es una cuestión de soberanía porque la República Argentina como Estado nacional ha sufrido una violación de integridad territorial en 1833, desde el momento en el que una potencia extranjera como el Reino Unido, mediante un acto de fuerza, quebrantó la identidad territorial de Argentina, que es uno de los elementos fundamentales que hace a la soberanía de una Nación. Desde ese momento, Inglaterra ocupa ilegítima-

mente parte de nuestro territorio nacional. Es por eso que en la disposición transitoria primera de nuestra Constitución Nacional está reflejado el objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino en cuanto a la recuperación del ejercicio pleno de la soberanía sobre la totalidad del territorio nacional que incluye a las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur como territorios insulares pero también a los espacios marítimos circundantes y espacios aéreos. Es por eso que Malvinas se circunscribe como una cuestión de soberanía.

Al formarnos nosotros como un Estado nacional en el proceso que se inició en 1810 y después de la independencia declarada en 1816, Argentina como una joven nación empezó a ejercer su soberanía sobre la totalidad de los territorios bajo su jurisdicción y desde 1820, en particular, ejercimos una soberanía efectiva sobre las islas Malvinas a través del desembarco y el izamiento del pabellón nacional. Desde entonces y de forma ininterrumpida hasta 1833 ejercimos de facto nuestra soberanía sobre nuestros territorios y espacios marítimos con una diversidad de acciones gubernamentales. Esta integridad territorial fue quebrantada por una potencia extranjera y desde entonces se planteó esta disputa de soberanía y el reclamo permanente por parte de Argentina.

¿Cómo se va reconstruyendo el reclamo diplomático en el siglo XXI?

Juan Cruz Campagna: La comunidad internacional entiende esta situación como una disputa de soberanía que debe ser resuelta por medios pacíficos. Sobre todo, a partir del Alegato Ruda en 1964 y luego la Resolución 20/65 de la Asamblea General de las Naciones Unidas que determinó que se trató de una situación colonial que debía ser resuelta por medio de negociaciones.

También se llevaron adelante varias iniciativas en un período que va desde 1965 aproximadamente hasta el año 1981. En 1968, el Memorándum de Entendimiento; en 1971 el Acuerdo de Comunicaciones que posibilitó un intercambio con las islas, mayor conexión, incluso empresas como Aerolíneas Argentinas o YPF estuvieron presentes y se abrió la posibilidad del comercio, la posibilidad de los isleños de estudiar en el continente, atenderse médicamente, algunos docentes argentinos viajaron a las islas. En el año 1974, existió la Propuesta de Condominio y en 1980 existió la Propuesta de Retroarriendo.

¿Entonces durante esos años el Reino Unido se mostró abierto a negociar y encontrar una solución diplomática?

Juan Cruz Campagna: Exacto. Es importante mencionar que el Reino Unido no solo estuvo dispuesto a negociar, sino que también estuvo abierto a la

idea de devolver las islas Malvinas. De modo que el accionar del Reino Unido no es fácil de explicar durante esos dieciséis o diecisiete años de negociaciones. Sí hubo un momento en esos 189 años de reclamo que modificó la situación pacífica y es obviamente el conflicto armado en 1982.

A partir de ese momento, en estos últimos cuarenta años, el Reino Unido se niega a restablecer el diálogo a pesar de que la comunidad internacional no ha modificado la naturaleza jurídica y política de la disputa. De hecho, a pesar del conflicto armado, se restableció el pedido de negociación pacífica por la soberanía de estos territorios. Actualmente Argentina persiste en el reclamo y debe ser un proceso permanente y sostenido. Por ello es importante remarcar que nuestro país nunca dejó de hacerlo.

Pese a tratarse de una cuestión de política exterior, es evidente que también salpica de alguna manera a la política interior..

Juan Cruz Campagna: Por supuesto. Si bien es una cuestión de política exterior, debido a la relevancia de la cuestión Malvinas en nuestra política interior, es clave fortalecer siempre el consenso interno sobre este reclamo. También hay otras zonas que no están en disputa pero que Argentina no debe descuidar su soberanía, tal como la plataforma continental argentina, la Patagonia, Antártida. Mostrar la efectiva capacidad e interés del Estado argentino en esas zonas para una permanente política de presencia soberana resulta imprescindible.

Ariel González Serafini: Es importante remarcar que, desde la usurpación de 1833, todos los gobiernos democráticos argentinos han mantenido el compromiso y el apego por el reclamo de soberanía de las islas Malvinas. Hay que destacar también que el conflicto armado de 1982 no alteró la naturaleza jurídica de la cuestión y esto es un argumento que sostiene la comunidad internacional que en noviembre de 1982 adoptó la resolución 37/9 en la cual se ratifica lo anteriormente mencionado.

¿Cuál ha sido el verdadero respaldo internacional que ha recibido Argentina durante estos últimos cuarenta años?

Ariel González Serafini: Desde la finalización de la guerra, ha habido sucesivos pronunciamientos no solo de la ONU sino también de su Comité Especial de Descolonización y de Diversos Foros de la Comunidad Internacional. Uno de los más recientes tuvo lugar en febrero de este año (2022) cuando el Parlatino reunido en Panamá no solo celebró una jornada especial de Malvinas, sino que además adoptó una resolución que renueva el llamado a negocia-

nes pertinentes entre ambos países. El otro hito importante es el de Eurolat, la Asamblea Euro Latinoamericana que reúne a 150 parlamentarios (75 europeos y 75 latinoamericanos) que renovó el llamado a negociaciones.

En 2020 se dictaminaron tres leyes que buscan apuntalar la cuestión Malvinas como una política de Estado y una de ellas apunta a la creación del Consejo Nacional Asesor en Asuntos Relativos a las Malvinas, presidido por el presidente de la Nación y coordinado por Cancillería; participan parlamentarios, académicos, juristas, representantes de ex-combatientes y representantes de la provincia de Tierra del Fuego con el objetivo de determinar las bases de la creación de políticas para reforzar esta política de Estado. Otra ley relevante es la de Demarcación del Límite Exterior de nuestra plataforma continental, lo que agrega más de dos millones de kilómetros cuadrados de jurisdicción nacional y al mismo tiempo otra ley que actualiza el régimen de multas que se aplican a la pesca que apuntan a proteger lo que es nuestro. El Programa Pampa Azul es una iniciativa interministerial que apunta a la construcción de soberanía en los espacios marítimos bajo jurisdicción nacional a través del conocimiento. Conocer y tener ciencia sobre los espacios que son nuestros también es ejercer soberanía.

¿Cuáles son los actores que participan en la construcción del reclamo y con qué apoyos internacionales cuenta nuestro país?

Ariel González Serafini: Básicamente, los actores que participan en la construcción de la política de Estado que representa Malvinas son la totalidad del arco político e institucional argentino. Obviamente, todas las acciones de política exterior recaen en el ámbito correspondiente a Cancillería, especialmente a la Secretaría de Malvinas, Antártida y Atlántico sur que en 2014 fue creada como tal, con rango de Secretaría de Estado hasta 2015. Entre 2016 y 2019 fue reducida a rango de subsecretaría, pero a fines de 2019 recobró su rango anterior.

El Poder Ejecutivo, el Congreso de la Nación y el Consejo Nacional Asesor de Malvinas que se erige como una institución permanente del que participa la Cancillería en capacidad de órgano ejecutivo pero que tiene representación también de ambas cámaras del Congreso y de académicos y juristas de amplia trayectoria son fundamentales. Entre los apoyos internacionales encontramos el Comité Especial de Descolonización de ONU, innumerables foros como la OEA; CELAC; MERCOSUR; UNASUR en su momento; la Cumbre Iberoamericana; cumbres birregionales como la América-África, América Latina-Países Árabes; la Comunidad de Estados del Caribe y el G77 en China, que es un foro que reúne a 134 países, entre otros tantos.

Juan Cruz Campagna: En síntesis, la gran mayoría de países del mundo se dividen en dos posiciones sobre esta cuestión: el apoyo directo al reconocimiento de la soberanía argentina sobre las islas Malvinas; o el pedido a resolver la cuestión mediante el diálogo y las negociaciones de forma pacífica. Y en cuanto al orden interno, es importante remarcar el Consejo Nacional Asesor de Malvinas como actor fundamental y también la Declaración de Ushuaia, que tiene diez años de existencia pero muestra esta voluntad del compromiso de las diversas fuerzas políticas y reivindicó el pedido de soberanía a través de la denuncia del saqueo de recursos naturales de forma ilegal por el Reino Unido; y el pedido de desmilitarización del Atlántico sur que es una zona de paz y de cooperación, entre otros puntos a destacar.

Teniendo en cuenta las tensiones que se generan entre Argentina y el Reino Unido cuando se habla de la «zona económica exclusiva», ¿se puede hablar de Malvinas como un punto de partida para la protección del mar argentino y de la Antártida también?

Ariel González Serafini: Claramente Malvinas es algo que a los argentinos nos hace mirar hacia el mar. Para empezar, somos un país que no tiene una cultura oceánica. Salvo algunas provincias de la Patagonia, no tenemos a los espacios marítimos ni sus recursos, que son argentinos, en consideración. Malvinas siempre fue una cuestión que nos interpela a todos los argentinos y seguramente puede ser el punto de partida para tratar de desarrollar una «conciencia oceánica». Argentina como país tiene dos aspectos muy relevantes que hasta hace no mucho tiempo no fueron muy tenidos en cuenta: en primer lugar, Argentina es un país bicontinental porque tenemos parte de nuestro territorio nacional en el continente americano y parte de nuestro territorio en el continente antártico y, en segundo lugar, somos un país oceánico.

Argentina tiene mayor cantidad de superficie de espacios marítimos bajo jurisdicción nacional que espacio terrestre. Es por esto que entre las varias acciones que se tomaron en los últimos años una muy importante fue la aprobación del mapa bicontinental de Argentina. Es un mapa que ya no muestra el territorio argentino y a un costado, en un triángulo la superficie antártica, sino que muestra desde la Quiaca hasta el Polo Sur. En este mapa, Ushuaia está en el centro del país.

Podríamos hablar entonces de un cambio de paradigma en la concepción de Argentina como país bicontinental...

Juan Cruz Campagna: El Atlántico sur debe ser entendido como un concepto geopolítico integral; de hecho, si uno mira la posesiones británicas en el Atlántico sur se da cuenta de que no solamente domina sobre las islas Malvinas sino que, además, sobre las Sándwich y las Georgias del Sur; también hay otras islas como la isla Ascensión o la isla Tristán de Acuña u otras que forma parte del litoral africano que también están siendo dominadas por el Reino Unido porque este ve que esa zona del planeta es de vital importancia por varios motivos: por allí transitan las rutas marítimas más importantes del mundo y una gran parte del petróleo que abastece a Europa occidental transita por estas rutas marítimas. Gran parte de los productos que transporta Estados Unidos transitan por ahí también. Las islas Malvinas también permiten la proyección hacia la Antártida, otro espacio geopolítico estratégico. También las islas permiten el control del paso interoceánico que es estratégico, fundamental, la conexión del océano Pacífico y Atlántico es un punto vital en la geografía mundial desde hace siglos, tanto es así que el Reino Unido tuvo problemas diplomáticos con España tiempo atrás debido a su intención de ocupar una de las islas del archipiélago.

¿Qué beneficios geopolíticos y comerciales representan la presencia en el Atlántico sur para el Reino Unido?

Ariel González Serafini: El Atlántico sur representa una de las pocas zonas marítimas del mundo que quedan bajo ningún sistema de regulación pesquera y posee una gran cantidad de recursos que lo convierte en uno de los mayores reservorios del mundo. Obviamente que la falta de regulación está directamente afectada por la presencia de una potencia extrarregional que ilegalmente está ocupando esos territorios, pero los países del continente, como también los países costeros africanos, podrían haber desarrollado un sistema de control más avanzado y no ha sucedido.

Enormes recursos pesqueros, como el calamar y la merluza de manera sostenible y no bajo sobreexplotación como está sucediendo actualmente desde las licencias ilegales que otorga el Reino Unido, significan un rédito o un valor de miles de millones de dólares por año.

Después del conflicto de 1982, el Reino Unido no solo continuó con la ocupación ilegal de las islas, sino que también extendió esa ocupación ilegal a un área de 200 millas náuticas alrededor del archipiélago. Esto representa un espacio de más de dos millones de kilómetros cuadrados.

A esto se le agrega la explotación de hidrocarburos que, en las últimas décadas debido al agotamiento de las reservas en territorios continentales, ha sido un *boom* de exploración *off shore* de explotación del petróleo, y los costos de cada barril a nivel internacional ha hecho que sea rentable no solo explorar, sino también explotar plataformas continentales costas afuera.

Esta explotación no solo es rechazada a través de la legislación argentina mediante la declaración de ilegalidad de todas esas acciones de empresas que participan de forma ilegal. También es contraria al derecho internacional porque la Asamblea General de Naciones Unidas adoptó la Resolución 31/49 que establece que las partes en la disputa de soberanía, Argentina y el Reino Unido, tienen que abstenerse de introducir modificaciones bilaterales a la cuestión mientras tanto dure el proceso negociador recomendado. Esta resolución fue adoptada después de que el Reino Unido enviara una misión especial a las islas Malvinas en pleno proceso de negociación por el traspaso de soberanía que se dio entre el año 1965 y el 1981.

Juan Cruz Campagna: A partir de 1979, año en el que el Reino Unido realizó una exploración para conocer las potencialidades de acceder a los recursos naturales en torno a las islas Malvinas, su postura se tornó más reticente hacia las negociaciones de soberanía porque se introdujeron intereses económicos (no solo del lobby isleño de Malvinas, sino también de las autoridades económicas en Londres) y la cuestión Malvinas adquirió una revalorización muy grande en los intereses políticos de la sociedad británica y se marcó un cambio muy evidente en la actitud negociadora que culminó con la finalización de las negociaciones de manera unilateral por parte del Reino Unido en 1981.

Durante esos años, las islas Malvinas enfrentan una profunda crisis económica...

Juan Cruz Campagna: A mediados de la década de 1970, el Reino Unido en paralelo comienza a analizar las potencialidades de recursos económicos alrededor de las islas, empieza a tener una posición reticente a la negociación. Esto también tiene que ver con la situación del escenario internacional porque el mayor valor económico que las islas tenían hasta ese momento y que explotaban era la lana de ovejas y en esa época comienza a descender su precio internacional producto de la aparición de lanas sintéticas que compiten y provocan esta caída. Cuando eso sucede, el producto bruto de las islas disminuye y provoca una notoria crisis económica. Es en ese momento que comienzan las expediciones conformadas por geólogos y científicos con la necesidad de explotar otros recursos. A partir de estos informes llegan a la conclusión de que es posible la explotación pesquera y también la contemplación de las cuencas hidrocarbúferas.

¿Cuáles son los conceptos de presencia y ciencia en el mar argentino? ¿Requieren políticas de estímulo a la industria naval y a la investigación? ¿Qué contempla el órgano asesor de reciente creación?

Ariel González Serafini: Sin dudas, incrementar la presencia y afianzar la soberanía en el Atlántico sur implica necesariamente invertir recursos no solo financieros, sino también humanos. No solo para mejorar el conocimiento científico que tenemos, sino también en términos de proteger nuestros recursos y poder patrullar nuestras aguas para poder cuidar lo nuestro frente a la depredación de la pesca ilegal. Sin dudas, estas inversiones se están haciendo en la medida de las posibilidades de un país en vías de desarrollo como lo es Argentina. Por ello la importancia del Programa Interministerial «Pampa Azul» que se creó en 2014 y funcionó hasta 2015, luego fue desfinanciado y se relanzó en 2020 y que está relacionado al programa Promar que financia la promoción de la soberanía científica en el Atlántico sur. Es en el marco de este programa que durante los años 2020 y 2021 hemos podido realizar a través del Ministerio de Ciencia y Tecnología y el CONICET, entre otras instituciones, diversas campañas de investigación en distintos lugares del Atlántico sur e incluso por primera vez hemos tenido una campaña científica que realizamos en la zona del «Agujero Azul», que es en la plataforma continental extendida que demarcamos por ley.

Estas campañas nos ayudan a establecer los criterios ambientales y de manejo de recursos que necesitamos para poder regular la actividad pesquera, para asegurarnos de que nuestro esfuerzo pesquero sea sostenible y también nos ha permitido avanzar en la conservación del medio marino; Argentina en los últimos diez años ha creado por ley varias zonas marítimas protegidas que suman casi el 10 % de los espacios marítimos bajo nuestra jurisdicción. En los últimos dos años, Argentina ha adquirido tres patrulleros oceánicos, comprados al gobierno francés, para reforzar la flota que tenemos que hace control de la pesca ilegal en la milla 201, del otro lado de la zona económica exclusiva. Argentina, como país en vías de desarrollo, tiene una capacidad incremental que en los últimos años ha ido aumentando de la mano de esta política de Estado de considerar Argentina como un país oceánico y de incrementar la presencia de nuestra soberanía sobre los espacios marítimos.

¿Se han pensado iniciativas científicas en conjunto con instituciones británicas?

Ariel González Serafini: Argentina es un país que está abierto a cooperar internacionalmente en materia de investigación científica marina para gene-

rar conocimientos y, en ese sentido, siempre estamos dispuestos a cooperar con países que quieran realizar actividades de investigación científica marina en espacios bajo jurisdicción nacional argentina. Si tenemos un país extranjero que está ilegalmente ocupando parte de nuestro territorio insular marítimo y pretende ejercer soberanía sobre esos espacios que son nuestros y realizar actividades de investigación científica sobre nuestros recursos, es imposible. Si pudiéramos dejar en claro que todos los espacios marítimos circundantes a las islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur son de soberanía argentina, no tendríamos ningún inconveniente.

Recientemente se desclasificaron documentos británicos que evidenciaban la presencia de armamento nuclear durante el conflicto que finalmente no fue utilizado. Teniendo en cuenta que el Reino Unido fue junto a Argentina uno de los firmantes del tratado de no proliferación nuclear, ¿esto tiene implicancia y consideración en cuanto al reclamo de soberanía? ¿Cuál fue la postura de Cancillería más allá del comunicado que repudia el hecho?

Ariel González Serafini: La información a la que accedimos a principios de este año (2022) a través de fuentes periodísticas británicas, que se basaba en archivos desclasificados en 2019 por parte del Reino Unido, generó una serie de acciones diplomáticas muy contundentes. En primer lugar, es importante resaltar que Argentina ya había obtenido esta información en 2003 –no de fuentes oficiales británicas– y se habían realizado acciones de protesta y de repudio, no solo Cancillería desde Buenos Aires, sino también desde los organismos internacionales competentes, particularmente la Conferencia de Desarme.

A raíz de la confirmación de documentos oficiales británicos y su desclasificación, que ratificó la presencia de 31 armas nucleares del arsenal británico en el conflicto del Atlántico sur, nosotros emitimos un comunicado de Cancillería rechazando y repudiando esta información y el hecho de que esta acción por parte del Reino Unido era violatoria tanto del «Tratado de no proliferación nuclear» como del «Tratado de Tlatelolco», que denomina a las zonas de las Américas y del Atlántico sur como un área libre de armas nucleares. También viola la Resolución 41/11 de la Asamblea General que crea la zona de paz y cooperación del Atlántico sur, que pide a todos los países del mundo, especialmente a las potencias extra regionales, que eviten la introducción de armas de destrucción masiva en esta zona. La acción diplomática fue muy contundente, el canciller Cafiero en la Conferencia de Desarme en Ginebra tuvo una intervención absolutamente contundente y firme de condena y de rechazo al accionar por parte del Reino Unido.

Hemos enviado notas de protesta y notas solicitando la aclaración, la especificación y la justificación de estas acciones. Oficialmente, el gobierno británico ha tenido una postura muy poco colaborativa, argumentando que, por razones de seguridad nacional, no va a realizar declaraciones respecto a la presencia o no y la utilización o no de su arsenal nuclear, lo que es a simple vista una clara violación de las obligaciones internacionales que tiene el Reino Unido.

El Reino Unido se caracteriza por no brindar información sobre la militarización en las islas Malvinas...

Juan Cruz Campagna: Recordemos que sometieron a toda la región a un riesgo excesivamente alto dada la situación bélica que se estaba atravesando. También el riesgo de contaminación y daño ambiental que significó el trayecto de todo este armamento nuclear y sobre el que no se tienen precisiones. Todo este proceso evidencia una total falta de transparencia por parte del Reino Unido hoy y durante el conflicto bélico. Esto tiene relación directa con la actual militarización y la base militar que mantiene el Reino Unido en las islas Malvinas, sobre la que se sabe muy poco porque se abstienen a brindar datos. Esta es una característica sostenida en el tiempo.

Ariel González Serafini: Hay muchos de los foros internacionales, incluido el más numeroso de todos que es el G77 en China que reúne a 134 de los 193 estados miembros de Naciones Unidas, que lisa y llanamente condena la militarización del Atlántico sur por parte del Reino Unido. Las islas Malvinas tienen 3.600 habitantes y una dotación militar de 1.500 efectivos. Es uno de los territorios más militarizados del mundo y en esta falta de transparencia, el Reino Unido no solo no informa respecto a su presencia militar, tampoco lo hace sobre los armamentos y equipamientos que tiene en el Atlántico sur. Hoy por hoy el Reino Unido se niega a informar si existen armas de destrucción masiva en el Atlántico sur, si quedaron armas de destrucción masiva desde el conflicto de 1982, porque los documentos desclasificados especifican que se llevaron 31 armas nucleares pero no dice si las armas volvieron a su lugar de origen. Incluso hay embarcaciones británicas que fueron hundidas y que yacen en el fondo del Atlántico sur. Se niegan también a confirmar si hay embarcaciones de propulsión nuclear en la zona.

Recientemente han renovado su sistema de protección aérea con un sistema de misiles de última tecnología que tiene la capacidad de atacar el territorio continental argentino. Argentina tiene un mandato constitucional que establece que la recuperación de la soberanía se va a hacer a través de medios pacíficos. Y el argumento poco transparente y poco creíble del Reino Unido, que más que nada sirve para mantener esta posición geopolítica estratégica

para controlar el paso bioceánico y las rutas comerciales, es que esa presencia militar se basa pura y exclusivamente en un concepto defensivo cuando Argentina hace más de cuarenta años no tiene ninguna hipótesis de conflicto en su defensa nacional.

¿Cuál ha sido la línea general de prensa que ha seguido nuestro país con respecto al estado actual del conflicto?

Camila Bonetti: Trabajamos fuertemente en el marco de estos cuarenta años de la guerra de Malvinas para visibilizar el conflicto y las políticas de Estado de la recuperación de la efectiva soberanía. Por un lado, hacemos hincapié en el sentimiento de pertenencia hacia Malvinas pero, al mismo tiempo, estamos aprovechando la posibilidad de informar sobre el estado actual del reclamo constante. Tenemos una tarea muy fuerte porque la cuestión Malvinas es un tema de agenda constante.

Con respecto al reclamo histórico, la última nota publicada en *The Guardian*, cuando Argentina pudo exponer su posición y sus argumentos, ha significado un hito importante dada la magnitud y la característica de ser un medio inglés...

Camila Bonetti: En *The Guardian* han sucedido dos hechos interesantes. Uno tuvo que ver con la publicación de un artículo de opinión del canciller argentino Santiago Cafiero que fue muy importante porque este periódico es muy leído por la ciudadanía inglesa pero también es un medio de suma importancia para el arco político británico. También hubo una nota de opinión por parte de un periodista británico, Jenkins, en vísperas del 2 de abril, que fue muy sorprendente para nosotros y generó gran impacto en los medios nacionales e internacionales por su opinión contundente de que el Reino Unido debe dejar atrás ese resabio colonialista que tiene con las islas Malvinas y empezar a sentarse a negociar con Argentina. Esta nota ha ejercido una influencia considerable en la opinión pública británica y, con respecto a esto, hace poco también se publicó una encuesta que, si bien no fue masiva, reflejó que una gran mayoría de los encuestados estaba a favor de la devolución de la soberanía efectiva del territorio de las Malvinas a nuestro país.

¿Cuáles son los próximos pasos en la recuperación de la soberanía y cómo se va a parar Argentina frente al escenario internacional?

Ariel González Serafini: La política de Estado insiste en mantener nuestro reclamo e intensificar su difusión y su visibilidad en todo el mundo, con el objetivo de obtener cada vez más pronunciamientos internacionales para ejercer una creciente presión sobre el Reino Unido para que se avenga a cumplir sus obligaciones establecidas por el derecho internacional.

Juan Cruz Campagna: Es muy importante sostener esta política en el tiempo. En el marco interno es fundamental continuar con los consensos y fortalecer la conciencia por el reclamo de soberanía. Por último, el Brexit abre un conjunto de posibilidades para la diplomacia y la política exterior que antes se encontraban bloqueadas.

María Lourdes Puente Olivera

(28/6/2022)

María Lourdes Puente Olivera es licenciada en Ciencias Políticas con especialización en Relaciones Internacionales, magíster en Relaciones Internacionales y doctora en Relaciones Internacionales.

Actualmente se desempeña como directora de la Escuela de Política en la Universidad Católica Argentina.

Ejerce como docente universitaria desde 1991. Hoy es la profesora titular de Estrategia y Seguridad Internacional en la Facultad de Ciencias Sociales de la UCA y en la cátedra de Introducción a la Teoría de Relaciones Internacionales de la Universidad Austral. En esa misma Casa de Estudios, se encuentra a cargo de la materia Relación de Argentina con América Latina de la Maestría en Relaciones Internacionales.

Entre 1989 y 2010, María Lourdes se desempeñó como analista en Relaciones Internacionales de la Armada argentina. También cumplió funciones en el Ministerio de Defensa como directora nacional de Inteligencia Estratégica Militar (2001-2012).

Entre 2017 y 2019 integró el Comité Académico de la Maestría de Defensa Nacional de la Facultad de la Defensa Nacional de la Universidad de la Defensa Nacional. Y desde 2020 es miembro de la Comisión Asesora del Instituto Iberoamericano de Educación y Productividad en Argentina. También colaboró con el Instituto de Capacitación Política del Ministerio del Interior en 2010.

«Proyectar hacia el futuro sabiendo que tu capacidad es limitada nos obliga a pensar en la pérdida de soberanía».

En el escenario internacional en el que estamos viviendo actualmente, ¿cuál es la importancia que tiene el mar argentino y de qué manera se podría utilizar de forma favorable para los intereses nacionales?

El mar argentino siempre tuvo un valor estratégico importante, primero porque es parte de nuestro territorio, entonces, ya por el hecho de ser nuestro tiene valor estratégico. Pero cuando hablamos de los mares, el primer valor estratégico es la comunicación, o sea, son puertas de entrada y de paso. Es verdad que, en el escenario actual, el centro comercial y económico se trasladó del Atlántico al océano Pacífico asiático, entonces pareciera que no tiene valor el primer océano mencionado.

Pero para nosotros sí, porque casi todo viene por ahí. Algunas cosas ingresan por el Pacífico, pero en menor medida. Desde el punto de vista de las comunicaciones, en un mundo donde no podés estar aislado, sino que necesitás interactuar, resulta importantísimo. En el escenario actual, tenés una competencia estratégica entre dos países muy poderosos, pero también tenés una competencia entre poderes regionales. Es un mundo entre bipolar y multipolar en todo sentido y Rusia lo está demostrando. Pero también a partir de esto último; actúa India, Turquía y África, entre otros. Entonces todos estos factores empiezan a ser importantes para la manera de insertarse de los países de la región y de la Argentina en particular. No es solamente la importancia de lo que está pasando en Asia Pacífico, sino con todo el entorno global.

¿Cómo influye la cercanía a la Antártida?

La posición estratégica está muy ligada a la cercanía con la Antártida y lo que significa este territorio en términos de futuro. Sabemos que el régimen que lo rige ahora hace que la soberanía no sea un tema, pero sin embargo nuestra presencia ininterrumpida allí nos daría de alguna manera ciertos derechos en cualquier tipo de discusión debido a la cercanía, e incluso para proveer servicios en todo lo que sea el uso de la Antártida, como, por ejemplo, el proyecto del polo logístico en Ushuaia.

Así que, además de la comunicación y el acceso a la Antártida, se suma la importancia en términos de recursos. Hoy sabemos que el recurso más explotado del mar es la pesca, pero también se agrega la explotación de recursos en el subsuelo vinculados a los polimetales y también energéticos como el petróleo. Si bien estamos yendo hacia energías más sustentables, todavía el petróleo juega un papel muy importante en la matriz energética y en un momento donde se está demandando con tanta fuerza. La realidad es que tampoco podemos desestimar lo que está pasando.

En comunicación también habría que destacar nuestro paso bioceánico. Si bien el que más se utiliza es el de Panamá, no hay que descartar que, ante cualquier problema en este último, nosotros tenemos la capacidad de pasar de un océano al otro. También es importante destacar al Atlántico Sur como nuestra barrera natural frente a cualquier peligro internacional. Si bien es un acceso, también es importante como defensa al igual que la cordillera de Los Andes.

Mencionó la competencia regional, ¿cómo podemos transpolar eso al plano sudamericano y cómo se posiciona Argentina?

Yo soy partidaria de que Argentina sola no tiene chances en este mundo global. Si bien algunos dicen que esta globalización se está fragmentando, soy

de las que creen que es imposible la fragmentación. En todo caso, se generarán mayores áreas de influencia o los regionales tratarán de tener mayor relación con los vecinos. Igualmente, esto es súper relativo, de hecho, no es lo que está pasando en Sudamérica.

No me imagino a Argentina sola en un contexto global y debería apoyarse en sus vecinos porque en la medida que esto no suceda vamos a ser funcionales a algún poder que nos dará el beneficio de alguna cosa pero a cambio del propio aprovechamiento. Lo que sucede con los países regionales es que podemos coordinar un beneficio común que no es fácil de organizar con quienes no están en un mismo territorio. Está claro que Brasil tiene un juego global que es el BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), a través del cual se erige como la potencia hegemónica de la región y creo que Argentina tiene una relación que trabajar con ese país porque son los dos pivotes de la región. Incluso desde el principio de las discusiones panamericanas, en la vinculación con Estados Unidos, siempre han intentado jugar juntos y creo que es el único destino que les queda.

De alguna manera está instalando la idea de que es prioritario encontrar puntos en común con Brasil...

Ambos países tienen recursos limitados ya que son países que todavía están en desarrollo y que tienen una gran porción de la población fuera del sistema. Se tiene que dar una discusión en común. En la medida en que sea menos común van a perder los propios pueblos, no me lo imagino de otra manera. Entonces, no creo que el punto sea competir con Brasil ni con Colombia, casi que te diría ni con México, pero por los menos, pensando en Sudamérica, el objetivo es complementar y en cuanto sea competitivo elegimos, pero sí creo que juntos, no compitiendo.

Se ha hablado sobre la posibilidad de desarrollar el programa «Pampa Azul» a nivel regional para el desarrollo de defensa. ¿Cómo debería ser un programa de cooperación entre los países sudamericanos y qué efectos tendría en cuanto a la situación argentina en relación con Malvinas?

La única manera en que el Atlántico Sur empiece a ser troncal y tenga mayor sentido en el futuro de la Argentina y la región es darle un matiz más productivo. Nosotros en la Universidad Católica Argentina habíamos organizado una jornada que se llamaba «La Vaca Azul», que se centraba en ver el Atlántico Sur en clave productiva, y en ese sentido me parece que es la clave. Si nosotros solo lo vemos en términos de defensa, se corre el peligro de la falta de finan-

ciación y la pelea de unos pocos. En Argentina esto todavía no es transversal a toda la política, todavía es un dicho y no una política de Estado. Cuando vos convertís el Atlántico Sur y a la Patagonia en clave productiva y los considerás uno de los ejes del desarrollo que Argentina necesita, le das otro significado.

Entonces, ya no es solamente el control de la pesca, sino que también se contempla cómo aprovechar los desechos de la pesca en la producción de cosméticos, cómo generar una industria a partir de los guanacos que son plaga en la Patagonia, entre otras actividades. De esta forma ya no solo trabajás con el Estado, sino que también con el sector privado y lo hacés parte de un proyecto tuyo como país.

Esto es interesante porque supone estrategias constantes, por ejemplo, uno de los requisitos para que las empresas petroleras puedan trabajar en nuestro país es que no tengan proyectos en Malvinas, pero también ofrecerles a esas industrias que están en las islas una posibilidad de contraoferta de explorar nuestro país y de esa forma buscar la solidaridad común y sumar aliados. Me parece que el futuro supone un proyecto en donde la defensa sea algo más que la denegación de espacios, más bien convertir la defensa en un incentivo para estar del lado de Argentina y la región.

Después en términos de defensa estricta, creo que no nos queda otra. Me cuesta pensar que nuestros gobiernos no se animen a ir más allá. Yo siempre digo que Chile y Argentina lograron patrullar juntos la Antártida desde los noventa. ¿Por qué no lo podemos hacer con Uruguay y Brasil? Patrullar juntos y compartir información porque creo que es la única manera de que funcione. Caso contrario, los ingleses siempre van a operar o con Brasil o con Uruguay o con Chile a partir de incentivos económicos u otro tipo de incentivos, por lo bajo o con inteligencia.

Si nosotros logramos un interés común entre los países sudamericanos a partir de hacerlos parte de nuestro proyecto entonces se convierte en un proyecto colectivo, como en su momento se habló de que los submarinos brasileños tengan reactores argentinos o también la posibilidad de mandar satélites en conjunto debido a la capacidad argentina en ciertos aspectos y la capacidad de Brasil en otros tantos. Todo esto requiere mucha audacia política, pero nuestros países, con tan pocos recursos y todavía en desarrollo, no se pueden dar el lujo de tener los mismos programas cuando estamos en el mismo lugar y por ello creo que es el gran momento de ser hermanos y trabajar juntos.

El programa «Pampa Azul» incluye al mar argentino pero excluye a las islas Malvinas y a la Antártida, y normalmente en la academia se suele ver a estos tres componentes como un conjunto, con sus diferencias respectivas, pero que conforma la Argentina «bicontinental» parte de nuestro terri-

torio, entonces, ¿cómo se puede reformular este programa para incluir la postura argentina de reclamo de soberanía sobre las islas y también a la Antártida?

Te pongo un ejemplo con respecto a la pérdida de soberanía. Cuando nosotros perdimos el submarino ARA San Juan en 2017, no teníamos la capacidad de encontrarlo y dejamos que entraran un montón de países que quizás a su vez espionaron, rastrearon y controlaron el territorio. Si nosotros hubiésemos estado juntos y hubiéramos armado esa capacidad, los que patrullaban hubieran sido los nuestros y no los de afuera.

A veces esa mirada obtusa de «yo prefiero hacerlo solo» te lleva a que en las situaciones límites no tengas la capacidad. Es un poco lo que pasó también con el tema Covid-19, o sea, es mejor hacerlo con Brasil, Chile y Uruguay y tener la capacidad juntos que tener que estar esperando que otros nos den lo que les sobra. Entonces hay que tener una mirada que permita proyectar y darse cuenta de que solos no vamos a poder y plantearse seriamente quién quiero que entre a mi lugar porque hoy nadie tiene la capacidad, ni siquiera los Estados porque hay un montón de actores en el plano internacional que tienen más capacidad que el Estado mismo. Proyectar hacia el futuro sabiendo que la capacidad es limitada nos obliga a pensar en la pérdida de soberanía.

Ahora, con respecto a «Pampa Azul», creo que en su momento se creó para darle al Atlántico Sur un contenido más amplio que el de la defensa. Si querés, en clave política, para sacar a los militares del medio porque también estaba en disputa entre lo militar y lo civil debido a los hechos históricos sucedidos que devinieron en una desconfianza abrupta hacia el poder militar.

De esta forma se quiso ampliar la posibilidad del Estado de actuar desde otro lugar como es el científico-tecnológico que le dio una consistencia más robusta en términos de presencialidad en el Atlántico Sur. Por eso es insólito porque el gobierno actual y hasta incluso la oposición piensan el Atlántico Sur con Malvinas y la Antártida incluidas.

¿Y en cuanto a lo regional?

En cuanto a lo regional me parece algo más audaz. Nosotros estamos dando permiso de investigación a buques de otros países regionales. Quizás priorizar la investigación de los «nuestros» nos da otra proximidad y otra manera. La posibilidad de fortalecer el Mercosur como marca, como fortaleza, es una situación interesante que disuade otros intereses y sería una posibilidad también de expansión para el programa «Pampa Azul», pero debería ser otro nombre como «América Azul» tal vez o algo que nos identifique como bloque.

De cierta forma el nombre «Pampa Azul» ratifica el modelo agro-exportador de nuestro país desde 1880...

Podría haber sido «Patagonia Azul» pero creo que el nombre apunta a nuestras pampas, a nuestras riquezas. Pero a mí me llamaba la atención porque hace poco la vicepresidente planteaba esta cosa de exportar la pesca y no la industria. Hay una matriz que cuando vos ves el recurso se te ocurre exportarlo, lo que pasa con el litio, y lo que le pasa a nuestra dirigencia es pensarlo en clave productiva. Se dice que es un gran éxito cuando se logra exportar pesca. por ejemplo, pero en realidad el éxito debería ser si logramos industrias vinculadas a la pesca que den empleo. Hay que reemplazar a las actividades del sur, como el ensamble de teléfonos, por industria genuina que utilice sus propios recursos.

La falta de conciencia marítima en cierta forma repercute en la Patagonia ya que es una extensión de territorio bastante despoblado y con presencia de empresas extranjeras dedicadas a la explotación de hidrocarburos y, a su vez, repercute en Malvinas desde lo estratégico más allá de la herida abierta en la sociedad. ¿Cuál es su opinión?

Cuando vos no lo expresás en clave productiva solo es un sentimiento porque ¿qué argentino se iría a vivir a las islas Malvinas? Pero todos queremos que Malvinas sea argentina, entonces cómo conectás una cosa con la otra. La única manera es conectarlo con una parte de algo donde todos nos sintamos parte.

La misma discusión se da con el litio. O nos juntamos los países para ver de qué manera generamos más trabajo y más recursos con el litio o cada uno negocia lo suyo y saca su propia ventaja que siempre es mucho más limitada. Pero para eso es necesario pensar hacia el futuro. Y el problema es anterior, nos cuesta pensarnos en clave productiva en general, no tenemos todavía un modelo de desarrollo donde estemos todos metidos. Lo que sí sería interesante es que, en ese modelo de desarrollo, el Atlántico Sur sea un eje y no una discusión de nicho entre los que nos interesa el tema, que la dirigencia lo considere igual que se considera la pampa.

Si vos no considerás el sector agropecuario para el modelo de desarrollo, estás loco, sin embargo, no sucede lo mismo con el Atlántico Sur y debería ser parte. Con «Pampa Azul» se intenta trabajar para la asimilación de esta región a la matriz productiva, primero desde el desarrollo científico-tecnológico, que es lo previo, porque vos investigás para ver qué se puede producir. Pero no tiene un objetivo concreto donde la gente sienta que va a tener empleo, salario y crecimiento.

Esta fragmentación de Malvinas en cuanto al resto de las regiones que conforman nuestra matriz productiva puede ser aprovechada por Gran Bretaña a partir de alianzas a nivel regional que incluyan los recursos, porque las negociaciones después de la Resolución 20/65 venían teniendo un ritmo positivo para la Argentina hasta que en 1968 se descubre la presencia de recursos y en 1976 se abre el Informe Shackleton, ¿podemos inferir que ha habido un avance de Gran Bretaña en cuanto al descubrimiento de nuevos recursos en las áreas circundantes a las islas?

Gran Bretaña tiene un historial muy vinculado a lo imperial, tiene mucho más claro sus intereses estratégicos y acciona en esa línea, sobre todo en la generación de recursos y en la medida en que esa posibilidad exista. Esa mentalidad que llevó a colonizar África estuvo muy presente. Lo que pasa es que el proceso de descolonización los corrió, en algunos lugares con más efectividad que en otros, pero no necesariamente van a dejar de ir en búsqueda de lo que les falta de la manera que puedan, o sea, creo que toda potencia lo hace porque también es lo que está haciendo China o Rusia, que no lo hace por el continente sino con sus vecinos.

El caso de Gran Bretaña tiene una búsqueda más allá de sus horizontes por su condición de isla. Lo que pasa en el caso de Malvinas es que ya tiene su ubicación estratégica por estar cerca de la Antártida, lo de los recursos es un plus. Es más, nos sería más fácil la negociación con los británicos si solo fueran recursos. Me parece que la dificultad se acrecienta porque, para Gran Bretaña y para la OTAN, Malvinas significa tener un pie muy cerca de la Antártida, y no podría lograrlo de otra manera. Entonces, toma mayor preponderancia la posición estratégica por sobre los recursos que al final se agotan.

Con respecto a esto último y teniendo en cuenta que se ha hablado sobre la posibilidad del asentamiento de una base militar de la OTAN en suelo malvinense y también las cuestiones diplomáticas con Chile. ¿De qué manera presiona la OTAN y Gran Bretaña sobre el reclamo de soberanía de las islas Malvinas?

En principio, desde una apreciación personal que no coincide con casi ningún analista, la Argentina debería unir su reclamo con Chile y ser más regional. Primero porque es bastante difícil que algún día digan «les reconocemos el territorio», sobre todo porque cada vez hay más interés de otras potencias y construcción de bases militares por parte de China, Rusia, Estados Unidos. Salvo que nosotros nos convirtamos en potencia mundial y podamos defender lo nuestro. Esto no quiere decir que tengamos que renunciar. El reclamo mantiene nuestra presencia y tenemos bastantes papiros para decir que estamos

entre los fundadores, pero esos también los tiene Chile, por eso sería interesante unirnos como región y entre estos dos países ser puerta de entrada para toda la región. Dicho esto, con respecto a la Antártida, sí hay problemas con Gran Bretaña porque compartimos intereses como no hacerla patrimonio de la humanidad, reclamamos, un montón de cosas que sí pensamos igual. Pero en el medio tenemos este conflicto por Malvinas, lo cual a nosotros no nos conviene patrullar con los británicos. Entonces, me parece interesante utilizar la política antártica para presionar, pero por eso también es muy importante nuestra relación con Chile porque Gran Bretaña tiene muchos incentivos para con ellos para disuadir la relación con nuestro país.

En relación con la OTAN, hoy el foco de interés no está acá como para que se pelee con todos nosotros pero sí sería muy bueno que si eso apareciera Brasil estuviera de nuestro lado, pero para que esto pase hay que construir lazos. Y en la medida en que nosotros dejemos que la región prefiera estar en la OTAN porque nosotros no damos alternativas interesantes que los hagan sentir parte. Por ejemplo, el caso de Colombia, Sudamérica no los ayudó porque cada país estaba con sus asuntos y la ayuda que les ofreció Estados Unidos los hizo sentir parte, y ahora son parte de la OTAN como aliados y entonces ellos dicen «estos son los que nos están ayudando». Nadie va a venir por el cariño, sino que va a venir por el incentivo al interés, entonces, creo que la OTAN va a colocar una base cuando esto se vuelva un asunto estratégico que lo requiera, ahora le alcanza con que esté Gran Bretaña.

¿Existen posibilidades políticas para formar un bloque que privilegie a Sudamérica con respecto al Atlántico Sur?

La situación es muy difícil porque los gobiernos sudamericanos están bastante divorciados debido a su preocupación por mantener su lugar a través de las elecciones. Pero más allá de esto, los gobiernos sudamericanos tienen tantas preocupaciones y dificultades hacia dentro de su país que les parece muy difícil animarse a ser ambiciosos y diferentes en términos internacionales, tenés que tener un coraje, un volumen político y una visión que no te importe perder en la próxima, pero jugártela.

Lo veo complejo, incluso si lo hiciera alguien con la voluntad de lograrlo. Lo que sí creo es que hay una esperanza en los que no protagonizan pero que hacen la política por abajo, esto sería más lento. Pero una de las cosas que pasó con la mala relación que Bolsonaro tenía con la Argentina es que muchas organizaciones intermedias, empresas y gobiernos subnacionales jugaron y mantuvieron el vínculo y se animaron a ir por más. Hay una esperanza de que aunque no se protagonice desde arriba, desde abajo se logre, lo que pasa es

que el volumen de lo que hablábamos anteriormente requiere las decisiones más altas, habría que ver si desde la sociedad aparece un empuje hacia ese lugar, o sea, si las provincias se unen o algo de ese calibre. Pero no veo en la cabeza de ninguno de los que están apareciendo hablar de esto, un incentivo hacia generar un desarrollo distinto y me parece difícil verlo porque no está en ninguna plataforma y no aparece en ninguna de las visiones.

Ni siquiera el Covid-19 generó esa cooperación de organizarse para conseguir las vacunas entre los países vecinos. Es desalentador el panorama, por eso mi esperanza es que venga de abajo la intención, pero es más lento de esa forma. Cuesta dejar construidas cosas que después no se desarmen porque todo lo que es retórica y organización se puede desarmar enseguida, en cambio, si hacés un lanzador común se puede mantener como ya está el ABACC entre Brasil y Argentina o la patrulla antártica en conjunto con Chile, pero es insólito que con Uruguay no haya proyectos en conjunto y aun teniendo gobiernos latinoamericanistas nos peleamos a morir.

¿Cómo cambiaría el control del Atlántico Sur si hubiese cooperación entre Argentina, Brasil, Uruguay y Chile? ¿Facilitaría el control por ejemplo de los barcos pesqueros chinos en esa zona?

Sí, pero no es solo una cuestión entre países, es una cuestión de los sectores privados de cada país también. Si vos generás incentivos para que los que pesquen sean los nuestros y tengan privilegios, van a ser ellos los que van a avisar, perseguir y patrullar el Atlántico Sur.

A veces el privado accede a mejor tecnología que el público, si los Estados no empiezan a interactuar con un sector privado más comprometido con su propia nación, con su propio lugar porque su interés va con el de su propio país porque cada vez las distancias en capacidades son más grandes. Obviamente todo esto debe darse en el marco de un modelo de desarrollo sustentable porque somos todos parte del mismo lugar, debemos pensar en los vecinos y en el medio ambiente. No se puede pensar un modelo de extracción donde no se piense en la sustentabilidad. Lo que no puede decirse es que privilegies el medio ambiente y dejás a la gente con hambre porque le das mayor peso a una parte sobre la otra o por darle de comer a algunos matás el medio ambiente entonces las generaciones futuras no tienen oportunidades.

Este modelo de desarrollo integral, ¿beneficiaría el reclamo de Argentina sobre Malvinas o también la cooperación podría modificar la relación con los kelpers?

Cuando vos generás el incentivo, la relación cambia completamente. Si la única manera que tiene Argentina de relacionarse con los kelpers es decir «ustedes son nuestros», lo que te genera es una postura defensiva, pero si vos generás desarrollo y cuidás la zona, aprovechás los desechos de pesca, entonces a ellos les convendría un convenio con nosotros. El problema es cómo vos te presentás frente al otro y vos tenés que hacer parte al otro, no contra. No es persiguiendo, sino mostrándoles que vale la pena estar en este lugar.

La política exterior sobre Malvinas, específicamente después de la guerra, se plantea desde una relación completamente distante con Gran Bretaña y de enemistad o desde una relación madura y de mayor cercanía a través del «paraguas de soberanía». Desde la relevancia que tuvo la guerra en nuestro país, no se han logrado grandes avances diplomáticos...

De alguna manera no veo mal el reclamo constante, a pesar de no ser transversal a la política, el reclamo mantiene vivo el tema. No hemos dado con ninguna estrategia exitosa para lograr avances, pero la realidad también es que Gran Bretaña no tiene ningún incentivo para soltarla. Y en estas idas y vueltas tampoco hay mucha claridad sobre cómo lograr avances. Una de las cosas importantes que dice Guillermo Carmona sobre Malvinas es que el actor Gran Bretaña no es monolítico, sino que dentro hay muchos actores con los que se puede empezar a hablar. Claramente esta es una herramienta, pero remarco la importancia de crear un polo de producción en el sur que haga que nos sentemos a negociar por Malvinas de otra manera, es decir, yo no estoy invitando a alguien a ser parte de este país con este nivel de inflación, los argentinos somos muy empáticos desde el comienzo, pero nosotros en cuanto al tema Malvinas presentamos una versión patotera de nosotros mismos.

Yo pienso que los malvinenses se sienten más cerca de una independencia que de Argentina o Gran Bretaña, eso no nos tiene que hacer claudicar, pero por lo menos entender la posición de los otros y pensar en soluciones donde ellos no se sientan menoscabados, por más que la negociación sea con los británicos. Estos últimos tienen a los malvinenses de su lado actualmente porque los incentivos vienen de su lado. Hay que lograr crear incentivos que seduzcan a los malvinenses a través de incentivos de participación que vengan de nuestro lado y no castigos a empresas por tener actividad en las islas. También es verdad que desde el punto jurídico nosotros consideramos que es una población impuesta y para el reclamo nuestro, que es la descolonización, no deberíamos incluirlos por este último punto, pero los incentivos podrían favorecer una estrategia más inclusiva y que facilite las negociaciones antes que una postura más reacia.

PARTE III. ECOS SOCIALES



Nicolás Kasanzew

(28/9/2022)

Nacido en Austria, Nicolás Kasanzew llegó con su familia a la Argentina cuando tenía cinco meses. Comenzó su carrera en el periodismo como colaborador del diario *La Nación* y luego en la revista *Siete Días*. Las vueltas de la vida lo convirtieron en el único corresponsal televisivo argentino en la guerra de Malvinas y en el único civil que tiró un cañonazo a los británicos durante el conflicto.

Al regresar a Buenos Aires tras la derrota, escribió lo que sería el primero de varios libros sobre la guerra: *Malvinas, a sangre y fuego*. Muchos años después, en 2007, publicó *La pasión según Malvinas*.

En 1990 abandonó la Argentina con ofertas de trabajo desde Miami. Allí trabajó 17 años en varios medios hispanohablantes, como *Telemundo*, *Univisión*, *CNN* y la *NBC*. En 1991 fue nominado al premio Emmy por su documental *La nueva Rusia*.

Con su vehemencia y seguridad, Nicolás ha pasado gran parte de su fructífera vida defendiendo la causa Malvinas y manteniéndola en agenda a través de canciones basadas en diversas historias heroicas de soldados a los que les pone nombre y apellido y de sus conferencias a lo largo ancho de todo el territorio argentino.

«A mí me destruyeron el 90% del material que enviaba que obviamente no era funcional a la propaganda triunfalista».

¿Cómo lo moldeó profesionalmente la experiencia de Malvinas en su carrera como periodista?

Toda situación extrema y la guerra por supuesto que lo es, es muy enriquecedora. Era una situación que yo había querido vivir. Hasta ese momento había cubierto guerras de baja intensidad en Centroamérica y quería trabajar en una guerra de intensidad alta, quería vivirlo. De alguna manera fue también, aunque en contra de mi voluntad, el empujón para trabajar en el exterior. Me prohibían, me perseguían, me calumniaban. Aguanté hasta el 90 y con cuatro hijos que mantener me fui a la tercera oferta que me hicieron. Me fue muy bien, aunque hubiera preferido hacer carrera en mi país. Pero nuestro país es complicado.

¿Cómo fue que se transformó en el único periodista argentino que hizo la cobertura de la guerra de Malvinas, qué significado tiene en su vida?

De alguna manera lo quiso el destino. Para ese entonces ya no trabajaba en *Canal 7*. Me encontraba trabajando en *Canal 11* y recibí una llamada de uno de los productores que me ofreció volver. Yo no sospechaba absolutamente nada de lo que estaba por pasar. Acepté y me convocaron el 2 de abril a grabar mi promoción. Ese día Víctor Sueiro, colega y amigo, me llamó y me dijo: «Recuperamos Malvinas». Lógicamente estallé de felicidad, pero frustrado por estar en ese momento en mi casa en pantuflas.

Fui de traje y corbata al canal y le pregunté al productor si había mandado a alguien a hacer esa cobertura y ahí me comunicó que no había nadie designado. Me explicó que mis compañeros se iban a hacer cargo de otras coberturas y le pedí que me mandara a mí. Su respuesta fue: «Bueno, andá». Ahí me di cuenta de que todo estaba fríamente calculado.

No podía ser una coincidencia...

Para nada. Él sabía que a mí me gustaba ese tipo de trabajo. Ya había cubierto algunas guerras civiles en Centroamérica y hablaba inglés. De ahí me fui para Comodoro Rivadavia. ¿Cómo quedamos junto con mi camarógrafo como los únicos cubriendo la guerra desde las islas? En abril entraban bandadas de periodistas, pero volvían después de grabar el continente. Ninguno quería quedarse, incluso los que tenían carnet de corresponsales de guerra. Yo no tenía.

Cuando se generó el bloqueo, quedamos en las islas el equipo de *Télam* y nosotros.

¿Y qué pasó con los periodistas de *Télam*?

La verdad es que *Télam* inventaba noticias. Mientras fueron noticias triunfalistas no pasó nada, pero un día inventaron que hubo un desembarco inglés y que mataron a doce kelpers. Ahí Menéndez se enojó con ellos porque él temblaba más por los kelpers que por sus propios soldados y terminaron cerrando la agencia de noticias. Después fueron habilitados dos días antes de la rendición. Fue así que mi camarógrafo Lamela y yo quedamos solos haciendo la cobertura.

¿Cómo fue el manejo de la prensa durante la guerra y qué pasó con la censura teniendo en cuenta, sobre todo, que el país estaba bajo la conducción de un gobierno de facto? Se sabe que la información que recibía la sociedad argentina era de tinte triunfalista.

En toda guerra hay censura y Malvinas no fue la excepción. Como dice una vieja frase: «En toda guerra, la primera baja es la verdad». Los gobiernos, cualquiera sea su signo, utilizan a la información y a la desinformación como un arma más. Inglaterra usó la censura también, pero como ganó la guerra no importó tanto. Por ejemplo, decían que habían destruido de entrada la pista y que estábamos aislados y yo le mandé una tarjeta postal a una amiga que tenía en Londres y llegó sin problema. Después de la guerra recibí una carta de ella en la que, toda indignada, explicaba que «acá nos dicen que no pasa ni un pájaro y vos me mandás una tarjeta como si nada».

En Argentina hubo una censura bastante tonta y estúpida, sin ningún sentido. A mí me destruyeron el 90% del material que enviaba que obviamente no era funcional a la propaganda triunfalista pero tampoco tenía secretos militares ni nada que comprometiera la estrategia argentina. Lo atribuyo netamente a la imbecilidad.

Igualmente, hay una cuestión que es curiosa. Hay dos estudios, uno de Rodolfo Terragno, exsenador, y otro de Alejandro Amendolara, que concluyen que los comunicados de Estado Mayor Conjunto están mucho más cerca de la realidad que los medios privados que se lanzaron a inventar a lo loco.

¿Como por ejemplo la revista *Gente* y sus famosas portadas?

Exacto. Su tapa famosa que titulaba «Estamos ganando» o la otra que decía «Hundimos la flota».

Estando en Malvinas, ¿llegó a tener noción sobre lo que los medios argentinos estaban informando?

No existía ningún tipo de retorno, aunque una vez al subirme a un Hércules que estaba descargando provisiones vi una página del diario *La Nación* con la reproducción de la tapa de la revista *Gente* que decía «Hundimos la flota». Lógicamente ahí me di cuenta de que algo raro estaba pasando y después nos matábamos de risa porque todas las noches nos bombardeaba la flota y decíamos «esa no es la de Inglaterra, debe ser la de Singapur porque a la inglesa ya la hundió *Gente*».

Fue el único civil que tiró un cañonazo a los británicos. ¿Cómo llegó a vivir esa experiencia?

Cuando junto a mi camarógrafo llegamos a las islas, primero nos sentíamos argentinos y luego periodistas. Entonces les pedimos a los militares armas para participar en la defensa. Un pedido ingenuo, pero genuino. En uno de los bombardeos, mi camarógrafo me dijo: «Estuve pensando... si acá hay diez mil tipos defendiendo a las islas, yo soy el diez mil uno». Obviamente no nos dieron armas y se burlaron de nosotros. De tanto molestar, dos días antes de la rendición, un teniente de apellido Caballero, me hizo el gran honor de tirar un cañonazo a los ingleses. Eso no me convierte a mí de ninguna manera en un combatiente ni mucho menos, pero quiero pensar que es lo que hubieran querido hacer todos los voluntarios que se habían anotado en Argentina y en el resto de Latinoamérica; veinte mil en Bolivia, incontables en Perú. La gente vio que era una causa justa. Era David contra Goliat.

Cuando me hicieron tirar el cañonazo, me dijeron que abriera la boca para evitar que mis tímpanos estallaran. Yo, de la emoción, me olvidé, y por eso creo que hoy soy un poco sordo. Me engolosiné, pedí que me dejaran tirar por segunda vez y no me autorizaron. Hicieron bien. Es uno de los pocos videos que conservé para mí. Estuve 25 años sin mostrarlo.

¿Atesora algún otro video que lo haya marcado?

Guardé ese y otro video en el que doy la noticia del ataque al Invencible. Yo no grababa para los pocos que veían televisión en Malvinas, pero ese día primero di la noticia en español y después en inglés; un poco para molestar a los kelpers y para que los pocos argentinos que podían ver televisión en la isla.

En algunas declaraciones ha manifestado que se sintió como un testigo incómodo después de la rendición en Puerto Argentino primero por los militares y después por los demás gobiernos civiles...

Efectivamente así me sentí. Fui un testigo incómodo. Después de que voltearon a Galtieri, el nuevo hombre fuerte del momento, el general Nicolaidis, dio la orden de tapar lo ocurrido en Malvinas. Por eso escondieron a los soldados. También quisieron esconderme a mí, pero era más difícil, yo era más conocido. Primero me sacaron del noticiero, después me hicieron una campaña de desprestigio. Con la vuelta de la democracia continuó el proceso de desmalvinización, sobre todo por una cuestión fortuita: el odio personal que Raúl Alfonsín le profesaba al general Galtieri. Ellos estudiaron juntos en el Li-

ceo Militar. Era la camada en la que estaban además de Alfonsín y Galtieri, Jorge Harguindeguy y Jorge Isaac Anaya. Arguindegui era el que defendía a Alfonsín de cadete y Galtieri quien lo molestaba. Esa relación de amor y odio siguió durante toda la vida.

De hecho, Arguindegui quedó libre cuando empezaron a meter presos a los generales por las violaciones a los derechos humanos habiendo sido el ministro del Interior de Videla. Era el responsable número uno de la seguridad de las personas, ergo, responsable número uno de las desapariciones. No lo detuvieron por ser amigo personal de Alfonsín.

Alfonsín prohibió conmemorar el 2 de abril y fue él quien autorizó el traslado de los restos de Pedro Edgardo Giachino del panteón de la Base Naval Puerto Belgrano al cementerio de la Loma en Mar del Plata. Alfonsín me prohibió a mí, pero nunca lo conocí ni le hice nada. Era por ese odio a todo lo que tenía que ver con Malvinas.

¿Su historia como periodista independiente coincide con la historia oficial que se ha instalado en torno a los «chicos de la guerra»?

Todavía se escucha a diario que mandamos chicos a la guerra. Ha sido parte del largo proceso de desmalvinización que hemos vivido. Compramos esa idea y la repetimos constantemente. ¿Qué edad tenían? 18 o 19. ¿Y qué edad tenían los soldados ingleses? Hay un video en el que los ingleses afirman que la mayoría de los tripulantes de los buques tenía 17 años. Hay muertos ingleses de 17 años. Además, es la edad de todos los combatientes de todas las guerras de la historia de la humanidad. Muchos esgrimen que tendrían que haber ido los de 30 a 35 años: ya están casados, tienen hijos, han desarrollado una sensación de responsabilidad para con su familia y los vas a mandar a combatir. Los jóvenes tienen la fuerza física que no tenemos nosotros, se sienten inmortales y como todavía están forjando su personalidad también es más fácil que obedezcan órdenes, algo fundamental en cualquier ejército. Y nosotros seguimos «machacando» con lo de los chicos de la guerra. Nos olvidamos hasta de la palabra *infantería* que viene de *infantes*, de la época romana. Ni mencionemos a los soldados del general don José de San Martín, que tenían 13 o 14 años. Las invasiones inglesas... etc.

El contra argumento es que, en épocas anteriores, los jóvenes maduraban antes. Hoy en Argentina, con gobiernos desde hace mucho tiempo que para nada son pro militares, ¿cuál es la condición para ser militar y eventualmente ir a una guerra? Tener 18 años. Lo más grave es que han ocultado que estos muchachos de 18 años combatieron con valor y con eficacia. ¿Quiénes lo reconocen? Los ingleses. No nosotros, acá se oculta. Tenemos que ir a los documentos ingleses y ver que los califican como leones.

Uno de estos «chicos de la guerra», Oscar Ledesma, de 18 años de edad, de La Carlota, provincia de Córdoba, abatió mano a mano a H. Jones «Rayo de Sol», el jefe de los paracaidistas ingleses, en la batalla de Darwin. Nosotros nos jactamos de todo. Somos los más jactanciosos del mundo y no nos jactamos de un episodio así, por ejemplo. ¿Por qué? Porque si se cuenta eso, se cae como un castillo de naipes la mentira sobre que mandamos chicos a la guerra. Ledesma tuvo solo dos meses de instrucción. Siempre se habla de que estuvieron mal instruidos. La clase 63 es verdad que tuvo dos meses, la clase 62 tuvo un año o más de instrucción militar. El soldado siempre es el reflejo del jefe. Si el jefe es bueno, el soldado es bueno. Ledesma y los demás camaradas tenían un superior excepcional que era el teniente Estévez, quien murió heroicamente en ese combate de Darwin. En dos meses, él convirtió a esos jóvenes en un puño de hierro.

Muchos combatientes argumentan que fueron rebajados de protagonistas a víctimas. ¿Coincide?

Totalmente. A los soldados los rebajaron de protagonistas a víctimas. Esto es imperdonable. Hay muchos motivos por los que se ha ocultado la verdad de Malvinas, pero uno fundamental a mi juicio: los héroes son una levadura que actúa siempre a través del tiempo y del espacio, los héroes levantan la vara y con la vara levantada los pueblos se levantan. A un político le interesa más un pueblo con héroes de pies de barro y no alguien arquetípico. Y tenemos sembrada de arquetipos a la guerra de Malvinas. Ocultan a estos arquetipos porque son los que pueden transmitir valores eternos a la población. Con discursos no se transmite el amor, el coraje, la obligación... Solo con el ejemplo de corazón a corazón, de generación en generación. Estos valores son los que pueden restaurar a la Argentina.

Lo de Malvinas es una historia heroica. Este tipo de historias son las únicas que pueden mantener en el tiempo el orgullo nacional. Hoy vemos según las encuestas que seis de cada diez chicos se quieren ir del país, principalmente porque no tienen ese sentimiento, ese orgullo nacional, al que hago referencia, ese sentido de pertenencia. Por ello, Malvinas es la única causa capaz de unir al pueblo argentino y lamentablemente durante estos últimos cuarenta años la han tratado de destruir, pero no han logrado hacerlo.

Es importantísimo que nosotros, los argentinos, nos demos de cuenta que esto obedece a la intención de que continuemos de rodillas. Por eso se ha destilado en la sociedad argentina desde 1982 tanto derrotismo, que es ni más ni menos que la madre de la sumisión y el sometimiento. No tenemos claro que lo más importante en una guerra no es abatir al enemigo o entrar en la ciudadela enemiga; lo más importante es poner de rodillas a ese pueblo para que no lo vuelva a intentar. ¿Cómo se lo pone de rodillas? Humillándolo.

Seis días después de la caída de Puerto Argentino, un lord inglés, en la Cámara de los Lores, dijo: «Hay que revolcar a los argentinos en el fango de la humillación así ni sus nietos se animan a recuperar las islas», y eso es lo que se ha logrado.

¿Cómo considera que los ingleses lo consiguieron?

Se ha logrado de una manera diabólica, genialmente diabólica: haciendo que los argentinos contemos la versión inglesa de la guerra de Malvinas. A través de ideas fuerza falaces que, sin ánimos conspiranoicos ni mucho menos, vienen de la propaganda inglesa e instalan un relato que nos desaniman a volver a intentarlo.

Durante la guerra se escuchaban muy mal las radios argentinas pero muy bien las uruguayas. Los locutores uruguayos de repente decían: «Hoy sobre Puerto Argentino, los ingleses han arrojado volantes destinados a los soldados para que se rindan». ¡Mentira! Si un avión hubiera bajado tanto, lo hubieran bajado nuestros artilleros antiaéreos. ¿Qué hacía el locutor a continuación? Leía el texto de la proclama y les hacía el juego a los ingleses. Yo escuché una vez esa proclama en Puerto Argentino. La escuchamos muchos. Estábamos pegados a la radio cuando podíamos.

¿Qué decía esa famosa proclama? ¿Lo recuerda?

Yo reproduzco esa proclama en uno de mis libros y dice: «Soldados argentinos no sigan con esta loca aventura, esta absurda aventura». ¿Cuántas veces lo hemos escuchado en boca de nuestros políticos y de nuestros periodistas? Lamentablemente con mano de obra argentina se ha impuesto la versión inglesa de la guerra de Malvinas. Por ejemplo, instalando que de antemano estábamos condenados a la derrota y la verdad es que nadie está de antemano destinado al fracaso, ni en la vida personal ni en una guerra. Si es por el tamaño de los países, entonces cómo fue que Vietnam le ganó al imperio. Ya lo dijo el teórico de la guerra Clausewitz: «A la guerra no la gana el que tiene más hombres, más fuerza o más tecnología; la gana el que tiene la voluntad más fuerte». Y eso, con toda claridad, lo demostraron nuestros combatientes; particularmente nuestros pilotos que diezmaron a una flota inmensamente superior teniendo aviones con una tecnología treinta años inferior a los ingleses. Con pericia, coraje y mística lograron suplir esa desventaja. Esto siempre se ha ocultado en nuestro país.

Recientemente se estrenó en el cine con mucho éxito *Top Gun 2* y la Fuerza Aérea decidió poner un stand para alentar al ingreso a la Escuela de Aviación

Militar con las imágenes de pilotos héroes de cartón de Hollywood en lugar de poner a nuestros pilotos. Yo entiendo por qué el comando de la Fuerza Aérea impuso esa estrategia: no puso los nombres de nuestros pilotos porque no los conoce nadie; para nuestra vergüenza.

En 1982, el mundo abrió la boca de admiración porque no podían creer lo que estaba pasando. Estábamos diezmado a la que era probablemente la flota más poderosa del mundo. Una vez le conté al piloto Pablo Carballo que se decía que ellos atacaban drogados y con esa vehemencia que lo caracteriza sacó un rosario del pecho y señalándolo me respondió: «Sí, esta era nuestra droga». Los pilotos estaban forjados en esa vieja tradición y eran fervientemente creyentes. Sabían que la vida no terminaba en la muerte y por eso no había nada más peligroso que un piloto argentino recién confesado.

¿Hay muchas fracturas en la historia que nos han contado sobre la guerra de Malvinas?

Andamos por ahí repitiendo sin conocimiento esas ideas fuerza falaces impuestas por Inglaterra que nos han metido en la fuerza. Somos el pueblo más ingenuo del mundo que al mismo tiempo se cree el más vivo del mundo. Así son todos los buzones que nos compramos. Nos metieron en la cabeza que esto fue algo pergeñado por los militares y es una gran mentira. Si no hubiera sido por los civiles, no hubiera habido guerra. Los militares nunca fueron a la guerra, si no se entiende eso no se entiende la causa Malvinas. ¿Los generales y almirantes se iban a animar a ir a una guerra contra la OTAN? Ni en sus peores sueños. Lo que pasó fue que Inglaterra les tendió una trampa, mordieron ese anzuelo y después no pudieron dar marcha atrás debido a la reacción del pueblo argentino. Esto me lo ha contado un estudioso mendocino, el Dr. Jorge Vicchi, quien obtuvo la información mediante el sobrino del ministro de Defensa de Galtieri, Amadeo Frúgoli.

Cuando Galtieri se dio cuenta de que cayó en una trampa y de que los ingleses iban en serio, que no era un «toco y me voy» como lo habían convenido a través del Pentágono, decidió sacar a las tropas de las islas y Frúgoli le argumentó en ese momento que era imposible y que de hacerlo el pueblo los colgaría en Plaza de Mayo. La gente había, de alguna manera, plebiscitado la recuperación de las islas, no el gobierno de Galtieri. El pueblo cocinaba, tejía, donaba... 200.000 adultos se anotaron como voluntarios, aunque, por supuesto, no los dejaron ir. Y hablo de los adultos. También había jóvenes de 15, 16 o 17 años que querían luchar por la patria. Ese era el espíritu que impregnaba a todo el país. Uno de esos jóvenes es Daniel Hadad, un gran empresario periodístico. Otro es el presidente de la Sociedad Rural Argentina, Nicolás Pino.

Si los civiles no hubieran apoyado a la guerra como la apoyaron, no hubiera habido guerra.

Incluso, cuando se rinden los generales, los civiles van de nuevo a la Plaza de Mayo e insultan al gobierno militar y exigen que se siga defendiendo la soberanía argentina sobre las islas Malvinas.

En varias de sus conferencias habla de la guerra como un escenario de amor. ¿No resulta un poco contradictorio?

Parece contradictorio, pero no, todo lo contrario. En la guerra sí se ve lo peor del ser humano, pero al mismo tiempo se ve lo mejor. Se ve que nadie puede sostener una careta, se caen todas las caretas. Uno ve un pollito mojado que se transforma en el halcón y ve un halcón que se transforma en un pollito mojado. A la guerra de Malvinas, si la miramos sin las anteojeras que nos han puesto, podemos ver que es toda una inmensa historia de amor. De amor al prójimo, de amor al amigo. Nuestros soldados daban la vida por sus amigos. Se dice que daban la vida por la patria. Sí, claro. Pero el concepto de patria es tan elevado que llega a ser abstracto.

¿Qué es el amor a la patria en el combate?

Lo puede responder cualquier veterano. Es el amor al soldado que está al lado. El 1° de mayo, después de que nos habían bombardeado los aviones Harrier, nos estaban cañoneando los buques ingleses y la estábamos pasando muy mal. De repente vimos tres puntitos sobre nuestras cabezas que eran tres aviones Dagger que pasaron como caballería que llega al rescate a último momento. Pasaron por sobre nosotros y atacaron los buques de la flota. Vimos a uno de los barcos que se retiraba humeante y después de eso los británicos nunca más bombardearon de día, siempre de noche al amparo de la nocturnidad.

Años más tarde, tuve la oportunidad de hablar con Norberto Rubén Dimeglio, el comandante de esa cuadrilla, y le pregunté qué sintió en ese momento, qué lo motivó. Me respondió: «No lo hice por la patria, no lo hice por la victoria, no lo hice por el honor ni la gloria; lo hice porque dos semanas antes había estado allí y había visto a mis camaradas cavando trincheras y no los iba a dejar solos». Lo hizo por amor.

Cuando hundían el Belgrano, era prioritario y urgente encontrar a esos naufragos porque a medida que pasaba más tiempo, más gente se moriría de hipotermia o se ahogaría. Salió un avión de la Armada a buscar a estas personas, viejísimo, tan viejo que lo tuvieron que dar de baja durante la propia guerra de Malvinas. El avión llegó a lo que los pilotos llaman en su jerga «el punto

de lotería», que es cuando deben sí o sí regresar o no les alcanza el combustible. El comandante Pérez Roca les dijo a sus tripulantes: «¿Qué hacemos, seguimos?». Los diez respondieron: «Sigamos». Volaron media hora más y avistaron y salvaron un poco más de 700 vidas, jugándose la propia. Y no solo eso. Como había mucha bruma, se quedaron orbitando sobre la zona para que los buques de rescate no se perdieran. Se fueron cuando llegó el primer buque de rescate y llegaron de regreso, como me dijo Pérez Roca, no con la última gota de combustible, sino que con el olor de la última gota.

¿Cree que desde el cine se podría construir un mensaje claro sobre la causa Malvinas y que cale profundo en la sociedad?

Retomando la película *Top Gun 2*, que recién mencioné, las escenas espectaculares de vuelos y maniobras aéreas están inspiradas en nuestros pilotos y sus hazañas. Hay un paralelismo muy claro. Nosotros tenemos las historias y a los héroes y lo termina utilizando Hollywood. Lo que hay que hacer es una gran película honesta y de calidad. Una buena película lograría lo que mil conferencias o entrevistas nunca podrían. El poder del cine es inmenso.

Pero ya hay varias películas sobre Malvinas producidas en el país. ¿Qué opinión le merecen?

Son películas miserables, donde se victimiza al soldado. No es protagonista, es víctima. Películas mentirosas, películas muy mal hechas que los gobiernos de todos los signos meten en las escuelas todos los años. Por ejemplo, *Iluminados por el fuego* está basada en el libro de un soldado cobarde que entró en pánico apenas empezaron a sonar los tiros. Sus jefes sintieron lástima por él y lo sacaron del pozo. Vivió en una cabina en Puerto Argentino y no vivió más la guerra, incluso se negaba a hacer las guardias. En una de esas guardias fue reemplazado por el soldado Vallejos, quien murió después de que le explotara una bomba. No lo voy a culpar. Uno no responde y no maneja su organismo, entró en pánico. Pero él volvió y escribió este libro en el que pinta como cobardes a sus camaradas. Proyectó su cobardía.

¿Considera que el proceso de desmalvinización al que usted hace referencia terminó?

Lamentablemente creo que sigue hasta hoy. Se sigue viviendo. Un ejemplo de esto es *Canal 7*, el canal estatal. Hizo dos documentales recientemente sobre los medios en época de la guerra de Malvinas. En el primero de los docu-

mentales entrevistaron a mi primer ayudante de cámara, quien el 1° de mayo entró en pánico y lo tuve que mandar al continente, a mí no me entrevistaron. Entrevistaron al ayudante de cámara que no vio la guerra; y el otro documental con avisos publicitarios muy rimbombantes en el que una vez más no me entrevistaron a mí y cuyo eje era la censura. Yo lo padecí en primera persona. Se contradicen todo el tiempo. Hablan de la censura argentina y no mencionan a la británica. Son documentales politizados e ideologizados. No les interesa la verdad.

¿Y qué observa con las nuevas generaciones? ¿Algo está cambiando?

Las redes sociales rompieron con ese bloqueo impuesto por los grandes medios tradicionales. Además, las jóvenes generaciones no están tan enredadas en los odios del pasado. La reacción en este tipo de público es así: primero se asombran cuando les contás algo sobre Malvinas, después se indignan porque nunca antes nadie les mostró esa arista y por último se abrazan a la causa. Es una causa hermosa y lo advierten enseguida.

A lo largo de estos cuarenta años, escribió varios libros y canciones sobre Malvinas, da conferencias sobre su vivencia, tiene un canal de YouTube con muchísimo material y sigue defendiendo la causa. ¿Qué lo sigue motivando?

Por un lado, desde chico soy apasionado por la historia y me gusta que se cuente completa. Acá no se contó completa. Este mi deber para con los combatientes que la sociedad no conoce. Son los equivalentes a San Martín y a Belgrano. Además, por una conjunción de situaciones fui el único periodista en la guerra. Dios me puso ahí para ser testigo, así que tengo que seguir siendo testigo hasta el final, hasta que Diosito diga «basta».

Joaquín Sánchez Mariño

(30/11/2022)

Joaquín Sánchez Mariño es hijo de un excombatiente de Malvinas. Estudió Comunicación Social en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) y ha deslumbrado con diversas historias y crónicas desde las redes sociales o en portales de diarios. La vivencia de su padre lo llevó a interesarse en la guerra de Malvinas y en otras cuestiones bélicas. Joaquín manifiesta enfáticamente que intenta cubrir temas que no siempre están en agenda pero que importan y merecen ser narrados.

Autor de las novelas *Mi tonto ansioso equivocado yo* y *La novela de algún otro*, también escribió un libro de crónicas sobre Venezuela. En 2019 recibió el premio a Joven Destacado del Periodismo, otorgado por el INJUVE. Un año más tarde, realizó su primera charla TED.

En el 2021 fue elegido por YouTube para la primera edición de su beca para Periodistas Independientes. Realizó trabajos de campo en Haití, Venezuela, la Amazonía, Mozambique, Líbano y Egipto, entre otros. Trabaja en Infobae desde 2017. Recientemente, en 2022, fue corresponsal en la guerra de Ucrania.

«Malvinas es un elemento de unión nacional en tanto no las tengamos y no las recuperemos».

¿Cuál fue la primera imagen de Malvinas que tuvo creciendo con un papá que estuvo en la guerra? ¿Qué recuerdos tiene de Malvinas desde chico y qué significó para usted en su vida profesional y personal?

No tengo claro si la primera aproximación a Malvinas fue a través del relato familiar o del colegio primario. Mi padre volvió de Malvinas y yo nací en 1985, después de la guerra. Durante esos primeros años de mi infancia, no solo no recuerdo que me hablaran del tema, sino que sé que mi viejo no hablaba mucho, era algo que fue mostrándose de a poco.

Mis padres se separaron en 1992 cuando yo tenía siete años. A partir de ahí, la figura de mi padre empezó a ser más idealizada, supongo que por esa cuestión de no estar en la casa, aunque siempre estaba muy cerca. En el medio estuvo en los Balcanes como misión de paz. Entrando al colegio primario, empezó a sonar un poco más el tema Malvinas. Alguna vez tuve que dar una clase. Sabían en el colegio que mi papá era excombatiente. Era algo divertido tener ese privilegio, cuando hablaban del tema, yo tenía una especie de arma secreta.

Mi imagen de Malvinas se fue construyendo entre el imaginario popular y la historia personal de mi padre. Nunca fui, sin embargo, el clásico malvinero viejo que se sabe todos los aniversarios de abril a junio. La verdad es que no soy así. Es más una cuestión emotiva y por momentos distante.

En su libro *Mi tonto ansioso equivocado yo* hace un paralelismo entre un padre veterano de Malvinas y un hijo que vive en el siglo XXI ¿A partir de ahí se atrevió a hablar con su padre y a hacer una investigación más exhaustiva?

En realidad, cuando terminé el colegio secundario, empecé a tener algunas charlas sobre el tema con él. En el año 2000, mi papá se estableció en Argentina y yo, ya un poco más grande, empecé a tener algunas conversaciones con él sobre Malvinas, sobre su actuación, sobre las misiones que tuvo que cubrir y todas esas conversaciones, y las volqué en un libro.

También eran conversaciones que tenían mucho que ver con el divorcio de mi familia que, si bien puede parecer una cuestión muy alejada, en mi cabeza y en la vida real tenía mucho que ver en cómo la guerra operó en la vida privada de los excombatientes. Han sufrido un montón de dolores después de la guerra. Más allá de los que se quitaron la vida, que es una estadística extremadamente alta, también hay una estadística alta de excombatientes con diabetes, infartos, entonces había todo un derrotero que yo identificaba con Malvinas y empecé a conversar con él para entender su historia.

En 2014 fue la primera vez que escribí sobre el tema, haciendo una reconstrucción de la vida de mi padre en la guerra, encontrando las secuelas que dejó Malvinas; más orientado a lo emotivo que a lo bélico.

A diferencia de la mayoría que escribe sobre Malvinas, usted pudo ver desde dentro lo que sucedía con las consecuencias en la vida de los veteranos. ¿Eso despertó algunas preguntas en su labor periodística?

Sí, despertó obviamente una fascinación por ese tema tan visceral. Además, mi padre se doctoró en Ciencias Políticas, y tanto su tesis de doctorado como de maestría fueron sobre la guerra, o sea que es un tema con el que está obsesionado y yo también heredé esa obsesión, o ese trauma. Desde siempre quise ver al periodismo como una ventana para entender lo que había vivido mi viejo o lo que significaba la guerra. Entré al periodismo como una excusa para aproximarme lo más posible a la guerra. Y sí, lo viví muy de cerca. Mi viejo fue un tipo que lo transitó muy bien, con mucho psicoanálisis, con muchas herramientas... Sé de gente que la pasó muy mal, pero sí vi a mi viejo gritando de la nada o los traumas, el terror que le generaba que lo asustáramos, incluso como chiste.

Después, estando en Ucrania, lo entendí. Los ruidos y la memoria del trauma que queda te llevan a que, quizás algo muy pequeño, te sobresalte. Lo haya elegido o no, se formó una especie de vocación en mí por contar historias que tienen que ver con esto y que me lleva a entenderlo.

Menciono que cubrió la guerra de Ucrania y justo en ese momento se cumplieron los cuarenta años del conflicto de Malvinas, ¿qué significó estar en una guerra que seguramente lo marcó cuando se cumplían cuarenta años desde que su papá había estado en otra guerra que significó tanto en su vida?

Si existe algo bueno que se puede decir de Putin es que le gustan las simetrías aparentemente, porque fue una especie de casualidad, anecdótica, pero tenía su significancia estar ahí mientras se cumplían los cuarenta años de Malvinas. La última entrevista que hice desde Ucrania se la realicé a mi padre en relación con el 2 de abril. Le hice una entrevista para tratar de entender algo de su actuación en Malvinas, comprendiendo de forma distinta y en primera persona lo que pasa en una guerra. Seguramente hubiese sido igual de loco que si esta casualidad se daba 38, 35 o 43 años después de Malvinas. Te da la sensación de que hay algo detrás del orden que vemos.

¿Eso lo ayudó a entender un poco más a su papá?

Sin lugar a dudas. También me ayudó a entender principalmente dos cosas: la primera, el sentimiento patriótico y ese valor que se requiere para estar dispuesto a que te maten por tu Patria; y la segunda, el calor y apoyo del pueblo al Ejército. Para mí la guerra es el peor de los recursos. No me gustan las armas, no sé nada de armas, ni de aviones. No soy un militarista. No obstante, en ese contexto de invasión rusa, los ucranianos, con su orgullo a flor de piel, apoyaban a los militares. Me ayudó a sentir un poco y acompañar ese sentimiento patriótico, porque, si bien Malvinas me pegó muy de cerca, tengo ese divorcio entre el respeto total afectivo y una especie de alerta intelectual que se prende diciendo «no te dejes llevar por el nacionalismo». Entré en una burbuja que me permitió entender un poco más el sentimiento de desaparición de la argumentación en pos de la misión. La otra cosa que entendí es el sentimiento de familia que se arma con quienes conocen en ese contexto.

La relación de camaradas entre excombatientes, que al día de hoy son como hermanos que quizás no se frecuentan, pero cuando se ven, el amor está intacto.

Usted cubrió otros conflictos sociales, ¿siente que el compañerismo entre corresponsales en Ucrania es diferente a su experiencia previa en otros escenarios de violencia en los que también estuvo?

Es completamente distinto, estuve en situaciones de peligro, aislado en distintas circunstancias, más relacionado al peligro del accidente, del crimen o del exceso, pero la violencia o la posibilidad de muerte no era una regla establecida. En Venezuela, estuve mucho tiempo solo dentro, no había muchos periodistas dentro en esa época, entonces, no compartí con nadie. En Chile tampoco mucho. Pero la situación de excepción que se da en la guerra es absoluta. Fui escalando en conflictos, fui aprendiendo un poco a moverme en tensión, en zonas de peligro, pero no existe ni de cerca la comparación. La guerra es un estado completamente distinto de vida. Hay una cuestión clave que diferencia un conflicto de otro y es la ausencia de la posibilidad de tomarse un avión. El hecho de que el espacio aéreo está cerrado hace que sea muy distinto, porque no podés irte en ningún momento. No podés decir ya está, me estresé y me voy, me compro un pasaje, no importa el precio, me subo al aeropuerto de Kiev y me voy de Ucrania.

Esa posibilidad no está, si querés irte depende de donde estés, hay que hacer una logística para moverte y tener un viaje relativamente largo para salir. La imposibilidad de evacuación inmediata le da otro sentido a la comunidad que está dentro. La salida es todo un trabajo.

Si hay algo que aprendí es que para ser corresponsal es muy importante aprender a entrar, pero sobre todo aprender a salir. Lógicamente es más difícil aprender a salir, saber cuándo decir basta y no cometer errores. Ese aprender a salir lleva toda una preparación psicológica.

Mi padre se fue en el último avión que salió de Malvinas, un Hércules. Según su relato, se trató de un viaje terrible, de una tensión absoluta. A ese vuelo lo imagino, lo fantaseo de noche. Suena estúpido, pero fantaseo con estar en ese vuelo en el que también estuvo Nicolás Kazanew. Debe haber sido muy doloroso porque fue una rendición, no estaba en las manos de los soldados elegir.

¿Fue igual de imprevisto su viaje a Ucrania que la llegada de su papá a Malvinas?

En términos de días, Putin lanzó el ataque el 24 de febrero, yo ese mismo día le mandé un mensaje a mi jefa a las 7 de la mañana que decía que quería ir. Al mediodía me llamó y me dijo «volví a Buenos Aires que te vas a Ucrania». Justo me encontraba en Corrientes entrevistando a un excombatiente de Malvinas que estuvo en Darwin.

Volví a Buenos Aires inmediatamente. Al día siguiente, armé el bolso y me fui. Me fui el 25 de febrero. En menos de 24 h de preparación, pero no puedo decir que me agarró de sorpresa como a los soldados, porque pedí y peleé por ir. De todas formas, podría decir que fue igual de improvisado o más improvisado aún.

Hace poco tiempo estuvo en Malvinas, después de haber estado en una guerra, en un momento bastante simbólico para todos los argentinos, ¿cómo surgió ese viaje?

Se dio de manera bastante paradójica porque quien me invitó a Malvinas fue la embajada del Reino Unido. Me dijeron que iban a hacer un viaje con un periodista chileno, un periodista uruguayo y un periodista y un fotógrafo, ambos brasileños, y me invitaban a sumarme. Era un viaje que se daba en el marco del Remembrance Day, que es el día del recuerdo donde los británicos celebran a sus caídos en sus guerras.

Me pareció extremadamente paradójico y hasta incómodo por momentos, pero como soy cultor de la incomodidad me pareció extraordinario y hasta más divertido ser invitado por el Reino Unido que por un grupo de excombatientes, porque le da la capa de complejidad al asunto. Fui con ellos, fui acompañado de estos periodistas y un británico que es funcionario diplomático de la embajada británica en Chile, hijo de excombatiente con su papá allá en Malvinas. También habían llegado 130 excombatientes británicos por el aniversario.

Fue una situación muy interesante. Pasé una semana dando vueltas por las islas con este contingente de 130 veteranos. Fueron ellos mucho más amables, cariñosos y respetuosos que los propios isleños.

En ese viaje tuvo la oportunidad de dialogar con uno de los veteranos británicos, ¿encuentra en su discurso algo parecido al de su padre y sus camaradas?

Fue un discurso que no me sorprendió bastante porque ya había entrevistado a otros veteranos británicos, pero sí me emocionó, por el discurso de respeto a los soldados argentinos, a su actuación, a los pilotos. Eso es emocionante, pero no me sorprende. Pero la emoción de él, de Gary, sus ojos, fue muy auténtica realmente. Se lo veía profundamente conmovido. Advertí una necesidad de ser cariñoso conmigo, aunque no me conocía.

Después le dije que era hijo de excombatiente. Se emocionó mucho. Cuando me habló en el cementerio argentino, se le quebró la voz y a mí eso me mató, porque fue una expresión auténtica entre camaradas de batalla, aunque

hayan sido enemigos. Es sabido y es dicho la dimensión absurda de la guerra que enfrenta a gente que no se conoce, y que bien podrían ser amigos en otras circunstancias. Te pone completamente en relieve esa situación, el sinsentido de la guerra, de poner gente a matarse. Él me dijo «mataron amigos míos, yo maté argentinos», y toda esa emoción le dio mucho cuerpo a esa obvia idea de que es absurda la guerra.

¿Qué pudo sacar en limpio de las conversaciones con los isleños?

Esta animosidad permanente que heredan, incluso los que nacieron después de la guerra, esa antipatía. Hay un montón de mitos sobre nosotros, un montón de fantasías sobre los argentinos, un montón de ideas injustas. Una visión un poco caricaturizada de lo que es ser un argentino, un poco llevada por el hecho de que en Argentina decís Malvinas y todos salen a gritar fanáticamente.

Me parece que no nos terminan de entender en nuestra complejidad y obviamente son injustos en su juicio. Es lo que pasa en una relación rota.

¿Entonces ellos tampoco se permiten cuestionar a Malvinas desde su punto de vista?

Tampoco hay desde su lado una autocrítica, una disponibilidad al diálogo. Sin dudas, un diálogo de sordos. Me parece una comunidad bastante rústica, por no decir ignorante.

Estando en las islas asumo que pudo observar monumentos o nombres, por ejemplo, el día de la liberación, haciendo referencia al 14 de junio, ¿cuál fue su primera impresión?

Es muy chocante, todo eso es muy chocante. Margaret Thatcher, el Liberation Day, cuando hablan de invasión o de ocupación. Lo más chocante para mí fue vernos a los argentinos como invasores, vernos a los argentinos como los malos de la película que les tomaron la casa y les arruinaron la vida por un par de meses. Esos meses quedaron en la memoria de los isleños, están completamente traumatizados. Yo trataba de entenderlos y lo hablaba con un colega chileno y me decía «pensá que acá no pasa absolutamente nada, el último crimen que recuerdan fue en 1981, antes de la guerra». Una isla donde no pasa nada, donde no hay violencia, donde no hay crímenes y de repente entran 500 argentinos, los de la Operación Rosario y toman tu ciudad, toman tu pueblo, después llegan 10.000 y se te instalan y te encierran en tu casa y te dicen aho-

ra cambiaron las reglas. Aunque los hayan tratado muy bien, es lógico esperar un trauma total de por vida. Para estos tipos que tienen una vida sosa y repetida, de repente esto es un hito.

Viéndolo en perspectiva, los puedo llegar a entender, pero no me dejaba de sorprender esa insistencia con esa sensación. Tuve una reunión con una persona que nos contó cómo funcionan las islas que se llevó a cabo en Liberation Room, el cuarto donde Menéndez firmó la rendición. Detrás de mí había un cartelito que decía «en este cuarto, el general Menéndez, firmó la rendición ante el general Moore», y hay una réplica de la carta. Pasaron cuarenta años, pero para ellos sigue muy presente todo y fue muy chocante. Sobre todo, después de un año de estar en Ucrania donde los invasores y los ocupantes son los rusos y están todos soñando con el Liberation Day. Entonces, de repente vernos al pie de igualdad con los rusos, al menos en sus cabezas, es terrible. Nota al pie: Argentina no mató a ningún civil, hubo tres civiles muertos en manos inglesas, mientras que los rusos han matado a varios civiles y han torturado. Por lo tanto, la diferencia es brutal. No obstante, la cuestión discursiva es muy chocante, sin duda.

¿Cree que hay algún punto reconciliable entre dos discursos tan antagónicos como la búsqueda de soberanía y la invasión?

Me fui de las islas con la idea de que no, está estancado de forma irremediable. Al menos con los habitantes de las islas, todo el conflicto me parece imposible de resolver al menos a corto plazo. Quizás de acá a 100 años. A corto plazo lo noté como una especie de discusión bien estancada, no hay terapia de pareja que salve esta relación, yo diría.

Los argentinos no tenemos a los isleños en la cabeza, sino al Reino Unido. Ellos hacen mucho hincapié en esa diferencia. Nosotros somos un territorio de ultramar de Reino Unido, pero somos una democracia independiente, tienen que discutir con nosotros. Argentina dice «no, nosotros discutimos con Reino Unido». Entonces, Argentina les da la espalda a esos habitantes. Por otro lado, también es inevitable para mí pensar que es una isla de 3.500 habitantes en total, donde hay una comunidad bastante grande de inmigrantes trabajadores, entonces debe haber unos 3.000 isleños. Unos 2.700 viven en Stanley. ¿Ese es nuestro problema? Los 3.500 habitantes en una isla, donde más allá de la cuestión geopolítica, la economía produce 100 millones de dólares por año, mientras que los isleños gastan 90 millones. Es insignificante a nivel económico para Argentina esos números. Igualmente entiendo la cuestión política y la cuestión militar. Una conversación entre dos personas traumatizadas y fanatizadas no puede llegar a ningún lado.

¿Cree que Malvinas es un elemento de unificación nacional, algo que no debe caer en la grieta?

Nadie cuestiona Malvinas, va en contra de la grieta y a mí incluso me da un poco de incomodidad tener un discurso, porque no lo tengo genuinamente, pero cuando tengo momentos de discurso disidente me digo «tampoco sé si es bueno para nosotros tener un discurso disidente respecto a Malvinas, porque realmente Malvinas salva la grieta».

Escribo por ahí que Darwin es el lugar más argentino del planeta. No sé las islas, pero Darwin seguro. Así como en algún momento escribí que nadie hizo tanto por la identidad ucraniana como Putin porque antes de la invasión había ucranianos que miraban con simpatía a Rusia, había internas bastante fuertes y, después de la invasión a Ucrania, esas internas desaparecieron y se convirtieron en una fuerte unidad ucraniana.

En el caso de Argentina, nada hizo tanto por el país como el hecho de perder las Malvinas, no las Malvinas en sí, no la recuperación de las Malvinas, la pérdida de las Malvinas. Si hoy recuperáramos las Malvinas, yo no sé si nos conviene a nivel de identidad nacional, a nivel unión. Porque ahí empezaría la grieta, ¿qué hacemos? ¿Mandamos gente? ¿No mandamos gente? ¿Qué producimos? ¿Quién las gobierna? En cambio, así, no siendo nuestras o mientras estén ocupadas por británicos y no se nos reconozca la soberanía, seguimos con la fantasía de que vamos a recuperarlas juntos y hay ahí un motivo de unión.

Entonces, evidentemente, pero lo paradójico de todo esto, es que Malvinas es un elemento de unión en tanto no las tengamos y no las recuperemos.

Los isleños ven cómo a Malvinas la usan políticamente los gobiernos para generar simpatías populares, pero nadie lo piensa fríamente, y están jugando con nuestra vida los políticos para generar una unión y para utilizarlo políticamente. Entonces, los argentinos se están dejando utilizar o están dejando que utilicen las islas para manipularlos. Yo creo que lo que no ven es que por ahí los argentinos disfrutamos de esta especie de ficción que tenemos alrededor de Malvinas, como Penélope espera a Ulises.

Es conocido el tema de la manipulación sobre la información que llegaba a Argentina desde la guerra en 1982. ¿Qué análisis puede hacer desde el periodismo? ¿Cree que se puede hacer un paralelismo, salvando las distancias, con el fenómeno de las *fake news*?

Yo, sinceramente, no sé si el famoso «les estamos ganando» de la revista *Gente* se debe a que los periodistas compraban pescado podrido. Supongo que tenía que ver más con una presión del gobierno. La manipulación de los go-

biernos sobre la verdad tiene que ver con las *fake news*. El fenómeno *fake news* creo que se entiende con la modernidad, con la presencia de Internet, donde pueden surgir de manera espontánea, al margen de la actuación de los grandes poderes, porque en ese aspecto siempre hubo *fake news*, si se quiere.

Yo separaría lo que hoy entendemos por *fake news* y lo que sucedió con la cobertura mediática de la guerra de Malvinas. Lo de hoy es más doméstico y de la multiplicación de los usuarios irresponsables. Me es muy difícil analizar la cobertura de Malvinas desde los tiempos de hoy, porque es muy distinta la realidad, no tanto en Malvinas, porque Internet sigue siendo pésimo. Es muy difícil porque no tiene nada que ver este mundo con aquel; sé que Nicolás Kazanzew fue uno de los pocos que estuvo ahí, que cumplió su labor con mucha identidad, pero él no estaba sobrevolando las islas y viendo todo. Ahora en Ucrania hay una muestra de una cobertura que puede ser permanente y global. En el caso de Malvinas había mucha desconexión, mucha dificultad.

¿Cómo cree que se toma la causa Malvinas por el periodismo actual?

Creo que es una usina de historias, de sentimiento nacional. No creo que el periodismo hoy esté cubriendo el tema Malvinas desde las relaciones internacionales. Hoy Malvinas se cuenta en historias, se hacen recuerdos, se usan historias emotivas para apelar al sentimiento nacional. Pero no hay una cobertura permanente sobre los avances y negociaciones, más allá de que no hay verdaderos avances. No hay diálogo, no se escucha la voz de los autodefinidos gobiernos de las islas.

Creo que hoy no hay un periodismo de fondo que cubra Malvinas. Estaría bien que alguien cubriera más en serio si realmente nos interesa entender un poco de esto de la posibilidad de recuperar o no. No sé si queremos eso.

Mario Montoto

(13/10/2022)

Con motivo de la conmemoración de las cuatro décadas del conflicto del Atlántico Sur, Taeda ha reafirmado durante todo 2022 su compromiso de larga data con la causa Malvinas, una causa que, en palabras de Mario Montoto, presidente de la editorial, «nos define como argentinos». Dos libros y una muestra fotográfica itinerante son el fiel reflejo del espíritu inquebrantable de este proyecto editorial que nació hace 17 años.

«No se puede amar lo que no se conoce», dice una popular frase atribuida a diferentes sabios, como san Agustín y Leonardo Da Vinci. Para Montoto «en un país muy dividido y polarizado, Malvinas es una de las pocas causas que nos unifican y nos definen como argentinos, en un sentimiento que supera cualquier diferencia política. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que todavía sigue siendo muy poco lo que sabemos de estas lejanas islas australes, que nos enseñaron a amar desde la escuela primaria».

El empresario y presidente de la editorial Taeda es también especialista en temas de seguridad. Sobre este tema, Montoto está convencido de que entre los importantes debates de ideas que hoy configuran la visión de Argentina para los años venideros, hay uno que resulta particularmente imprescindible de cara a los grandes desafíos del siglo **xxi**: la discusión necesaria con respecto a la Defensa Nacional y al rol de las Fuerzas Armadas.

«De lo que se trata, en definitiva, es de malvinizar y crear conciencia de Patria en cada rincón de nuestro bendito país».

¿Cuál cree que es el papel de los medios de comunicación en la reivindicación de la soberanía sobre Malvinas?

Lógicamente tienen un rol importantísimo que es mantener viva, como a muchos nos gusta decir, esta llama que, aunque a veces se ha querido apagar, nunca se apagó. La llama de nuestra soberanía sobre las islas Malvinas, una soberanía irrenunciable. En este sentido, los medios de comunicación no solo mantienen esta llama encendida, sino que además permiten que las nuevas generaciones conozcan y sean partícipes de esta gran reivindicación nacional.

Muchos veteranos han hablado de un largo período de desmalvinización, ¿considera que ese proceso se viene revirtiendo? ¿Cómo cree se vive ahora?

Desde hace ya algunos años por suerte se viene modificando. Y con total humildad, lo digo, creo que nuestra editorial ha contribuido positivamente con todas nuestras publicaciones, con nuestras muestras fotográficas... Pienso que se fue concientizando de a poco que las Malvinas son argentinas y que por vía pacífica los argentinos tenemos que recuperarlas porque es parte de nuestro territorio nacional. Esa llamada desmalvinización muchas veces estuvo del brazo de lo que genera a veces; una clase de mala conciencia en cuanto a pensar que fue un fracaso el intento de recuperación por la vía militar... igualmente eso se lo dejamos a los sociólogos, a los psicólogos y a los psiquiatras. Lo importante es saber que todos tenemos la responsabilidad de que nunca más se hable de desmalvinización en la Argentina.

Es para destacar el compromiso de la editorial Taeda con la causa Malvinas...

Es un logro, es un orgullo. Este año venimos recargados con la muestra fotográfica y los dos libros: *Malvinas, 40 años* y *Malvinas, cuatro viajes*. Desde Taeda nos hemos propuesto hace ya 17 años iniciar una tarea de concientización de lo que significa este archipiélago en nuestra historia y el porqué de un reclamo soberano que no tiene discusión en el plano del Derecho Internacional. Un reclamo inalterado desde 1833, que tuvo una página de heroísmo y sacrificio en el desempeño de nuestros valientes soldados durante el conflicto bélico de 1982, en el que defendieron con honor y gloria el suelo argentino de la usurpación británica.

¿Cuál es el objetivo que pretende alcanzar con la muestra fotográfica itinerante «Malvinas: retratos de un sentimiento» que está recorriendo el país?

Esta muestra expone el firme compromiso de Taeda con nuestros héroes, el reconocimiento de lo que representa Malvinas hoy para la Argentina y, sobre todo, la contribución para que este espíritu «malvinero» que nos caracteriza siga siempre vivo y llameante en el corazón de las nuevas generaciones de compatriotas.

Pretendemos que los jóvenes conozcan, investiguen, estudien, que no se queden solo con las versiones más simplistas que son las que hicieron los análisis militares o políticos de la época. Es importante que el debate se enfoque desde algo que es nuestro, que fue nuestro y que va a seguir siendo siempre nuestro. Lograr que la juventud tenga muy metida esta causa en su corazón,

que lleve estos dibujitos con nuestras islas Malvinas en su pecho. Tenemos que lograr como argentinos que las islas Malvinas vuelvan a estar bajo administración argentina, que sean oficialmente parte de nuestro territorio nacional, que tengamos jurisdicción sobre las riquezas que tienen que ver con las islas Malvinas, que hablemos de las Malvinas como hablamos de la provincia de Mendoza, de San Juan o de Neuquén.

En mayo de 2022 se presentó el libro *Malvinas, 40 años en la Universidad Nacional de la Defensa (UNDEF)*, ¿cómo surgió la idea?

En ese libro reflejamos las vivencias de un grupo de héroes del conflicto del Atlántico Sur, cuyos testimonios habían permanecido silenciados durante demasiado tiempo. Militares profesionales y soldados conscriptos, gendarmes y prefectos, marinos mercantes, personal de la salud, religiosos y civiles... La experiencia de Malvinas marcó un antes y un después en sus vidas. Recordar lo vivido por ellos en 1982, en condiciones muy desfavorables y frente a una verdadera potencia colonial, nos permite valorar su entrega total y ese espíritu de lucha y sacrificio.

Lo interesante es que el libro fue coordinado por Héctor Tessey, veterano y estudioso de la cuestión Malvinas...

Absolutamente. Es un valor agregado súper valioso. Héctor es un estudioso como pocos de la cuestión Malvinas. El libro nos ofrece el testimonio de 22 argentinos y argentinas que se pusieron hace cuarenta años al servicio incondicional de la Patria. Por boca de cada uno de ellos, conocemos allí sus historias conmovedoras, que van desde el gesto cotidiano y la camaradería que primó en las islas hasta las grandes hazañas y las proezas que realizaron en el campo de batalla. Las vivencias de los protagonistas de la guerra de 1982 nos permiten entender las dificultades que tuvieron que afrontar, pero, al mismo tiempo, reflejan la solidaridad y la comunión que caracterizó y aún hoy caracteriza a los veteranos. El coraje y el valor quedaron reflejados en la heroicidad de sus acciones.

¿Hacia dónde apunta el libro?

A través de sus historias de vida y sus experiencias, *Malvinas, 40 años* rescata, sobre todo, el aspecto humano de quienes vivieron la experiencia de combate y de apoyo a los soldados en las islas y en el continente o al borde de los buques y aeronaves de nuestras Fuerzas Armadas. Desde su subjetividad,

cada uno de ellos tiene recuerdos especiales de lo que vivió en Malvinas y, al margen de las batallas y de las operaciones en las que le haya tocado participar y que describen en detalle, nos expresan su motivación, sus temores, sus esperanzas, sus anhelos y sus vivencias en el terreno.

¿Cuál es el espíritu del otro libro *Malvinas, cuatro Viajes*?

En *Malvinas: cuatro viajes*, el reportero gráfico Rafael Wollmann nos ayuda a comprender la evolución de la vida en las islas a lo largo de las últimas cuatro décadas, a partir de sus propias vivencias y de su aguda observación. Las más de 250 páginas de esta obra, con gran despliegue visual y cargada de emotividad, nos permiten entrar en el día a día de los isleños y conocer su idiosincrasia y su modo de pensar, además de la riquísima fauna, flora y geografía de un territorio que muchos de nosotros aún no hemos tenido el orgullo de visitar.

Que Rafael Wollmann haya podido regresar y pisar nuevamente suelo malvinense postpandemia, ¿tiene un valor especial?

A cuarenta años de la guerra, en un esfuerzo editorial muy grande; superando los obstáculos pospandemia y sorteando la dificultad de las conexiones aéreas entre el continente y Malvinas, Taeda pudo hacer que el argentino que más conoce las Malvinas lograra regresar al archipiélago. Ya lo habíamos hecho en 2012, en ocasión del 30 aniversario del conflicto, en un magnífico trabajo que se tradujo en un número especial de nuestra revista DEF y en una muestra en el Palais. Sin embargo, este último viaje, tal vez por el paso de los años y por el contexto de pandemia aún reinante en el mundo, tuvo otro sabor. De alguna manera, sentimos que fue la concreción de un largo camino de trabajo y dedicación al tema.

Federico Strifezzo

(14/10/2022)

Luego de obtener la Maestría en Periodismo Documental en la Universidad Tres de Febrero, Federico dirigió los documentales *C.A.L. El Congreso en Dictadura* en 2016, *Viaje a la Patagonia Austral* en 2017 y *La batalla de Suipacha* en 2018, todos emitidos por la Televisión Pública. Es realizador del programa *Con Voz y Voto*, nominado en 2020 y 2021 a los premios TAL y distinguido por la ONU y la OEI por su excelencia en la producción audiovisual parlamentaria.

Su vinculación con la causa Malvinas se da a partir de su primer largometraje cinematográfico *Nosotras también estuvimos*, realizado con el apoyo del INCAA. Durante la guerra de Malvinas, 649 soldados argentinos murieron y más de mil resultaron heridos. Muchos de ellos fueron atendidos por 14 enfermeras de la Fuerza Aérea en un hospital móvil instalado en Comodoro Rivadavia. La película muestra cómo, después de 37 años de silencio, tres de ellas vuelven al lugar a contar sus historias.

Durante 2020 y 2021, fue seleccionado en festivales de cine alrededor del mundo y emitido con gran repercusión en distintos lugares del país. En el 2021 obtuvo el premio Lola Mora «por contribuir a difundir imágenes con perspectiva de género, promoviendo la igualdad de derechos y oportunidades».

«Es crucial que existan películas, canciones y notas periodísticas sobre Malvinas. Se tiene que hablar del tema de manera constante, no solo el 2 de abril».

Muchos combatientes de Malvinas aseveran que durante un largo periodo de tiempo se vivió en Argentina un proceso de desmalvinización. Actos artísticos como su documental visibilizan la causa y ponen al tema en agenda. ¿Considera que en la sociedad en general se le está dando mayor importancia o existen hechos aislados?

En particular durante 2022, con los cuarenta años, hubo mucho trabajo y más visibilización. Por suerte, pude estar en muchas escuelas primarias, secundarias e incluso universidades. En todas estaban trabajando este tema y realmente está muy bien que así suceda. Igualmente creo que es un tema que debería estar presente más allá de la efeméride. El proceso de desmalvinización fue muy largo y no hace mucho que estamos empezando a hablar de

Malvinas. Los veteranos empezaron a hablar en 2005, más o menos, la época en la que también se desclasificó el informe el Rattenbach. Son veinte años después de la guerra. A mí siempre me gustó e impactó conversar con los veteranos, con las enfermeras, con familiares, con gente que estuvo involucrada en la guerra que ni bien habla del tema empieza a llorar. Me llama mucho la atención eso, como si no tuviesen palabras para ponerle a las emociones. No me pasó con otro tema y es algo que se repite mucho.

Es crucial que existan películas, canciones y notas periodísticas sobre Malvinas. Se tiene que hablar del tema no solo por los cuarenta años, sino de manera constante. Esto también ayudaría a sanar la herida que todavía está abierta. Tanto tiempo de silencio y con una carga muy dolorosa no es bueno.

En total fueron 14 las enfermeras de la Fuerza Aérea que trabajaron durante el conflicto de Malvinas y en su documental se hace foco solo en tres historias. ¿Fue una decisión de guion o el resto de las enfermeras prefirió no hablar?

En total son 14 mujeres de la Fuerza Aérea, después hay otros grupos que suman unas 50 mujeres más que estuvieron en la base de Puerto Belgrano, en la zona de Bahía Blanca. También hubo un grupo de cinco en el buque Almirante Irizar, que eran instrumentadoras quirúrgicas, y un grupo de 10 mujeres de la Marina Mercante. Ese es el total de mujeres que participaron y su participación fue realmente importante e inspiradora.

Yo tuve contacto con todas, pero al momento de hacer la película tuve que hacer un recorte por cuestiones logísticas y narrativas. Terminé con Alicia, Estela y Ana por muchos motivos personales también. Pero siempre la idea fue tratar de representar de alguna manera a todas. Conocí a varias enfermeras de la Fuerza Aérea, pero era muy difícil viajar con todas y lograr que se mantenga un eje, iba a ser muy disperso. Entonces fue una elección que se tomó con el objetivo de focalizar, pero con la idea de que después eso iba a dar cuenta del resto de las cosas. Tanto en una charla, así como en alguna nota, en la placa que se pone el final están las 14.

Las historias de todas estas mujeres son muy similares. Todas sufrieron el olvido, todas fueron silenciadas y todas cumplieron un rol importantísimo durante la guerra.

De todos los relatos e historias que escuchó, ¿hubo alguno en particular que lo haya impactado más?

Hablamos muchas veces y durante mucho tiempo antes de filmar. El proceso duró cuatro años y la filmación solo 15 días. Se habló de muchas cosas, pero

siempre de lo que iba quedando, como en el centro, eran los recuerdos, las anécdotas y las historias más personales. Hubo muchas. Más que algún relato, lo que a mí siempre me impactó fue la profundidad y el tiempo del silencio: la mayoría ni siquiera había logrado abrirse con sus familias. Me hizo dar cuenta de la fuerza de ese silencio y esa pesada carga que llevaban en sus espaldas.

La película tiene esa premisa: vamos a escucharlas. Nadie las quiso escuchar por tanto tiempo que el documental viene a ocupar ese lugar. Después de tantos años de silencio absoluto, en algún momento todo empezó a salir hacia afuera y justo las encontré, por suerte.

¿Cuál fue el mayor desafío que se encontró durante la producción de la película?

El desafío principal fue contar una historia que fue muy olvidada y silenciada mucho tiempo. Las únicas protagonistas son ellas... estas valientes enfermeras. Una de ellas por ejemplo cuenta que estuvo 15 años sin contarle al marido. Esto da cuenta de cuánto olvido rodeaba esta historia.

Cuando me puse a investigar, lo primero que noté es que no había archivos, no había videos, no había registros, no había nada que mostrara a estas mujeres en ese lugar. Entonces el desafío tuvo que ver con eso, con hacer frente al olvido, al silencio, a lo invisible. Y como es un documental, ver cómo hacer para poner en palabras e imágenes estas historias y recuerdos.

Hubo un gran desafío en cómo transformar imágenes en un relato, transformar los recursos audiovisuales en la historia. El proceso fue largo, surgió la idea de viajar con ellas a Comodoro Rivadavia, lugar donde nunca habían vuelto. También la idea de que fueran vestidas con el uniforme, con los cascos, tratando de reconstruir un poco ese tiempo.

Llegamos al lugar y ellas empezaron inmediatamente a revivir todo, a reconectar con ese pasado. Empezamos a conectar con la historia que tenían para contar.

¿Cómo fue la construcción de la emotividad a lo largo del documental? En varios fragmentos de la película las protagonistas se quiebran. ¿Cómo pudo ir captando esas emociones sin ser tan incisivo en los sentimientos de las protagonistas?

Fue un proceso largo y siempre me preguntaba qué lugar ocupar. También siendo hombre en una historia femenina. De a poco fui encontrando mi lugar de acompañamiento, de no intervenir demasiado. Estar cerca de ellas en su recorrido y así fue la filmación. O sea, no intervenía mucho, no les hacía muchas

preguntas, sino que íbamos a distintos lugares y ellas ahí revivían sus historias y sus memorias se hacían más vivas. Sus emociones salían a flor de piel y la cámara solo se limitaba a captarlas sin interrupciones.

A las enfermeras se las ve muy comprometidas con la idea de revalorizar su posición como veteranas. Todo el documental evidentemente está teñido de emotividad y a la vez atravesado por un discurso de empoderamiento femenino, ¿fue una idea suya o surgió naturalmente durante la filmación?

Fue totalmente natural. Ellas son así como se las ve. Digamos... después de 30 años en silencio, después de 30 años con todo esto enterrado, en algún momento de sus vidas dijeron «nosotras también estuvimos y queremos contar esto». Y salieron con ese ímpetu de revalorizar lo que son y su rol en la historia. Son así. Yo en el documental lo intenté reflejar, intenté captar los momentos en los que ellas dan cuenta de esta voluntad que tienen, de este discurso empoderado, de revalorizarse a sí mismas.

Insisto en que ese discurso es producto de muchísimo tiempo, de silencio, de dolor, de terapia, de charla, de animarse. Les costó mucho. Cuando las conocí estaban un poco transitando ese proceso y eso me atrajo muchísimo. Me conmovió esa lucha que estaban teniendo bastante solitaria y lo quise reflejar.

La escena al final es un homenaje a eso, es una escena más construida y es un homenaje a estas ganas de ellas de revertir la historia y el lugar que la historia no les estaba dando. Por eso van ellas solas con su agujereadora a poner su placa, dejar su marca y a decir «nosotras también estuvimos, nadie lo quiere hacer por nosotros, lo hacemos nosotras».

De alguna manera el documental fue parte de un proceso de sanación para estas enfermeras. ¿Usted lo vivió así?

Yo siempre planteé que ellas fueron a la guerra como enfermeras a sanar, pero volvieron como todos los que volvieron de la guerra: llenas de heridas. Y el documental de alguna forma fue planteado como una sanación en algún punto para ellas. En este volver al lugar, poder hablar, caminar, abrazarse, llorar, reírse, en ese sentido, quería que tuviese un tono lindo. La intención fue mostrar una imagen linda y de sanación, de que fuera algo positivo dentro de tanto drama.

Gracias a su película se conoció la historia de estas enfermeras y su legítimo reclamo, ¿es consciente del impacto que generó en distintas esferas de la sociedad?

La película se estrenó oficialmente por primera vez el 2 de abril de 2021. Estábamos en la segunda ola de la pandemia y se estrenó por la Televisión Pública, Canal Encuentro y CineAR. Pudimos llegar a todo el país y fue un estreno que generó mucha difusión. Nos hicieron cientos de notas en todo el país. La película se vio mucho, las veteranas pudieron hablar muchísimo. Fue una cosa muy inesperada para una película nacional o un documental independiente. Yo creo que también, obviamente, no solo por la cuestión Malvinas, sino sobre todo por el enfoque que tenía que ver con unas protagonistas mujeres.

Creo que desde entonces cambió mucho para ellas, desde entonces también el documental siempre encontró lugar y ellas pudieron hablar muchísimo en todo tipo de ámbitos: universitarios, culturales, políticos, en otros países, en cárceles, en las provincias. Ya perdí la cuenta de la cantidad de veces que hubo espacio para poder contar la historia. Eso fue una cosa maravillosa.

Las enfermeras venían luchando por ser consideradas veteranas. Dos de ellas lograron ese reconocimiento. ¿Cree que el documental ayudó a que esto sucediera?

El estreno fue en abril y en mayo la Justicia reconoció a Alicia Reynoso como veterana oficialmente y en junio fue reconocida Estela y en los dos fallos judiciales se menciona el documental como parte de las evidencias que ellas tenían para ser reconocidas como veteranas. Es una alegría enorme. Ana todavía no, pero Estela y Alicia tienen en su documento el lema de veterana de la guerra de Malvinas. Eso ya es un nivel de reconocimiento institucional muy relevante del que el documental formó parte. Formar parte de todo esto excede a cualquier intención que hayamos tenido para encarar este documental. Creo que marca un cambio muy importante. Espero que venga el reconocimiento para el resto.

Después de haber trabajado en este documental, ¿se resignificó lo que sentía por Malvinas?

En torno a Malvinas soy otro después de esta película. En la escuela mucho no había estudiado a Malvinas, por eso es importante tratar estos temas. Durante los cuatro años que duró todo el proceso, me fui involucrando cada vez más con el tema Malvinas: vi películas, archivos, libros, conocí veteranos,

fui a museos. Con todo ese camino recorrido pude construir una opinión más personal, un compromiso con la cuestión de Malvinas. Llegué a entender la importancia que tiene para nuestra sociedad y nuestra cultura, las marcas que dejó la guerra me parecen muy relevantes y necesarias de trabajar desde el arte. Todo el tema del reclamo de la soberanía es crucial. También hay que trabajar sobre el tema con argumentos. Fui construyendo todo eso a lo largo de la investigación, antes no lo tenía.

En el final de la película se pueden ver a las tres enfermeras colgando una placa en Comodoro Rivadavia con los nombres y apellidos de las 14 y el lema «Nosotras también estuvimos». ¿La idea surge desde el documental?

Sí, eso fue una idea del documental, otra marca que dejamos porque la placa sigue ahí. Lo difícil fue que nos dejaran poner la placa. Fue una idea que surgió durante el proceso. En un principio el final iba a ser otro, después apareció esta opción.

No nos daban el permiso para instalar la placa en Comodoro Rivadavia en un lugar donde están todas las placas relacionadas con Malvinas. Estuvimos diez días filmando, pasaban los días y pensábamos que no nos iban a dejar poner la placa, no teníamos final. Más o menos dos días antes, cerca del final del rodaje, en un golpe de suerte, tuvimos una reunión con la que era la secretaria de Turismo de la ciudad para hacer notas para redes sociales y llevamos la placa. Se la mostramos y le dijimos que queríamos que fuera al final. Le gustó la idea e intervino favorablemente. Faltando poco tiempo, se gestionó.

Nos ofrecieron hacer un acto y les dijimos que no. La idea era que la escena homenajeara a esta lucha, una pelea bastante solitaria, y que además les diera fuerza el hecho de poner ellas mismas su placa. Por suerte lo entendieron. Obviamente es una escena más armada. Fue divertido hacerla y la vivimos como un acto de justicia, una placa que tardó muchos años en llegar, pero que pudimos colocar de la mano del documental.

Gabriela Vásquez

(6/12/2022)

Gabriela es historiadora, especializada en historia de las mujeres. Se desempeña como docente investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina. Además, es la profesora responsable a cargo del espacio curricular «Historia de las Mujeres y de Género», correspondiente a la Carrera de Historia, desde su creación hasta la fecha.

Ha dictado cursos y capacitaciones sobre la perspectiva de género en Historia, Ciencias Sociales y Humanidades. Entre sus publicaciones nacionales e internacionales vinculadas con dicha área disciplinar se encuentran, entre otras, «Historia: de la reflexión a la práctica» (Mendoza, 2015); y «Algunas reflexiones acerca del Género desde la Historia» (México, 2011). En cuanto a los textos referidos particularmente a los conflictos bélicos desde la perspectiva de género, se destacan: «Paz y Conflictos en la Historia» (Buenos Aires, 2018); «Los testimonios como fuentes para la investigación histórica; el caso de las sobrevivientes del Holocausto» (Mendoza, 2012) y «Las mujeres y la Shoá: El caso de las Auxiliares SS» (Buenos Aires, 2010).

Es además integrante del Centro Interdisciplinario de Estudios sobre las Mujeres (CIEM) de la Universidad Nacional de Cuyo y de la Red Internacional Multidisciplinar de Estudios de Género (RIMEG) desde su creación. Ha recibido distinciones de la Academia Nacional de la Historia (Argentina) en 2001 y de la Federación Argentina de Mujeres Universitarias (FAMU) en 2000.

Tuvo la oportunidad de viajar a las islas Malvinas en 2013. En sus propias palabras se trató de «una experiencia fuerte, emotiva y por demás shockeante».

«Recién en los últimos años, la sociedad se ha mostrado preparada para escuchar hablar sobre mujeres y género en el conflicto de Malvinas».

¿Qué análisis realiza con respecto al rol de la mujer en el conflicto de Malvinas a cuarenta años de la guerra y teniendo en cuenta todo lo sucedido en este tiempo?

Una cosa es la guerra vivida y otra cosa es lo que ocurrió realmente en el suelo malvinense y también en la República Argentina, y otra cosa es lo que se ha escrito después. Se debe dividir en dos niveles: la historia vivida y la historia

escrita. Nadie duda de la participación de las mujeres durante el conflicto y acá hay que distinguir una participación indirecta y una directa.

La primera está en esos familiares, como las madres, las novias, las esposas, las hermanas que estuvieron movilizándose, estuvieron acompañando y sufriendo también. Por el otro lado, está la participación directa donde hay que tener dos cuestiones en cuenta: las mujeres que tomaron decisiones político-militares y las mujeres que estuvieron en el frente, que allí es donde hay menos.

Entonces tenemos realidades distintas que se vivieron y en el fragor de la participación no hubo tiempo para el análisis y después cuando termina la guerra tampoco se generó ese tiempo de análisis porque en el rol de la mujer en conflictos bélicos como también en la sociedad no era algo muy tenido en cuenta por entonces en las décadas del ochenta y del noventa. Lo que se escribe sobre Malvinas en un primer momento son relatos tradicionales. ¿Qué es lo que ocurrió? ¿Cómo fue el desembarco? ¿Cómo fueron los preparativos? ¿Cómo fue la logística? Pero sin hacer referencias al tema de las mujeres.

¿Hablar o estudiar sobre el rol de la mujer en el conflicto entonces llevó mucho tiempo?

Sí. Eso va a ser posterior porque recién en este momento la sociedad está preparada para escuchar hablar sobre mujeres y hablar sobre género. Es como que ha llevado un «tiempo social» el hecho de poder empezar a prestar atención, no solamente en el conflicto de Malvinas sino en cualquier otro conflicto. Si analizamos, por ejemplo, el suceso histórico de San Martín y el cruce de Los Andes, nos encontramos con que primero eran relatos tradicionales y ahora podemos preguntarnos ¿a dónde estaban las mujeres?

Muchas querían ir al frente de batalla, pero no las dejaban. Es necesario revisar y preguntarse por estos tres escenarios, el de la familia, ¿cómo fue ser mamá de un soldado? Su vivencia, qué pasó con ella acá. Estos relatos están, pero sueltos. Hay entrevistas, pero falta un análisis que tenga que ver con esto. ¿Cómo se comprometieron estas mujeres? ¿Qué pasó con ellas? Si bien es importante el durante la guerra, es igual de relevante el qué pasó en el después, cuando llega el veterano y también cuando no llega. Esa parte de la ayuda y la contención silenciosa todavía falta ser abordada y no se ha trabajado académicamente lo suficiente.

¿Cuál es la situación con las mujeres que tuvieron una participación activa durante la guerra?

Con el tema de las que estuvieron en el campo de batallas, hay que tener en cuenta que se ha empezado a visibilizar. Hay estudios, pero también pasa lo mismo que mencioné recién, están sueltos, faltan estudios mayores porque se está transitando ese proceso, pero al mismo tiempo vemos que hay varias que han fallecido y se nos priva también de una voz para poder estudiar. También hay que tener en cuenta lo que se entiende por veterano. ¿Solo lo es quien estuvo empuñando un arma en suelo malvinense? Ahí se nos acota la posibilidad de decir «es un veterano». Entonces creo que pasa por una cuestión de «los que estuvieron comprometidos». Estar asistiendo, estar salvando vidas de soldados es también estar en la guerra. Las enfermeras que estuvieron en el buque Irizar estaban en ahí y las podrían haber bombardeado y las podrían haber desaparecido.

Otro tema no resuelto que la misma sociedad lo va mostrando y lo va resolviendo en nuestro presente tiene que ver con el rango militar. Estas mujeres no tenían rango militar porque todavía no estaban dentro de las Fuerzas Armadas, estaban sí como profesionales, pero no con rango militar, esto va a venir después, por lo tanto, eso también se convierte en una cuestión legal que se tuvo que judicializar e hizo repensar quién es el veterano y categorizarlos para tener en cuenta hasta dónde llegan. Quienes estuvieron en el continente listos para ir a Malvinas, pero tampoco fueron, ¿tampoco son veteranos? Entonces creo que ahí la legislación tiene que ser más clara, más precisa y no tener miradas tan acotadas como se hacía antes donde se consideraba veterano solamente al que estaba en el lugar empuñando un arma.

¿Por qué cree que la mayoría de las mujeres involucradas en la guerra se mantuvieron en silencio durante tanto tiempo?

Yo he estudiado el caso de las sobrevivientes del Holocausto. Salvando las distancias, pero ante una situación traumática, lo primero que viene en muchas personas, y mujeres en particular, es el silencio de no querer revivir ese trauma, de no querer hablar, de no poder verbalizarlo. Entonces son tiempos personales para poder poner en palabras lo ocurrido y son tiempos sociales en los que la sociedad está dispuesta a escuchar.

Ante un trauma uno se cierra y no habla, y otro dice «acá no pasó nada, miremos para otro lado». Creo que, en los distintos conflictos del siglo **xx**, de los que tenemos registros de los que pudieron dar testimonio de haber estado, viene ese período de silencio. Algunos pueden hablar, pero falta repensar y

darle sentido a esas memorias y a esos recuerdos. El hecho también de que la sociedad dijera «acá no pasó nada, esto ya pasó», el hecho de no darles lugar a los excombatientes es como que eso los hizo callar.

También tenemos en cuenta la cantidad de personas que se suicidaron por eso. Prácticamente, tenemos el mismo número de las bajas en Malvinas durante la guerra que suicidios postguerra. Creo que la Argentina no supo contener porque también era algo que estaba ocurriendo y no teníamos precedentes. Argentina tuvo la guerra de Malvinas después de muchísimos años de las guerras de independencia. Entonces lo fuimos manejando como se pudo. Y no estoy justificando gobiernos, sino que me refiero a una sociedad argentina muy golpeada. Ahora hay más espacio para el diálogo, más espacio para poder aceptar hablar y escuchar sobre estas cuestiones y creo que eso es muy positivo.

Hay dos casos particulares de mujeres trans, veteranas de guerra que lógicamente hicieron su transición después de volver del conflicto, ¿cómo son tomadas sus historias de vida entre colegas, exveteranos, por la prensa y por la sociedad en general?

El hecho de que ellas lo estén manifestando y hablando es fundamental porque hasta no hace mucho se hablaba de la guerra en términos binarios, es decir, los varones eran los que iban a la guerra y las mujeres eran las que asistían, las enfermeras, de nuevo cayendo en estos estereotipos de varón como guerrero y la mujer que asiste. Hay que empezar a abrir el juego y a decir cómo otras mujeres también asistieron sin ser enfermeras, es una tarea por hacer y ampliar. El tema también del género, de las diversidades, es mucho más reciente, por lo tanto, también hubo que esperar que la sociedad estuviera receptiva a hablar y a recibir estas cuestiones. Antes de mencionar los casos concretos de Taiana y de Jennifer, hay otros casos en el Ejército británico que son sumamente interesantes como el de Joe Ousalice, condecorado en la guerra por todas sus acciones y que cuando terminó el conflicto salió a la luz su bisexualidad. Inmediatamente le quitaron las medallas. Después de años de lucha, de pelear y reclamar, finalmente volvió a recibir sus medallas, pero nos da cuenta de cómo todavía el tema no está del todo claro y aceptado.

Por eso es que en el caso concreto de Taina y Jennifer creo que es fundamental la valentía de haberlo hablado. Una de ellas lo manifestó con sus compañeros y la aceptaron sin problemas, en el caso de Jennifer lo mencionó en una nota y se estaban enterando todos, pero hay que ver cómo se recibe. Creo que ahora la sociedad sí está mucho más permeable para hablar de estas cuestiones y en el caso de quienes estudiamos la historia tenemos que flexibilizar

los parámetros a la hora de generalizar el pasado porque si no caemos en un relato histórico tradicional. Por eso es fundamental dar lugar a cómo fue la transición de estas mujeres y cómo fue vivir, cómo estuvo en el batallón de ingenieros una y en el regimiento de caballería la otra. Entonces cómo fue estar, cómo fue su vivencia y cómo las ven hoy a la distancia. También es importante y sería interesante hablar con sus compañeros para entender y tener todas las voces y poder ampliar.

Hay todavía mucho por indagar e investigar...

Absolutamente. ¿Qué pasa con el tema de los abusos en la guerra? Con los prisioneros de guerra. ¿Hubo? ¿No hubo? ¿Qué pasó? Son temas que no se suelen hablar cuando se habla de los conflictos bélicos. En estos se tiende a poner en alto el tema de la valentía, del honor y qué pasa con los que tienen miedo, los que incluso quieren desertar, son temas que no se suelen tratar en la historia bélica mundial. Lo mismo con los casos de Margaret Thatcher y de Isabel II. Fueron dos mujeres que estuvieron en cargos y lugares de poder del Reino Unido, dos mujeres que llevaron adelante la guerra del Imperio británico contra la Argentina. Lo que resulta sumamente interesante es cómo trataba la prensa argentina a estas dos mujeres. Una de las revistas clásicas de los ochenta, *Humor*, trataba de desacreditarlas a través de la sexualidad. Eso también da la pauta de cómo se trata de ver a las mujeres que están en esos cargos o que están masculinizadas o los mecanismos para desacreditarlas a través de la sexualidad.

Aunque sea lentamente, estos paradigmas van evolucionando...

Sí. Es importante mencionar que en las Fuerzas Armadas de Argentina estamos próximos a llegar al veinte por ciento de mujeres en todos los rangos y en todos los escalafones. Y tenemos una general, una contralmirante y una comodoro, o sea, a los cargos máximos de las fuerzas, las mujeres ya llegamos. Ahora sí está ese reconocimiento en la carrera militar, no como en Malvinas que no tenían este rango.

Hay mucho por hacer todavía, pero también la sociedad se está abriendo a escuchar otras voces. Como, por ejemplo, la de los soldados rasos y no solo de los líderes, cómo era estar en la trinchera muriéndose de frío, los que se querían ir, los que lloraban, eso tiene que ver con algo que se está haciendo ahora que es «historia de las emociones». ¿Cómo historizar todo eso? Porque de alguna manera nos abre el juego a otros abordajes y queda mucho por hacer. Quedan las vivencias y la memoria, pero la memoria es totalmente subjetiva y

la historia está para tratar de darle un sentido a todo lo que ha ocurrido.

La sociedad necesita tiempos de sanación, necesita recuperarse de los traumas y cuando se puede hacer eso es ahí donde empieza a aparecer todo esto. Empiezan las mujeres a dar su testimonio. Tuve la oportunidad de conocer a una de las enfermeras, Susana Mazza, ya fallecida. Contaba su experiencia de cómo ella llegó a su casa, tenía hijos chicos y dijo «me voy a la guerra». Dejó a su marido y a sus hijos y se fue a la guerra porque era lo que tenía que hacer. No estamos acostumbrados a ver esta valentía en las mujeres de decir «me despido de mi familia porque voy a servir a la Patria». Y cuando dio su charla dijo: «Si tuviera que pasar por la misma situación, tomaría la misma decisión, tengo que luchar por mi Patria». Eso también da cuenta de que esa valentía no es exclusivamente de los varones, por eso una mirada de género nos permite tener esta apertura y revisar las categorías analíticas con las cuales nos manejamos.

Recién comentaba que tanto a Thatcher como a Isabel II las ridiculizaban por ser mujeres en Argentina. ¿Qué sucedía con ellas en Gran Bretaña?

Con la reina no se suelen meter mucho, es una persona intocable. Con Thatcher era distinto porque fue la primera mujer que estaba en el rol de primer ministro. Venía de tomar una serie de medidas internas, sumamente controversiales y cuestionadas por el pueblo inglés. Su imagen era bastante negativa, más que todo en los sectores obreros, en las empresas y en las industrias mineras. La guerra y haberla ganado le dio una imagen positiva increíble y hubo un cambio porque la tomaron como una verdadera líder. Tuvo que pasar por estas situaciones para mejorar la imagen que tenía. Para el momento fue una mujer cuestionada de la época, pero también respetada. Se tuvo que imponer por el propio entorno que tenía, totalmente masculino, entonces tenía que hacer oír su voz. En más de uno de sus discursos ella decía que venía a hablar con su vestido de chiffon enfrente de todos varones, rescatando sus cualidades femeninas, pero con una fortaleza muy similar a la de los varones, masculinizándose por el mismo entorno en el que estaba.

Tuvo la oportunidad de viajar a Malvinas. ¿Cómo fue esa vivencia?

Dejando de lado todo lo académico, viene a mi mente todo lo personal y la experiencia de haber pasado por eso. Yo pude llegar a Malvinas en el año 2013. Una está cargada con todo lo que escucha desde que nacemos, «las Malvinas son argentinas» y eso es algo recurrente que ya lo tenemos grabado en el corazón. El tener también los recuerdos de la guerra, lo que decía la TV, las bufandas que preparamos en la escuela para los soldados, les escribimos cartas,

todo eso yo lo tenía muy presente. La emoción previa era increíble, la ansiedad y la ilusión por decir «voy a Malvinas». Pero fue un shock llegar y ver el cartel enorme que decía «Welcome to the Falkland Islands». Esa fue la primera puñalada al corazón porque empecé a tomar contacto con algo que era contrario a la ilusión y a la imagen que tenía en mi cabeza.

Después, era realmente estar en suelo británico porque no se vendía asado, se vendía «fish and chips», estaban las casetas telefónicas rojas que se ven en todos lados, las casas no tenían la arquitectura nuestra, entonces fue un shock muy duro el hecho de estar ahí. También ver el lugar donde Argentina había firmado la rendición fue otro golpe sumamente duro porque fue ver cómo lo mostraban ellos como el «día de nuestra libertad y nuestra independencia», contrapuesto a que yo lo vivía como el día de la rendición. Caminar por las calles que caminaron nuestras tropas, eran emociones mezcladas.

Y lo más fuerte sin dudas, fue el hecho de ir al campo de batalla, ver y tocar las trincheras, eso no tiene comparación porque en el suelo continental tenemos lugares donde dice «aquí fue la batalla de San Lorenzo», pero no la recordamos porque no la vivimos. Esa dimensión de haber tenido amigos o conocidos que estuvieron en Malvinas no la tenemos en el continente y se vivencia solo estando en las islas. El frío que sentía me hizo pensar que lo que pasaron nuestros soldados fue terriblemente peor. Visitamos lugares que habían sido derrotas inglesas, pero habían sido nuestras victorias, y quién nos estaba guiando, un soldado inglés, reconoció una y otra vez la valentía de nuestros soldados, con lo cual se toma dimensión de lo que verdaderamente fue. Lo solemos tener como un relato más, pero estar allí da otra dimensión porque uno tiene contacto físico con los vestigios de esa guerra. Para quien tiene la posibilidad de ir, permite reconectarse con una historia que está presente y que todavía duele.

Daniel Arias – Jonatan Bonetti

(30/3/2023)

Daniel Arias estuvo embarcado en el buque de guerra ARA Piedrabuena durante el conflicto bélico. Actualmente y desde hace un año es el secretario de asuntos de Malvinas en la ciudad más austral del mundo, Ushuaia. Es el único veterano, por el momento, que ha tenido la dicha de ocupar un cargo así en todo el país.

Jonatan Bonetti es hijo de veterano de guerra de Malvinas, además de trabajar en la administración de la Secretaría de Malvinas en la municipalidad de Ushuaia, se desempeña como integrante de la subcomisión de hijos de veteranos de guerra, «Herederos de la causa Malvinas».

Ambos trabajan para el espacio Pensar Malvinas, en el que se encuentran exhibidos objetos, cartas y recortes periodísticos sobre los héroes que lucharon en 1982. Hay fotografías, documentación referida al primer avistamiento de la isla, el Tratado de Tordesillas, invasiones británicas y las gestiones en la ONU.

Jonatan Bonetti: «Por una cuestión natural, los viejos se nos están yendo y la idea es tomar la posta cuando ellos ya no estén y continuar con esta lucha».

¿Desde cuándo participan en estas actividades relacionadas con Malvinas?

Daniel Arias: He estado abocado al centro de veteranos de Ushuaia desde 1987, con algunos periodos de menor actividad debido a falta de tiempo por temas laborales. Yo soy actualmente el tesorero del centro de excombatientes. Ya estoy transitando el cuarto año de la gestión, junto al presidente Conrado Zamora. Es nuestro último año. Es trabajar constantemente. Hacemos tareas para malvinizar y que el tema esté en agenda. En estos días previos al 2 de abril tenemos muchísimas actividades. Trabajamos en equipo. Algunos compañeros van a los colegios, otros a la radio y así estamos: abocados todo el tiempo a algo.

Jonatan, ¿cuándo se creó la comisión de la subcomisión de hijos y desde cuándo la integra?

Jonatan Bonetti: La subcomisión es relativamente joven. Se formó a finales de 2019, justo antes de la pandemia, y la integro desde su formación. Somos varios hijos e hijas de veteranos, principalmente de Ushuaia. Hay otros inte-

grantes que, aunque sus padres no vivan en esta ciudad, también forman parte de lo que hacemos nosotros, que básicamente es acompañar a todos los veteranos en sus actividades, colaborar con ellos y continuar aprendiendo sobre esta causa. Por una cuestión de naturaleza, los viejos se nos están yendo y la idea es tomar la posta cuando ellos ya no estén y continuar con esta lucha.

El museo Pensar Malvinas tiene una recopilación histórica desde 1500 en adelante y hace foco en temas no relacionados directamente con la guerra. ¿Qué mirada tienen sobre el hecho de mantener viva la causa más allá del 2 de abril con el plus de habitar tierras tan cercanas a las islas?

Daniel Arias: Es de vital importancia. Todo lo que se pueda hacer por mantener viva la causa y la historia es crucial para nosotros. Acá tenemos la línea de tiempo desde 1493 hasta 2022, inclusive. Recientemente se actualizaron los últimos diez años. La cantidad de turistas nacionales y de afuera que pasan por nuestro espacio es significativa. Trabajamos en pos de dar la mayor y más precisa información que se pueda.

Muchos argentinos que se interiorizan del tema y nos visitan se encuentran frente a frente con un veterano de guerra o con un hijo veterano de guerra y eso ayuda a mantener viva la memoria de los caídos de Malvinas. ¿Qué es lo que hacemos los veteranos? Trabajamos en el «no olvidar».

Jonatan Bonetti: En el museo somos cuatro los que atendemos al público. Tres de esos cuatro somos hijos de veteranos. Al ser hijos, el turista recibe la información de otra forma y se muestra más receptivo. Se conecta más con lo que uno le está contando. También intentamos brindar los datos con una visión más actualizada y moderna. Las generaciones nuevas absorben de otra forma.

¿Cómo surgió la iniciativa de crear el museo en 2012?

Jonatan Bonetti: Contamos con el apoyo de la municipalidad de Ushuaia. El museo está emplazado en Pueblo Viejo, donde se rescatan casas antiguas de la ciudad y se las traslada a este lugar. Ninguna de estas cuatro casas que están hoy en día, ni la quinta que está próxima a instalarse, son originales de este preciso lugar. Son casas antiguas, más o menos de entre 1930 y 1960, que no fueron modificadas en el exterior. Las familias las donan al municipio y son trasladadas a este lugar y se van desplegando diversas temáticas.

Donde actualmente se encuentra el museo era una casa de la familia Torres, de acá de Ushuaia, y fue trasladada a finales del año 2011. El centro de excombatientes de Ushuaia presentó un pedido al municipio para poder colocar un museo de Malvinas. Y lógicamente ese pedido fue concedido. Se inauguró para los 30 años de la guerra. Estuvo desde 2012 a 2019 bajo la administración del centro

de excombatientes para luego pasar al municipio, bajo la gestión actual, que es la que crea la Subsecretaría de Relaciones Internacionales, asuntos Antárticos y Malvinas, que luego de la pandemia se eleva de rango a Secretaría.

¿Cómo fue el armado de toda la recopilación histórica? ¿Y por qué se decidió abarcar esa cantidad de tiempo y no centrarse solo en el conflicto?

Jonatan Bonetti: La idea central de este museo es que no fuera un museo bélico. La idea es contar toda la historia de Malvinas, con todos los factores y no centrarse solamente en la guerra de Malvinas, que además ni siquiera es la guerra completa, sino que es la guerra con la mirada del gobierno de facto de ese momento.

Lo que se busca acá es contemplar una mirada más abarcadora. Abarcamos toda la historia desde 1493, cuando empiezan las bulas papales, que dividen el mundo en dos partes, hasta 2022. De esos dos meses y medio de guerra directamente no contamos nada porque es una historia que ya todos sabemos. Lo que buscamos es contarles al argentino y al visitante internacional toda la historia.

¿Reciben visitas de turistas británicos?

Justamente este año recibimos la visita de 20 británicos. Es interesante porque pudimos contarles cuáles son los argumentos argentinos de por qué las islas son de Argentina. Hacemos énfasis en todo contexto histórico, legal y, recientemente, en una de las placas nos referimos a la parte geológica y al patrimonio natural que también se conectan con nuestro continente.

¿No creen que la educación es una piedra fundamental en la creación de memoria?

Daniel Arias: Absolutamente. Y por eso trabajamos en eso. Tenemos un país muy vasto y siempre pregonamos la defensa de nuestros recursos porque es lo que le vamos a dejar a las futuras generaciones. Te voy a dar un claro ejemplo. Hace cinco años atrás, visité con cuatro veteranos mendocinos un colegio bilingüe de Mendoza. Fui el último en hablar. Una chica de unos veintitantos se me puso a llorar pidiendo disculpas por no leer cosas sobre Malvinas. Entonces yo le dije que no era su culpa. ¿Por qué los veteranos vamos a los colegios? ¿Por qué siempre hablo con diputados y senadores? Porque la currícula Malvinas tiene que estar presente en los colegios. Le dije a la chica: «Hija, vos no tenés la culpa de esto, la culpa está en la educación». Esas son cosas que a nosotros nos duelen.

Últimamente, cuando damos charlas, prácticamente, no hablamos de la guerra. Profundizamos en los Tratados de Madrid, uno y dos, que fueron en 1989, que empezaron con el gobierno de Alfonsín y finalizaron con Menem. También charlamos sobre el último acuerdo que se dio durante el gobierno de Mauricio Macri, el famoso Foradori-Duncan.

Como siempre le digo a la gente, empecemos a leer. Empecemos a prestar atención. Muchas de estas cosas que realmente nos duelen no pasan por donde deben pasar, que es el Congreso. No se dan los debates que tendrían que darse. Nosotros hemos hablado con muchos diputados y senadores para ver si tocan el tema. Pero es evidente que nadie quiere debatir sobre los acuerdos Madrid. Sabemos que hay muchos legisladores que no se quieren sentar con la Comisión de Malvinas. Esas son cosas que a nosotros nos duelen mucho. Como argentino siempre digo que muchos de los problemas los tenemos adentro.

Me llama poderosamente la atención que hable de los Tratados de Madrid. Es la primera vez que escucho a un veterano mencionar este tema que es de las relaciones exteriores. Generalmente se lo pasa por alto...

Daniel Arias: Sí. Hay mucho desconocimiento. Vos le preguntás a cualquier diputado o senador cuándo vencen los tratados y no tenemos fecha, no hay nada. Dentro de ese tratado, te voy a dar un pequeño ejemplo: del paralelo 42 que es de Comodoro Rivadavia hacia el sur, un buque de guerra de la Armada argentina tiene la obligación de informarle al gobierno de Londres quién es el comandante y cómo está conformada toda la tripulación para moverse en nuestra propia agua. Ellos tendrían que hacer exactamente lo mismo, cosa que no hacen. ¿Me explico? Hay otro tema: todas las inversiones británicas que hay en nuestro país están protegidas. ¿Alguna vez vieron algún banco con capitales ingleses incendiado? No.

Estas son cosas que realmente molestan y duelen, porque esto es la Patria de todos. Soy una persona a la que siempre le gustó el federalismo porque somos todos argentinos. Hay algunos sectores que todavía no lo entienden. ¿Cómo no van a doler estas cosas?

Tenemos que preparar a los docentes sobre esta temática. Que no quede todo resumido en que en el año 82 hubo un conflicto bélico. Hay mucho más para enseñar. Nosotros, los veteranos de guerra, queremos que todo el mundo de punta a punta de nuestro país sepa lo que es el tema Malvinas.

Y no estamos hablando de dos islas solamente. Es todo lo que es el sector de la isla de Georgia del Sur. Se debe entender que nosotros tenemos la famosa Pampa Azul, como les llamamos acá, con la inmensa cantidad de recursos naturales que tiene y que Argentina debe empezar a mirar.

Hay un factor relevante que es la posición en la que están ustedes. Ushuaia tiene otra perspectiva y también tuvo una participación distinta en la construcción del relato sobre Malvinas. ¿Cómo podrían explicar la diferencia entre Tierra del Fuego y el resto de las provincias en el abordaje de la temática Malvinas?

Daniel Arias: Más allá de los 660 kilómetros que nos separan de Malvinas, acá en provincia de Tierra del Fuego es diferente. Lo vivimos con otra óptica. Acá Malvinas es todos los días. Vas a encontrar de todo: monumentos, nombres de calles, carteles, murales. Cuando es la vigilia del 2 de abril, no llamamos a la ciudadanía para que se acerque. Ya hay generaciones que vienen: el abuelo, el papá y ahora los hijos y los nietos. Nos juntamos en la plaza y ese sentimiento que se respira es tremendo y auténtico. Cuando vienen veteranos de otras ciudades se quedan sorprendidos por cómo se vive acá... ese entusiasmo, ese fervor que hasta vence a las contingencias climáticas que muchas veces debemos afrontar.

¿Cómo hacemos en otras provincias para que también los jóvenes puedan tomar esa posta? Es una posta que realmente los jóvenes deben tomar para que la memoria siga viva. Fueron 649 los soldados que dieron su vida por la Patria y eso no puede ser en vano.

Jonatan Bonetti: En Ushuaia somos capital de Malvinas y no es solamente un eslogan, sino que es así por la ley de límites de nuestra provincia. Nuestra provincia es Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico. Naturalmente, Malvinas se vive de otra forma porque es nuestra provincia la que está invadida.

¿Cómo se vivió el proceso de desmalvinización en Tierra del Fuego teniendo en cuenta todo lo que venimos hablando?

Daniel Arias: Después de finalizado el conflicto, Malvinas quedó allá lejos como si nada hubiese pasado. El proceso de desmalvinización duró mucho tiempo, muchos años realmente. En algunas provincias fue más marcado que en otras. Por ejemplo, la primera pensión de guerra que salió se empezó a cobrar allá por el año 92, 94. Es decir, durante diez o doce años, el Estado tuvo abandonado a todos los veteranos de guerra. Son cosas que te dan bronca. Cobré mi primera pensión en el año 1998, dieciséis años después del conflicto. Durante dieciséis años yo nunca tuve contención del Estado, porque no hubo contención para los veteranos de guerra. Por eso muchos veteranos tomaron drásticas decisiones.

Cuando vos ibas a buscar un trabajo y decías que eras veterano de guerra y te decían mañana te llamo, ese «mañana te llamo» era en realidad un nunca

más. Ahora, en la provincia de Tierra del Fuego fue totalmente diferente con estos cuestionamientos que hubo en otros lugares. Acá se fundó el centro de veteranos de guerra. Por suerte, la sociedad de Tierra del Fuego fue totalmente diferente. Acá, gracias a Dios, se ha conseguido trabajo, se ha conseguido pensión, se ha conseguido vivienda. Con el tiempo, muchos después empezaron a tomar nuestro ejemplo en otros lugares del país.

Han hablado de la importancia que tienen los jóvenes en mantener viva la memoria y en continuar con la causa Malvinas, ¿qué mensaje les gustaría dejarles a las nuevas generaciones?

Daniel Arias: Malvinas se tiene que vivir los 365 días del año porque es un pedazo de nuestra tierra que hoy está ocupada por el imperio inglés. Les pido a los jóvenes argentinos que nunca bajen los brazos y que continúen luchando por lo que corresponde y es justo.

La cuestión Malvinas nos une a todos y es ante todo es una causa nacional. Cuando todo el pueblo está unido, como cuando ganamos el mundial hace poco, es emocionante. ¿Cómo no te va a conmover eso? ¿Cómo no te vas a movilizar? ¿En qué rincón del país no se festejó este campeonato del mundo? Ver la fe de un pueblo es hermoso. Que todo el mundo esté con la celeste y blanca es emocionante. Son nuestros colores patrios y debemos defenderlos. Gracias al mundial, muchísimos jóvenes escucharon sobre los pibes de Malvinas.

Jonatan Bonetti: El mensaje que les dejaría es que lean y se informen, que no se queden con lo que ven en redes sociales o en los grandes medios de comunicación; porque todos sabemos que en realidad eso está manejado por intereses y no es una información objetiva. Para poder defender y honrar a nuestros héroes es importante conocer lo que pasó.

Nora Beatriz Dimotta

(5/5/2022)

Nora Beatriz Dimotta nació en Goya, provincia de Corrientes, pero vivió gran parte de su vida en Gualeguaychú. Es hermana del sargento primero Raúl «Tito» Dimotta, quien murió el 9 de mayo de 1982 en una misión de rescate durante la guerra de Malvinas.

La misión era sumamente riesgosa y se pidió voluntarios. Lito Dimotta no vaciló y, así, acompañando a dos oficiales, partió en un vuelo en helicóptero que no tendría retorno. Las noticias sobre su abatimiento llegaron por conducto británico, a través de una emisora de Montevideo: un helicóptero de nombre «Puma» había sido derribado en el mar. No se habían encontrado sobrevivientes. Esa era la nave que tripulaba el gualeguaychense.

Recientemente y con archivos desclasificados de Gran Bretaña, todo apunta a que el helicóptero cayó en isla Bougainville. Nora sueña con al menos recuperar la «chapita» de su tan amado hermano.

Docente de profesión, los caminos de la vida hicieron que se jubilara de un cargo directivo en la Escuela nro. 105 de Gualeguaychú que lleva por nombre «Islas Malvinas». Durante los primeros años después de la guerra se mantuvo hermética –como su hermana y su padre–, pero de a poco y con mucha fuerza comprendió la importancia de «malvinizar» y fue así como terminó trabajando en la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas y formó parte de la Comisión Nacional de Excombatientes de Malvinas a nivel nacional. Incluso en 2018 logró viajar junto a sus hijos a las islas y pisar suelo malvinense, ese suelo por el que Tito dio su vida.

«Los 649 héroes caídos en Malvinas no murieron, quedaron custodiando las islas, y mientras los tengamos presentes, los honremos y hablemos de ellos, seguirán vivos».

Hablar con familiares de veteranos nunca ha sido fácil. Sin embargo, vemos que usted está muy comprometida con la causa Malvinas y participa de muchísimas actividades.

Hay posturas y posiciones diferentes de las familias y todas son respetables. En mi caso, en mi familia somos dos hermanas. Mi hermana, por ejemplo, no quiere hablar de Malvinas. Para ella es un capítulo cerrado, es más, cada 9

de mayo en Gualeguaychú hacemos el acto homenaje a la caída del helicóptero y este año ella me dijo: «Nora, ¿por qué seguís con eso? Ya pasaron cuarenta años, basta». Es también respetable esa postura. Yo tomé otro camino, estoy trabajando por Malvinas todo el tiempo, es más, hace poco terminé el listado de veteranos de Gualeguaychú porque estamos por conseguir unas medallas para que los reconozcan. Todo lo que sea malvinizar es lo que Lito no pudo hacer porque quedó en Malvinas y alguien lo tiene que hacer. Esa es mi postura: malvinizar.

¿Quién es Nora Beatriz Dimotta?

Yo soy la hija menor de tres hermanos. Nací en Corrientes al igual que ellos. Por una cuestión del trabajo de mi papá, que era militar, a mis cuatro años nos mudamos de Goya, mi ciudad natal, a Gualeguaychú junto con toda la familia y es el lugar donde crecimos, ahí estudié y soy docente. Desde hace tres años estoy jubilada, pero cuando una es docente lo convierte en un estilo de vida, así que me imagino que seré docente hasta el último día. Soy mamá de seis hijos, tengo cinco nietos. En este momento, Malvinas es una de las causas más importantes de mi vida, obviamente que está mi familia primero, pero si tengo que hacer algo por Malvinas, no lo dudo, encuentro el tiempo y lo resuelvo. Estuve trabajando en la comisión de familiares, formé parte de la Comisión Nacional de Excombatientes de Malvinas a nivel nacional y todo lo referido a Malvinas es trascendental para mí.

¿Quién fue Raúl Dimotta?

Lito, así lo llamábamos la familia y sus amigos. No te voy a hablar en pasado porque para mí él está siempre, obviamente sé que quedó en Malvinas, pero, así como hablo de él en presente, hablo también de los 649 héroes. Yo considero que están, que no murieron. Quedaron custodiando las islas, mientras los tengamos presentes, los honremos y hablemos de ellos, seguirán vivos. Lito es mi hermano del medio, el preferido de mi mamá. Cuando éramos chicos jugábamos juntos en la vereda, en las vías, con mis amigas y con sus amigos. Nos llevábamos cinco años, pero no se notaba en esa época la diferencia de edad. Lito cursó la escuela primaria en Gualeguaychú, era excelente alumno, tenía una letra impecable y siempre me comparaban con él y obviamente salía perdiendo yo. Era muy querido por sus amigos, muy querido por sus compañeros.

En 2022, a cuarenta años de Malvinas, se llevó a cabo en el Colegio Nacional, que es donde hizo la secundaria, un acto en el me entregaron las libretas de calificaciones de esa época y eso me recordó que además de una buena

persona era un excelente alumno. A los 15 años decidió empezar su carrera militar en la Escuela General Lemos, lo acompañó mi papá, lo ubicaron en una pensión y después terminó viviendo con sus compañeros.

Nosotros lo íbamos a visitar cada tanto y él venía cuando podía porque en esa época no era tan sencillo, no era fácil llegar a Buenos Aires y también era muy difícil hablar por teléfono.

Mi mamá estaba tranquila y mi papá también de que estaba todo bien. En 1977 se recibió de mecánico de aviación del Ejército y ahí empezó su carrera militar. A los quince empezó y se recibió a los dieciocho. A partir de ahí, estuvo en Córdoba, donde realizó el curso de comando, de paracaidista. También estuvo en Tucumán, en la época de la guerrilla y en el conflicto de Beagle, en Chile. Y cuando en 1982 le tocó ir a Malvinas para nosotros no fue una movilización extraordinaria, sentimos que le tocó hacer una misión más. Un año antes, había estado en la Antártida y, como gran parte del pueblo argentino, ese 2 de abril, cuando nos enteramos de que recuperábamos las islas Malvinas, nos alegramos y celebramos. Yo tenía 17 años, estaban las plazas llenas, las banderas argentinas, la alegría y los aplausos, todo eso me acuerdo. Y Lito no había ido a Malvinas todavía, el 2 de abril, él estaba en Buenos Aires. Cruzó a las islas el 18 de abril y, una vez que llegó, no tuvimos más comunicación con él, ni telefónica ni por carta. Lo que sí nos enteramos después fue lo del 9 de mayo, casi inmediatamente nos enteramos.

Lito era divertido, según sus compañeros de Buenos Aires, él era «buenazo» y humilde, así lo definen. Cuando venía a Gualguaychú era todo un acontecimiento y siempre me traía un regalo. Mis primeros suecos, de la época de cuando se usaban bien altos, me los trajo él de Buenos Aires. Tengo recuerdos muy lindos de mi hermano que siempre me roban una sonrisa. Lito antes de ir a Malvinas ya se había casado y tenía un hijo, Cristian, de dos años de edad cuando fue la guerra y ahora Lito tiene un nieto, Diego.

¿Cuáles fueron los cambios en la vida de la familia a partir de los hechos del 9 de mayo y también teniendo en cuenta que Lito se ofreció voluntariamente para esa misión?

Te voy a contar para que te des una idea de lo que era mi mamá, no solo la mía, sino las mamás de la Patria, de los 649. Son las mamás de la Patria porque entregaron un hijo para la Patria. Nosotros, a partir del 2 de abril, íbamos todos los días a las cinco de la tarde a rezar el rosario a la parroquia de Luján, una iglesia que queda a seis o siete cuadras de mi casa. Iba mucha gente a rezar por los soldados de Malvinas. Cuando nos enteramos el 11 de mayo que el helicóptero había caído dos días antes, no se lo dio a Lito como fallecido sino

como desaparecido ya que el helicóptero había caído en el mar y por lo tanto legalmente los cuerpos no se dan por muertos sino por desaparecidos hasta una determinada cantidad de tiempo.

Fue una noticia inesperada. El sacerdote, el padre Raúl Benedetti, se vino para mi casa, nos contuvo, se instaló ese día en mi casa. Después a la tarde se ofició una misa. Lloré tanto ese día porque me di cuenta de que mi hermano no iba a volver. Fue un día terrible para toda la familia, mis papás ya estaban separados, mi papá vivía en Buenos Aires, así que estábamos las tres juntas con mi hermana, que ya era casada también, y mi mamá. Al día siguiente, tipo cuatro y media de la tarde me dice mi mamá «vamos», a lo que yo le respondo qué a dónde vamos, y ella me dice «a rezar el Rosario porque Lito ya no va a volver pero quedan todos los otros soldados». Ahí entendí que no podés quedarte lamentándote contra la pared por algo que no tiene vuelta atrás, sino que hay que ir por más, por los que están. Esa es la fortaleza que me dejó mi mamá, que dejó su hijo por la Patria.

Lo que sabemos del 9 de mayo es a través de sus compañeros, los que lo vivieron, y siempre aparece una cosa nueva y voy armando el rompecabezas de lo sucedido a mi hermano en Malvinas.

¿Qué ha logrado reconstruir?

Ese día estaban en monte Kent, de sobremesa porque era un día bastante complicado porque había muchos ataques aéreos y bombardeos y habían decidido no salir. En ese momento aparece alguien, Fernández me parece que era el apellido, pero no estoy segura, y pidió tres voluntarios para ir a rescatar a los sobrevivientes del buque pesquero Narwal que el día anterior había sido atacado. Había otro helicóptero que era el de Buschiazzo destinado a esa misión, pero estaba averiado, por eso es que decidieron ir en el Puma.

Mi hermano en ese momento se paró y se sacó la boina y se la dio a un compañero, un hombre mayor en la actualidad, y le dijo: «Tomá, esta la vas a necesitar más que yo», y se fue. Esa boina no la pude recuperar, es de un señor que vive en Concordia y un día me llamó y me regaló la insignia que estaba en la boina, fue el mejor regalo de mi vida, es lo único que tengo de él de Malvinas. Junto con él fueron Roberto Fiorito y Juan Carlos Buschiazzo, quien decidió ir también porque en definitiva él tendría que haber ido en el otro helicóptero.

Hicieron un vuelo de no más de dieciocho minutos y fue atacado por la fragata Covert y por un misil que los derribó. Hasta hace tres años y medio, creíamos todos que el helicóptero había caído en mar, custodios del agua como decimos a los 323 caídos del crucero, hasta que, un 30 de septiembre de hace tres años, me escribió el coronel Luis Bennardi de aviación y me comentó

que, por elementos desclasificados británicos, aparentemente el helicóptero no cayó en el mar, sino en la tierra. Una pensaba que ya estaba todo cerrado, ya había ido a Malvinas y había elegido una tumba de «soldado argentino solo conocido por Dios», lo tomé como si fuera mi hermano el que estaba ahí, le dejé el rosario de mi mamá, ya había hecho todo así hasta que Luis me dijo que mi hermano no estaba en el mar sino que estaba en algún punto de Malvinas, más precisamente en la isla Bougainville.

Me mandaron un croquis con una crucecita de donde estaba el helicóptero. Así que fue un empezar todo de vuelta, seguir la investigación de cerca, lo único que falta es llegar al punto donde estaba el helicóptero. La idea es ver si encuentran restos, del helicóptero seguro encuentran por el tipo de material, pero yo no creo que encuentren restos humanos después de cuarenta años. Pero si tengo la gran esperanza de que encuentren las tres chapitas de identificación.

Hay un montón de cosas que me he enterado, momentos fortuitos de él en las islas. Muchos compañeros me contaron que tomaban mates con él o también que en los helicópteros tenían las latas de dulces que habían conseguido. Me quedan todas esas pequeñas cosas que me hacen pensar que quizás no sufrió tanto como si hubiera llegado a los últimos días del combate, tal vez este pensamiento me sirve como consuelo.

¿Cómo fue la posguerra para tu papá, siendo militar, y para tu mamá?

Mi padre al momento de la guerra ya se había retirado de la milicia y vivía en Buenos Aires. Él tomó una postura parecida a la de mi hermana, no habló de Malvinas, no fue a ningún acto, no veía películas en idioma extranjero y así fue hasta el momento de su muerte. Para mí es más difícil de esa forma porque uno no se puede abrir, no podés hablar, imagino que se sufre un poco más.

Mi mamá después de la guerra y la pérdida de mi hermano decidió integrar el Centro de Veteranos de Guerra de Gualeguaychú. Era la mamá de todos porque todos se referían a ella usando ese término. Yo creo que ellos le dieron la fuerza para seguir adelante. Si bien le tocó la época de la desmalvinización, donde se podía hablar muy poco, ella era la primera en estar en los actos. Si había que leer un discurso, lo hacía. Organizaba cenas y actos, siempre se involucró mucho.

¿Cómo hicieron para reivindicar la causa Malvinas durante esa época de desmalvinización a la que hace referencia?

Por suerte en Gualeguaychú siempre hemos tenido la presencia y el acompañamiento, más allá de los gobiernos, siempre Malvinas ha sido escrita con

mayúsculas. Inclusive en el año 1987 se inauguró la Plaza Sargento Dimotta y todas esas cosas hacen que como familia te sientas reconocida, acompañada, cuidada, a nivel ciudad.

La desmalvinización que se vivió a nivel país hizo que las historias se contaran de una manera diferente, errada, ya que los veteranos de guerra que son los que tienen la palabra porque son los protagonistas, los que sí la vivieron, ellos no podían hablar porque sus Fuerzas no se lo permitían. Entonces a la historia la contaron personas que no estuvieron en Malvinas y la contaron de tal forma que muchos se convencieron de que fue así.

Algo que se ha mencionado una y otra vez es que se enviaron «pobres chicos» sin instrucción a la guerra. ¿Cuál es su opinión?

Eso fue lo que después costó dar vuelta la historia. Por ejemplo, la película *Iluminados por el fuego*, que habla de los «pobres chicos» que dieron la vida por la Patria y que se repite en muchos lugares esa expresión. Fueron hombres, de 18 años, pero hombres, mucho más hombres que los que andan por la calle con el celular y chocan las columnas por estar jugando a los jueguitos.

Como familia, ¿recibieron contención por parte de la Fuerza Aérea?

Con respecto a la familia propiamente dicha, los primeros años siempre nos brindaron todo desde Aviación. Fueron como nuestra familia. Se les otorgó todo el apoyo a las mamás y a los papás de los veteranos. Se les dio la pensión, la obra social del veterano de guerra que les correspondió a las mamás, se les dio toda la contención.

Queda claro entonces que se asistió a los padres. ¿Y a los hermanos?

Yo estaba estudiando el primer año de filosofía y no tuvimos contención de ningún tipo porque mi mamá estaba destruida y el Estado solo contenía a los padres. Los hermanos quedamos sin atención psicológica, sin contención, sin tener un lugar donde hablar de lo que nos pasaba porque con mi mamá no me iba a poner a hablar de lo que yo sentía. A algunos hermanos nos tocó levantarnos solos porque nunca tuvimos ese acompañamiento psicológico que sí tuvieron los padres. Entonces, ¿qué hacemos los hermanos? Algunos nos pusimos la mochila de Malvinas y eso nos hizo superarnos, crecer y pensar en las futuras generaciones. Pero otros hermanos, que en mi familia los tengo, nada, se quedaron con la herida abierta que no deja de sangrar y sangrar. Nadie se acuerda de los hermanos de Malvinas, por suerte de las mamás y los papás

de Malvinas sí pero ya se están yendo casi todos. No es un reproche personal, es un pensamiento en voz alta. Yo dejé la carrera porque tenía que viajar y yo tenía a mi mamá acá, no era el momento. Mi hermana hizo el «silencio de Malvinas» que yo también hice por muchos años y mientras lo hice iba a los actos solamente que organizaba el municipio, los del 2 de abril y los del 10 de julio, que después se dejó de hacer.

¿De alguna manera empezaste a sanar yendo a esos actos?

Yo, en esos actos, la pasaba terrible. Era llorar y llorar. Ni siquiera sabía que existía la Comisión de Familiares, no tenía ni idea, era algo muy centralizado, como que Dios vive en Buenos Aires y los del interior no existen. Después, poco a poco, me fui incorporando a lo que fue Malvinas.

No sé si fue la docencia o qué, pero me acerqué a la Comisión, formé parte de su dirección, viajé a Malvinas, conocí a otros hermanos que tenían el mismo dolor que yo. Sin embargo, tenemos hermanos que nadie sabe que existen; hace poco fui a Corrientes y encontré una cantidad increíble de «hermanos de Malvinas», nadie los reconoce.

Esas cosas son para tenerlas en cuenta, las próximas generaciones deben saber que Malvinas tiene familias que están diseminadas por todo el país y que siempre están esperando algo de la comunidad. Nosotros en Gualeguaychú, a pulmón, hacemos el acto del 9 de mayo en la Plaza Sargento Dimotta, tratamos de hacer una jornada de acompañamiento con algo distinto: la presentación de un libro, la charla de alguien de Aviación del Ejército. Este año por ejemplo me comuniqué con gente que conoció a mi hermano y les pedí que hicieran un pequeño vídeo contando alguna anécdota. Junté como diez vídeos y con la ayuda de otras personas lo compaginamos con música y lo editamos como la historia de nuestro héroe de Malvinas Sgto. Dimotta, desde su nacimiento hasta hoy, recordándolo.

¿Por qué considera que es importante la «malvinización» y cómo la vivió desde la docencia en los años posteriores a la guerra?

En mis primeros años de docente, recuerdo que era suplente todavía y me tocó el acto de Malvinas y trabajaba en la misma escuela que mi hermana, ella era maestra jardinera. Me subí al escenario y transformé la historia de Malvinas en un cuento. Esa fue mi primera etapa de «malvinización», con los niños. Después poco a poco empezamos a dar charlas en las escuelas, no solamente contar la historia de mi hermano sino de los 649 porque para mí son todos mis hermanos. Después, gracias a Dios, me tocó ser directora de una escuela, que

se llama Islas Malvinas, en la que me jubilé, así que allí me explayé, me sentí realizada, cortábamos la calle, invitábamos a todas las Fuerzas y así comenzamos a «malvinizar».

También empecé con un programa que se llamó «Voces de héroes» que dejé en pandemia y no lo volví a retomar, pero hicimos cuatro años con ese programa, era una vez por semana y siempre hacíamos dos entrevistas: a un veterano y a un familiar de un caído. De esa manera dimos a conocer la vida y siempre tratando de destacar la guerra, no la guerra en sí como agresión, violencia, sino los valores que nos dejó la guerra. Si bien sabemos que la guerra no es buena para nadie, sí sabemos que esa guerra dejó en cada uno de los que estuvieron muchos valores, muchas cosas dignas de imitar como la solidaridad, el compañerismo, el cuidar al otro.

Como el caso de Buschiazzo, Fiorito y Dimotta, que se fueron a hacer la misión sabiendo que era casi imposible, era muy difícil y a ellos ni siquiera se les ocurrió pensar en que algo les podía suceder. Ellos fueron a rescatar a los sobrevivientes de Narwal. Y la verdad es que sí lograron su cometido, porque el Coventry le tiró el misil al helicóptero, pero dejó que los sobrevivientes llegaran a la costa en las balsas y se salvaran. Ellos tres nunca se enteraron, pero sí cumplieron su misión. Esos actos de entrega son los que tenemos que destacar y lo que nos sirve a nosotros como ejemplos de vida.

Es importante tener visiones sobre Malvinas desde lugares más profundos como lo es tu historia...

Sí, pero como les dije desde un principio, a los chicos les decimos que tienen que amar a la Patria. Pero, primero, ¿sabemos lo que es la Patria? Empecemos por ahí. ¿Qué es la Patria? Malvinas es Patria, al igual que el barrio, que el club, que la plaza. Empecemos a conocer a nuestra Patria, empecemos a respetarla, a quererla, dejemos de quejarnos. Si yo no cambio por mi Patria, no puedo pretender que la cambien los demás. Yo tengo muchísimo para hacer por mi Patria, entonces empecemos a conocerla, una vez que la conozca les puedo asegurar que la van a empezar a amar porque la Argentina es lo más lindo que hay.

Mencionó que tuvo la posibilidad de viajar a Malvinas. ¿Cómo fue esa experiencia?

Fui una sola vez, en 2018, a través de los viajes humanitarios y fui con uno de mis hijos. Fuimos unos cuantos familiares. Yo veía las islas desde la ventanilla del avión y desde ahí empecé a llorar. Las veía igual que el dibujo del mapa.

Cuando me tocó bajar del avión y sentí el viento frío, no pude parar de llorar. Toda la caminata la hice llorando porque sentí ese mismo viento que sintió mi hermano 37 años atrás. Fue una mezcla de emociones, pero también estaba feliz porque pude respirar su mismo aire. Le dije a mi hijo: «Iván, ¿te das cuenta de que el olor de Malvinas es particular?». Fuimos al cementerio Darwin y elegí una de las cruces que decía «soldado argentino solo conocido por Dios». Todo el tiempo que estuve en Malvinas me quedé en esa cruz. Hoy tiene nombre y apellido esa cruz. Y cuando volvimos, a los días, vino a casa mi hijo Iván y me dijo: «¿Sabés por qué el olor de Malvinas es particular? Porque no hay contaminación». Seguro era así, pero yo me quedé con que era particular. No necesito ir de vuelta, fue suficiente con una vez.

Danilo Farid Pérez

(5/5/2023)

Danilo Farid Pérez es un adolescente de apenas 17 años, de Vicente López, provincia de Buenos Aires, apasionado y profundamente comprometido con la causa Malvinas. Desde muy temprana edad, comenzó a investigar sobre el tema y, apoyado por su familia y el Instituto Adventista Florida, donde cursa cuarto año del nivel medio, trabaja en proyectos de ley sobre Malvinas.

Danilo considera a la lucha por la reivindicación de nuestra soberanía sobre las islas Malvinas como «un estilo de vida, una militancia y una lucha continua por lo que por derecho nos pertenece».

«Si van a pelear por Malvinas, no peleen por una Patria narcisista y nacionalista, sino por una Patria como la que soñaron mis abuelos y como la que soñó San Martín: una Patria de todos y no de unos pocos, de la igualdad y del amor».

¿Qué despertó su curiosidad por Malvinas?

Mi abuelo era policía y, si bien no estuvo en Malvinas, siempre me inculcó el amor por la Patria. A medida que fui creciendo, me di cuenta de que la política por Malvinas es nula. La política exterior a veces más, a veces menos, pero la «causa Malvinas» es un abandono total, el reconocimiento hacia los veteranos está, pero no están visualizados. Esta situación me hizo pensar que algo está pasando. Investigué mucho lo que es política exterior para empezar a hacer un proyecto más social de la causa.

¿Qué interrogantes despertó esta curiosidad?

La verdad es que siempre me pregunto ¿por qué tenemos recursos estratégicos gigantes por los que nadie pelea? Todos hablan de Malvinas, pero no se reconoce que tiene una importancia relevante sobre Tierra del Fuego, por algo su nombre es Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico sur. Es un conocimiento limitado. Si mis propios compañeros de militancia algún día quieren llevar las riendas de esta Patria, algo tienen que conocer. Yo veo un déficit de educación en el AMBA. Quizás en el interior de la provincia es diferente, porque tienen un arraigo cultural distinto. Nuestra cultura está muy pegada al

«porteñismo». Lo respeto, pero hay un problema y es que no se trata lo que es Malvinas. En Buenos Aires te hablan de Malvinas el 2 de abril y con suerte, y es el lugar donde más deberíamos saber por su cantidad de habitantes.

Hay una veterana llamada Liliana Colino, mi foto de perfil es con ella, a la que días atrás le hice entrega de un pañuelo bordado en punto de cruz. Ella representa a los que no tienen voz.

Dentro de su entorno, ¿nota interés por la causa Malvinas?

El interés está porque hay un respeto hacia mí como compañero o amigo, y después uno intenta siempre «malvinizar», por así decirlo. Yo tengo un pañuelo que llevo siempre en la mochila que tiene a las Malvinas y a la bandera argentina. Es un eje transversal en mi vida.

Si yo me quiero dedicar a Malvinas, no lo hago para acceder a un cargo, me dedico con ganas de enseñar, de aprender y de hacer. Tener voluntad popular, por así decirlo. Mis amigos saben un montón del tema gracias a mí y para el colegio es un tirón de orejas porque tenés a un pibe que tiene proyectos de ley sobre Malvinas y no lo aprovechan. De última podrían decir: «Salió un pibe de este instituto que hace cosas por Malvinas que nunca antes se habían visto en esta institución».

¿Qué nos puede contar sobre sus proyectos de ley?

Tengo dos proyectos de ley, uno es de educación y el otro es de política exterior. El primero consiste en que en la currícula educativa Malvinas sea transversal y se dicte, porque, aunque esté en la ley nacional, también se tiene que verificar que esté en la currícula por los Ministerios de Educación de las diferentes provincias. Se tiene que impulsar desde cada organismo educativo que se le dedique tiempo al tema, no solo como algo patriótico sino también desde la solidaridad que hubo. Mucha gente murió en y por Malvinas.

¿Este proyecto está pensado solo para el nivel secundario?

Para nada. Este proyecto apunta a todos los niveles educativos y, sobre todo, busca capacitar a los docentes en la cuestión Malvinas, porque si yo no tengo a los docentes formados estructuralmente, no sirve. ¿Cómo hago que los docentes de primaria, por ejemplo, enseñen sobre Malvinas si no están preparados?

¿Cómo sería su participación en ese proyecto?

A mí me encantaría poder dar charlas en colegios porque cuento con la calidad de par, es decir, si yo le hablo a un chico de 15 años posiblemente me entienda más que a una persona de 40 años con mil títulos.

¿En qué consiste el otro proyecto?

El otro proyecto de ley se basa en la constitución de comisiones de apoyo de Malvinas en las embajadas de todos los países en que Argentina se encuentra, como un mecanismo de difusión de la cuestión Malvinas. Replantando lo que hizo en su momento Timerman como canciller porque, para mí, eso sirvió un montón. Pero yo pienso en comisiones que también difundan esta lucha en países no solo centrales, porque, por ejemplo, no es lo mismo poner esa comisión en Angola o en algún país de América Central que ponerla en Estados Unidos.

Yo creo que la importancia en posicionar la lucha por nuestra soberanía debe realizarse en otros lugares de América Latina porque sinceramente creo mucho en la estructura de la Patria Grande, es decir, el ideario principal de hermandad a partir de que nacemos todos de la misma tierra. Si todos nuestros hermanos pueden abrazar la causa como propia, entonces el reclamo se hace más fuerte.

¿Has encontrado eco en tus proyectos de ley?

El color político es todo un tema. Parece que para que se considere un proyecto tenés que ser del oficialismo gobernante en ese momento. Por ejemplo, yo he presentado un proyecto de ley en el municipio de Vicente López sobre capacitación de Malvinas, y lo presenté como particular, pero no te aprueban nada si no viene desde el oficialismo.

¿Hay alguna otra medida que te gustaría tomar para visibilizar y reivindicar la causa Malvinas?

Hay algo más. Argentina nunca hizo un juicio a Thatcher por el ARA Belgrano, eso es otro proyecto que tengo pensado, hacer un juicio popular por Malvinas, lo ideal sería un juicio popular donde participaran diferentes personalidades importantes con respecto a la cuestión Malvinas, algo así como los juicios populares de las Madres de Plaza de Mayo, un mecanismo de ese estilo, pero abocado a Malvinas.

Hacer un juicio frente a la embajada el 10 de junio por el día de la reafirmación de los derechos soberanos. ¿Por qué no hay marchas multitudinarias por Malvinas y sí por el 24 de marzo? Y yo los 24 de marzo siempre voy, se hace una caminata desde la ex ESMA hasta Plaza de Mayo. Las Madres también se preguntan por qué no hay marchas por Malvinas y yo creo que es porque no hay voluntad política. Cuando es año electoral, todos se acuerdan de Malvinas, todos quieren charlas, pero Malvinas es todos los días.

¿Qué le gustaría estudiar cuando termine el colegio?

Derecho Internacional o Relaciones Internacionales y sí o sí dedicarme a la docencia.

Si el día de mañana es diplomático, ¿qué medidas tomaría con respecto a Malvinas?

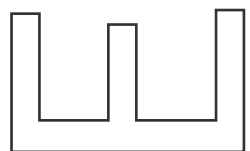
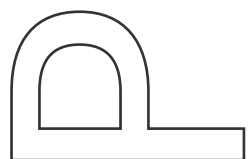
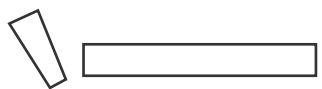
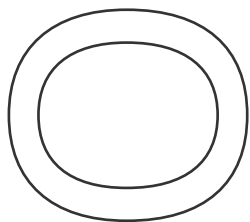
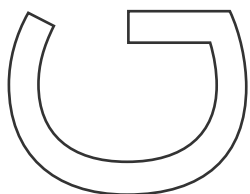
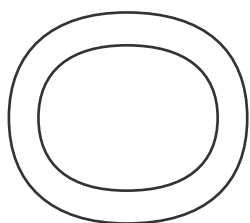
Primero que nada, acercaría Argentina a los isleños. Segundo, capacitaría a mi gente para que tome consciencia de que ese territorio es nuestro, no decirles kelpers porque es la manera ofensiva que tienen los ingleses de decirle a nuestros isleños y digo así porque son argentinos, porque están dentro de mi territorio, por lo tanto, son isleños, fueguinos y argentinos. Trabajaría en el reconocimiento de nuestros recursos estratégicos, el acceso al agua dulce, a la Antártida. Trabajaría con otras embajadas para intentar un descongelamiento de las relaciones.

¿Y desde la docencia?

Y desde la docencia, capacitación sobre la base de las nuevas tecnologías y desde la cultura. Creo que la cultura es lo más cercano que le podés dar a un chico. Por ejemplo, en la canción que dice «a los pibes de Malvinas que jamás olvidaré», hay un reconocimiento y un interés por querer investigar más. Nace de algo, es muy lindo hablar de Malvinas desde la cultura.

¿Cuál es el mensaje que le dejaría a su generación?

La vida vale y las cosas se tienen que hacer con amor. Uno puede tener un odio a la política inglesa, pero se puede ir a pelear con odio. Yo lucho con amor por el veterano que nunca pudo hablar, por las 18 mujeres que fueron a Malvinas, por la solidaridad, por el otro. Si van a pelear por Malvinas, no peleen por una Patria narcisista y nacionalista, sino por una Patria como la que soñaron mis abuelos y la que soñó San Martín: una Patria de todos y no de unos pocos, de la igualdad y del amor.





Después de más de cuarenta años, y a pesar de que por mucho tiempo los gobiernos y las mismas Fuerzas Armadas buscaron silenciar e invisibilizar a nuestros héroes, los ecos de Malvinas siguen resonando en la conciencia nacional y en la memoria colectiva y su fuego sagrado sigue más vivo que nunca.

Después de la derrota argentina en la guerra, episodio trascendental en la historia de nuestro país, comenzó un proceso de desmalvinización que buscó minimizar el impacto del conflicto y desviar la atención de los problemas internos del país. Este periodo se caracterizó por la marginación y la estigmatización de los veteranos de guerra, que fueron víctimas de un sistema que los abandonó y los excluyó. Pero ellos no fueron los únicos afectados; sus familias también sufrieron la incertidumbre durante el conflicto, el destrato y las consecuencias psicológicas, morales y espirituales.

Los efectos de la posguerra y la desidia de nuestro Estado argentino en los primeros años acrecentaron el sufrimiento de los soldados que no solo padecieron marginación social, sino también trastornos emocionales y psicológicos como resultado de las experiencias traumáticas en el campo de batalla. La falta de apoyo y atención médica adecuada después del conflicto, a la que la mayoría de los entrevistados hace referencia, contribuyó a una crisis de salud mental que aún hoy afecta a muchos veteranos, llevando a algunos de ellos a tomar la triste decisión de quitarse la vida. En los últimos años, los ecos de los veteranos que lograron alzar sus voces obligaron a nuestro gobierno a tomar cartas en el asunto.

Tras los testimonios de los distintos actores que presentamos en este libro, quedan más interrogantes que certezas, ¿por qué se produjo este proceso de desmalvinización? Esta es, sin dudas, la pregunta que cala más profundo en nuestra mente. Existió una serie de factores que contribuyeron a que aquellos días, transcurridos entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, se desvanecieran y con ellos los protagonistas.

En primer lugar, la derrota militar generó un sentimiento de humillación y frustración en parte de la sociedad argentina. Como resultado, algunos sectores quisieron minimizar la importancia de las Malvinas y dejar atrás el episodio doloroso de la guerra. Por otra parte, los cambios políticos que se produjeron después de la guerra, incluyendo la caída del gobierno militar y la llegada de un gobierno democrático trajo consigo una nueva visión de la identidad nacional argentina, numerosas deudas de derechos humanos por saldar y una economía que pendía de un hilo. Asimismo, el hecho de que Argentina fuera una de las pocas democracias en la región durante la década de 1980 y la finalización del conflicto este-oeste, tras la caída de la Unión Soviética, hizo que la causa Malvinas perdiera el apoyo internacional. Con el tiempo, la cuestión de las Malvinas perdió relevancia en

la agenda política argentina, tornándose cada vez menos importante para la sociedad en general.

El vínculo entre la guerra de Malvinas y el gobierno de facto también es otro punto de inflexión significativo que incide, indudablemente, en el proceso de desmalvinización. El gobierno de facto, encabezado por Leopoldo Galtieri, buscó desviar la atención de los problemas internos y las violaciones a los derechos humanos que se cometían en el país mediante una acción militar que uniera al pueblo argentino detrás del gobierno y reforzara el sentimiento nacionalista. La oscuridad que tiñó esa horrible etapa de la historia argentina salpicó por siempre a las Fuerzas Armadas. Aunque a veces pueda resultar complejo separar las cosas, hoy simplemente es necesario.

Es cierto que el Estado nacional ha trabajado, en los últimos años, por revertir el proceso de desmalvinización, reconocer a nuestros soldados y reivindicar nuestros derechos soberanos de manera pacífica, multilateral y diplomática, pero aún queda mucho por hacer. Argentina defiende su soberanía sobre las islas Malvinas sobre la base de varios argumentos, uno de los más importantes es el histórico, ya que las islas siempre han sido consideradas como parte del territorio argentino desde que fueron descubiertas en el siglo *xvi* hasta que fueron ocupadas por la fuerza por el Reino Unido en 1833; asimismo, no debemos olvidar que las islas están ubicadas a menos de 500 kilómetros de la costa argentina, lo que las hace parte del territorio continental argentino e importante fuente de recursos naturales. Además, nuestra nación sostiene que la resolución 2065 de la Asamblea General de las Naciones Unidas reconoce la existencia de una disputa de soberanía entre Argentina y el Reino Unido sobre las islas Malvinas y llama a ambas partes a resolverla de manera pacífica mediante negociaciones.

Algunos acercamientos entre ambas naciones se han producido en pos de llegar a un acuerdo. Así, en 2016, Argentina y el Reino Unido acordaron trabajar juntos en una serie de iniciativas, que incluye el levantamiento de restricciones aéreas y marítimas entre las Malvinas y la Argentina continental, el aumento de vuelos directos entre las islas y Sudamérica, y el intercambio de información científica. Aunque estos acuerdos representaron un paso positivo en la relación bilateral, el tema fundamental de la soberanía de las islas Malvinas ha sido dejado de lado. En marzo de 2021, Argentina reafirmó su reclamo de soberanía en una declaración emitida por el canciller Felipe Solá y llamó al Reino Unido a reanudar las negociaciones bilaterales sobre la cuestión de la soberanía. Sin embargo, el Reino Unido ha mantenido su postura de que no habrá negociaciones sobre la soberanía a menos que los habitantes de las islas decidan cambiar su estatus político. El gobierno británico también ha criticado la política argentina de imponer restriccio-

nes económicas y comerciales a las Malvinas, con el argumento de que perjudica a sus habitantes. Lamentablemente, la posición de ambos países sigue siendo divergente y no se vislumbra una solución en el corto plazo.

Lo sucedido duele y las heridas aún no están cicatrizadas. Si bien es cierto que el pasado no puede ser modificado, sí es posible construir un presente y un futuro más «malvinero». «Malvinas nos une» tiene que trascender e ir mucho más allá de un simple eslogan. Todavía queda mucho por hacer y la lucha por la soberanía argentina sobre las islas Malvinas es un tema relevante que debe estar en agenda todo el año a lo largo y ancho de nuestro país, y de ninguna manera debe limitarse solo a un acto conmemorativo el 2 de abril.

Todos los entrevistados en este libro coinciden en dos puntos sustanciales: *las islas Malvinas son y siempre serán argentinas* y quienes fueron a la guerra *no eran pobres chicos enviados a morir*, sino que fueron, a pesar de sus 18 o 20 años de edad y de su poca o nula experiencia militar, hombres que defendieron como leones nuestra soberanía sobre las islas con un amor incondicional por la Patria. Hombres y mujeres que, con un indudable heroísmo, se enfrentaron a condiciones difíciles como el frío extremo, la mala alimentación, la constante humedad, la falta de equipamiento adecuado y el propio estrés emocional que implica participar de una guerra. Las familias y seres queridos merecen también una mención especial, por ser quienes vivieron la incertidumbre del combate, quienes brindaron la contención y el apoyo tras el retorno y por convertirse en las heroicas voces de quienes dejaron su vida al servicio de nuestra nación.

Es imperioso recordar y reflexionar sobre este episodio histórico. La memoria es un elemento clave para comprender el pasado y construir un futuro más justo y equitativo. Es necesario honrar el sacrificio de los soldados que defendieron nuestra bandera en el campo de batalla y visibilizar a todos aquellos actores que viven Malvinas como la gran deuda pendiente de nuestra Patria. Este libro, sin dudas, es una pequeña contribución, es nuestra forma de hacernos eco de sus relatos, de sus duras vivencias y de su constante lucha.

Nada de este trabajo, que nos tomó casi dos años, hubiese sido posible sin el compromiso y la pasión con la que se involucraron nuestros y nuestras estudiantes, sin la invalorable colaboración de la municipalidad de Luján de Cuyo y el apoyo incondicional de las autoridades de la Universidad de Congreso y las Facultades de Estudios Internacionales y Humanidades. Todos aprendimos y nos emocionamos con los relatos de los 44 entrevistados. Por momentos fue duro. Fue imposible no quebrarse y derramar algunas lágrimas, por tristeza o impotencia. Lo cierto es que, con cada eco recopilado en este libro, nos invadió una inmensa emoción.

Si de algo estamos convencidos es de que el conflicto bélico fue una desafortunada decisión política que costó la vida de muchas personas y que dejó una profunda huella en toda la sociedad argentina. La guerra y la violencia nunca pueden ser el camino. No hay dudas de que las islas Malvinas son argentinas. Es nuestro deber no olvidar, rendir homenaje a nuestros héroes e instar a su recuperación por vía diplomática. Todos los miembros de este equipo esperamos que este trabajo sirva para que los ecos de Malvinas se continúen propagando a cada rincón de nuestra nación y que calen profundo en las nuevas generaciones para mantener intacta la memoria y seguir luchando por lo que por derecho nos pertenece.

ISBN 978-987-62840-1-9



9 789878 284019



Universidad
de Congreso **UC**

Facultad de
Humanidades

Facultad de
Estudios Internacionales